

LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 9
UPHEAVAL
YOSHIKI TANAKA
Translated by Matt Treyvaud

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

CAPÍTULO 01: EN LA FRONTERA

I

EL BANCO QUE SE ENCONTRABA en un rincón del parque arbolado había sido uno de los lugares favoritos de Yang Wen-li. Desde el repentino fallecimiento de Yang, Julian Mintz, su hijo adoptivo y aprendiz en las artes de la guerra, había venido aquí en su lugar. Julian no creía en la comunicación con los muertos más de lo que Yang había creído, pero tomarse el tiempo para sentarse en silencio bajo los árboles se había convertido en una especie de ritual diario que le daba a su inquieto corazón algo concreto a lo que aferrarse.

Julian no le había mencionado este hábito a nadie, pero se debe haber corrido la voz. Hoy vio a un chico con el pelo negro y rizado acechando cerca. Después de algunas dudas, el chico se acercó para hablar.

“Disculpe, señor, pero ¿no es usted el teniente Julian Mintz?”

Julian asintió con la cabeza.

Los ojos del chico brillaron. El color llenó sus mejillas; incluso su respiración se aceleró. Se convirtió en la imagen misma de la adoración.

“Lo he estado siguiendo por años, señor — quiero decir, siguiendo su carrera. Es un honor conocerte. Eres solo unos años mayor que yo, pero has hecho cosas increíbles y, bueno… ¡realmente te admiro!”

“¿Cuántos años tienes?”, Preguntó Julian.

“Trece, señor”.

Las arenas del reloj de arena se alzaron ante los ojos de Julian. La película de su memoria rebobinó a través del proyector; Julian sintió que se encogía, y los ojos del chico de cabello rizado fueron reemplazados por otro par que lo miró, suave, cálido e inteligente.

“¿Puede adivinar lo que estoy pensando, Capitán Yang?”

“Me has dejado perplejo, Julian. ¿Qué pasas?”

“¡Realmente te admiro! Mira — sabía que no serías capaz de adivinar”.

Julian se pasó una mano por el pelo de lino. Hace solo unos años, él mismo había estado en los zapatos del niño, sin duda mirando a Yang exactamente de la misma manera. El mejor mago de la galaxia, ahora desaparecido para siempre. Julian lo respetaba, lo admiraba, quería ser como él — o al menos seguir sus pasos de alguna manera. Ahora era el objeto de la adulación deslumbrante de otro niño.

“No soy el gran hombre que crees que soy”, dijo Julian suavemente. “Acabo de encontrar mi lugar junto a Yang, y eso siempre me puso en el lado ganador. Fue suerte, pura y simple”.

“Oh, no, señor, la suerte por sí sola no puede tomar a alguien a la cabeza de las fuerzas armadas de Iserlohn a la edad de solo dieciocho años. Realmente lo respeto, teniente — quiero decir, comandante. ¡De Verdad!”

“Gracias. Trataré de no decepcionar”.

Julian extendió su mano. Sabía por su propia experiencia que esto era lo que el chico esperaba. Después de su apretón de manos, el chico salió corriendo carmesí con entusiasmo. Julian se recostó en el banco y cerró los ojos.

¿Era así como se transmitirían sus propias ideas? Ciertamente era cómo había heredado el de Yang. No todos, por supuesto — solo una fracción — pero habían acudido a él, entregando una antorcha de generación en generación. De pionero a seguidor. Cualquiera que valorara esa llama tenía la responsabilidad de pasarla al siguiente corredor antes de que se apagara.

Era agosto de 800 SE, tres días después de la proclamación de la República de Iserlohn. Julian tenía dieciocho años. Ya no podía ser un niño, ni en años, ni en experiencia, ni en sus responsabilidades.

En épocas posteriores, los historiadores se burlarían de la República de Iserlohn como "un gobierno conjunto de viudas y huérfanos". Las primeras etapas de la república, al menos, justificaron esa burla. Cuando Yang murió, invicto en la batalla, su viuda entristecida Frederica se convirtió en el líder político de la república, mientras que Julian, como su admirador en el parque había notado, tomó el mando de su ejército.

Todo esto había sido decidido por los líderes de Iserlohn, pero no había sido visto como la mejor opción sino la única. Si los extraños tuvieran sus críticas, no se podrían ignorar por completo. Pero sin un núcleo, Iserlohn no pudo resistir, y la imagen secundaria de Yang Wen-li fue el único núcleo que tenían.

El jefe de administración de Alex Caselnes, la valentía de Walter von Schönkopf, el liderazgo y la disposición de Dusty Attenborough para actuar, la destreza de Olivier Poplin en la cabina, la reputación de Wiliabard Joachim von Merkatz — todo esto ayudó a estabilizar el núcleo, pero ninguno pudo haber tomado su lugar. Para su crédito, todos estos hombres eran conscientes de esto.

"El mayor milagro en la historia de Yang Wen-li no es su serie de victorias frente a números superiores, sino el hecho de que, incluso después de su propia muerte, no hubo lucha por el poder entre sus seguidores" — escribió un historiador del período. Hubo un éxodo significativo de la población de Iserlohn después del fallecimiento de Yang, cierto, pero nadie había tratado de usurpar la posición de Frederica o Julian.

Por supuesto, las interpretaciones son más multitudinarias que los hechos, para otros historiadores esta misma estabilidad se convirtió en un objeto no de admiración sino de ridículo. “¿Quién, después de todo, perseguiría activamente la realeza de un remanso árido? Al final, los oficiales de Yang Wen-li coronaron a su esposa y la sala con espinas. No eran más que exiliados en la frontera exterior…”

Enfrentado a evaluaciones poco generosas de este tipo, Julian se vio obligado a admitir una cosa: de hecho, estaban en la frontera. No de la galaxia o de la Alianza de Planetas Libres, sino de la propia raza humana. Solo en todo el espacio conocido, Iserlohn se negó a doblar la rodilla ante el Kaiser Reinhard von Lohengramm. La base era un lugar sagrado, poblado por herejes que se negaron a unirse a la abrumadora mayoría de la humanidad. Solo en la frontera podría existir un lugar así, y por esta razón Julian llevaba la palabra con orgullo. *La frontera está más cerca del horizonte*, se dijo, y *el horizonte es donde amanece la nueva era.*

Al regresar del parque a su oficina, Julian se encontró con un conocido que bajaba del elevador. Estaba vestida con un traje de piloto y su cabello era del color té débilmente preparado.

“Cabo von Kreutzer”, dijo asintiendo.

“Buenos días, teniente Mintz”.

Todavía estaban incómodos el uno con el otro. ¿Todavía? Quizás serían para siempre. Lo que había entre Katerose “Karin” von Kreutzer y Julian no era tanto una alianza estable o entente como la palabra “neutralidad” inscrita en hielo delgado.

Pero en un grupo tan pequeño como el de ellos, no podían darse el lujo de estar en la garganta del otro —y, después de todo, tanto Julian como Karin habían elegido quedarse en Iserlohn. Una parte de sus corazones se superpuso — una parte que estaba decidida a ver un importante ideal hecho realidad. Quizás, al menos por el momento, eso fue suficiente.

Intercambiaron algunas bromas más antes de que Karin volviera su conversación al tema de los difuntos.

“El mariscal Yang nunca pareció tan impresionante cuando lo conociste en persona. Pero él estaba apoyando a la mitad de la galaxia — política, militar, incluso filosóficamente”.

Julian no dijo nada. Ella sabía que él estaba de acuerdo.

“Todavía no puedo creer que estuve junto a él”, continuó Karin. “Incluso si fue solo brevemente. Es extraño pensar en ti mismo como testigo de la historia”.

“¿Alguna vez hablaste con él?”

“Una o dos veces, pero nunca nada importante. Sin embargo, es curioso — las cosas que olvidé inmediatamente después de que ocurrieron vuelven a mí ahora claras como el día”. Karin se llevó el dedo a los labios. “A decir verdad, no pensé en el mariscal como un gran hombre mientras estaba vivo. Pero ahora que se fue, finalmente estoy empezando a entender. Aquí en Iserlohn, sentimos su espíritu directamente, pero a medida que pase el tiempo crecerá y crecerá hasta que fluya a través de toda la historia”.

Con eso, Karin levantó una mano para despedirse y se alejó. Su expresión podría haber sugerido vergüenza por haber dicho demasiado, pero su paso se desbordó con vida y ritmo. Julian la observó irse, ajustándose la boina negra sin ninguna razón en particular, luego se volvió hacia su oficina.

Hace tres siglos, cuando Ahle Heinessen había muerto durante la Marcha más larga, los que quedaron atrás lloraron y lamentaron su pérdida, pero ninguno trató de detener su viaje colectivo hacia lo desconocido. Los que permanecieron en Iserlohn también lloraron hasta llenarse y comenzaron a enfrentar el presente una vez más — y el futuro.

Heinessen había caído, Yang estaba perdido, pero la historia continuó. Las vidas continuaron. El poder moldeó a quienes lo tenían; los ideales se transmitían de un portador al siguiente. Mientras la raza humana

sobreviviera, las acciones de aquellos que habían venido antes serían registradas y transmitidas a las generaciones que siguieron.

La historia, Yang le había dicho una vez a Julian, era la crónica común de toda la humanidad. Por dolorosos que fueran algunos recuerdos, no podían ser desterrados o ignorados.

Julian suspiró. Le dolió recordar cómo había terminado la vida de Yang. Pero olvidar aún sería más doloroso.

II

Cuando las personas de edades posteriores fueron interrogadas sobre el rango final de Yang Wen-li en la Alianza de Planetas Libres, la mayoría respondió, sin dudar, si no con precisión, al “Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas de la Alianza” o “Alto Comandante de la Armada de la Alianza”, más preciso: “Director de la sede operativa conjunta de la alianza y comandante en jefe de su Armada Espacial, conocido por el término ‘comandante supremo'”. Por supuesto, todo esto estuvo mal: desde el año 796 hasta su muerte en 799, Yang Wen-li fue oficialmente “Comandante de la Fortaleza Iserlohn y comandante de la Flota de Patrulla Iserlohn”.

En abril de 799 SE, cuando comenzó la Guerra Vermillion, Yang Wen-li comandaba esencialmente todas las fuerzas armadas de la alianza. Ciertamente, prácticamente todas las naves de la alianza capaces de viajes interplanetarios se reunieron bajo su mando. Todo esto fue, por supuesto, con la bendición de Alexandor Bucock, actual comandante en jefe de la armada espacial.

Como resultado, aunque ninguno criticaba las acciones de Yang como ilegítimas o insubordinadas, le era imposible satisfacer a todos. Incluso hubo quienes lo llamaron tímido, incapaz de actuar sin los fundamentos legales adecuados.

Pero Yang estaba demasiado ocupado para molestarse con cada objeción y calumnia dirigida a su persona. Dejando a un lado su propia tendencia hacia la introspección, la acción y la creación tuvieron que tener prioridad sobre las críticas.

Lo que significaba que lo mismo era cierto para Julian. Incluso mientras tomaba medidas, Yang siempre se había preguntado: *¿Estoy en lo correcto? ¿No hay otra manera?* Julian hizo lo mismo. Sin embargo, formuló la pregunta de manera algo diferente: *¿qué haría el mariscal Yang? Si todavía estuviera vivo, ¿estaría de acuerdo conmigo?*

Un enjambre de meteoritos dejado por la desintegración de un planeta — tal fue la República de Iserlohn después de la muerte de Yang. Era natural que muchos de sus residentes hubieran sentido que el festival había terminado y abandonado la base.

“Personalmente, estoy impresionado de que se quedaron más de seiscientos mil”, dijo Dusty Attenborough, el vapor de su taza de café de papel se alzó alrededor de su barbilla. “Toma todo tipo, supongo”.

Attenborough estaba trabajando frenéticamente para apuntalar las habilidades de liderazgo de Julian. Hoy, también, había expulsado “cortésmente” a un influyente líder civil que había suspirado que se alegrarían de quedarse si solo el mariscal Yang estuviera vivo.

“No necesitamos amigos así cuando hace buen tiempo de todos modos. Si se tratara de una serie de soluciones baratas, suficientes quejas de la audiencia podrían revivir a un protagonista muerto. Pero no vivimos en ese mundo. Vivimos en un mundo donde una vida perdida se ha ido para siempre, que es lo que hace que la vida en sí misma no tenga precio”.

“¡Escucha, escucha!”, Aplaudió Olivier Poplin desde el otro lado de la mesa. “En una edad más amable, almirante Attenborough, podría haber sido el próximo Job Trünicht. Qué desperdicio ponerte en trapos militares”.

“Gracias, Gracias. Cuando sea presidente, serás el primero en la fila para el Premio Memorial Job Trünicht”.

Julian se rió de sus bromas, en parte con alivio.

Recordó su primer encuentro con Poplin después de la muerte de Yang, encontrando al comandante encerrado en sus habitaciones en una niebla de alcohol, más de una docena de botellas de licor en la mesa.

La personalidad de Olivier Poplin estaba formada por tres elementos — valentía, alegría y refinamiento — pero los tres se habían evaporado, dejando al descubierto el esqueleto de su psique. Una vez conocido por su dandyism sin complejos y empedernidos, Poplin dejó de bañarse, abandonó el afeitado y, sin duda, dejó de invitar a las mujeres a su cama, prefiriendo en cambio centrarse en el centro de una red tejida de ira, intoxicación y desesperación. Incluso la vista de sus dos visitantes no inspiró a la infeliz araña humana a levantarse de su asiento en la mesa.

“Parece que la bebida finalmente ha envenenado mi cerebro”, dijo Poplin. “Estoy alucinando cosas que ni siquiera quiero. ¿Por qué las caras largas?” “Comandante Poplin, tiene que dejar de beber. No es bueno para usted.”

Sin respuesta.

“Por favor, comandante”.

“¡Cállate! ¿Qué sabe un niño como tú?”

La voz de Poplin era alta y aguda, pero carecía de su vigor y brillo habituales.

“¿Por qué tengo que recibir órdenes de alguien que no sea Yang Wen-li? Tengo derecho a decidir quién me ordena. ¿No es eso democracia? ¿Eh?”

Su mano tembló cuando alcanzó su vaso, y solo logró tirarlo, junto con el whisky. Tomó esto con ojos verdes que rebosaban de intoxicación, luego tomó una nueva botella — la última. Julian agarró el brazo de Poplin con ambas manos, pero no pudo encontrar las palabras correctas para decir. Tres segundos y medio después, Attenborough rompió el silencio.

“Comandante Poplin, considere esta su notificación formal. Tras la muerte del mariscal Yang, Julian será nuestro líder”.

La mirada eléctrica del as piloto atravesó a Julian y Attenborough, pero él escuchó.

“Permítame ser franco, comandante Poplin”, continuó Attenborough. “No permitiré cuestionar el derecho de Julian a dirigir, ni ninguna palabra o acción que socava la autoridad de nuestro liderazgo. Julian puede permitir estas cosas, pero yo no lo haré”.

Sin respuesta.

“¿Tienes algún problema con eso? Entonces vete. Si no puedes hacerte útil a Julian, Iserlohn no te necesita”.

Después de unos segundos de silencio, Poplin dijo: “No. No hay problema”. Agarró los bordes de la mesa con ambas manos y, de alguna manera, se obligó a ponerse de pie.

Lo siento, Julian. Sé que debes estar sufriendo mucho más que yo… Pero esto era algo que Olivier Poplin nunca podría decir en voz alta. Se desvaneció en el cuarto de baño durante veinte minutos, luego reapareció perfectamente arreglado y vestido, aunque todavía con mala complexión, y le ofreció a Julian un respetuoso saludo.

“¡Comandante! Con tu permiso, a partir de hoy soy un hombre nuevo. Por favor, no te rindas conmigo”.

A partir de ese momento, Poplin nunca volvió a perder su razón frente a los demás, ni olvidó sus responsabilidades como capitán de la Primera División Aerotransportada.

“No eres el único cuyo temple está siendo probado, Julian. La historia nos plantea la misma pregunta a todos. Ya hemos perdido a Yang Wen-li; ¿Podemos evitar perder la esperanza, la unidad y la dirección?”

Las reflexiones de Attenborough describieron perfectamente cómo se sintió la generación más joven que había permanecido en Iserlohn. Yang Wen-li había sido su roca, pero lo habían perdido para siempre. Todos ellos, incluido Julian, tuvieron que preguntarse una vez más por qué estaban luchando. Incluso si la respuesta de Attenborough fuera su famoso “albedrio y capricho”, no podía ignorar los resultados que tendrían sus acciones.

Julian había traído una vez cierta idea a Attenborough para su discusión.

“¿Qué es eso? ¿Forzar al imperio a adoptar una constitución?” Attenborough se quedó boquiabierto ante la idea, pero después de un momento pensó que parecía la mejor de las opciones disponibles para ellos. Incluso una constitución antidemocrática podría servir como un hito en el camino de la autocracia a la democracia.

“Sí”, dijo Julian. “No hay necesidad de radicalismo, si el constitucionalismo nos da la oportunidad, necesitamos infiltrarnos lentamente en el Imperio Galáctico”.

Una cosa fácil de decir, Julian pensó con una sonrisa triste. Pero no le interesaba tomar una última posición en Iserlohn y convertirse en mártires trágicos de la fuerza abrumadora del imperio. Se sintió así en parte debido a la influencia de Yang Wen-li, pero toda la Flota Yang compartió este territorio psíquico. Solo en la transmisión exitosa del gobierno republicano democrático a las generaciones posteriores se completaría su “albedrio y capricho”.

Para cambiar el Imperio Galáctico de una autocracia a un estado constitucional — si esto fuera posible, tal vez podría realizarse de manera más efectiva en el momento en que toda la humanidad se uniera en el mismo estado. Rudolf von Goldenbaum se había apoderado de una sola democracia y la convirtió en una autocracia. ¿Sería imposible hacer lo mismo a la inversa?

Una pequeña espina en la parte posterior de la mente de Julian molestaba

por sus reflexiones. Permaneció incapaz de identificarlo durante varios segundos antes de que Attenborough cambiara de tema.

“Entonces, Julian — quiero decir, comandante Mintz. ¿No crees que sea probable que el Káiser lidere una flota para atacar el Corredor Iserlohn?”

“No, no lo hago. No ahora. Por el momento, el Káiser concentrará sus esfuerzos en reorganizar el orden galáctico alrededor del Corredor Phezzan”.

“Pero está en la naturaleza del káiser amar la guerra. ¿No se cansará finalmente de la paz y reabrirá las hostilidades con el pretexto de completar la unificación galáctica?”

“No me lo puedo imaginar haciendo eso. Si el mariscal Yang todavía estuviera vivo, la perspectiva podría intrigarlo. Pero…”

Pero con Julian Mintz como su oponente, simplemente no le interesará, pensó Julian. Esto no fue autodesprecio sino una evaluación objetiva. Julián era un don nadie; su nombre no tenía ningún tono de autoridad o influencia, al igual que el de Yang no lo había hecho antes del Rescate de El Fácil. Aunque la situación de Julian era ligeramente diferente en el sentido de que al menos podía invocar el nombre de su padre y maestro fallecidos, que no había sido una opción para Yang. Julian comprendió que nunca sería el igual de Yang, y tal vez esa comprensión fue lo que le dio dirección y estabilidad a su paso mientras caminaba hacia el futuro.

Frederica Greenhill Yang estaba descansando en sus habitaciones, los ojos color avellana se volvieron hacia la foto de su difunto esposo que estaba sentado en su mesita de noche.

Yang Wen-li le devolvió la sonrisa tímidamente desde dentro del marco. Se conocieron cuando Yang era un oficial recién nombrado con pocas posibilidades aparentes de promoción o condecoración. La había dejado por última vez luciendo exactamente igual. ¿Cuántos hechos se habían

acumulado en los doce años entre la primera reunión y la despedida final? Y sin embargo, esos hechos palidecieron en comparación con el volumen de la memoria y la profundidad de los sentimientos.

Un teniente fracasado de la flota de patrulla de El Fácil, bocadillo en mano, sorprendido por la inmensidad de la responsabilidad que le corresponde. Cuando se habían deslizado entre los dedos del Imperio Galáctico para llegar a salvo al planeta Heinessen, Frederica había dejado a sus padres abrazados en el puerto espacial mientras buscaba al hombre que la había salvado. Finalmente lo encontró entre la multitud, pero se había convertido en un héroe de la noche a la mañana y estaba rodeado de los medios, congelado. Ella ni siquiera podía acercarse a él. Finalmente sus padres recordaron a su hija y le pidieron que regresara. Tenía catorce años y al final de su comienzo.

Yang probablemente no encontraría la situación actual de su familia del todo de su agrado. Su esposa se había convertido en el líder de un gobierno revolucionario, su barrio era el comandante de un ejército revolucionario, y él mismo era una especie de patrón de la democracia, reclutado en servicio incluso después de la muerte para proporcionar ayuda espiritual y garantizar la legitimidad de Frederica y Julián.

“’¿No puedo descansar cuando estoy muerto?’ Sé que eso es lo que quieres decir. Pero si todavía estuvieras vivo, no tendríamos que soportar esta carga en primer lugar”.

Mientras hablaba, Frederica se dio cuenta de que había aprendido esta lógica de Yang.

“Es tu culpa, Yang Wen-li, todo es tu culpa. Me estoy convirtiendo en un soldado. Esta base imperial se convirtió de alguna manera en el último reducto de la democracia. Todos los que quedan aquí, persiguiendo el sueño del festival. Si comprendiera sus responsabilidades, volverías a la vida en este momento”.

Pero, por supuesto, los muertos no pudieron volver a la vida. Tampoco los vivos podían permanecer sin cambios. El tiempo, una vez perdido, nunca

podría ser restaurado.

Por eso exactamente el tiempo era más precioso que mil millones de piedras preciosas, y la vida no debe perderse en vano. Yang siempre había mantenido estas verdades. Su réplica característica a las religiones que insistían en el alma eterna o la reencarnación, a la luz de la muerte física, era, *Si la muerte es tan grande, ¿por qué no morir? No te detendré. ¿Por qué siempre son los que dicen esas cosas los que se aferran más a la vida?*

“Vuelve a mí, Yang”, susurró Frederica. “Va en contra de las leyes de la naturaleza, pero lo pasaré por alto esta vez. Y esta vez no te dejaré morir antes que yo”.

Frederica podía verlo con tanta claridad, murmurando: “Bueno, eso realmente me pone en el lugar” en su amada boina negra.

“Es aterrador pensar en cuántas personas he enviado a la muerte”, dijo Yang una vez. “Morir una vez no es suficiente para expiar eso. El mundo puede ser un lugar bastante desequilibrado”.

El egoísmo en el que los humanos podían caer no tenía fin. Frederica no había querido que Yang expiara sus pecados. Ella había querido que él viviera, incluso si eso significaba drenar la vida de los demás. Vivir una vida tan larga su pensión era una carga para los recursos públicos.

“Es cierto que te perdí. Pero comparado con nunca tenerte, fui realmente bendecido. Puede que hayas matado a millones, pero al menos me hiciste muy feliz”.

Frederica no había escuchado las últimas palabras de Yang. Pero este era un punto del que no sentía arrepentimiento. Ella sabía que esas palabras habían sido “lo siento” o “gracias” — y muy probablemente lo primero. No importaba si nadie le creía. Ella sabía lo que sabía, y eso fue suficiente.

III

Después de que el Almirante Murai alejó a los elementos insatisfechos e inquietos de la Fortaleza Iserlohn, la unidad entre los que quedaron debería haber sido inquebrantable. Pero nadie era perfecto, y el alcohol en particular era propenso a despertar incertidumbres dormitantes. Un día, un oficial medio borracho abrochó a Julian por la puerta del centro de comando central y comenzó a acosarlo. Karin fue testigo de la confrontación y escuchó algo que no pudo dejar pasar:

“Necesitas aprender tu lugar, chico. Ni siquiera pudiste salvar la vida del mariscal Yang, ¿y ahora te llamas comandante?”

Incluso durante su propia oposición a Julian, Karin nunca había ido tan lejos. Ella sabía que esas palabras nunca deben ser pronunciadas. El dolor y la auto-recriminación de Julian por la muerte de Yang fueron mayores que los de cualquiera. No era correcto agregar a su sufrimiento. Karin, como miembro de la Fortaleza Iserlohn, tenía parte de la responsabilidad de no salvar a Yang también. El despiadado ataque del hombre contra Julian no demostró más que su propia pobreza de espíritu.

Sobre todo, no puedo imaginarme al Mariscal Yang culpando a Julian por lo sucedido. Es más probable que se disculpe por no haber logrado aguantar hasta que Julian llegó corriendo.

Al reflexionar, Yang había sido un hombre misterioso. Las palabras de Karin a Julian unos días antes habían sido ciertas: cuando Yang estaba vivo, realmente no le había parecido un gran hombre. Pero hora tras hora, día tras día, Karin estaba llegando a comprender. Comprende que todos ellos — Julian, el comandante Poplin, el hombre que había sido el amante de su madre por un breve momento, todos — habían estado bailando con ritmo sublime y juego de pies en la palma abierta de Yang Wen-li.

El mariscal Yang, reflexionó Karin, era a la vez puerto de origen y alma mater del Espíritu Iserlohn. Incluso si la graduación hubiera sido inevitable algún día, deseaba que hubieran podido disfrutar de su tiempo, juntos un poco más.

Por ahora, sin embargo, en lugar de hundirse en el abismo de sus pensamientos, decidió tomar medidas superficiales. Por lo menos, no podía soportar ver a Julian soportar en silencio el abuso del hombre y responder con nada más que una sonrisa triste. Se sacudió el pelo y se acercó a los dos con paso ordenado. Cuando volvieron la mirada hacia ella, naturalmente ella no se inmutó ni dudó.

“Teniente Mintz, ¿por qué no dice nada?”, Dijo Karin, dirigiendo su indignación a Julian en lugar de a los borrachos. “Las críticas de este hombre son completamente injustas. Si fuera yo, le daría unas buenas dos docenas de bofetadas. ¿No es su responsabilidad defender su autoridad legítima, por el bien de quienes dependen de usted?”

Julián y el borracho se volvieron y miraron al piloto. Ninguno de los dos dijo una palabra, aunque tenían expresiones diferentes.

“Yo… sé que no es asunto mío. Pero —”

La voz de Karin fue ahogada por otra, varias veces más fuerte. El hombre borracho había hecho caso omiso de su interrupción y volvió a su diatriba.

“¡Y tampoco creas que estoy dejando que el Mariscal Yang se libere! ¿Asesinado por la Iglesia de Terra? ¿Qué clase de forma ridícula de morir es esa? Si hubiera caído en el fragor de la batalla, mirando al Káiser Reinhard, podría haber muerto como un héroe, ¡pero no! Hablando de verguenza”.

“Di eso una vez más,” gruñó Julian, su expresión completamente transformada. Las críticas a Yang habían cambiado su canal emocional en un instante. “¿Estás diciendo que las personas asesinadas no están a la altura de las que mueren en la batalla?”

La expresión del otro hombre también cambió. La voz de Julian era la ira cristalizada. Le había infundido un miedo genuino.

Justo entonces una mano cayó sobre el hombro de Julian desde atrás. El

gesto fue casual, pero envió una especie de ola de la palma que calmó la furia de Julian.

“Vamos, Julian— eh, comandante, eso es. No puedes golpear a un subordinado. Ni siquiera uno sin valor”.

Julian miró de mano en brazo, de brazo en hombro, y finalmente encontró un par de familiares ojos verdes que parecían bailar con la luz del sol.

“Comandante Poplin…”

El borracho abrió la boca para volver a hablar. Poplin le sonrió. La sonrisa no fue amigable.

“Está bien”, dijo. “Este es el punto en el que ejercitas un poco tu imaginación. Aquí está su tema: lo que la gente podría pensar de un hombre que está abusando de alguien no solo mucho más joven que él, sino que también tiene una responsabilidad mucho mayor”.

El hombre no dijo nada.

“Retrocede mientras puedas”, continuó Poplin. “Si Julian se enoja mucho, te convertirás en albóndigas. Me estoy poniendo en la línea por su bienestar aquí”.

El hombre se alejó, murmurando para sí mismo. Poplin dirigió una sonrisa generosa a Julian y Karin, ambos inmóviles.

“Parece que ustedes, los jóvenes, no saben qué hacer”, dijo. “¿Por qué no me haces compañía mientras tomo mi café?”

Finalmente, las noticias de este pequeño polvo llegaron a oídos de Walter von Schönkopf y Alex Caselnes.

“Julian sabía que no tenía la experiencia para ser jefe del ejército de Iserlohn”, dijo von Schönkopf. “Nos dejó ponerlo en esa posición de todos modos porque lo vio como una forma de hacer las paces por no proteger al

mariscal Yang. Está decidido a asumir el manto de la filosofía de Yang y verla realizada en la práctica. Si ese borracho era demasiado débil para comprender un hecho tan obvio, de todos modos es inútil para Iserlohn. Estaríamos mejor si él se fuera”.

“Personalmente, siento lo mismo”, dijo Caselnes, “pero no estoy seguro de que purgarnos de los elementos disidentes sea compatible con los principios fundamentales de la gobernanza democrática”.

“¿Estás diciendo que la democracia es un sistema para codificar legalmente la autocontrol por parte de los poderosos?”, Dijo von Schönkopf, con una sonrisa irónica en las comisuras de sus labios. “‘Los poderosos’ en este caso son nuestro Julián, por supuesto. Bueno, el mariscal Yang no parecía un poco heroico, así que supongo que tiene sentido que su amado pupilo tampoco se vea igual”.

Los dos hombres cayeron en silencio. Las corrientes del aire acondicionado circulaban perezosamente por el espacio entre ellas.

Ambos habían reconstruido sus psiques destrozadas después del shock de perder a Yang para siempre. Pero el recuerdo del invierno sobrevive a la llegada de la primavera. Sus paisajes psíquicos eran tan accidentados, tan intrépidos como siempre, pero los glaciares dentro de ellos habían avanzado permanentemente.

Los tres años y medio transcurridos entre el nombramiento de Yang como comandante de la fortaleza de Iserlohn al final de 796 SE y su asesinato habían sido una era de vitalidad y unidad. A pesar de la interrupción de su abandono temporal de la fortaleza en sí, esos años habían estado llenos de una luz y un calor que ahora eran difíciles de creer. Los miembros más jóvenes de la república probablemente habían creído que esos tiempos durarían para siempre. Incluso sus mayores — aunque ni Caselnes ni von Schönkopf habían alcanzado los cuarenta — no esperaban que la temporada de festivales terminara tan pronto.

Como para desterrar el silencio, Caselnes dijo: “Julian no siente envidia por su predecesor. Esta es una cualidad rara entre quienes heredan su poder.

Aquí esperamos que solo crezca desde aquí”.

Von Schönkopf volvió a ponerse la boina y asintió.

“Como Yang mismo podría haber dicho, la pregunta ahora es si la historia hablará de ‘Julian Mintz, discípulo de Yang Wen-li’ o ‘Yang Wen-li, maestro de Julian Mintz’. En cuanto a mí, no tengo idea.”

“Todo lo que sabemos con certeza es esto: ninguno de nosotros en Iserlohn sabe cómo dejarlo marcharse mientras seguimos adelante. ¿Tengo su acuerdo, almirante von Schönkopf?”

“Por mucho que me duela admitirlo, lo hago”, dijo von Schönkopf con una sonrisa. Levantó el brazo para despedirse y salió de la oficina. Iserlohn estaba en una grave desventaja numérica; Si su ejército no era élite, no tenía sentido luchar en absoluto, y la responsabilidad de entrenar a sus fuerzas en esa élite recaía en él.

Caselnes volvió a su propio trabajo. Tenía su propia responsabilidad: mantener alimentada a la minoría que había permanecido en Iserlohn.

IV

Por improbable que pueda ser un ataque temprano del imperio, Iserlohn no pudo ser laxo en la preparación de una respuesta militar. Julian, por supuesto, pero también Merkatz, Attenborough y Poplin encontraron sus días totalmente consumidos con las demandas de formaciones, suministro, recursos humanos y gestión de instalaciones.

La generación más joven mostró una diligencia particularmente sorprendente, en parte debido a su sentido del deber, pero también, sin lugar a dudas, en un intento de mantenerse lo suficientemente ocupada como para mantener a raya el recuerdo de la muerte de Yang.

“Cuando el mariscal Yang estaba vivo, estábamos ocupados preparándonos para el festival”, recordaría más tarde Attenborough. “Después de su muerte, descubrimos que nos había dejado la tarea, y trabajamos con los dedos hasta el hueso para hacerla”.

Julian estaba inspeccionando algunas instalaciones portuarias un día cuando Attenborough lo llamó al centro de comando. Llegó para encontrar al vicealmirante con una expresión inusualmente sombría.

“¿Qué pasa, almirante Attenborough? No pensé que nada pudiera perturbarte”.

Attenborough levantó la barbilla hacia una pantalla. La mirada de Julian se movió según lo indicado e inmediatamente se quedó paralizada. Su razón buscaba negar la información que le proporcionaba su visión. ¿Podrían ser verdaderas las imágenes de un anuncio del personal del imperio?

La pantalla mostraba una cara sonriente y familiar. Una cara que había cautivado a cientos de millones de ciudadanos, electores y simpatizantes dentro de la Alianza de Planetas Libres como su líder anterior.

“Job Trünicht”, dijo Julian, su voz no era más fuerte que un susurro. Parecía tener problemas incluso para respirar, como si la función de sus pulmones se hubiera degradado repentinamente. *Alto consejero de la gobernación de Neue Land, Job Trünicht* — las palabras fueron una pesadilla.

“No me hagas comenzar con el juicio del káiser aquí”, dijo Attenborough, “pero este hombre es una maravilla. No sé qué hay dentro de su cabeza, pero estoy asombrado de que pueda sonreír así, incluso si es solo superficial. Parece que Trünicht fue más monstruoso de lo que imaginamos”.

Las observaciones de Attenborough pincharon la memoria de Julian. Aun cuando Yang había despreciado la afición de Trünicht por el gobierno de la mafia, ¿no había temido realmente los otros lados de él?

“¿Cómo puedes tomar esta noticia con tanta calma?”, Preguntó Julian a Frederica, que miraba la pantalla en silencio.

“Oh, estoy lejos de la calma”, dijo Frederica. “Pero tenemos que pensarlo. Sobre lo que significa esta cita”.

Frederica tenía razón. Ninguna cita era totalmente no deseada. Por lo menos, la persona que designa o la persona designada lo deseaban. ¿Quién, entonces, buscó el nombramiento de Trünicht como alto consejero de la gobernación de Neue Land y con qué propósito? Si se trata simplemente de una manifestación de la descarada sed de poder de Trünicht, Julian podría descansar tranquilo. Pero eso solo explicaba la flor que había florecido. El problema era la raíz — y el suelo. Julian aún no tenía la visión de discernir su verdadera naturaleza. Sobre todo, le faltaba información. Yang siempre había sido cauteloso con la práctica tonta de llegar a conclusiones convenientes a partir de información deficiente, y Julian esperaba seguir su ejemplo allí si no en ningún otro lado.

La muerte de Yang obligó a Julian a revisar en silencio sus sueños para el futuro. Nunca le había revelado esto a nadie, pero había llegado a la esperanza de que una vez que todo hubiera terminado, pudiera liberarse de la guerra y la política y convertirse en historiador, testificando como contemporáneo de los acontecimientos de su época.

Pero había dos cosas que tenía que hacer primero. Una era triunfar sobre el mayor conquistador de la historia, el Káiser Reinhard, y sembrar las semillas del gobierno democrático en el suelo de la historia. Este deber era su legado de Yang, pero también un reflejo de sus propios ideales.

Su otro deber era la venganza.

Por mucho que se culpó a sí mismo por no haber podido salvar a Yang Wen-li, Julian no permitió que aquellos que habían planeado y llevado a cabo el asesinato escaparan del castigo.

Si Yang hubiera sido asesinado a manos del Káiser Reinhard, ya sea en batalla o por traición, el único camino que le quedaba a Julian sería detestar

y derrotar a Reinhard. Si la diferencia de fuerza entre sus fuerzas hacía imposible la victoria en la batalla, entonces simplemente tendría que recurrir al flagelo del terrorismo. Incluso si esa elección no fuera lo que Yang hubiera deseado, Julian se habría visto obligado a tomarlo de todos modos.

El hecho de que Yang hubiera sido asesinado por la Iglesia de Terra evitó a Julian un odio inútil hacia Reinhard. Y no tendría poca influencia en el desarrollo de la historia que estaba por venir.

V

El 10 de agosto del 2 año del Nuevo Calendario Imperial, Job Trünicht llegó al planeta Heinessen para asumir el puesto que Reinhard le había designado: alto consejero de la gobernación de Neue Land.

Como era bien sabido por todos los involucrados, hasta solo un año antes Trünicht había sido jefe de estado en el mismo territorio. La Alianza de Planetas Libres ya no existía como un estado. Los dos hombres que habían dirigido los esfuerzos militares para evitar su desaparición, los mariscales Alexandor Bucock y Yang Wen-li, también se habían ido para siempre. Trünicht solo había sobrevivido para presentarse ante el mariscal Oskar von Reuentahl, el gobernador general de Neue Land.

¿Cómo se atrevía a mostrar su rostro aquí, después de drenar a su patria de su vida como un parásito?

Así lo pensó von Reuentahl, pero no pronunció las palabras en voz alta. Su mirada heterocromática brillaba fríamente mientras atravesaba la cara de Trünicht.

Los dos se habían conocido antes. Cuando la Armada Imperial descendió sobre Heinessen y obligó al gobierno de la alianza a firmar un tratado de paz humillante el año anterior, von Reuentahl había sido uno de los tres

representantes del Cuartel General del Comando Supremo que aceptó la rendición de Trünicht. Los otros dos eran Wolfgang Mittermeier e Hildegard von Mariendorf. A pesar de que los tres eran de personalidad y pensamiento, estaban unidos en su disgusto por las acciones de Trünicht. Apenas podían aceptar lo que había hecho, y mucho menos encontrar razones para alabarlo. La vista de Trünicht regresando a su antiguo refugio, esta vez como funcionario *imperial* , agregó otra pincelada gruesa al lienzo del odio de von Reuentahl.

Trünicht no parecía sacudido en lo más mínimo por la evidente mala voluntad de von Reuentahl. Dio un largo discurso de bienvenida, que terminó con lo siguiente: “Mariscal von Reuentahl, usted es el más grande de los vasallos del Imperio Galáctico y su líder militar más famoso. Difícilmente puedo imaginar que la poca sabiduría que poseo pueda serle útil, pero si puedo servirle de alguna manera, sería un honor para mí”.

Justo cuando el prejuicio y la parcialidad amenazaban con nublar la penetrante mente de von Reuentahl, detectó una sombra amenazante que flotaba bajo la elegante verborrea de Trünicht. O eso, al menos, le pareció a von Reuentahl.

Alguna reacción química transmutó su odio a asesinato, pero von Reuentahl mantuvo el control. Precisamente porque la emoción era tan feroz, de hecho, empujó contra los límites de su razón e invocó una fuerte reacción represiva.

En una ocasión, von Reuentahl había reprendido al jefe de la Oficina de Seguridad de Salvaguarda Interna, Heidrich Lang, lo suficientemente fuerte como para ganarse su resentimiento. No había visto a Lang como una amenaza, y la vista de su humilde amigo Mittermeier había sido suficiente para que él respondiera con pura ira. Para Mittermeier, von Reuentahl a menudo asumió mayores riesgos de lo que lo haría, y Mittermeier le devolvió el favor.

Pero nada de eso sería posible esta vez. Von Reuentahl sintió la necesidad de armarse. Respondió a los continuos zumbidos de Trünicht con cortesía perfecta, pero abandonó la reunión rápidamente. Inmediatamente después

de esto, convocó al Almirante Bergengrün, su inspector general y segundo al mando en asuntos militares.

“Monitor Trünicht”, dijo von Reuentahl. “Está seguro de que planea algo desagradable”.

Bergengrün frunció ligeramente el ceño. Explicó que no soñaría con desobedecer las órdenes de un superior, pero también vio pocas razones para desperdiciar cualquier esfuerzo en algo como Trünicht.

“En principio estoy de acuerdo con usted”, dijo von Reuentahl. “Pero míralo desde otra perspectiva. Yang Wen-li murió de forma no natural, pero Trünicht no solo está vivo sino que está prosperando”.

Bergengrün consideró esta observación cáustica, pero la aprensión aún llenaba su rostro serio.

“Su Excelencia, esto puede no ser útil, pero ¿podría ofrecer una palabra de advertencia?”

“Adelante. Desde que te convertiste en mi teniente, no recuerdo que hayas ofrecido un solo consejo que no fue útil”.

Bergengrün se inclinó, reconociendo el cumplido.

“Por favor, no te dejes reemplazar por una cifra como Trünicht”, dijo con intensidad. “Apoyas al Imperio Galáctico como vasallo clave de la dinastía Lohengramm, y es mi ferviente deseo que reconozcas la importancia de este papel”.

Una sonrisa llenó los ojos de von Reuentahl, pero era más que medio artificial.

“Es precisamente porque reconozco esto que estoy haciendo que lo vigiles. Pero su advertencia es aceptada con agradecimiento”.

“Lo que me parece desconcertante”, dijo Bergengrün, “es la razón por la

cual el Káiser ha considerado apropiado depositar tanta confianza en Trünicht. Quizás los pensamientos de Su Majestad en este asunto son demasiado profundos para que un hombre común como yo los entienda”.

Lo dudo, pensó von Reuentahl. Para Reinhard, el simple hecho de reconocer la existencia de Trünicht seguramente le hizo sentir efluentes las llanuras fértiles de su psique. El káiser seguramente eliminaría su nombre de la lista de los vivos si fuera posible, pero no serviría para matar a un hombre simplemente porque no le gustaba. Von Reuentahl sintió lo mismo.

La cara dibujada en la mente de von Reuentahl no era el káiser sino su pálido y afilado secretario de defensa, el mariscal Paul von Oberstein. Von Oberstein se dedicó a eliminar todos los impedimentos posibles para el káiser y su imperio. ¿No podría estar esperando que von Reuentahl matara a Trünicht por ellos — y, al hacerlo, darle un pretexto para deshacerse de von Reuentahl también?

“En cualquier caso, Trünicht es el hombre que Su Majestad ha elegido. Cualesquiera que sean sus pecados, no es mi lugar castigarlo por ellos. Vigílelo de cerca, nunca relaje su vigilancia. Dudo que tenga que hacerlo por mucho tiempo”.

Con eso, von Reuentahl envió a su confiable inspector general. Solo en su oficina, el apuesto general pasó una mano por su cabello castaño oscuro y pensó en silencio.

Muchos historiadores han argumentado que Oskar von Reuentahl era, en este momento, el “segundo hombre más poderoso de la galaxia”. Considerando que la autoridad militar en el centro del imperio estaba dividida entre von Oberstein y Mittermeier, von Reuentahl tenía autoridad dictatorial sobre la fuerza única más poderosa de todos los vasallos del imperio, aunque solo sea dentro de los límites de Neue Land. En comparación, von Oberstein no comandaba ninguna fuerza real, mientras que Mittermeier tomó sus órdenes directamente del káiser. ¿En qué dirección, sin embargo, se dirigiría la asombrosa autoridad y poder de von Reuentahl? En esta etapa, la respuesta no estaba clara incluso para el propio von Reuentahl.

CAPÍTULO 02: LAS ÚLTIMAS ROSAS DEL VERANO

I

REINHARD VON LOHENGRAMM, el mayor conquistador de la historia, todavía vivía en un hotel en Phezzan, el planeta que había convertido en la capital de su nuevo imperio.

Era agosto del 2 año del Nuevo Calendario Imperial, y Reinhard tenía 24 años. Cuatro años y siete meses después de suceder al condado de Lohengramm, fue coronado emperador, y más de un año había pasado desde entonces. Los meses y años habían estado llenos de guerras de conquista y demandas de gobierno, y a pesar de su poder, todavía no tenía una residencia permanente.

Había usado el hotel en Phezzan como centro de comando para la Operación Ragnarok en los días previos a convertirse en káiser. Tras su designación oficial como Cuartel General Imperial, se llevaron a cabo algunas renovaciones, pero desde el exterior se parecía a cualquier otro hotel entre primer y segundo grado.

A Reinhard le disgustaba la seguridad excesiva y prefería la simplicidad en su entorno, dejando a sus criados sin otra opción que colocar a los guardias fuera de la vista de su káiser de cabello dorado para proteger su seguridad. Cada vez que el comodoro Günter Kissling, jefe de la Guardia Imperial, recordaba el intento de asesinato del joven barón von Kümmel del recién coronado Reinhard, estallaba en un sudor frío sin importar el clima.

Además, en junio, Yang Wen-li, el enemigo más fuerte, más temido y más respetado del Imperio Galáctico, había sido víctima del terrorismo en su camino hacia una audiencia con el propio Káiser. Ese ataque había sacudido incluso el núcleo del liderazgo del imperio. Por supuesto, hubo quienes bailaron de alegría ante la noticia de la muerte de Yang Wen-li, enemigo oficial de todo el imperio, pero Reinhard y sus oficiales superiores, como el mariscal Mittermeier y el almirante mayor Müller, sintieron la muerte de su enemigo dolorosamente. Para Kissling, por supuesto, también fue un recordatorio puntual de que debe permanecer vigilante para proteger la seguridad personal del káiser.

La oficina de Reinhard estaba en el tercer piso del ala oeste. Para vivir, mantuvo una suite en el piso catorce. Había un ascensor, pero a veces, cuando el estado de ánimo lo golpeaba, subía las escaleras, por lo que había soldados estacionados en cada rellano.

El diseño de la futura residencia imperial, tentativamente llamada Löwenbrunn, había quedado en manos del secretario de obras de Reinhard, Bruno von Silberberg, pero el asesinato de von Silberberg había dejado el trabajo estancado en la etapa de planificación y selección del sitio. El propio Reinhard no tenía un fuerte apego al proyecto. A diferencia del fundador de la dinastía Goldenbaum, el emperador Rudolf, Reinhard no estaba interesado en proyectar poder y autoridad imperial a través de edificios de escala asombrosa.

El reemplazo de Von Silberberg como secretario de obras, Gluck, había instado a Reinhard a repensar su austeridad personal.

“Los hábitos excesivamente abstemios también restringen a los que sirven a su majestad a la frugalidad. Por su bien, si nada más, por favor considere hacer algunos cambios”.

Reinhard había prometido tomar esto bajo aviso. El problema no se le había ocurrido antes; Estaba extrañamente mal informado sobre otros temas además de la política y la guerra. En este caso, había obedecido obedientemente el consejo de Gluck y decidió trasladar su cuartel general al

antiguo hotel estatal en Phezzan, a partir del 1 de septiembre. Su ministro de asuntos internos, el conde Franz von Mariendorf, y de asuntos militares, el mariscal Paul von Oberstein, eran También instruyó a establecer residencias en el planeta, al igual que el mariscal Wolfgang Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, y varias mansiones fueron compradas o arrendadas para este propósito. Von Mariendorf se mudó con su hija Hildegard a la residencia que Nicolas Boltec había utilizado como secretario general interino de Phezzan. A Mittermeier le ofrecieron una mansión palaciega con más de treinta habitaciones que alguna vez pertenecieron a uno de los comerciantes retirados más ricos de Phezzan, pero descubrió que su exceso dorado no era de su agrado, y alquiló una casa de dos pisos a diez minutos a pie de la sede.

El 22 de agosto, Mittermeier fue solo al puerto espacial 2 de Phezzan, sin ayudante ni asistentes, para encontrarse con la llegada de un planeta distante. Finalmente vio a la joven mujer con cabello color crema y ojos violetas. Levantó la mano y se acercó a ella.

“¡Eva!”, Gritó.

“¡Wolf! ¿Cómo estás?”

El almirante de más alto rango en la armada imperial, y uno de los tres mariscales imperiales, acercó a su esposa y la besó por primera vez en casi un año.

“¿Cómo estoy?”, Dijo. “Me temo que después de tanto tiempo sin cocinar, no muy bien. Los estándares de mis papilas gustativas se han reducido drásticamente”.

“Sin embargo, veo que el nivel de tu adulación ha aumentado”.

Los dos salieron del puerto espacial cogidos del brazo. Un observador sin educación podría haberlos confundido con una joven pareja de oficiales de campo o, como máximo, de teniente. Pero algunas de las personas con las

que pasaron se volvieron para mirar con asombro. ¿Podría ser realmente Wolfgang Mittermeier, vasallo principal del imperio que controlaba la mayor parte de la galaxia — si la galaxia fuera un cuerpo humano, el imperio representaría todos menos los últimos pelos — y su esposa Evangeline? Un mariscal imperial de la dinastía Goldenbaum habría sido conducido en un automóvil de lujo, esparciendo a la gente ante él con pitidos y porras, y acompañado por al menos un grupo de asistentes solo de una división. Pero los Mittermeiers simplemente abordaron uno de los muchos, taxis autónomos que deambulaban por las calles. Evangeline tuvo una audiencia con el Kaiser para asistir.

Mittermeier se había casado a los 24 años, la misma edad que Kaiser Reinhard tenía ahora. Pero sobre la persona imperial no había ninguna sugerencia de romance, y mucho menos el matrimonio. Para sus principales vasallos y ayudantes, esto inevitablemente se convirtió en una fuente de molestia leve.

Si Reinhard hubiera sido un filántropo como Oskar von Reuentahl, otro mariscal imperial, su personal habría tenido otros dolores de cabeza. Por su parte, Mittermeier hubiera preferido que el káiser recorriera el camino del medio, llámelo el común — si lo prefiere — de hogar y heredero. Un ciudadano privado podría permanecer soltero o incluso célibe hasta la muerte si esto lo complaciera, pero el gobernante de un estado autocrático tenía dos deberes: el gobierno y la continuación de su línea. No había motivos para criticar a Reinhard con respecto al primero de estos, pero con respecto al segundo, en este momento era un fracaso perfecto. Incluso hubo rumores — tanto si era cierto como si Mittermeier no lo sabía — que el Ministerio del Interior del Palacio había enviado, con la mejor de las intenciones, una serie de bellezas elegantes a su habitación — pero que cada uno de ellas se había quedado solemnemente, esperando afuera de la puerta de esa cámara.

Reinhard recibió a los Mittermeiers en la sede imperial. Su fiebre había vuelto a arder la noche anterior, pero disminuyó a la luz de la mañana, dejándolo lleno de energía para aplicar a las tareas del gobierno.

“Frau Mittermeier”, dijo. “Muchas gracias por venir. Tu esposo es un amigo

firme en el campo de batalla. Me da un inmenso placer tenerlo como mi subordinado”.

“Eres demasiado amable, majestad. La posición de mi esposo bajo su mando es su mayor alegría en la vida”.

El guardaespaldas de Reinhard, Emil von Selle, trajo tres tazas de café con crema. A medida que su rico aroma llenaba la habitación, lo que había comenzado como una conversación algo incómoda pronto fluyó libremente. Reinhard no era un maestro narrador por naturaleza, pero apreciaba el tiempo que pasaba con los Mittermeiers y disfrutaba sus historias sobre cómo se habían conocido y su vida juntos.

¿Y qué tipo de flores se llevó el mariscal Mittermeier con él en esa ocasión?

“Me temo que estoy demasiado avergonzado para decirlo”, dijo Mittermeier con una sonrisa triste. Ahora sabía que, en el lenguaje de las flores, las rosas amarillas no eran la elección adecuada para una propuesta de matrimonio.

Su conversación no fue demasiado larga, y el káiser vio a los Mittermeiers hasta la entrada del Cuartel General Imperial cuando llegó el momento de partir. Excusándose una vez más, caminaron lado a lado de regreso a su nueva residencia.

Mittermeier seguía pensando en su audiencia con el káiser. Mucho de eso había sido de alguna manera inusual.

“Si Su Majestad lo deseara, su vida podría ser un campo de flores”, murmuró. “Que desperdicio.”

“¿Te refieres a la condesa von Mariendorf?”, Preguntó su esposa.

“Y muchos otras, si él quisiera. Pero si estuviera dentro de mi autoridad hacerlo, le recomendaría al káiser que la convirtiera en su emperatriz”.

Tener una mujer tan perspicaz e ingeniosa como la condesa Hildegard “Hilda” von Mariendorf a su lado seguramente sería para beneficio del

káiser. Además, ella era hermosa. Lo suficientemente hermosa como para compararse con el propio Reinhard. ¿Alguna otra mujer cumplió las condiciones para la emperatriz tan bien como ella?

Sin embargo, hasta donde Mittermeier pudo observar, mientras que el káiser reconoció el intelecto de la condesa y la trató con respeto, él no parecía especialmente conmovido por su belleza. Por supuesto, no mostró más interés en su propia buena apariencia, aparentemente viéndolos como solo lo que se esperaba que poseyera. Las fuentes de su orgullo y confianza en sí mismo fueron la sabiduría, el valor y el principio, no la apariencia. Si hubiera sido susceptible a la intoxicación por su propia belleza, ni Mittermeier, ni su querido amigo von Reuentahl, ni ninguno de sus otros hombres se habrían inclinado a confiarle su destino, y mucho menos el futuro de la humanidad a él. Aun así, si carecía de sentimiento en el sentido común, eso era algo a considerar también…

Mittermeier sacudió la cabeza. Quería ser un soldado y nada más. No podía preocuparse ni siquiera por la política, y mucho menos por la vida privada del káiser, o su preocupación no tendría fin.

Él movió su mirada y sonrió mientras señalaba a su esposa su nuevo hogar, de pie en silencio bajo el sol de la tarde.

El verano casi había terminado. La muerte de Yang Wen-li al comienzo de la temporada había conmocionado a toda la galaxia, desde sus hombres más poderosos hasta las masas sin poder. La fuerza invisible que se había infiltrado en sus senos por la noticia finalmente se estaba yendo, dejando atrás una sensación de desolación, como si la edad estuviera llegando a su fin.

II

“Ya sea un autócrata revolucionario o un revolucionario autocrático,

Reinhard von Lohengramm prescindió de la mayoría de las prácticas y tradiciones perversas de la dinastía Goldenbaum, pero una se mostró resistente a cualquier intento de desalojo: la costumbre entre los asesinos de atacar al emperador”.

El incidente del que hablarían los historiadores en estos términos tuvo lugar en la noche del 29 de agosto.

Había llovido hasta el final de la tarde, pero las nubes retrocedieron hacia el horizonte, permitiendo que cada partícula en la atmósfera limpiada captara la luz del sol poniente y tiñe la visión de la población como un escarlata límpido.

El último deber oficial de Reinhard para el día fue su aparición en una ceremonia que marca el final de la construcción del nuevo cementerio para aquellos que cayeron en la batalla. Después de la ceremonia, Reinhard aceptó las expresiones de gratitud de unas pocas familias que habían perdido miembros en la guerra y luego comenzó su paseo real por un pasaje despejado para él a través de una formación de 30,000 soldados.

¡Sieg Kaiser! ¡Sieg Reich!

Los vítores llegaron en oleadas, fervientes y rítmicas, formando paredes de sonido a ambos lados. En los días de la dinastía Goldenbaum, el grito de *¡Sieg Kaiser!* no había sido más que una costumbre preservada por la nobleza. Hoy, fue una expresión concreta del entusiasmo y la lealtad de las tropas.

La condición de Su Majestad parece haber mejorado, pensó el comodoro Kissling, una pequeña antorcha de alivio parpadeaba en sus ojos de topacio. El valiente y leal jefe de la Guardia Imperial lamentó su impotencia ante los problemas de salud del káiser, que evidentemente eran graves. También se enfureció por el desconcierto de la falange de médicos de Reinhard, no seleccionados por su ineptitud, ante las frecuentes fiebres del káiser.

A pesar de todos sus estudios, a pesar de los altos salarios que obtuvieron, habían resultado completamente inútiles.

Sin embargo, cuando no estaba en su cama de enfermo, Reinhard seguía siendo la imagen de la juventud y la vitalidad. Su vigor parecía completamente intacto, hasta el nivel molecular. No hubo absolutamente ninguna indicación externa de debilitamiento debido a la enfermedad.

Con el káiser en este evento había veinticuatro funcionarios en total, incluido el ministro de asuntos internos, el conde von Mariendorf; el ministro de asuntos militares, mariscal von Oberstein; comisionado de policía militar y comandante de las defensas de la capital, almirante mayor Kessler; comandante de flota de la región de Phezzan, almirante mayor Lutz; asesor jefe de la sede central imperial, vicealmirante Hildegard von Mariendorf; ayudante en jefe del káiser Vicealmirante von Streit; asistente secundario del káiser teniente von Rücke; y el guardaespaldas personal de Reinhard, Emil von Selle. Un observador cuidadoso también habría notado a dos médicos en la fiesta. Llevaban uniformes militares, pero no sin torpeza.

El mariscal Mittermeier y los almirantes mayores Müller, Wittenfeld, Wahlen y von Eisenach — los más altos rangos del liderazgo militar — estaban lejos de Phezzan en una misión de reconocimiento de dos semanas, como parte del plan para proteger la nueva capital imperial mediante la construcción de bases militares, en ambos extremos del corredor Phezzan. Como resultado, los que acompañaron a Reinhard en la ceremonia fueron los líderes militares más importantes actualmente en Phezzan. Los responsables de la seguridad estaban en consecuencia tensos. Los oficiales centrales de la guardia personal del káiser se habían visto obligados a conocer de cerca el dolor abdominal que podía provocar una intensa presión psicológica. El segundo al mando del guardia, el coronel Jurgens, era conocido como el “estómago de hierro” a pesar de su apetito mínimo simplemente porque nunca había sentido este dolor.

Y fue el mismo Estómago de Hierro quien primero notó que algo andaba mal. Como explicó algunos días después, “Los otros estaban mirando al káiser, pero yo estaba mirando a los que estaban mirando el káiser”.

Ante un susurro del coronel, Kissling volvió los ojos hacia un hombre de la

multitud. El hombre parecía tener treinta y tantos años y vestía el uniforme de un soldado, pero sus acciones carecían de la disciplina del grupo. Las órdenes de Kissling fueron concisas y al grano.

El aspirante a asesino había adoptado exactamente lo contrario del principio de acción del Estómago de Hierro. Sus ojos, llenos de odio e intenciones asesinas, estaban fijos únicamente en Reinhard, sin ver nada más a su alrededor.

Fue arrestado a unos tres metros de su objetivo. En su persona se encontraron una lata de cerámica de gas de cianuro pulverizable y un cuchillo de bambú pintado con veneno de nicotina. El drama de su arresto se completó casi decepcionantemente rápido, pero la verdadera actuación de este intento de regicidio comenzó después. Mientras los soldados lo agarraban por debajo de los brazos y lo arrastraban lejos, sus muñecas con esposas electromagnéticas, la capacidad de resistir el golpe de una pistola de voltaje, giró la cabeza hacia Reinhard, que miraba fríamente, y gritó: “¡Mocoso dorodo!”

Reinhard se había acostumbrado a escuchar este insulto antes de su ascensión al trono. Para decirlo fue, por supuesto, *lèse-majesté* , pero esto fue solo otra gota de lluvia añadida al vasto estanque que se intentó por regicidio.

Al ver que el hombre estaba a punto de gritar de nuevo, Kissling lo abofeteó lo suficiente como para arriesgarse a dañar los músculos de su cuello. Ante esto, incluso el posible asesino se estremeció.

“¡Miserable impertinente! ¿Eres uno de esos fanáticos de la Iglesia de Terra que solo busca la destrucción del orden?”

“No soy un terraista”, gruñó el hombre, dividiendo los labios goteando sangre y odiando. Su mirada era tan intensa que parecía querer incinerar al apuesto emperador donde estaba parado.

¿Te has olvidado de Westerland? ¿Ya has olvidado la atrocidad que cometiste hace solo tres años?

Westerland La palabra voló como una ballesta sin forma en los oídos de Reinhard para atravesar su corazón. Lo repitió en un murmullo, y por un momento le robó a su rostro su brillo vital. El aspirante a asesino, por el contrario, recuperó su propio vigor y comenzó a enfurecer a su objetivo.

“No eres el káiser, no eres un sabio gobernante. Tu autoridad se basa en el derramamiento de sangre y el engaño, como bien sabes. ¡Usted y el duque von Braunschweig se ocuparon de que mi esposa y mi hijo fueran quemados vivos!”

La mano de Kissling, levantada para golpear una vez más, de repente dudó. Miró al káiser, buscando una decisión u orden, pero el conquistador de cabello dorado solo se levantó y miró como aturdido.

“¡Ven, mátame!” Gritó el hombre. “¡Al igual que tú y von Braunschweig conspiraron para matar a dos millones de civiles inocentes! ¡Niños, bebés que nunca le habían hecho daño, incinerados en su infierno termonuclear! ¡Mátame como los mataste!”

La voz del hombre se convirtió en un grito. Reinhard no respondió. Sus mejillas, tan recientemente enrojecidas por la fiebre, ahora estaban tan pálidas que parecía que el azul hielo de sus ojos se había extendido hacia ellas. Emil se acercó, colocando una mano sobre el káiser para sostenerlo.

“Los vivos podrían haber olvidado Westerland, cegado por su esplendor”, continuó el hombre. “Pero los muertos no olvidarán. ¡Recordarán para siempre por qué fueron incinerados vivos!”
Justo cuando Emil sintió el más leve temblor transmitido desde la forma del káiser, se escuchó otra voz — una voz lo suficientemente fría como para congelar incluso los gritos del presunto asesino. Su dueño era Paul von Oberstein, ministro de asuntos militares. Se interpuso entre Reinhard y su posible asesino como para proteger al káiser de la fuerza de la diatriba.

“Tu odio se basa en premisas falsas. Fui yo quien instó a Su Majestad a permitir tácitamente el ataque termonuclear en Westerland. Debería haber sido tu objetivo, no el káiser. Incluso podrías haber tenido éxito.

Ciertamente, menos personas habrían intercedido”.

La voz de Von Oberstein estaba a la temperatura mínima posible, y completamente resuelta.

“¡Villano!”, Gritó el hombre, pero nada más. Su ira y enemistad parecían perder su dirección y disolverse en turbulencias incoherentes contra una pared invisible de hielo.

“Después de la Atrocidad de Westerland, el duque von Braunschweig perdió por completo el apoyo popular”, continuó von Oberstein. “Con los corazones de la gente volviéndose contra él, las fuerzas aristocráticas confederadas se derrumbaron desde adentro. Como resultado, la rebelión terminó al menos tres meses antes de lo que hubiera sido posible de otra manera”.

Incluso cuando las palabras de von Oberstein enfriaron aún más el aire helado, sus famosos ojos cibernéticos brillaron con calma, iluminando la escena a su alrededor.

“Tres meses más de revuelta habrían agregado al menos diez millones al número de muertos”, dijo von Oberstein. “Solo la revelación, en la coyuntura apropiada, de la verdadera naturaleza del duque y las fuerzas aristocráticas aseguró que esos diez millones de muertes permanecieran en el reino de lo hipotético”.

“¡Eso es lo que siempre dicen los que tienen poder! ‘Para salvar a muchos, debemos sacrificar a unos pocos’ — así es como se justifican. ¿Pero esos ‘pocos’ incluyeron alguna vez a tus padres, tus hermanos y hermanas?” El hombre clavó el talón en la tierra. “¡Eres un asesino, Reinhard! ¡El trono del mocoso dorado flota en un mar de sangre! ¡Recuerda esto, cada segundo de cada día! Los pecados de Von Braunschweig se pagaron con derrota y muerte. Aún vives, pero la factura de tus pecados se vencerá algún día. Hay muchos en la galaxia cuyo alcance se extiende más allá del mío. ¡Llegará un momento, y no muy lejos en el futuro, en el que te arrepentirás de tu desgracia de no ser asesinado por mí!”

“Llévelo al cuartel general de la policía militar por ahora”, ordenó Kessler. “Lo interrogaré personalmente más tarde”.

El géiser de denuncia aparentemente inagotable fue silenciado ya que el presunto regicidio fue invadido por suficiente policía militar como para formar tres divisiones. Cuando lo arrastraron, todo lo que quedó fue la profunda oscuridad de la noche y la procesión imperial. Emil sintió la mano blanca del káiser descansar sobre su cabeza, pero no pareció ser un acto consciente. Los ojos de Reinhard no registraron al niño en absoluto.

“Kessler”, preguntó, “¿cómo juzgará la ley a ese hombre por sus acciones?”

“Cualquier atentado contra la vida del káiser, por infructuoso que sea, se castiga con la muerte”.

“Esa es la ley de la dinastía Goldenbaum, ¿no es así?”

“Si su Majestad. Pero las leyes de la dinastía Lohengramm aún no se han resuelto en esta área, dejándonos otra opción que adherirnos al código anterior…”

Kessler detectó partículas desconocidas en la expresión del joven y brillante gobernante, y guardó silencio. Von Oberstein habló en su lugar, con su habitual compostura inquietante.

“Si es el deseo de Su Majestad salvar el honor del hombre, la ejecución es cómo se puede hacer eso. Que le disparen de inmediato”.

“No. No permitiré su ejecución”.

“Si ofreces perdonarlo, él solo pagará tu misericordia con otro ataque a tu autoridad”.

A pesar de la imagen de Reinhard como genial y sereno, la mirada que le lanzó a Kessler era incierta, incluso suplicante. Pero Kessler también le dio una respuesta indeseable.

“Su Majestad, en este asunto estoy de acuerdo con el ministro. No necesita ser ejecución. Al cautivo se le podría otorgar el derecho a un suicidio honorable”.

“No. Eso no servirá”. Reinhard sacudió la cabeza, el cabello dorado parecía arrojar un polen melancólico en lugar de su luz deslumbrante habitual. “No debe haber más asesinatos para Westerland. ¿Lo entiendes? No debe ser asesinado. ¿Cuando decida su castigo, yo…?

El joven gobernante se desvaneció, lo indistinto de su discurso era un claro testimonio de la indecisión en su corazón. Se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso a su vehículo terrestre. Kessler casi jadeó al verlo. Los hombros del glorioso kaiser se caían…

III

El hemisferio carmesí se elevó en el horizonte del planeta Westerland. Al hincharse rápidamente, se transformó en una espeluznante nube en forma de hongo, aullando con un viento ardiente que se convirtió en una tormenta de fuego que azota la superficie del planeta a setenta metros por segundo. Dos millones de personas —hombres y mujeres, adultos y niños— fueron cremados vivos.

Había pasado tres años — el año 488 del antiguo Calendario Imperial. La atrocidad había sido ordenada por el duque von Braunschweig, pero Reinhard había dejado que sucediera para promover sus objetivos estratégicos. Este acto había dejado profundas grietas en los horizontes psicológicos que había compartido con Siegfried Kircheis.

La primera reacción de Kircheis al enterarse de la verdad fue la pena por su amigo.

“Lord Reinhard, los nobles han hecho algo que nunca deberían haber hecho,

pero tú… has fallado en hacer algo que deberías haber hecho. Me pregunto de quién es el pecado mayor”.

En su suite del piso catorce del Cuartel General Imperial, la mano pálida de Reinhard agarró una botella de vino tinto de 410 años y la inclinó sobre un vaso de cristal. Parecía que no la voluntad sino la emoción controlaban el movimiento de su mano, y el vino rebosaba el vaso y manchaba el mantel de seda blanca con un rojo ominoso. Los ojos azul hielo de Reinhard, más de la mitad bajo el control del alcohol, miraron la vista. Incluso en este estado medio estupefacto, era hermoso, pero en comparación con la imagen de Reinhard que había espoleado a grandes ejércitos a través del mar de estrellas, su magnetismo natural se vio severamente restringido.

El vino le recordaba a un charco de sangre. Una conexión sencilla para hacer, pero en el caso de Reinhard, abrió otra herida. El pelo rojo empapado en sangre roja. El joven pelirrojo que Reinhard había comenzado a evitar después de su diferencia de opinión sobre Westerland, pero que, sin embargo, había dado su propia vida para salvar la de su amigo. Incluso a las puertas de la muerte, no había pronunciado una palabra de protesta o descontento. En cambio, había dicho esto:

“Toma este universo como tuyo”.

Era un juramento escrito en sangre real, y Reinhard lo había cumplido. La dinastía Goldenbaum, Phezzan, la Alianza de Planetas Libres — los había aplastado a todos y se había convertido en el mayor conquistador de la historia. Su juramento se había mantenido, y ahora… y ahora se había enfrentado una vez más con los pecados de su pasado. Al final de la gloria, en el pináculo del poder, ¿qué había ganado para sí mismo? Las grilletes de un criminal, no usadas en lo más mínimo por el paso del tiempo. Los gritos de los niños ardieron vivos. Había pensado que lo había olvidado. Sin embargo, tal como el aspirante a asesino había declarado, los muertos nunca olvidarían la atrocidad que los visitaba.

Otra presencia perturbó la niebla de la intoxicación. Los ojos oscuros de Reinhard inspeccionaron la habitación, deteniéndose donde encontraron una cabeza de cabello rubio oscuro. Su dueña, Hilda, había sido admitida por

Emil Selle, quien estaba parado afuera de la puerta, medio llorando.

Reinhard se rió por lo bajo. “Fraulein von Mariendorf”. Desprovisto de grandeza, su voz rozó la superficie helada del aire. “Es justo como dijo el hombre. Soy un asesino, y además un cobarde”.

“Su Majestad…”

“Podría haber detenido al duque, pero no lo hice. Sí, cometió ese mal por su propia voluntad. Pero dejé que sucediera y acepté todas las ganancias. Sé la verdad — que soy un cobarde. Dejando a un lado el trono del káiser, no soy digno de los vítores que me ofrecen mis hombres”.

Hilda guardó silencio. Al igual que Reinhard, era muy consciente de su propia impotencia. Sacó un pañuelo y limpió el mantel húmedo, junto con la mano y la manga de Reinhard. Reinhard cerró sus labios parejos para detener el flujo de auto-recriminación, pero Hilda escuchó las heridas en su psique crujir.

Había entrado voluntariamente en la habitación, pero no sería fácil atender las heridas del káiser. Un llamamiento a la proporción — “apenas dos millones” — nunca lo haría. Esa era precisamente la lógica del poder que Rudolf von Goldenbaum había empleado. La vida de Reinhard había comenzado en oposición a tales ideas. Encontrar una justificación para sus pecados sería el primer paso en una pendiente resbaladiza hacia la autodeificación y convertirse en un segundo Kaiser Rudolf.

Como Reinhard, y de hecho como Yang en la vida, Hilda no era ni omnipotente ni omnisciente. No tenía confianza en poder ofrecer el salvamento adecuado para sus heridas. Pero, después de secarle la mano, la manga y el mantel, tuvo que pasar a su siguiente acción. Vacilante, abrió la boca para hablar.

“Su Majestad, si ha pecado, creo que ya ha pagado el precio por ello. También creo que esta experiencia sirvió de base para una reforma radical tanto de la política como de la sociedad. Había pecado, y ese pecado fue pagado. Los resultados son lo que queda. Por favor, no te juzgues

demasiado duro. Hay aquellos a quienes sus reformas llegaron como salvación".

El precio del que habló Hilda fue la muerte de Siegfried Kircheis, como Reinhard entendió bien. Sus ojos se oscurecieron aún más, pero el miasma de la bebida se dispersó abruptamente. Observó cómo Hilda doblaba su pañuelo cuidadosamente, se inclinaba y salía de la habitación. Medio levantándose de su silla, se sorprendió incluso a sí mismo cuando habló.

"Fräulein".

"¿Si su Majestad?"

"No quisiera que te fueras. Quédate conmigo."

Hilda no respondió de inmediato. Dudaba de haber escuchado correctamente que se elevaba en su pecho como una marea hinchada, y cuando se elevó más alto que su corazón, supo que ella y el joven emperador habían dado su primer pasó en cierta dirección.

"No creo que pueda soportar estar solo", dijo Reinhard. "No esta noche. Te lo ruego, no me dejes solo".

Una pausa.

"Si su Majestad. Como desées."

¿Era esta la respuesta correcta? Incluso Hilda no lo sabía. Pero sí sabía una cosa: había sido la única que podía dar. Para Reinhard, la situación era diferente. Hilda era, ella lo sabía, pero una gota que colmaba de la desesperación en un mar tormentoso. Pero esta noche, por su bien, ella decidió ser la mejor gota que pudo.

IV

30 de agosto.

Hans Stettelzer, el mayordomo de von Mariendorfs, había estado visiblemente inquieto y ansioso desde la noche anterior. Fräulein Hilda, su orgullo y alegría, no había vuelto a casa esa noche. A las seis de la mañana, él vislumbró su cabello corto y rubio oscuro cuando ella salió de un automóvil terrestre en la puerta principal, y se apresuró a encontrarla.

“¡Fräulein Hilda! ¿Dónde en el cielo has estado?”

“Buenos días, Hans. Se levantó temprano, entiendo”.

Su respuesta solo sembró nuevas semillas de ansiedad en el fiel servidor. Hans conocía a Hilda desde que era una bebé y consideraba su vigor y claridad de pensamiento con orgullo y admiración. La hija de la casa de Mariendorf no era como las hijas protegidas de otras líneas nobles. No malgastaba dinero en vestidos y chales; ella no jugó en el romance con su tutor de piano, ni buscó los escándalos de sus compañeros para fijarlos en un caso de muestra mental.

La única decepción que Hilda le había causado a Hans fue no ser hombre. Como hombre, podría haberse convertido en secretaria de estado o en mariscal imperial; después de todo, de todos los hijos de la aristocracia, ella era la más sagaz e incluso de mal genio. Así lo había pensado Hans, solo para ver a Hilda ascender al puesto de asesora principal del Cuartel General Imperial, mucho más allá de las habilidades de cualquier mediocridad masculina, y luego, casi como una ocurrencia tardía, convertirse también en secretaria de Estado.

Durante la dinastía Goldenbaum, la Casa de Mariendorf había estado lejos del centro de la sociedad aristocrática. Hoy, los descendientes de esa línea una vez simple e indiferente se encontraban en el centro del sistema de autoridad que gobernaba la galaxia. Esto también fue todo lo que hizo Fräulein Hilda.

Y allí estaba ella, no solo volviendo a casa a las seis de la mañana, sino luciendo más distraída de lo que Hans la había visto.

Pero lo que vio Hans no era la verdad. La aparente distracción de Hilda era un pretexto para ocultar el vago sentimiento de vergüenza que le impedía mirarlo a los ojos. Subió las escaleras a su dormitorio, se duchó, se vistió y volvió a desayunar a las siete y media.

Su padre, el conde Franz von Mariendorf, ya estaba en la mesa. Hilda sabía que si ella no rompía rápido con él solo profundizaría su preocupación, pero al tomar su asiento tampoco podía mirarlo a los ojos. Reuniendo todas sus habilidades como actriz, lo saludó y comenzó a forzar la comida a un estómago que no parecía estar hablando del hambre.

De repente, su padre se volvió hacia ella y le dijo: “¿Supongo que anoche estuviste con Su Majestad, Hilda?”

La mente de Hilda pareció resonar con su voz tranquila y calmada. Su cuchara se deslizó de su mano derecha y entró en la sopa con un chapoteo que envió gotas hasta la barbilla.

Hilda sabía desde hace tiempo lo equivocados que estaban al burlarse de su padre, diciendo que le debía su posición actual por completo a ella— que no había nada que lo felicitara personalmente sino la sinceridad. La sabiduría y la perspicacia que informaron su sinceridad podrían no ofrecer mucho en cuanto a espectáculo, pero fueron profundas. El hecho mismo de que nunca había tratado de restringir su desarrollo intelectual, incluso en esa edad temprana cuando las cadenas de la convención noble eran más crueles, hizo que sus verdaderos méritos fueran evidentes para cualquiera que quisiera ver.

“Padre, yo…”

“Entiendo, niña”. Había un toque de soledad en su rostro, pero también una comprensión gentil. “Por lo menos creo que lo hago. No necesitas decirlo en voz alta. Solo deseaba asegurarme”.

“Lo siento, padre”.

Hilda no había hecho nada malo, pero no tenía otras palabras, incluso para su querido padre en ese momento. Era como si sus poderes de expresión hubieran entrado en una época de sequía.

Los pasos afuera del comedor rompieron el silencio entre padre e hija. Hans voló, forma gigantesca temblando.

“¡Señor! Ahí en — el hall de la entrada — un visitante —” Hans jadeó, con un espasmo en el pecho, antes de que finalmente pudiera informar quién había llegado. ¡Cuando abrí la puerta, vi a S-Su Majestad el Kaiser! ¡Su Majestad estaba justo allí! Él desea verlos a los dos”.

Los ojos del conde se dirigieron a su hija. Hilda, talentosa y hermosa asesora principal de Kaiser Reinhard, cuya mente se decía que valía más para el ejército que una flota entera, estaba agarrando el borde del mantel y mirando hacia su sopa, petrificada.

“¿Hilda?”

Después de un momento, ella dijo: “Padre, no puedo soportar”.

“Parece que Su Majestad tiene algo que discutir con usted”.

“Lo siento. Por favor, padre”. Las palabras de Hilda carecían de inteligencia y espíritu.

El conde murmuró para sí mismo cuando se levantó de la mesa y caminó hacia el hall de entrada.

Allí encontró al mayor conquistador de la historia humana esperando pacientemente y acunando un enorme ramo de flores. Rosas en plena floración, rojo, blanco y rosa pálido. Las últimas rosas del verano, sin duda. Cuando Reinhard vio al dueño de la casa, su bello rostro se volvió tan rosado como las flores.

“Su Majestad.”

“Ah — ah. Conde von Mariendorf”.

“Es un honor recibirte en mi humilde vivienda. ¿Puedo preguntar qué trae a Su Majestad aquí esta mañana?”

“El honor es todo mío. Pido disculpas por la hora temprana”.

Si tal expresión puede ser perdonada, el rey de la conquista de cabello dorado parecía sonrojarse de los nervios. Sus ojos brumosos se encontraron con los del conde.

“Para Fräulein von Mariendorf”, dijo, empujándole el ramo.

“Su Majestad es demasiado considerado”, dijo el conde. Aceptó las flores y su torso estaba envuelto en una nube de perfume tan intenso que por un momento no pudo respirar.

“El mariscal Mittermeier me dijo una vez”, dijo Reinhard, “que cuando le pidió a la señora Mittermeier que se casara con él, le trajo un gran ramo de flores”.

“¿De hecho, Su Majestad?” La vaga respuesta del conde desmintió su discernimiento total de por qué el joven emperador estaba aquí. Aun así, pensó el conde, *podría haber elegido un mejor mentor en el arte del cortejo que el Mariscal Mittermeier, de todas las personas.*

“Entonces”, continuó Reinhard, “quería hacer lo mismo, no— me di cuenta de que debía hacer lo mismo. Y entonces me tomé la libertad de elegirlos. ¿Fräulein se preocupan por las flores?”

“No me imagino que no le gusten, Su Majestad”.

Reinhard asintió con la cabeza. Por un momento pareció perdido en un laberinto que se interponía entre él y su objetivo, pero luego pronunció las palabras decisivas: “Conde von Mariendorf, deseo tomar a su hija como mi

emperatriz. ¿Me das permiso para casarte con ella?”

Von Mariendorf reconoció la sinceridad del hombre que estaba delante de él, menos emperador que la juventud poco sofisticada. Tal sinceridad no debía ser despreciada, aunque el conde sí consideró apresurado solicitar la mano de Hilda en matrimonio la misma mañana después de lo que había sucedido entre ellos.

Para von Mariendorf, esta visita fue prueba de algo que había sospechado durante mucho tiempo. Tanto en la esfera militar como en la política, los éxitos de Kaiser Reinhard no tuvieron precedentes en escala e impresionante rapidez. Sin embargo, sus dones eran extremadamente desequilibrados, y en otras áreas, y particularmente en lo que había entre hombres y mujeres, el genio del chico era notablemente ingenuo.

Reinhard volvió a hablar, todavía sonrojado.

“Si Fräulein von Mariendorf lo hubiera hecho — es decir, si las cosas hubieran salido como podrían haberlo hecho, y hubiera eludido la responsabilidad, no sería mejor que los emperadores libertinos de la dinastía Goldenbaum. Yo — no tengo intención de unirme a su número”.

El conde se permitió un suspiro triste que era muy inadecuado para un vasallo ante su señor. Había muchas formas de sentir responsabilidad. El de Reinhard no era diferente al de un joven puntiagudo e idealista.

“ *Mein Kaiser*, la responsabilidad no tiene por qué ser tan pesada. Estoy seguro de que mi hija actuó por su propia voluntad. Ella no es del tipo que usa los eventos de una sola noche como un arma para atrapar a Su Majestad de por vida”.

“Pero…”

“Por hoy, Su Majestad, por favor déjela ser. Parece que todavía no ha ordenado sus propios sentimientos, y me temo que puede hablar o actuar irrespetuosamente. Ella ya disfruta de una posición mucho más alta de lo que podría haberse esperado. Me aseguraré de enviarla al Cuartel General

Imperial cuando las cosas se hayan arreglado”.

Reinhard guardó silencio.

“Perdona mi impertinencia, pero por favor deja las cosas aquí a tu humilde servidor mientras Su Majestad se va”.

Fue menos una conversación entre un emperador brillante y un ministro aburrido que un consejo de un adulto maduro a un joven inexperto.

“Muy bien”, dijo Reinhard. “Lo dejo en tus — en las manos del conde. Pido disculpas no solo por la hora temprana de mi visita, sino también por molestarlo con una solicitud que no puede conceder de inmediato. Volveré en un momento más oportuno. Por favor, perdona mis muchas descortesías”.

Reinhard estaba a punto de dar la vuelta cuando dudó y agregó un comentario final.

“Saluda a Fräulein von Mariendorf…”

El comentario carecía de toda gracia, pero von Mariendorf permitió que su joven señor no hubiera tenido otra forma de decirlo. Observó cómo la espalda de Reinhard retrocedía por el vestíbulo hasta que Kissling, jefe de la guardia personal del káiser, le abrió la puerta y lo siguió.

El conde confió el ramo gigante a Hans y regresó al comedor que todavía olía a rosas. En respuesta a la mirada de Hilda, que era en parte una pregunta y una súplica, dijo: “Probablemente todo sea lo que imaginas, Hilda. Su Majestad dijo que quiere tomarte como su emperatriz”.

Escuchó un jadeo silencioso de su hija.

“Yo… no soy digna de tal honor. ¡Casarme con su majestad! Eso es absurdo”.

“Sea como fuere, *alguien* se convertirá en su consorte algún día”, dijo von

Mariendorf, aunque no con la esperanza de avivar las llamas de la ambición femenina de su hija. Veneraba a Reinhard como káiser, pero sus estándares para un yerno eran diferentes.

“Ya sabes, Hilda”, continuó, “en el siglo XVII, había un rey conocido como la estrella fugaz del norte. Fue coronado a los quince años y pronto fue reconocido como un genio militar. Bajo su gobierno, su pequeño país se defendió contra los vastos ejércitos de sus vecinos. Y, según los informes, no sabía absolutamente nada de las pasiones físicas, ya fueran del sexo opuesto o las suyas, hasta que murió a los treinta años”.

Hilda no dijo nada.

“Los talentos inusuales parecen requerir algún tipo de defecto equivalente en otra área. Me acuerdo de esto cuando miro a Kaiser Reinhard. Aunque supongo que debería alegrarme de que nuestro gobernante no sea un caso atípico en la otra dirección”.

“El káiser no me ama”, dijo Hilda, de repente pero con firmeza. “Incluso yo sé eso. Él buscó mi mano en matrimonio únicamente por un sentido del deber y la obligación, padre”.

“Tal vez sea así. ¿Pero qué hay de ti, Hilda?”

“¿Yo?”

Esto confirmó la sospecha del conde de que la sagacidad de su hija había desarrollado una mella en su borde.

“Me pregunto si no lo amas, sentido infantil del deber y la obligación y todo”.

Padre finalmente me ha preguntado directamente , pensó hija. *Finalmente le pregunté abiertamente*, pensó padre. Era el tipo de pregunta que uno era reacio a hacer — pero también el tipo que, si no se formula, perduraría para siempre como una semilla de arrepentimiento. La rabia y la pena del presunto asesino, cuya esposa e hijos habían sido asesinados sin sentido, al

final, forzó una decisión decisiva sobre tres hombres y mujeres en el corazón del Imperio Galáctico.

Hilda sacudió la cabeza, intentando escapar de las brumas de la fantasía. Ella no tuvo éxito.

“No lo sé”, dijo. “Yo lo respeto. ¿Pero yo, como mujer, lo amo como hombre? No lo sé.”

El conde exhaló un profundo suspiro.

“Veo que Kaiser Reinhard no es el único que quiere molestarme. Querida hija, mi orgullo y alegría, a veces es mejor escuchar tu corazón que tu cabeza. No siempre, pero a veces”.

Al contarle a su hija que se tomara su tiempo para pensar en la confusión que había arrastrado detrás de ella desde la noche anterior, el conde von Mariendorf salió del comedor. Se acomodó en el sillón en un rincón de su biblioteca y miró la chimenea apagada.

“Me pregunto qué tan *bien* se llevaron los dos anoche”, murmuró con una sonrisa triste. No podía recordar un momento en que una propuesta tan seria hubiera estado en equilibrio con una tan cómica.

En lo que respecta a la guerra estatal y la guerra, la galaxia nunca antes había visto gente como Reinhard e Hilda. Pero seguramente había muchas parejas con carreras mucho menos espectaculares que, sin embargo, habían madurado más en su vida privada.

Hablando con su hija, el conde solo había mencionado los defectos de Reinhard, pero en realidad su total falta de deseo físico era una característica que Hilda compartía. Sus intereses siempre se habían inclinado más hacia los estudios y análisis políticos y militares que hacia el romance. Así como la sociedad contiene individuos de lujuria física excesiva, también incluye a aquellos en el otro extremo. Qué suerte que Reinhard e Hilda, ambos en ese extremo, se hayan encontrado de manera segura — incluso si las causas externas habían jugado un papel bastante

importante.

Durante los últimos tres años, la fortuna de la Casa de Mariendorf había sido tomada por un violento remolino. Habían cabalgado las olas con seguridad solo a través del genio de Hilda. Esto era un hecho, y el conde lo reconoció como tal.

Eres una mejor hija de la que merezco, Hilda, pensó. *Pero — por inútil que sea decirlo, si solo te hubieras enamorado de un hombre más promedio, uno menos ambicioso que puedas admirar de cerca, tal vez podría haber vivido una vida más simple más adecuada para mi suerte…*

Ya casi era hora de que el conde comenzara sus deberes como ministro de asuntos interior. Regresó a su dormitorio para vestirse con la ayuda de sus sirvientes. *De alguna manera, pensó, dudo que sea ministro por mucho tiempo.*

V

Reinhard regresó de la residencia von Mariendorf al Cuartel General Imperial, pero ingresó a su oficina sin ánimo de ser un estadista.

Él estaba avergonzado. ¡Qué debilidad había mostrado — él, el emperador de toda la humanidad, el mayor conquistador de la historia! El intelecto de Hilda era incomparable, su voluntad indomable, pero era más joven que él y además una mujer. Reinhard no menospreciaba a las mujeres, pero nunca había imaginado que podría depender de una, con una excepción.

Como el conde von Mariendorf había percibido, como Mittermeier había temido, había una cierta falta dentro de él. “A pesar de la belleza y el poder del káiser, mantuvo un estricto autocontrol, incluso hasta el punto de la abstinencia” — tales evaluaciones históricas fueron erróneas, o al menos excesivas. No fue que Reinhard se impuso la abstinencia. Sus deseos

fisiológicos, aunque no completamente ausentes, eran simplemente muy débiles. Podía tener belleza y poder, pero para codiciar siempre había sido un extraño. Esto era, tal vez, más allá de la comprensión para una persona normal — un hombre de la manada común.

Para aquellos que vivían para los placeres de la carne, así como para aquellos que creían en la sabiduría popular de que los héroes lo hicieron, Reinhard debe haber parecido un personaje desconcertante. Podemos entender aquellos de lujurias más poderosas que las nuestras, pero luchamos para hacerlo cuando nos enfrentamos a alguien cuyos impulsos son más débiles.

Sin embargo, por empobrecidos que fueran los deseos de Reinhard, es cierto que ejerció la autodisciplina para no abusar de su poder en la vida privada.

Alrededor de la época en que había heredado el título de Conde von Lohengramm, las mujeres acudieron en masa a él. Cuando se convirtió en comandante supremo de las Fuerzas Armadas Imperiales y luego en primer ministro imperial, dictador en todo menos en nombre, la nobleza sobreviviente luchó por el derecho de presentarle sus hermanas e hijas. Incluso hubo quienes, al no tener hijas propias, adoptaron hermosas chicas de otras familias específicamente para ofrecer al káiser. Reinhard nunca arrancó una sola flor de esta vertiginosa variedad de bellezas. Un hombre incluso ofreció su propia esposa al káiser, pero esta exhibición despreciable solo provocó la ira y el desprecio de Reinhard.

Desde que perdió a su querido amigo Siegfried Kircheis, Reinhard había permanecido en parte en la esclavitud de ese shock y arrepentimiento. Esto, tal vez, fue lo que arrojó una sombra sobre su corazón y colocó un sello de culpa sobre los deseos de la carne que sentía.

Kircheis había dejado el mundo sin siquiera casarse. Para salvar la vida de Reinhard, él había dado la suya. Solo tenía veintiún años.

Y sin embargo, aquí estoy, vivo únicamente a través de su sacrificio, buscando el matrimonio yo mismo. ¿Se puede perdonar esto? ¿No solo por

los vivos, sino también por los muertos?

Reinhard se sintió atrapado por la sensación de que estaba a punto de cometer un error tan grande que apenas podía expresarse. Pero si no se hiciera responsable de la noche que había pasado con Fräulein von Mariendorf, no sería mejor que los emperadores lujuriosos de la dinastía Goldenbaum, que habían sido despreciados, ridiculizados y finalmente derrocados. El joven káiser no notó el cambio en los ojos del conde von Mariendorf cuando le expresó tales pensamientos. En este punto, su ceguera psicológica solo podría llamarse voluntaria. Por lo menos, era consciente únicamente de cómo otros juzgarían su sinceridad como figura pública.

Se apartó el cabello dorado de la frente y sintió la brisa de finales de verano en su piel. Sus ojos melancólicos eran como vasos de cristal llenos de luz de luna. De su belleza no podía haber dudas, pero no sin una fragilidad inestable. Hasta este día, no se había dado cuenta de lo inmaduro que realmente era. En política, en guerra, fue sabio y magnánimo, capaz de reparar sin problemas la brecha entre sujeto y objeto. Pero cuando se trataba de relaciones románticas, él era exactamente lo contrario.

Fue solo cuando se enfrentó a un gran enemigo que el corazón de Reinhard realmente cantó. Solo él y un puñado de otros sabían esto. Un enemigo con suficiente poder podría impulsar el calor de la pasión de Reinhard. Cuando esto sucedió, Reinhard brilló desde adentro. Pero ya no tenía tales enemigos…

Justo después de las diez en punto, el almirante mayor Kessler, su comisionado de policía militar, llegó con una expresión triste y solemne. El supuesto asesino del káiser, informó, se había suicidado en su celda.

“¿No lo forzaste, espero?”, Preguntó Reinhard, con voz temblorosa cuando la sorpresa volvió a él. Kessler lo negó con firmeza. Y su negación era cierta: no había levantado un dedo para ayudar al hombre a quitarse la vida. Sin embargo, tampoco había hecho ningún esfuerzo para evitar que lo hiciera. Incluso indultado por su propio crimen por el propio Kaiser, Kessler sabía que el hombre no tendría otra opción.

Por su parte, Reinhard sintió lo que no se dijo, pero no pudo criticar a Kessler. El pecado fue su propio fracaso para tomar una decisión. Despidió a Kessler con órdenes de enterrar al hombre en secreto pero con el debido honor. No podía sentir odio por su posible asesino. Nunca había tenido una oportunidad contra el poder de Reinhard.

Si Fräulein von Mariendorf estuviera allí, seguramente ofrecería su consejo. Pero su padre había dejado en claro que ella estaría ausente de sus deberes por el momento. Tampoco Reinhard estaba seguro de qué expresión usar cuando se volvieran a encontrar. Cuando el conde se negó cortésmente a dejar que Reinhard la viera, un fragmento de su mente inconsciente se sacudió con algo parecido al alivio.

"Lo que Kaiser Reinhard buscó de la condesa Hildegard von Mariendorf", escribió un historiador, "fue una realización menos sexual y romántica que un consejo sabio y un consejo atento en asuntos tanto públicos como privados. El káiser estaba libre del terrible prejuicio que podría haber llevado a otra persona a subvalorar su genio por ser mujer…" Sin embargo, incluso esta evaluación, al alabar los logros y el genio de Reinhard como figura pública, ignoró su inmadurez privada.

"Divertir a los niños con cuentos de 'grandes hombres' y 'héroes' es pura estupidez. Es como decirle a un buen ser humano que tome lecciones de un monstruo".

Así, Yang Wen-li había hablado una vez con Julian Mintz, aunque, por supuesto, Reinhard no tenía forma de saberlo. Si lo hubiera sabido, podría haber asentido de acuerdo, aunque con una expresión de amargura poco halagadora. Incluso cuando no incomodaba a nadie más en particular, no había dejado de notar cuán diferente era de la gran mayoría de otras personas.

En cualquier caso, en su vida privada, Reinhard experimentaría cambios importantes este año. Y, para bien o para mal, la naturaleza del gobierno autocrático significa que la vida privada de un gobernante no puede sino afectar al estado y su historia. Sin embargo, antes de estos desarrollos privados, Reinhard y el Imperio Galáctico se enfrentarían al peligro de una

escala y severidad sin precedentes. Las edades posteriores se referirían al año 2 del Nuevo Calendario Imperial como “el año de problemas y conflictos”, y su temporada final aún estaba por llegar.

CAPÍTULO 03: RENTUMBRANDO

I

LOS EVENTOS DEL PRIMER DÍA de septiembre en el planeta Heinessen pasarían a la historia como la Disturbio de la Plaza Nguyen Kim Hua — o simplemente el Incidente del 1 de septiembre.

La inmadurez de Kaiser Reinhard en una faceta de su vida privada puede haber sido expuesta, pero su gobierno no había perdido ni un ápice de su justicia o frescura, y por lo que cualquiera podía ver, continuó recorriendo el camino desde el conquistador épico hasta el gran gobernante, su ritmo ininterrumpido, como figura pública, Reinhard estaba haciendo un uso suficiente de su talento para la construcción política.

A cinco mil años luz de la nueva capital del imperio, Phezzan, el mariscal Oskar von Reuentahl había comenzado su administración del planeta Heinessen, investido con la plena autoridad del káiser como su gobernador general.

La gobernación de Neue Land no podría durar para siempre como una unidad administrativa. Finalmente, como el resto del territorio del antiguo imperio, se gobernaría como cualquier otra región a través del ministerio de asuntos internos, estableciendo una separación de poderes sobre los asuntos políticos y militares. Ese día, la unificación final de la sociedad humana estaría completa.

“El poder y la autoridad de la gobernación de Neue Land fueron tan grandes que desestabilizaron el sistema de gobierno del imperio”, escribió un historiador posterior. “Al nombrar a von Reuentahl para este puesto, su ambición latente salió a la superficie y sembró semillas de conflicto en lo que debería haber sido un suelo pacífico. Debe admitirse que este fue uno de los errores más graves del káiser”.

En ese momento, sin embargo, von Reuentahl era visto universalmente como un administrador capaz y efectivo. Primero, fue comandante en jefe de los 5,226,400 miembros de la Fuerza de Seguridad de Neue Land. Esto le habría permitido imponer un gobierno brutal y militarista, pero en cambio optó por la elasticidad y flexibilidad en su formulación de políticas.

Un ejemplo de los notables instintos políticos de von Reuentahl fue su corrección drástica de ciertos abusos que no se habían abordado en el tiempo de la alianza. Excluir la podredumbre que el *antiguo régimen* había permitido en este planeta más sagrado resultó una excelente oportunidad para que la administración de von Reuentahl convenciera al pueblo de su justicia. Seiscientos políticos de barriles de cerdo y contratistas militares corruptos, que hasta ahora habían quedado impunes a pesar de la denuncia de periodistas y fuerzas antigubernamentales, fueron detenidos en una sola operación.

Dicho en los términos más simples, este tratamiento estaba destinado únicamente a enviar un mensaje. Pero von Reuentahl sabía que lo que era necesario en ese momento no era un progreso lento y constante, sino resultados rápidos. Los sospechosos habían tomado ciertas precauciones contra la posibilidad de una acción oficial —destruir evidencia, armarse con defensas legales y comprar testigos— pero todos se basaban en un sistema republicano democrático y resultaron inútiles. La administración de Von Reuentahl ejerció todo el poder del estado sobre los malhechores, sin mostrar la más mínima preocupación por el procedimiento democrático. Cada investigación, cada interrogatorio fue autorizado por una sola orden con la firma del gobernador general — y, lo que es más, cada uno tuvo éxito. Estos criminales que se habían burlado de la democracia fueron juzgados y castigados por sus actos malvados con autocracia — un giro irónico de los hechos.

Von Reuentahl buscó poner al descubierto ante la ciudadanía el único defecto inevitable de la democracia — su ritmo glacial — para obligar a esa ciudadanía a reconocer el lado positivo del dominio imperial. Inicialmente, parecía tener éxito en esto.

Y luego vino el 1 de septiembre.

El gobierno y el ejército de la Alianza de Planetas Libres se habían disuelto hace mucho tiempo, pero los ex funcionarios y veteranos se habían reunido para organizar un servicio conmemorativo conjunto. Von Reuentahl había otorgado permiso para el evento, pero ni asistió ni envió un mensaje de solidaridad. Tales gestos insinceros no eran de su agrado. Como era de esperar, Job Trünicht también eligió mantenerse alejado. Al final, la mayoría de los doscientos mil asistentes en el día eran ciudadanos comunes sin distinción especial. Incluso los discursos fueron pronunciados por veteranos de rango relativamente bajo.

La ceremonia debería haber terminado pacíficamente. Si los eventos hubieran procedido de acuerdo con los planes del director general de asuntos civiles de Neue Land, Julius Elsheimer, quien había especificado el lugar, lo habría hecho. Pero no todos compartieron el deseo de paz.

Una multitud de doscientas mil personas puede, en virtud del tamaño, volverse hostil al orden y la disciplina. Von Reuentahl había ordenado con éxito a las unidades militares millones de soldados fuertes, pero controlar una multitud era un asunto diferente. Por orden del gobernador general, el almirante Bergengrün había estacionado una guardia de veinte mil soldados armados alrededor de la plaza. Ambos hombres pensaron que esta medida era excesiva, pero los soldados en la plaza no estuvieron completamente de acuerdo.

Pudimos sentir que la multitud se volvía más hostil con cada segundo que pasaba — más de un soldado presente en la escena testificó a este efecto. *Nuestra formación estaba ampliamente espaciada al principio, pero gradualmente nos reunimos en una sola ubicación.*

Mientras los soldados observaban la ceremonia con una vaga sensación de inquietud, comenzaron a surgir gritos de aquí y de allá dentro de la plaza.

"¡Viva el Mariscal Yang!"

"¡Viva la democracia!"

"¡Libertad por siempre!"

Tan apasionados fueron estos aplausos que habrían hecho que Yang Wen-li se encogiera de hombros impotente hacia Julian sin decir una palabra. Pero entre la multitud emocionada, aquellos que podían mantener una racionalidad estricta en la forma en que Yang era una minoría absoluta. El fervor de doscientos mil individuos se fusionó en un solo torrente de sentimientos gigantesco que pronto se expresó en una canción al otro lado de la plaza. Era el himno de la Alianza de Planetas Libres.

Mis amigos, algún día, el opresor que vamos a derrocar,
Y en mundos liberados,
Alzaremos la bandera de la libertad…

El himno había sido compuesto originalmente en protesta contra el despotismo de la dinastía Goldenbaum. Ninguna canción podría haber sido más adecuada para llevar a la multitud a nuevas alturas de pasión.

Desde más allá de la oscuridad de la tiranía,
Con nuestras propias manos, traigamos el amanecer de la libertad…

A medida que la pasión y la intoxicación de la multitud aumentaron, los soldados imperiales a su alrededor intercambiaron miradas inciertas. Tenían un grito embriagador propio: ¡Sieg Kaiser! Sabían lo que era dejar que la pasión se volviera loca, sentir que las lágrimas corrían por sus rostros mientras la energía comunitaria no acompañada por la razón se elevaba y se enfocaba en un solo foco — pero nunca se habían dado cuenta de lo ominoso que podría ser esa cosa para aquellos fuera del grupo.

"¡Viva Yang Wen-li!"

“¡Viva la democracia!”

“¡Abajo los opresores!”

Los gritos comenzaron pequeños, pero se multiplicaron en progresión geométrica hasta que establecieron la atmósfera que sonaba debajo de la cúpula. Los soldados imperiales pidieron orden, silencio, pero ya estaban inquietos y se miraban ansiosos el uno al otro.

Según los registros oficiales, la primera piedra fue arrojada a 1406. A las 1407, los soldados imperiales estaban siendo arrojados por una verdadera lluvia de meteoritos.

“¡Fuera de aquí, perros imperiales!”

“¡Los invasores que se vayan a casa!”

Esta fue la primera expresión pública de hostilidad que las fuerzas imperiales habían visto desde el comienzo de su gobierno directo. Se suponía que los ciudadanos debían resignarse a su destino y aceptar el gobierno de los poderosos. Pero el delgado hielo de la civilidad había ocultado las aguas hirviendo debajo, y con ese hielo a punto de derretirse, los soldados imperiales que estaban encima estaban en peligro de ahogarse.

“¡Ponlos bajo control!”

Los oficiales dieron las órdenes y los soldados hicieron todo lo posible por obedecer, pero cualquier esperanza de controlar la situación había desaparecido. Incluso los soldados armados y entrenados lucharon para defenderse de los alborotadores — como los veían ahora los soldados — cuando cinco o seis saltaron sobre ellos a la vez. Incluso cuando un alborotador caía bajo la culata de un desintegrador imperial, otro atacaba al mismo soldado por detrás, con los dedos frotándose los ojos del soldado.

A 1420, se autorizó el uso de bastones y agentes incapacitantes, pero esto fue solo el reconocimiento ex post facto de un estado de cosas que ya

existía.

La gobernación se resistió a autorizar el uso de armas de fuego durante unos minutos más, pero a las 1424 esa restricción también se rompió. Con un solo destello de un cañón, dos civiles fueron asesinados y cientos de odios encendidos.

“Los alborotadores arrancaron las armas de fuego de las manos de los soldados, poniendo en peligro sus vidas. Autorizando el uso de armas era la única opción. Era una medida válida de defensa propia”.

Esta era la versión oficial de los acontecimientos del ejército imperial. Como una vista parcial de la situación, fue incluso objetiva. Pero en otro lugar se encontraron otros hechos. Los soldados imperiales que se enfrentaban a la furiosa turba, vencidos por una histérica sensación de peligro, habían disparado contra civiles desarmados.

Sonaron gritos. Corrieron a través del rugido abrumador como un viento en contra, llamando al terror reflexivo que, a su vez, provocó ira.

La perturbación se extendió.

A 1519, el incidente quedó formalmente bajo control, con 4.840 ciudadanos muertos. Los heridos sumaban más de cincuenta mil, y la mayoría fueron detenidos. Los disturbios también fueron desastrosos para el lado imperial, con 118 soldados muertos.

“Qué buenos subordinados tengo”, dijo von Reuentahl. “Disparar contra civiles desarmados, qué despliegue de coraje y caballería”.

Su tono cáustico podría haber sido demasiado duro con los subordinados en cuestión. Pero con todos sus esfuerzos en la esfera del gobierno deshechos, no pudo contener su enojo.

“Lo que quiero saber”, continuó, “es quién hizo enojar a la gente lo suficiente como para que esto suceda”.

Su mente aguda había reconocido de inmediato la posibilidad de que los disturbios en la plaza no fueran una protesta contra el imperio en sí, sino un intento de socavar la autoridad de von Reuentahl como gobernador general. Fue una idea extremadamente desagradable entretener, pero no podía ser ignorada. No von Reuentahl mismo negaría que su personalidad fuera del tipo de enemigos.

Sin embargo, incluso si hubiera habido un agitador, los disturbios o malestar no podrían estallar donde no había insatisfacción o enojo para empezar. Para los antiguos ciudadanos de la Alianza de Planetas Libres, la grandeza de Reinhard y las habilidades de von Reuentahl no cambiaron el hecho de que eran invasores, así de simple. El abuso lanzado al imperio por los alborotadores podría haber sido grosero, pero no fue infundado.

"¿El buen gobierno de un invasor no es más que hipocresía, entonces? Supongo que tienen un punto. Pero eso deja la cuestión de cómo tomar las cosas en la mano…"

Von Reuentahl todavía estaba irritablemente lidiando con las complejidades que el motín había dejado a su paso cuando llegó un mensaje para él. Parecía que uno de los hombres arrestados era un conocido suyo.

"¿Sitolet?"

Von Reuentahl frunció el ceño, muy ligeramente. En el pasado, el mariscal Sidney Sitolet había sido un miembro de alto rango de las Fuerzas Armadas de la Alianza, primero como comandante en jefe de su armada espacial y luego como director de la sede operativa conjunta. Sin embargo, hace tres o cuatro años, renunció a su cargo después de la derrota de la alianza en Amritsar. Según los informes, el propio Sitolet se había opuesto al temerario aventurero de la alianza en ese caso, pero como jefe de la jerarquía militar, la responsabilidad final recaía en él.

Von Reuentahl ordenó que le trajeran a Sitolet en su oficina. Cuando llegó el mariscal de mediana edad, no estaba en su asedio. Estaba sucio, su ropa estaba rota y todavía tenía sangre seca en la cara. Pero su espíritu no estaba arqueado, y se levantó a sus seis pies completos y se encontró con la mirada

heterocromática de von Reuentahl directamente.

“Mariscal Sitolet”, dijo von Reuentahl. “¿Debo inferir que fue bajo su liderazgo que la reciente ceremonia conmemorativa terminó en tal tragedia?”

Sitolet no se sacudió por el tono de von Reuentahl. “Solo fui un asistente como cualquier otro”, dijo con calma. “Si la asistencia fue un delito, entonces soy culpable”.

“Admiro tu franqueza. En ese caso, déjame preguntarte esto: ¿sabes quién fue responsable de esa fea escena?”

“Yo no. Pero no podría decírtelo aunque lo supiera”.

Von Reuentahl pensó *que no era la respuesta más original* , pero no estaba decepcionado. Si Sitolet hubiera respondido de la manera opuesta, eso habría sido decepcionante.

“En ese caso, tampoco podemos liberarlo”.

“Si fuera puesto en libertad, solo comenzaría un movimiento en protesta por tu gobierno ilegal — esta vez conmigo mismo a la cabeza. Lo único que lamento es que me dejé arrastrar por la turba”.

“Respeto tu valentía. Pero como representante del káiser, debo proteger el orden público de acuerdo con las leyes de Su Majestad. Te pondré bajo arresto una vez más”.

“Como de hecho debes hacerlo. Esto, para ti, es justicia. Virtud. No siento ninguna animosidad personal en ti en absoluto”.

No había sensación de triunfo en sus palabras. Tranquilo pero distante, el ex líder del ejército de la alianza se dejó llevar. Von Reuentahl observó cómo sus anchos hombros retrocedían hasta que la puerta se cerró detrás de él, luego se volvió hacia su lugarteniente de confianza.

“Bergengrün, ¿crees que una sola muerte podría despertar a cientos de millones de personas?”

Bergengrün supo sin preguntar que la “muerte individual” a la que se refería su superior era la del mago de pelo negro Yang Wen-li.

“Quizás, señor”, dijo. “Pero preferiría no enfrentar tal despertar directamente”.

Von Reuentahl asintió, con los ojos fijos en la puerta.

“Precisamente así. Si tuvieran que montar una rebelión a gran escala, tendríamos que sofocarla por la fuerza de las armas. Combinar ingenio con un poderoso comandante es un honor para un guerrero, pero suprimir un levantamiento popular es un trabajo apropiado solo para perros. Qué perspectiva más miserable”.

Bergengrün miró sorprendido a su superior. De perfil, solo vio el ojo derecho de von Reuentahl, con su negro profundo y límpido.

¿Podría ser que los elementos que acechaban en la psicología de von Reuentahl, sutilmente diferentes de los de su señor el Kaiser, rechazaran la perspectiva de la vida en medio de la paz y la prosperidad? Incluso antes del 1 de septiembre, el éxito de su magistral administración no parecía alegrarlo.

Mariscal Yang, su muerte prematura puede haber sido una bendición para usted. ¿Qué es un guerrero en tiempos de paz sino un perro con correa? ¿Qué le queda sino una vida de tedio, indolencia y decadencia gradual?

Por otro lado, en el monumento a su oponente, Yang Wen-li, se inscribió la siguiente oración:

Los últimos vencedores son aquellos que pueden soportar la indolencia de la paz.

Dejando a un lado la validez de esta afirmación, incluso von Reuentahl

sabía que la “indolencia de la paz” probablemente resultaría insoportable para él. Su número opuesto, el ministro de asuntos militares, el mariscal Paul von Oberstein, aparentemente también lo había observado, presumiblemente con cinismo.

“El mariscal von Reuentahl es un ave de rapiña. No es el tipo de hombre que podría pasar su vida cantando canciones de paz en una jaula”.

Así nos llegan las palabras del ministro, aunque las fuentes difieren en la segunda oración.

Parece que el propio von Reuentahl había sido informado de la evaluación de von Oberstein a través de una ruta u otra. Pero aún no estaba claro cómo respondería.

II

Entre los almirantes de la Armada Imperial, von Reuentahl mantenía el estilo de vida más extravagante y se adaptaba mejor al mismo. Ernest Mecklinger podría superarlo en refinamiento artístico, pero en la naturalidad con la que llevaba su riqueza y posición, von Reuentahl no tenía rival. Era difícil creer que posiblemente podría ser un colega de Fritz Josef Wittenfeld, quien aún daba la impresión de un joven oficial que vivía en el cuartel y probablemente siempre lo haría. (Por supuesto, el desinterés de Wittenfeld por vivir la vida de los *nuevos ricos* podría considerarse una de sus virtudes).

Algunos criticaron los “gustos aristocráticos” de von Reuentahl, pero esto no fue del todo justo. Cómo vivía no era cuestión de gustos. Era la expresión natural de quién era.

Los estudiosos de la vida de Kaiser Reinhard rara vez ocultan su asombro por la simplicidad y sencillez de su vida privada a la luz de su

impresionante apariencia, ambición, habilidad y logros. En todo caso, dirían, fue von Reuentahl quien vivió como la realeza.

La base del estilo de vida de von Reuentahl era la propiedad que había heredado de su difunto padre, pero no se contentó con convertirse en el hijo de otro industrial. En cambio, ingresó a la escuela de oficiales sin depender en absoluto de su herencia. Como militar, pudo dormir incluso en las peores condiciones, como si estuviera dormido en una cama con dosel, y aceptó comida sencilla y trabajo duro sin quejarse. Como resultado, el lujo de su existencia cotidiana no despertó resentimiento entre las tropas.

Hay una leyenda Cuando von Reuentahl estaba en la escuela de oficiales, estudiando el ascenso y la caída de cierto imperio en la antigua Tierra, se encontró con la historia de un ministro que alguna vez confió y que levantó la bandera de la rebelión contra su emperador. El emperador preguntó: *¿Qué agravio te ha vuelto contra mí?* Y el ministro rebelde respondió: *No tengo ninguna queja. Simplemente deseo ser emperador.* Ante esto, el joven heterocromático había murmurado para sí mismo: “Ninguna otra razón para la rebelión podría ser tan justa”.

De ahí la leyenda— aunque no estaba en circulación antes del año 2 del Nuevo Calendario Imperial. Tampoco está claro si alguien estuvo presente para escuchar las palabras de von Reuentahl. En general, parece imprudente colocar demasiada tienda en él.

En cuanto a la visión de Kaiser Reinhard del estilo de vida de von Reuentahl, no tenía intención de imponer la abstinencia a quienes estaban debajo de él simplemente porque sus propios deseos físicos eran muy débiles. La violencia contra las mujeres en el campo de batalla estaba estrictamente prohibida, con los delincuentes castigados severamente y sin piedad, pero esto era para garantizar que se mantuviera la disciplina militar y la confianza general en las fuerzas armadas. Reinhard se abstuvo resueltamente de entrometerse en los asuntos privados de sus almirantes, lo que quizás sea una prueba más de su magnanimidad como gobernante.

Y ciertamente había motivos por los cuales los asuntos privados de von Reuentahl podrían ser atacados. Incluso excluyendo a aquellos que tenían

mala voluntad hacia él, como el Ministro del Interior, Heidrich Lang, no le faltaron críticas. Hubo muchos que sintieron que un almirante de alto rango del Nuevo Imperio Galáctico debería ser de buena conducta y alta moral.

Una vez, durante una reunión en su oficina, el káiser de repente le preguntó a Mittermeier: “Por cierto, ¿sabes el color del amante actual del mariscal von Reuentahl?”

Mittermeier vaciló, pasando las páginas de su memoria. Finalmente ofreció la vaga respuesta: “Creo que ella tenía el pelo negro, *mein Kaiser* “.

“Incorrecto. Rojo brillante. Al parecer, nuestro mariscal sigue monopolizando la flor del imperio”. El káiser se rió alegremente de la expresión de Mittermeier. Había obtenido su información de su guardaespaldas Emil, que había notado una caída de un solo cabello del hombro de von Reuentahl cuando se fue después de un informe sobre el reposicionamiento de las fuerzas en la zona de batalla del Corredor Phezzan.

Mittermeier estaba avergonzado en nombre de su amigo, pero Reinhard solo lo dijo como una broma fugaz, no una acusación de las actividades privadas de von Reuentahl. El káiser no tenía ningún interés en la vida romántica de los demás; Además, como líder, respetaba la individualidad de cada hombre que dirigía.

“¡Imagínese un Wittenfeld sombrío y reticente, un célibe von Reuentahl, un hablador Eisenach, un Mittermeier, un Mecklinger grosero, un Müller autoritario! Todos tienen su propia naturaleza. Si von Reuentahl estuviera violando la ley o engañando a otros, sería un asunto diferente, pero difícilmente podemos poner a un solo participante en una aventura amorosa en el muelle”.

Reinhard que dijo tales cosas ciertamente tenía la magnanimidad necesaria para controlar a sus almirantes. Bajo un gobernante más crítico, que ignoraba la individualidad y juzgaba a los hombres solo de acuerdo con lo cerca que se adhirieron a su ideal, un hombre como Wittenfeld nunca podría haber florecido. Cuando Reinhard había heredado el condado de

Lohengramm, tenía la tendencia de vincular la decepción, la ira y la amonestación directamente, castigando severamente a los subordinados por sus errores. Después de la muerte de Siegfried Kircheis, sin embargo, el arrepentimiento por su intolerancia parecía haberlo conducido al autocontrol. Y, por supuesto, como cuestión práctica, si cada falla fuera castigada severamente, los famosos rangos superiores de la Armada Imperial Galáctica estarían vacíos. Después de todo, prácticamente todos los almirantes de Reinhard habían probado la derrota a manos de Yang Wen-li, al igual que el propio Reinhard.

Como el Kaiser lo vio ahora, sus muchas pérdidas tácticas para el Mago no habían sido completamente sin su lado positivo. Habían servido como campo de entrenamiento para mejorar tanto su magnanimidad como gobernante como su refinamiento como general. Y por milagrosa que hubiera sido la serie de victorias de Yang, nunca había logrado anular la inmensa ventaja estratégica que Reinhard había asegurado sobre la alianza al comienzo de su conflicto. Para el comandante de una armada en lugar de una flota, las tácticas significaban menos que la estrategia, y ganar la batalla palideció además de ganar la guerra. Reinhard lo había sabido intelectualmente, por supuesto, pero su lucha con Yang lo había demostrado en la práctica.

Si la Alianza de Planetas Libres no hubiera tenido a Yang Wen-li de su lado, la victoria de Reinhard habría sido mucho más fácil — tal vez demasiado fácil incluso para aprender de ella. Su conciencia de esto, indistinta como era, fue la razón por la que sintió la muerte de Yang tan intensamente.

“Y pensar — cuando Kircheis murió, pensé que no tenía nada que perder”, murmuró Reinhard. Él mismo se dio cuenta en parte de cuán serias eran las palabras que pronunció, y cuán profundamente conectado con la pureza de su energía vital.

Von Reuentahl no era rival de Yang Wen-li, pero Reinhard calificó altamente su capacidad y habilidad como comandante.

“Si juzgamos basado únicamente en el equilibrio entre intelecto y valor, Oskar von Reuentahl era una presencia singular en ese momento, ya sea

entre amigos o enemigos”— esta fue la evaluación de Ernest Mecklinger de su colega. En opinión de Mecklinger, Yang se había inclinado hacia el lado intelectual, mientras que Wolfgang Mittermeier, por naturaleza, prefería el valor. Incluso el káiser, que seguramente había alcanzado los límites humanos del pensamiento estratégico, se sintió atraído por tácticas ofensivas. Su derrota táctica en la Guerra Vermillion había sido en parte causada por el descuido de sus defensas. Von Reuentahl estaba actualmente sin problemas por ese vicio particular.

III

Después del incidente del 1 de septiembre, se produjeron disturbios menores y actos de sabotaje en toda la Neue Land.

El almirante Bergengrün entregó un informe a su superior en su calidad de inspector general de las fuerzas armadas. “Los disturbios planificados y sistemáticos representan la mitad del total”, dijo. “El resto parece ser casualidad, o incidentes de imitadores”.

“¿Qué tiene que decir nuestro director general de asuntos civiles sobre este disturbio de la paz?”

“El director Elsheimer siente que mientras los viajes y las comunicaciones permanezcan seguros, no hay nada que temer de los disturbios locales, y con suerte se mantendrá en ese nivel”.

“Él ha elegido a un oficial civil. Supongo que nosotros en el ejército deberíamos asegurarnos de que su modesta solicitud sea concedida. Dejo los detalles en tus manos”.

“Sí, su excelencia. Por cierto…”

“¿Qué?”

“Recientemente llegó una carta a la gobernación que creo que deberías leer”.

Von Reuentahl aceptó la misiva de Bergengrün y la escaneó rápidamente antes de levantar la mirada con un brillo irónico en sus ojos desiguales.

“Bueno, bueno”, dijo. “¿Qué tenemos aquí?”

Una hora después, Job Trünicht fue convocado a la oficina del gobernador general. Se encontró con la mirada hostil de von Reuentahl con ecuanimidad, ya estaba bastante acostumbrado.

Sin decir una palabra, von Reuentahl arrojó la carta sobre su escritorio de mármol. Observó la expresión de Trünicht con frialdad cuando el alto consejero comenzó a leer. Cuando Trünicht permaneció inusualmente silencioso después de terminar, von Reuentahl rompió su silencio.

“Una carta bastante interesante, ¿no le parece, alto consejero?”

“Si lo es, Su Excelencia, lo interesante es, lamentablemente, no lo mismo que lo que es verdad”.

“Reuniría un centenar de artículos de interés y seguramente sumarían al menos una verdad, diría yo. Y no hay necesidad de evidencia si aquellos con poder están dispuestos a renunciar a ella. Particularmente en el sistema autocrático de gobierno que usted y sus compañeros desprecian, quiero decir, desprecian”.

La ironía en su voz era abrasadora.

La carta era una denuncia de Trünicht. Alegó que el ex jefe de la alianza estaba detrás de la ola de disturbios que se había extendido por Neue Land desde el 1 de septiembre, que su objetivo era recuperar las riendas del poder y que eventualmente atacaría directamente al gobernador general.

“Por el contrario, el republicanismo democrático en el que depositas tu fe hace que la voluntad de la gente sea concreta— o al menos lo afirma”.

“La gente es una cometa en el viento. Impotentes, por muy altos que puedan elevarse”.

“Seguramente no se merecen tanto desprecio de su parte. ¿No fueron ellos quienes lo hicieron jefe de la alianza y lo apoyaron en esa posición? La ingratitud no te querrá con ellos”.

Con toda honestidad, von Reuentahl despreciaba tanto a Trünicht como a las personas que lo habían colocado en el asiento del poder. No tuvo nada en contra de quienes elogiarían a Ahle Heinessen, padre de la Alianza de Planetas Libres, o los republicanos que habían compartido las tribulaciones de su Marcha más larga. Pero los descendientes de los fundadores de la alianza no habían hecho nada más que vivir de su legado durante doscientos cincuenta años. Finalmente derrotados en la guerra con el imperio, algunos incluso cambiaron de bando para preservar sus cómodos estilos de vida.

Trünicht también estaba en esa última categoría, y no tenía derecho a criticar a la gente tan descaradamente. Y, sin embargo, mientras lo consideraba, von Reuentahl sintió que un desagrado inusual se agitaba dentro de él nuevamente. Había detectado una sinceridad peculiar en el despido de Trünicht de sus partidarios. ¿Podría el hombre realmente no haber sentido nada más que desprecio por ellos todo el tiempo?

En comparación con el Kaiser Reinhard, el “revolucionario que se sentó en un trono de joyas”, la imaginación política de von Reuentahl estaba unos pasos atrás. Podía llevar a cabo las tareas que se le asignaron sin pasar nada por alto, pero era más conocido por su eficiencia que por la creatividad.

Tenía un respeto perfecto por su superior y gobernante como figura pública, pero no había dejado de notar las fallas y debilidades privadas de Reinhard. Por muy inmaduro que sea el káiser en privado, sin embargo, sus logros,

habilidades y valor como figura pública no se pueden negar. Von Reuentahl, al menos, no era ni mezquino ni lo suficientemente injusto para tomar esta línea de crítica.

La evaluación de Ernest Mecklinger sobre von Reuentahl después de su primera reunión es de interés aquí. "En última instancia", escribió Mecklinger, "tuve la impresión de un hombre que nunca estaría satisfecho bajo la autoridad de otro". El único hombre que lo superó fue el propio Kaiser, y von Reuentahl aceptó voluntariamente su posición como vasallo de Reinhard.

En tiempos turbulentos, la relación entre un señor ambicioso y un ministro capaz es a menudo tan peligrosa como conducir un monociclo a lo largo de la espada. La relación de Reinhard y von Reuentahl se ajustó a este patrón, aunque circunstancias especiales también estaban en juego.

A menudo se sugirió en épocas posteriores que si Kircheis hubiera sobrevivido más allá de 488 IC, si hubiera seguido siendo el "segundo hombre del imperio" inequívoco, la tensión entre Reinhard y von Reuentahl podría haber quedado sumergida. Por lo menos, von Reuentahl no habría chocado tan fuertemente con von Oberstein en su calidad de ministro de asuntos militares. Toda especulación, por supuesto, pero debido a que Kircheis murió joven, ya que no atrajo casi ninguna crítica como figura pública o privada, no se pueden negar las ricas posibilidades que puede haber tenido en su futuro y el futuro del imperio mismo.

Después de despedir a Trünicht, von Reuentahl convocó a Bergengrün a su oficina y emitió una serie de órdenes. Lo que más le preocupaba era lo que quedaba de las fuerzas de Yang Wen-li en la Base Iserlohn. Algunas naves imperiales habían intentado una invasión del Corredor Iserlohn, a pesar de la ausencia de órdenes de hacerlo, y von Reuentahl dejó en claro una vez más que esa prisa mal considerada no sería tolerada por los militares.

Sin embargo, el gobernador general no fue tan tonto como para permitir la libre circulación de personas, suministros o información en el corredor mismo. Embotellar y aislar los restos de las fuerzas de Yang Wen-li fue la base natural de la estrategia de la Armada Imperial. El Corredor Iserlohn

podría ser la definición misma de un objetivo difícil para maniobras ofensivas, pero el aislamiento simple fue más fácil de lograr. Al cortar el acceso de la república a la información y los suministros, el imperio aumentaría la presión psicológica sobre sus ciudadanos.

Como resultado, para Julian Mintz y los otros líderes de la República de Iserlohn, la calidad y cantidad de la información que podrían reunir determinaría sus posibilidades de supervivencia.

IV

Julian Mintz también pasó sus días enterrado bajo las tareas y responsabilidades que le habían sido asignadas.

Cada día ordena un poco más sus materiales, preparándose para la eventual redacción de su biografía de Yang Wen-li. El propio Yang no había escrito ninguna obra sustancial antes de su muerte. Si esa muerte no hubiera llegado tan temprano y después de una carrera tan turbulenta, y si la duración de sus años restantes coincidiera con la escala de sus logros juveniles, seguramente habría podido generalizar sus vastas actividades intelectuales en forma escrita. Estas ricas posibilidades, sin embargo, se habían cerrado al final forzado sobre él.

Aun así, había dejado una gran cantidad de recuerdos, aunque fragmentarios. El material cubrió muchos temas: estrategia, táctica, historia, contemporáneos, política y sociedad, té y alcohol. Julian estaba tomando estos pedazos desordenados de pensamiento, discurso y acción, ordenándolos y reconstituyéndolos junto con sus propios comentarios. En los breves momentos en que sus responsabilidades como líder del ejército de Iserlohn no se entrometieron, se sentó en su escritorio y trabajó en su proyecto de transmitir al individuo que Yang Wen-li había sido para las generaciones futuras. No encontró el trabajo solo. Se sentía como hablar con los muertos.

Los fragmentos de verborrea también eran fragmentos de los recuerdos y momentos que habían compuesto los últimos seis años para el propio Julián. Una sola palabra podría reunir un rico fondo en su mente. Y en cada escena, Yang estaba allí. Se hizo más alto y más bajo dependiendo de la ocasión— todos los recuerdos fueron vistos desde la perspectiva de Julian, que había crecido más de un pie más alto desde su primer encuentro, y las escenas no aparecieron en orden cronológico.

“Ciertamente, hay cosas que no se pueden decir con palabras, pero solo se puede decir una vez que se alcanza el límite del habla”.

“Las palabras son como icebergs flotando en el mar de nuestro corazón. Solo una fracción de cada uno es visible, pero a través de ellos percibimos y sentimos las cosas más grandes debajo de la superficie”.

“Usa palabras deliberadamente, Julian. Eso te permite decir más, más exactamente, de lo que puedes con solo silencio”.

Y:

“El juicio correcto depende de la información correcta y el análisis correcto”.

Todas estas cosas le había dicho Yang a Julian.

Tres años antes, cuando los militares de la Alianza se fracturaron después del golpe de estado del Congreso Militar para el Rescate de la República, Yang se vio obligado a luchar contra la poderosa Undécima Flota. Debido a que las dos partes tenían una fuerza bastante pareja, y porque la derrota de Yang habría significado el final de la facción que se opuso al golpe, había buscado al enemigo desesperadamente. Cuando recibió información firme de que la Undécima Flota había dividido sus fuerzas, así como las ubicaciones de cada división individual, había lanzado sus informes al aire con alegría, bailando torpemente y cantando fuera de tono con Julian como compañero. Tal era el valor de la información precisa.

Como resultado, Julian lo buscó en todas las vías que se le ocurrieron, y algunos más sugirieron sus ayudantes. Era solo cuestión de tiempo antes de que hubiera una agitación política y militar en ambos extremos del Corredor Iserlohn. EL Kaiser Reinhard los estaba ignorando mientras construía un nuevo orden galáctico. Pero cuando las grietas comenzaron a mostrarse en la gloriosa armadura de su autoridad, comenzaría la agitación.

Después de hacer esta predicción estratégica, la siguiente tarea de Julian fue encontrar contramedidas — después de todo, no era un historiador de edades posteriores, sino un participante contemporáneo activo. La dificultad era que sus mejores opciones en ese momento no serían necesariamente óptimas a medida que cambiara su situación.

¿Quién podría haber predicho cómo sería la galaxia hoy hace apenas cinco años? En el 795 SE, el Imperio Galáctico de la Dinastía Goldenbaum había estado en guerra interminable con la Alianza de Planetas Libres. Cuando hubo pausas en la lucha, las disputas en Phezzan llenaron los vacíos. Parecía que la situación seguiría lenta y monótonamente para siempre.

Pero incluso el río más tranquilo tiene ocasionalmente cascadas a lo largo de su longitud. ¿Podrían estar yendo por el borde de tal cascada en ese mismo momento? Si es así, la agitación podría llegar incluso antes de lo esperado. Si tan solo el Mariscal Yang hubiera estado vivo, Julian podría haberse sentado y dejarlo capitanear el bote. ¿Era un poco mezquino que Julian extrañase a Yang por un lado y odiara a los que lo habían asesinado por el otro?

Ante este pensamiento, Yang Wen-li habló en un susurro que provenía de un oscuro rincón de los recuerdos de Julian.

“No, Julian, no lo creo. No puedes amar a menos que también puedas odiar. Así es como me parece, de todos modos”.

Él estaba en lo correcto. Yang, la gente en su órbita, el microcosmos que habían creado — ¡cómo Julian los había amado y atesorado! Era inevitable

que odiara a los que habían ensuciado y destrozado lo que amaba.

Del mismo modo, precisamente porque Julian tenía los principios del gobierno democrático republicano en la más alta estima — sin duda en parte debido a la influencia de Yang — detestaba el sistema autocrático que se oponía a ellos. Amar todo era una imposibilidad.

Pero las palabras de Yang no deben interpretarse de manera demasiado amplia. No fueron un estímulo del odio. Simplemente señalaron la contradicción fundamental en tópicos como “el amor lo conquista todo”.

Este lado introspectivo de Julian era claramente parte de su herencia de Yang. El riesgo era que podría socavar su dinamismo emprendedor, o llevarlo de una posición conservadora a una reaccionaria.

Esto fue una fuente de preocupación leve para Alex Caselnes y algunos otros entre los autodenominados “guardianes” de Julian. Pero sus compañeros más jóvenes se burlaron de ellos por preocuparse.

“¿No crees que es por su talento que deberías preocuparte?”, Preguntó Poplin con una sonrisa.

“O podría confundirse con alguna mujer fatal y encontrarse con el desastre”, dijo Attenborough.

No todos en su generación habían reconstruido sus psiques tan bien como estos dos. Un ejemplo fue el teniente comandante Soon “Soul” Soulzzcuaritter, que había luchado valientemente para proteger a Yang de sus asesinos. Cuando se reunió con Julian en el hospital de Iserlohn, apenas pudo forzar sus palabras a través del dolor.

“Sobreviví. Solo…”

La devastación por haber sobrevivido a dos comandantes, Bucock y Yang, había robado la expresión y la voz de Soul de su franqueza anterior y buen humor.

“Tenemos suerte de que lo haya hecho, comandante”, le había dicho Julian. “Tu supervivencia es nuestro único consuelo”.

Julian no podía dejarse hundir en la melancolía solo. Sin embargo, a regañadientes, por mucho que la forma externa precediera a la realidad, como líder del ejército de la República de Iserlohn, tuvo que cumplir con los deberes de su cargo. No podía guiar a la gente en una dirección pesimista. Aunque se maldijo a sí mismo como inadecuado para la tarea, deseó poder salvar el corazón herido de Soul.

No le había mentido a Soul, después de todo. Que alguien hubiera sido rescatado de esa nave, incluso un solo hombre, era un consuelo innegable para Julian, von Schönkopf, Rinz, Machungo y los otros que habían intentado y no habían podido rescatar a Yang.

Tampoco Soul se permitió revolcarse en el dolor para siempre. Tan pronto como pudo caminar de nuevo, encontró una nueva posición bajo el mando de Attenborough.

El único tema de conversación entre los líderes de la República de Iserlohn en estos días fue Job Trünicht.

El mero hecho de que Trünicht permitiera que el Kaiser Reinhard lo ordenara fue suficiente para despertar la sospecha y la desconfianza de Caselnes y von Schönkopf. Attenborough consideró seriamente enviarle una carta a Reinhard advirtiéndole que no confiara en el ex jefe de la alianza.

“Es Trünicht, después de todo”, dijo Attenborough a Julian. “Obviamente no está haciendo nada bueno. No quiero ver al Kaiser asesinado por algún don nadie también”. Él sonrió con pesar. “Aunque supongo que para él nosotros tampoco somos don nadie. De todos modos, sea lo que sea lo que esté planeando ese viejo zorro Trünicht, cualquiera que se enfrente al famoso mariscal von Oberstein tiene su trabajo hecho para ellos”.

V

“La era dorada.”

Julian sintió que finalmente había comenzado a comprender el significado de este término. Si en realidad no lo dijo en voz alta, esto fue menos porque temía el ridículo que porque aplicar la etiqueta en esta etapa tardía parecía innecesario. Solo una vez que una edad había pasado se pudo apreciar su verdadera preciosidad — seguramente una cruel trampa puesta por el Creador en la comprensión y la sensibilidad de la humanidad.

Aun así, no era imposible que una Edad Dorada regresara. Construir algo similar, al menos, era el objetivo hacia el cual se esforzaron Julian y sus colegas.

Vio a Karin más a menudo en estos días, aunque solo hablaban en las mesas del almuerzo o en las oficinas. Si su mentor compartido Poplin escuchara esto, sin duda rugiría de risa.

“¿Vas a trabajar en el *Registro del Mariscal Yang* después del trabajo hoy también?”

“Había planeado hacerlo”.

“¡Eres un encerrado!”

Este fue el juicio de Karin. Más exactamente, era su forma de expresar preocupación, en un tono que otros podrían reservar para emitir un juicio. Julian entendió esto. Más exactamente, sintió como si lo hiciera. Karin era una mujer rica en emociones y no experta en mantenerla bajo control cuando hablaba.

Justo el otro día, Karin se había encontrado con su padre biológico, von Schönkopf, en la pasarela fuera de la sede.

“¿Cómo está hoy, cabo von Kreutzer?”, Preguntó.

“De repente mucho peor”.

Incluso esto podría llamarse progreso — era una respuesta, después de todo. En el pasado, a veces simplemente se volvía y se alejaba en el momento en que lo veía.

“Oh, querida, qué desafortunada. Y debes estar en tan encantador ánimo, también, si eres linda viéndote mala”, fue el tipo de línea cansada con la que von Schönkopf no respondió.

“No es necesario ocultar lo encantado que estás de verme”, dijo en su lugar. “Ambos sabemos la verdad”.

Y con ese pronunciamiento casual, se fue. Karin lo vio irse, sin palabras.

Por mucho que Karin odiara escucharlo, pensó Julian, simplemente no estaba al nivel de von Schönkopf cuando se trataba de actuar. Aparentemente, Karin también reconoció esto, y su actitud hacia von Schönkopf se había suavizado un poco. En todo caso, parecía más irritada por su propia incapacidad para mantener la calma y la compostura a su alrededor.

“Estoy seguro de que Frederica decía la verdad”, Julian una vez la escuchó murmurar. “Pero aún…”

En una reunión sobre el tema de la defensa de base, Julian planteó el tema de Karin con el propio von Schönkopf. No para criticar, sino simplemente para aprender lo que von Schönkopf estaba pensando.

“La opinión del cabo Kreutzer sobre mí es su problema, no el mío”, dijo von Schönkopf. “Si me preguntas sobre mi opinión sobre ella — bueno, ese es *mi* problema”.

“¿Y cuál es su opinión sobre ella, almirante?”

“Nunca me ha gustado una mujer hermosa. Mucho menos uno con espíritu”.

“¿Es ella como su madre de esa manera?”

“¿Qué es esto? ¡Veo que nuestro joven comandante planea expandir sus horizontes!”

Von Schönkopf se rió desagradablemente, pero luego le dio unas palmaditas en el hombro a Julian y le ofreció un comentario sorprendentemente serio.

“En cualquier caso, la hija es mucho más impresionante que la madre en este caso. No hay duda de eso.”

Frederica Greenhill Yang también pasó sus días en medio de una tormenta de trabajo. Ella había hecho lo mismo después de la muerte de su padre. Concentrarse en el deber y la responsabilidad es una forma de dejar a un lado el dolor por el momento presente, y presumiblemente ese efecto psicológico también estaba funcionando en su caso.

“Me pregunto si sería mejor si pudiera beber”, decía ella, y Julian no tenía respuesta. “Es demasiado tarde ahora, por supuesto, pero creo que si Jessica Edwards hubiera estado viva podríamos haber sido buenas amigas”.

Ahora que Frederica la mencionó, Julian se dio cuenta de que Edwards también se había lanzado a la política después de la muerte de su amante. Se estremeció al pensar que Frederica terminara como Edwards. Sacudiendo la cabeza para desterrar las imágenes no deseadas, le preguntó a Frederica si le había dado algún consejo a Karin.

“Solo le dije que el almirante von Schönkopf nunca había sido un cobarde”, dijo Frederica. “Es la verdad, después de todo”.

“Parece haberla afectado profundamente. El cabo von Kreutzer te venera, ya sabes. La escuché decir que quiere ser como tú”.

“¡Oh mi dios! Esperemos que al menos no se trate de cocinar. Tomar a Madam Caselnes como modelo sería una mejor opción para su futuro”.

Frederica sonrió y Julian sintió que los vientos de la primavera se elevaban en su corazón. Cálido y amable, pero que aún contiene partículas invernales que llegaron para quedarse. Y Julian era impotente contra eso.

Más tarde ese día, recibió una llamada telefónica de la propia Sra. Caselnes.

“Voy a invitar a cenar a Frederica y a la hija de del almirante von Schönkopf”, dijo. “Tú también debes venir, Julian. Cuanto más, mejor”.

“Gracias”, dijo Julian, “pero ¿estás segura de que no sería mejor invitar al almirante en lugar de a mí?”

“Los padres tienen sus propias vidas para dirigir de noche. Además, él no es del tipo de tiempo en familia”.

Invitar a Karin y organizar una reunión con su padre solo empeoraría las cosas, explicó la Sra. Caselnes.

Ella podría ser la persona más poderosa en la Base Iserlohn, pensó Julian. Agradecido aceptó su invitación. Ni él ni Frederica habían hecho ningún esfuerzo por cocinar desde la muerte de Yang. Parecía tener poco sentido hacer el esfuerzo cuando comían solos.

Con cuatro Caselneses y tres invitados, la cena fue muy animada. Pero el esposo del mayor corredor de poder de Iserlohn parecía menos que entusiasmado mientras comía. Una vez que terminó la comida y se habían retirado a la sala de estar, dijo: “Muy bien, Julian, dejemos a las charlatanas a sus juegos mientras nosotros los hombres tomamos una copa”. Con una última mirada de despedida a las mujeres, huyó a su biblioteca y salón combinados. Julian lo siguió y, poco después, la señora Caselnes trajo una

bandeja para la pareja de fugitivos, cargada con jamón, queso, hielo, sardinas en aceite y más.

“Chicos, diviértanse aquí”, dijo. “Sin embargo, tengo que preguntarme acerca de un anfitrión que abandona el campo de batalla tan rápido”.

“Era demasiado deslumbrante con la flor de la feminidad de Iserlohn reunida bajo un mismo techo”, dijo Caselnes. “Necesitábamos refugiarnos en un lugar fresco y oscuro”.

“El almirante von Schönkopf o el comandante Poplin pueden salirse con la suya, pero usted, querido, no puede”, dijo la señora Caselnes.

“Pero decir que ocasionalmente uno mantiene las cosas frescas. ¿Verdad, Julian?”

Julian sonrió y se negó a pesar.

Frederica, Karin y las dos señoritas de la casa Caselnes estaban jugando un juego llamado Horsemania. Esto implicó colocar dos pequeñas piezas con forma de caballo en una coctelera y dejarlas caer sobre una estera. La puntuación del jugador dependía de cómo aterrizaran los caballos. Si ambos estuvieran de espaldas, veinte puntos; si uno estaba de pie y el otro de lado, cinco puntos — y así sucesivamente.

El hombre de la casa frunció el ceño ante la risa que salió de la biblioteca. “No sé qué ven en ese juego sin sentido”, dijo, volviendo a llenar el vaso de Julian. “Aunque reconoceré que la risa es mucho mejor que el llanto”.

Julian sintió exactamente lo mismo. Cualquiera sea la razón, Iserlohn se reía de nuevo. Todavía había una posibilidad de regresión, pero la gente se había recuperado del recuerdo del invierno y se movía de la primavera al verano.

VI

¿Existía realmente en ese momento lo que las edades posteriores denominaban “el tallo de la raíz de esa flor venenosa que los hombres llaman conspiración”?

Lo hizo. Pero no estaba en condiciones de revelar públicamente esa existencia o lo que había logrado. Solo una vez que se haya convertido en el poder más fuerte y más grande, o al menos lo suficientemente cerca como para estar seguro de su ventaja, se mostrará por encima del suelo.

Debajo de la superficie de cierto planeta, el Arzobispo de Villiers de la Iglesia de Terra continuó ideando y dirigiendo innumerables planes perversos y sombríos. En sus momentos libres, habló de sus pensamientos a los obispos y sacerdotes de menor rango.

“¿No entiendes por qué matamos a Yang Wen-li y no al Kaiser Reinhard?”

Incluso su voz estaba llena de luz de arrogancia. El exitoso asesinato de Yang había hecho que el poder y la autoridad de De Villiers fueran preeminentes entre los arzobispos.

“Para concentrar el odio y los resentimientos de la gente contra Reinhard, debemos convertirlo en un gobernante más absoluto y finalmente un tirano. Cuando llegue el momento de oponerse a ese tirano, esa oposición debe estar arraigada en la fe en la Iglesia — ¡no en esa grotesca de espíritu que los hombres llaman democracia!”

Desde una perspectiva teocrática, la democracia es de hecho grotesca, siendo un sistema y espíritu basado en múltiples sistemas de valores coexistiendo uno al lado del otro. Además, al usurpar un sistema de poder, siempre es más fácil hacerse cargo de uno que está unificado que uno que está dividido. Mejor también si la gente tiene poca conciencia de sus derechos y está acostumbrada a ser gobernada. La Iglesia de Terra no tenía un brazo de hierro como el que Rudolf von Goldenbaum había usado para derrocar a la Federación Galáctica.

“Las rebeliones de los vasallos de alto rango despiertan la sospecha de un tirano y provocan purgas. Estos perturban a los otros vasallos e invitan a una mayor rebelión. La historia de cualquier dinastía no es más que la repetición de este ciclo, y volveremos esta ley de hierro contra la dinastía Lohengramm”.

De Villiers, al parecer, era a su manera historiador. Las lecciones que aprendió de sus estudios no fueron filosóficas sino prácticas, principalmente relacionadas con la intriga y la conspiración, pero se necesitó una gran inteligencia para acumular tanta información y analizarla en busca de tendencias estadísticas.

“En la antigüedad, cuando el gran imperio de Roma gobernaba sobre nuestra amada Terra, se indujo en un momento de debilidad a hacer de cierto monoteísmo su fe imperial. Esto le permitió controlar la historia y la civilización durante muchos siglos. Deberíamos recordar este incidente y considerarlo una guía”.

Los arrogantes pronunciamientos de De Villiers deben haberlo hecho algunos enemigos entre los arzobispos ancianos, pero cualquiera que pudiera haber hablado se había ido. Por el contrario, eran aduladores los que ahora eran mayoría.

“¿Es por eso que buscas provocar a von Reuentahl a la rebelión, Su Excelencia?”

“Von Reuentahl es uno de los vasallos mejor posicionados de la nueva dinastía, y es rico en experiencia a pesar de su corta edad. Una traición de von Reuentahl sacudiría incluso al Kaiser Reinhard. *¿Quién será el próximo en cambiar?* , se preguntaba, incapaz de controlar sus sospechas sobre sus otros fieles servidores. Todo lo que necesitamos hacer es amplificar esto”.

Otros seguidores hablaron, ofreciendo una visión más pesimista.

“Oskar von Reuentahl es ciertamente un general sobresaliente. Pero, ¿acaso aquellos a quienes manda aceptarán finalmente sus órdenes de izar la bandera de la revuelta contra el káiser?”

“Eso es lo que me preocupa. Incluso si cada uno de los cinco millones de hombres de von Reuentahl le juran lealtad, eso equivale a menos de una quinta parte de las fuerzas del imperio. ¿Cómo podría derrotar al mocoso dorado si ese es el alcance de sus recursos?”

De Villiers se echó a reír. No había necesidad de preocuparse, explicó. Se han tomado medidas.

“Yang Wen-li está muerto. Von Reuentahl también morirá. Al igual que el mocoso dorado que se atreve a llamarse a sí mismo káiser. Sus cuerpos fertilizarán la realización de nuestra justicia”.

Después de eso, toda la sociedad humana se uniría en un vasto imperio donde la religión y la política eran una. En el pasado, cuando la humanidad había estado restringida a la superficie de un solo planeta, un estado similar a este había perdurado durante siglos. Ahora renacería a escala galáctica, con De Villiers como partera. Largos años de paciencia llegarían a su fin y llegaría el tiempo de gloria.

De Villiers se rio una vez más. Era una risa negra — la risa de un hombre que tenía la intención de revertir el curso de la historia a través de sus intrigas.

CAPÍTULO 04: RETOÑAR

I

HILDEGARD VON MARIENDORF, asesora principal del Cuartel General Imperial, volvió a presentarse al servicio el 7 de septiembre.

“Pido disculpas por las molestias causadas por mi ausencia. Espero que pueda ser perdonada, y no permitiré que asuntos personales interfieran con mi trabajo nuevamente”.

Así habló Hilda a su único superior en toda la galaxia. Ese superior, el Kaiser Reinhard, respondió con un gesto incómodo. Sin hablar, sin poder hablar, la despidió de su oficina. La interacción reveló nuevamente la inmadurez que desmentía la magnanimidad de Reinhard como figura pública, pero de hecho Hilda agradeció que hubiera sido breve. Si Reinhard le hablaba, ¿qué podía decir ella en respuesta? Estaría paralizada de vergüenza. ¿Y si se disculpara?

Eso fue solo un sueño, Su Majestad. Por favor, quítelo de la cabeza, como ya lo hice.

¿Una táctica diferente, tal vez?

Soy el sujeto de Su Majestad. Cualesquiera que sean las órdenes que consideres oportunas, obedeceré.

Ninguna respuesta le pareció ideal. Por supuesto, no tenía nada de qué disculparse en primer lugar.

Hilda había vuelto al trabajo simplemente porque ya no podía ignorar sus responsabilidades oficiales. Todavía no había decidido cómo responder a la propuesta de matrimonio del káiser.

¿Renunciar a su puesto como asesora principal? No, una renuncia después de una ausencia seguramente invitaría a la especulación de otros. Al reflexionar, era bastante misterioso que el joven káiser soltero y su joven consejera soltera no fueran ya objeto de rumores. Sin duda fue porque Reinhard parecía tan distante de tales asuntos, mientras que Hilda siempre había mantenido su relación estrictamente profesional, ni siquiera intentaba seducirlo con sus buenas gracias. Pero ahora había aparecido un hecho nuevo. ¿Qué sería de ellos? ¿Qué debería hacer ella? A pesar de su perspicacia, Hilda no había podido encontrar las respuestas después de una semana entera de pensar.

En cuanto al joven y guapo Kaiser, su estado emocional era uno que nunca había experimentado como figura pública y muy raramente como privado: estaba perdido.

Le había propuesto matrimonio a Hilda. Si su reacción hubiera sido inmediata, incluso un rechazo inmediato, él podría haber ordenado sus sentimientos. Pero aún no había recibido ninguna respuesta, dejando su conciencia a la deriva en la superficie de su corazón. Comprendió que su pregunta no había sido del tipo al que podría esperarse una respuesta inmediata. Y todavía.

Y, sin embargo, si algunos pudieran burlarse de la inmadurez de Reinhard en privado, nadie podría negar su diligencia en el desempeño de sus deberes y responsabilidades imperiales. Continuó gobernando con firme razón y juicio. Un observador cínico podría concluir razonablemente que se había entregado a su trabajo para escapar de sus ansiedades privadas, pero aun así merecía crédito por compartimentar esas ansiedades lejos de su administración. Reinhard solo había ignorado una vez en su vida sus obligaciones como figura pública, y eso había sido inmediatamente después de la muerte de Kircheis.

Sin embargo, incluso las vastas responsabilidades de Reinhard como gobernante permitieron el descanso ocasional. En estos momentos se encontró inseguro de qué hacer. Con un aire de distracción, tomaba café u hojeaba tomos aburridos con solo su grosor para recomendarlos. A veces jugaba ajedrez tridimensional con su ayudante Emil o su ayudante secundario von Rücke, o sacaba a los dos a caballo por los terrenos. Habiendo hecho poco tiempo en el pasado para las cosas buenas de la vida, Reinhard tuvo dificultades para cumplir su agenda cuando ni la guerra ni el gobierno estaban en ello. Y, por supuesto, no llenó el espacio con aventuras románticas.

Sus principales ministros estaban inquietos. No solo por la forma en que Reinhard parecía encontrarse en los cabos sueltos en estos días, sino también por la preocupación de que sus fiebres repetidas podrían presagiar una enfermedad más grave.

Su condición parecía menos una enfermedad debilitante que una pequeña masa de nubes que ocasionalmente cruzaba la cara del sol. Sin embargo, en el pasado, la brillante vitalidad de Reinhard no había permitido que ni la más pequeña nube la atenuara. Por esa razón, y porque era una presencia tan insustituible como el sol, sus criados no pudieron evitar preocuparse.

“Quizás el incidente de Westerland fue un shock mayor para Su Majestad de lo que pensamos…”

El comodoro Kissling, jefe de la guardia personal de Reinhard, mantuvo su rostro inexpresivo al escuchar esos rumores. Sabía que Hilda había pasado la noche en las habitaciones privadas del káiser, y que el káiser había visitado la finca Mariendorf temprano a la mañana siguiente con un ramo de flores, pero, naturalmente, nunca habló de estos hechos a nadie. Aunque quizás no sea igual al almirante mayor Ernst von Eisenach, el “comandante silencioso”, Kissling sabía cómo mantener la boca cerrada. Habría guardado los secretos de Reinhard incluso si el káiser hubiera visitado a una mujer diferente cada noche. Su discreción con los labios apretados hasta ahora se había perdido, pero ahora estaba resultando útil al fin. Personalmente, por supuesto, Kissling no vio por qué un hombre de la estatura del káiser no debería ser perdonado a la extraña amante o amoríos.

Reinhard tenía un lado incómodo que era terco casi más allá de la redención. Se lo había propuesto a la condesa; Este fue un hecho inquebrantable. Cualquiera que sea su respuesta, demostraría una falta de integridad para tener relaciones con otras mujeres mientras la espera. Por supuesto, él siempre había visto tales asuntos como más problemas de lo que valían en primer lugar, por lo que se puede objetar que esta charla de integridad era simplemente una forma de justificar su posición actual.

“Algunos insisten en que, debido a que el Kaiser era atractivo, él debe — *debería* — haber sido un playboy”, observó una vez Ernest Mecklinger. “No puedo decir cómo explican la existencia de hombres feos pero libertinos”. Una visión cínica, pero era cierto que pocos habrían adivinado la pobreza de la vida romántica de Reinhard a partir de su evidente belleza y poder.

En cualquier caso, Reinhard no intentó arrancar ninguna otra flor de los jardines disponibles para él.

En un desarrollo que dibujó una sonrisa triste pero comprensiva del conde von Mariendorf, eventualmente se hizo común que Reinhard saliera después de completar sus deberes oficiales del día. Descubrió los mundos del teatro, la música y el arte, en los que nunca antes había mostrado interés. La soledad, al parecer, ahora se sentía como una carga.

Los nuevos intereses del káiser fueron recibidos con menos entusiasmo por los almirantes que presionó para servir como sus compañeros, aunque sus quejas se mantuvieron en privado. El almirante mayor Wittenfeld fue arrastrado a una presentación de ballet clásico en quizás el ejemplo más atroz de despliegue subóptimo. Lutz encontró divertida la situación de Wittenfeld, pero pronto se le ordenó asistir a un recital de poesía, del cual regresó desesperado. Wahlen esperó con temor su turno, pensando seriamente en cómo podría intercambiar lugares con Mecklinger, el “Artista-Almirante”, que fue enviado a los mundos del antiguo imperio y, por lo tanto, no estaba disponible.

“Su Majestad es él mismo una obra maestra. ¿Por qué debería interesarse en

las expresiones más forzadas del impulso artístico? La única relación que los poderosos deberían tener con el mundo del arte es como fuentes de financiación. Su presencia en la audiencia es superflua y sus opiniones innecesarias. Tales cosas solo crían charlatanes, que halagan los gustos de los poderosos mientras afirman ser grandes maestros”.

Esta fue la crítica del mariscal Wolfgang Mittermeier, aunque esta perspectiva desinteresada tal vez solo fue posible porque sus deberes al frente de la Armada Espacial Imperial lo excusaron de las salidas del káiser.

“Si sabes mucho sobre el mundo del arte, acompaña a Su Majestad en nuestro lugar”, se lamentó Müller. “Esta noche voy a soportar algún tipo de concierto de vanguardia que no tengo esperanzas de entender. Incluso una guerra o revuelta sería preferible”.

Esto, por supuesto, no fue una profecía. Pero, en los próximos días, Müller recordaría estas palabras con tristeza.

II

Mientras Reinhard se aplicaba a las tareas de gobernanza, cubría el territorio inexplorado que enfrentaba en su vida privada y arrastraba su almirantazgo a un improvisado “Otoño de Arte”, algo florecía profundamente en los suelos de la conspiración.

Los tallos de la raíz en cuestión se habían deslizado por la galaxia para llegar a las entrañas de Phezzan. Que no hubieran tomado una ruta directa no fue sorprendente. Esta no era una sola raíz; Era una maraña que había alcanzado el mismo sol. Y el misterioso crecimiento era codicioso de alimento.

El Ministro Junior del Interior y el Jefe de la Oficina de Savalguarda de Seguridad Nacional, Heidrich Lang, y el ex landesherr de Phezzan Adrian

Rubinsky estaban en una discusión. Si Oskar von Reuentahl hubiera visto a la pareja, se habría sentido atraído por la necesidad de dispararles en el acto, pero su reunión no fue un asunto público. El lugar era una habitación en una de las muchas casas de seguridad de Rubinsky en la que las muertes de varias personas se habían decidido en el pasado. La iluminación de la habitación brillaba a través del cristal, iluminando tonos clave de verde como un bosque artificial. Los dos conspiradores diferían en apariencia y edad, pero compartían una cosa: desprecio mutuo. Aunque Rubinsky era, tal vez, más consciente de esto que Lang.

Lang se secó la frente con un pañuelo. Esta era una de las muchas formas en que ocultaba su expresión a aquellos con quienes hablaba. Al no permitir que su desprecio llegara a la superficie, Rubinsky continuó explicando.

“Si el káiser no visita la Neue land, será difícil asegurarse de que el mariscal von Reuentahl lance su revuelta. Como estoy seguro de que aprecia, ministro, debemos atraer al mariscal con una oportunidad tan atractiva que nuble su razón”.

“Puede que sea así, pero ¿es prudente preparar circunstancias tan ventajosas para el hombre?”, Respondió Lang. “¿Qué pasa si — qué pasa si comprende — que su revuelta tiene éxito?” No pudo evitar sentir aprensión por esta perspectiva, que debe evitarse a toda costa. Lang no se destacó por su autoevaluación objetiva, pero incluso él sabía que si von Reuentahl se llevaba un regicidio y tomaba el control de la galaxia, Lang sería el primero en ser purgado. Sería a la vez tragedia y farsa.

“No hay que preocuparse”, dijo Rubinsky. “El intento de asesinato en el Kaiser será solo para mostrar. Una actuación. Todo ha sido calibrado con precisión para garantizar que escapará ileso y decidido a atacar a von Reuentahl”.

“¿Estás seguro de eso?”

“¿Te gustaría por escrito?”

Lang respondió con un silencio acusado.

Su objetivo era devorar el suntuoso plato que era el Imperio Galáctico, con su odio hacia von Reuentahl como cuchillo y su codicia por el poder como tenedor. En una época en la que la fuerza militar reinaba supremamente, alcanzar este objetivo no sería posible sin tomar prestada la autoridad y el poder del Kaiser.

Si Reinhard sospechaba de sus leales almirantes y hacía de su gobierno iluminado un reino de terror, Lang ejercería un poder absoluto del káiser como fiscal especial — y ejecutor. La rebelión de von Reuentahl sería una oportunidad imperdible para lograr este estado de cosas.

Después de todo, ¿cómo podría Reinhard mantener su fe en Mittermeier y los demás después de una rebelión, incluso si fue sofocada? Mittermeier era el amigo más cercano de von Reuentahl, y sería el mejor táctico vivo una vez que estuviera muerto. Si Lang pudiera de alguna manera maniobrar a Mittermeier y a von Oberstein en la aniquilación mutua, no quedaría nada para impedirle el poder. Hildegard von Mariendorf era solo una chica, sin poder propio. Su padre era una persona sincera pero sin talento. Y, lejos del campo de batalla, los oficiales superiores de Müller no le preocupaban más que una caja de soldados de juguete.

Pero había ciertas cosas de las que Lang no se daba cuenta.

Primero, que su plan, o más bien fantasía, había sido conjurado y alimentado dentro de su psique por las sutiles maquinaciones de Rubinsky. Segundo, que para Rubinsky no era más que una herramienta, lo suficientemente útil a su manera pero barata, vulgar y completamente desechable. Rubinsky se había ocupado de no permitir que la atención de Lang se centrara en estos hechos.

Si alguien los conocía, no era Lang, sino el ministro de asuntos militares del Imperio Galáctico, el mariscal Paul von Oberstein. Ciertamente, los ojos artificiales de von Oberstein, con sus computadoras ópticas integradas, vieron mucho más que Lang. Sin embargo, igualmente cierto era que incluso von Oberstein no entendía todo lo que veía. Si Lang era una herramienta que Rubinsky usó para avanzar en sus intrigas, también fue una

herramienta que von Oberstein usó con fines políticos. Rubinsky, por supuesto, consideró a ambos como parte de su kit de herramientas. Van Oberstein era su superior y el benefactor que lo había designado para su puesto actual, aunque esto no era ampliamente conocido. Pero el acto más generoso de Van Oberstein como benefactor de Rubinsky aún estaba por llegar — cuando sería el sacrificio que aseguraría el éxito de su protegido.

Tanto Rubinsky como Lang querían que se produjera la rebelión de von Reuentahl, pero sus motivaciones y objetivos eran completamente diferentes. Cuando Lang esperaba un incendio controlado, extinguido según el plan, Rubinsky esperaba provocar un infierno que lo abarcara todo. Rubinsky era consciente de esta brecha entre ellos, pero Lang no. Tenía sus sospechas, pero no había podido confirmarlas. No era más rival para Rubinsky que para von Oberstein. Rubinsky al menos podía burlarse de sí mismo en el espejo. Para Lang, esto era imposible.

Al final, Lang pasaría a la historia como un ministro deshonroso e infiel de la dinastía Lohengramm. No carecía de cualidades redentoras — en casa, era un buen esposo y un padre cariñoso — pero no eran suficientes para evitar las críticas a sus actos como figura pública.

Indudablemente fue la Era de la Ambición lo que más tarde algunos lo etiquetaron. El propio Káiser Reinhard, nacido en un hogar pobre que era noble solo de nombre, se había convertido en almirante de la antigua dinastía cuando aún era un adolescente, y fue coronado emperador cuando tenía poco más de veinte años.

Durante los últimos cinco siglos, la humanidad había sido gobernada por los descendientes de Rudolf von Goldenbaum, algunos ilustrados, otros menos; algunos descendientes directos, otros miembros de ramificaciones. Solo dos hombres en la historia habían derrotado al despotismo de esa línea de sangre: Ahle Heinessen y Reinhard von Lohengramm. Sus métodos y creencias habían diferido, pero ninguno de los nombres de los hombres sería borrado de la historia.

Un original puede inspirar a una legión de imitadores. Incluso el objetivo de Reinhard de gobernar una galaxia unificada se había inspirado en los logros

del Káiser Rudolf. Por supuesto, Reinhard pretendía no imitar a Rudolf, sino superarlo, y a la edad de veinticinco años había tenido mucho éxito.

La escala de los logros de Reinhard llenó de asombro a las multitudes. Lang seguramente estaba entre ellos, pero a diferencia de ellos, no veía al joven y apuesto conquistador como infalible o santo. Un Reinhard infalible no habría dejado morir a Kircheis, o Yang Wen-li lo derrotaría.

Lang tenía la intención de hacer de Reinhard su títere. El primer paso fue despojarlo de sus fieles y capaces vasallos, aislándolo en medio de sospechas y desconfianza. Tan inexorablemente como la fortuna del káiser se hundió, la propia de Lang se elevaría.

III

Fue a fines de agosto cuando comenzaron a circular rumores extraños sobre Phezzan, pero en septiembre estas corrientes subterráneas burbujearon a la superficie y un flujo incesante de historias siniestras llegó a los oídos incluso de los funcionarios imperiales.

“El gobernador general von Reuentahl planea traicionar al káiser”.

“Von Reuentahl sabe que no es rival para el káiser en la batalla, por lo que lo invitará a Heinessen con el pretexto de inspeccionar Neue Land y asesinarlo en el camino”.

“Después de asesinar al káiser, von Reuentahl colocará a Erwin Josef II desaparecido y declarará la restauración de la dinastía Goldenbaum — pero actuará como regente, para que pueda mantener el control del gobierno y el ejército. Y por lo que escuché, no mucho después de eso planea coronarse a sí mismo como el káiser”.

“No, no va a asesinar a Káiser Reinhard. Simplemente va a obligar al káiser

a escribir una declaración de abdicación y retirarse de la vida pública, para que von Reuentahl pueda tomar su lugar”.

“En cualquier caso, el káiser le tiene tanto miedo a von Reuentahl que ni siquiera puede abandonar Phezzan”.

“Escuché que von Reuentahl enviará una invitación a Heinessen para el káiser, pero, por supuesto, el káiser nunca lo aceptará”.

“En todo caso, probablemente recordará a von Reuentahl a Phezzan para interrogarlo”.

Los rumores de rebelión habían girado en torno a von Reuentahl antes, a fines del invierno del mismo año, pero él y Reinhard habían mantenido un diálogo público para asegurarse de que terminaran como eso: rumores. ¿Pero sería posible una resolución amigable esta vez? Ninguno tenía la confianza para hacer tal predicción.

El barón Wenzel von Hassellbag, el gran chambelán de Reinhard, era el cuñado más joven de la vizcondesa Schafhausen, un amigo de la hermana mayor de Reinhard, la archiduquesa von Grünewald. Von Hassellbag había heredado su baronía después de ser adoptado por la familia. No se destacaba por su astucia, pero era cálido, sincero y carente de ambición, lo que lo calificaba perfectamente para su puesto. Como gran chambelán, se esperaba que no solo ayudara al káiser en el ámbito de la gobernanza, sino que también se asegurara de que la vida privada de Su Majestad transcurriera sin problemas — aunque Reinhard vivía tan claramente que su guardaespaldas Emil von Salle generalmente podía manejar esos asuntos solo.

Fue von Hassellbag quien llamó la atención del káiser sobre los rumores que corrían alrededor de Phezzan. No fue un resbalón de la lengua. Von Reuentahl recibió una misiva solicitando que Reinhard visitara el planeta Heinessen, y von Hassellbag lo notó en la mesa de la biblioteca de la nueva residencia de Reinhard y lo llevó personalmente al káiser. Al darse cuenta de la expresión incómoda en el rostro de su gran chambelán, Reinhard lo obligó a explicar. O, al menos, así lo describió von Hassellbag en las

memorias que escribió en sus años crepusculares.

Al día siguiente — el 10 de septiembre — para ser precisos, Reinhard convocó a una reunión de sus principales oficiales de la Armada en la Sede Imperial. Llegaron para encontrarlo ya en un estado de ánimo oscuro, con nubes de tormenta invisibles reunidas en su frente. Informó la invitación de von Reuentahl y declaró su intención de aceptarla.

Sus ojos se posaron en el ministro de asuntos militares, el mariscal von Oberstein, quien dio medio paso adelante. “Confío en Su Majestad, consciente de los rumores peculiares que circulan en la corte y entre la gente. Hasta que se pueda determinar qué verdad, si hay alguna, se esconde detrás de ellos, ¿no sería mejor permanecer en Phezzan?”

“¡Idiota, idiota!” Reinhard estaba visiblemente furioso, sus ojos azul hielo ardían como llamas a través del zafiro. “Von Reuentahl nunca me haría daño. No lo dudo. Tampoco le tengo miedo. ¿Te refieres a abrir una brecha entre mí y un vasallo de confianza por estas mentiras absurdas?”

Los ojos cibernéticos de Von Oberstein brillaron.

“En ese caso, espero que Su Majestad al menos considere viajar con una flota de naves”.

“¿E invitar a más incertidumbre y miedo? ¿Por qué un emperador necesita una flota de naves para viajar dentro de su propio imperio? Si estos comentarios inútiles son lo mejor que puedes ofrecer, guárdalos para ti”.

Reinhard calmó su respiración, luego fijó su mirada en otro asistente.

“Almirante mayor Müller”.

“Si su Majestad.”

“Por la presente, eres nombrado jefe de mi séquito. Comienza los preparativos para nuestra partida”.

“Sí, Su Majestad”. Müller inclinó levemente la cabeza de pelo rubio.

Hubo un breve silencio, y luego otro hombre abrió la boca para hablar: el almirante mayor Kornelias Lutz.

“Su Majestad, ¿podría tener permiso para unirme a su séquito? Mi hermana menor está casada con un oficial civil en la gobernación de Neue Land, y no la he visto en mucho tiempo. Esto me daría la oportunidad de hacerlo”.

Con este ataque desde el flanco, Lutz atravesó con éxito el muro de la fortaleza inexpugnable hasta ahora de Reinhard. Una razón de su éxito fue el hecho de que el cambio oficial de capital y la reestructuración militar que lo acompañaba habían hecho que su puesto temporal como comandante de flota para la región de Phezzan fuera algo discutible. Hasta que recibió una nueva asignación, Lutz estaba efectivamente sin deberes, solo activo como consejero en la Sede Imperial y el Ministerio de Defensa. Dadas las circunstancias, su pedido de acompañar a Reinhard en su viaje fue razonable.

Más tarde, después de haber dejado la presencia del káiser, Wittenfeld se lamentó: “¡Qué decepción! ¿Por qué Su Majestad no me lleva con él?”

Lutz le dirigió una sonrisa, un toque de púrpura en sus ojos azules. “Estoy seguro de que Su Majestad lo tomaría si realmente esperara lidiar con el Mariscal von Reuentahl”, dijo. “Esperemos que este viaje sea pacífico”.

Más desconcertante para Lutz y sus colegas almirantes fue el hecho de que la condesa Hildegard von Mariendorf, generalmente un miembro permanente del lado del káiser, se quedaría atrás.

“Fräulein von Mariendorf no ha estado del todo bien últimamente. La exposición a la deformación sería desaconsejable en su estado debilitado”.

Esta fue la explicación ofrecida por el propio káiser, por lo que sus almirantes la aceptaron. Ahora que lo pensaban, la sagaz condesa tampoco había sido llamada a la reunión de hoy. Entonces esa fue la razón de su reciente serie de ausencias, pensaron.

En verdad, sin embargo, Reinhard tenía otra razón mucho más personal para no llevarla con él. Habían pasado más de diez días desde su noche juntos, y aunque Hilda había reanudado sus deberes en la sede, aún no había respondido a su propuesta.

Nunca antes había sufrido tal indecisión, pero cada vez que lo consideraba, se encontraba miserablemente parada ante la misma pregunta, incapaz de encontrar la respuesta: ¿Casarse con ella le traería felicidad a Reinhard?

Reinhard la llamó a su oficina para informarle de su decisión.

"Fräulein", dijo, adoptando una manera crujientemente profesional. "A finales de este mes, partiré hacia Neue Land".

"Si su Majestad. La noticia me había llegado".

"Debes permanecer en Phezzan".

Una pausa. "Si su Majestad."

"Me gustaría que usaras este tiempo para decidir tu respuesta al asunto que planteé el otro día". El joven káiser evadió la mirada de la condesa, manteniendo sus ojos fijos en su cabello rubio ahumado. "Me refiero a mi propuesta de matrimonio, naturalmente".

Esta aclaración innecesaria fue posiblemente un ejemplo de la inmadurez de Reinhard. Pero también mostró su sinceridad y, en cualquier caso, Hilda se alegró de haberle dado hasta su regreso. Un hombre más impaciente, un hombre que se coloca por encima de los demás en todas las cosas, podría haber exigido su respuesta antes de irse. Reinhard era, después de todo, un gobernante absoluto. Podría haber hecho lo que quisiera, sin tener en cuenta la voluntad de Hilda. La forma en que había elegido actuar hizo que el equilibrio del corazón de Hilda se inclinara más profundamente en cierta dirección.

Como administradora, Hilda había sido tan eficiente como siempre desde

que regresó a la sede imperial, pero su pensamiento creativo había perdido algo de su brillo. Al parecer, su capacidad para concentrarse y mantener su energía mental no había recuperado por completo su nivel anterior.

Hilda era consciente de esto, por lo que no podía discutir con la decisión de Reinhard de dejarla atrás. También había escuchado los rumores sobre von Reuentahl, por supuesto, pero los consideraba una repetición sin inspiración del sinsentido de la primavera. Esta conclusión en sí misma podría constituir evidencia de su intelecto y voluntad temporalmente debilitados. Por otro lado, también confiaba en Müller y los demás en el séquito de Reinhard.

Además, había algo que Hilda misma quería hacer.

“Visitaré a la hermana del káiser — la archiduquesa von Grünewald”.

Esta idea había estado con ella desde su fatídica noche con Reinhard, pero no se le había presentado la oportunidad de ponerla en práctica. La ausencia de Reinhard podría hacerlo posible. Hilda no tenía ninguna objeción a que la hermana de Reinhard supiera toda la situación como lo hacía su padre — de hecho, deseaba que así fuera. Después de todo, Annerose había criado a Reinhard con ternura y cuidado, y conocía todas sus fortalezas y debilidades.

Reinhard había vivido una vida rica en esplendor, pero no en variedad. De hecho, su vida había sido bastante simple. Sus valores eran claros, sus objetivos inequívocos; solo le quedaba mantener los ojos fijos en este último mientras avanzaba.

Una vida simple es inevitable para aquellos que deben dedicar todo su intelecto y habilidad a la tarea de derrotar a un poderoso enemigo. En el caso de Reinhard, el objetivo increíblemente vasto de derrocar a la dinastía Goldenbaum siempre lo había ayudado a encontrar la ruta más corta a través del desierto inexplorado antes que él.

Yang Wen-li, por otro lado, había recorrido un camino intelectual mucho más complicado y sinuoso. Su fe en la democracia nunca había flaqueado,

pero ciertamente había experimentado sus peores abusos, tanto directa como indirectamente.

Siempre había habido una espiral de ambivalencia en la vida, el pensamiento y los valores de Yang. Su carácter aparentemente excéntrico, pero realmente estable y su mentalidad inquebrantable lo habían ayudado a mantener el control.

Al meditar sobre la Atrocidad de Westerland, Reinhard fue, quizás, un gobernante más débil que el “Gigante de acero” que Rudolf von Goldenbaum había sido.

Pero no fue la fuerza en el sentido Rudolfiano lo que Hilda buscó de él.

Reinhard solo tenía una percepción imperfecta de los pensamientos y sentimientos de Hilda. Una vez que hubo dicho lo que había que decir, levantó una mano incómoda e intentó salir primero de la habitación. Cuando su movimiento levantó un susurro de viento, Hilda habló.

“Su Majestad.”

“¿Si?”

“Por favor tenga cuidado.”

El joven emperador miró a su bella consejera como perplejo. Cuando él digirió el significado de sus palabras, casi apareció una sonrisa en su rostro. Él asintió una vez y luego se volvió para irse.

Hilda tenía un simpatizante y asesor en su padre. Dejando a un lado a Yang como un caso especial, ¿quién tenía Reinhard? Ninguno de los que lo habían apoyado de esta manera en el pasado estaban lo suficientemente cerca como para escucharlo llamar ahora. O si lo fueran, no serían visibles para los ojos mortales.

Incluso los leales servidores como Mittermeier y Müller nunca podrían actuar como confidentes de este tipo. La exposición de su inmadurez y

vulnerabilidad a los Mariendorf había sido un resultado inevitable de los acontecimientos, y la perspectiva de acercarse a Mittermeier o Müller para hablar de su vida privada — de permitirles aprender de sus debilidades — solo era inquietante.

IV

En cuanto a Mittermeier, estaba demasiado ocupado con sus múltiples puestos clave en el ejército como voluntario para el séquito del káiser como Lutz, pero invitó a Müller a su oficina y lo asaltó al respecto, desde los contornos más amplios hasta los detalles más pequeños. Müller era solo dos años más joven que él, y confiaba en su amigo y compañero profundamente.

"Creo que sé lo que te preocupa", dijo Mittermeier. "En junio, Yang Wen-li fue asesinado mientras viajaba para encontrarse con el káiser. Temes que esta tragedia se repita".

"Sí." Müller asintió con la cabeza, con un toque de ansiedad en sus ojos color arena. Aquellos que saborearon el éxito siempre buscaron recrearlo; Así era simplemente cómo funcionaba la mente humana. "Hubiera preferido que el káiser permaneciera en Phezzan, pero con la situación como está, una cancelación solo alentaría peores imaginaciones entre la gente".

"Bien dicho. ¡Aun así, el oficio de todo esto!"

Con los rumores circulando de que el káiser tenía miedo de abandonar la capital para no ser víctima de la rebelión de von Reuentahl, la personalidad de Reinhard garantizó que se negaría a permanecer en un lugar seguro. Esto, a su vez, probaría que otros rumores son ciertos. Era una trampa diseñada para arrastrarlo a Neue Land sin importar cómo respondiera. Una trampa simple, efectiva y completamente descarada. Mittermeier se

estremeció.

¿Se había preparado esta conspiración desde que se reveló la relación de von Reuentahl con la hija del duque Lichtenlade, unos seis meses antes? Si es así, ¿estaba la desagradable comadreja Heidrich Lang tirando de los hilos?

Esto parecía poco probable. Dejando a un lado el dominio de la intriga de Lang, a Mittermeier no le parecía del tipo que pudiera organizar y ejecutar algo a esta escala. Parecía más probable que el propio Lang estuviera bajo la influencia de otra figura aún más astuta. No pasaría mucho tiempo antes de que esta sospecha se demostrara correcta.

“Dicho eso”, continuó Mittermeier, “estos conspiradores no pueden tener mucho en cuanto a capacidad militar. Si el káiser viaja con cincuenta o cien naves, esto debería ser suficiente para disuadirlos sin agravar a von Reuentahl”.

“Cierto. Pero si Su Majestad estará de acuerdo incluso con eso…”

“Déjame hacer la solicitud. Estoy seguro de que aprobará una fuerza de ese tamaño”.

Los dos jóvenes almirantes compartieron una sonrisa triste. La obstinación y el orgullo del káiser podrían ser irritantes, pero también estaban entre las razones por las que lo amaban.

“Por cierto, ¿el ministro de asuntos militares ha ofrecido más opiniones sobre todo esto?”, Preguntó Mittermeier, con un brillo irónico en sus vivos ojos grises. Todos sabían que von Oberstein vio la invitación de von Reuentahl con recelo, y cuando el tema de conversación se dirigió al ministro, los sentimientos de Mittermeier se expresaron directamente en su fisiología.

Si von Reuentahl se rebela, reunirá sus fuerzas para un ataque frontal decisivo. No es del tipo que usa la intriga y el engaño para acercarse lo suficiente al káiser como para apuñalarlo por la espalda — a diferencia de

algunos que podría mencionar.

Pero Mittermeier no podía decir esto, por mucho que quisiera. Demasiado estaba en juego. Un rango más alto no siempre era una licencia para decir lo que uno piensa.

“Hasta donde yo sé, el ministro no ha dicho nada más desde la reunión original”, dijo Müller. “Tampoco está su nombre en la lista de comitiva”.

“Es bueno escucharlo”.

Mittermeier no quería que von Oberstein acompañara a Reinhard a Neue Land, por supuesto, pero esto no fue por animosidad personal. Fue porque sabía que había una repulsión magnética entre von Oberstein y von Reuentahl, mucho más aguda y profunda que sus manifestaciones superficiales. Le parecía demasiado probable que la sola presencia de von Oberstein pudiera agravar a von Reuentahl precisamente de la manera incorrecta.

Si von Oberstein hubiera sido el tipo de hombre que prioriza la autoconservación, no buscaría acompañar al káiser en una misión como esta en primer lugar. Pero incluso Mittermeier tuvo que admitir que el ministro no estaba contento por naturaleza para proteger sus propios intereses y seguridad. Un objetivo que consideraba importante podría llevarlo a actuar de maneras inesperadas, incluso a su propio costo. Mittermeier no pudo evitar sentirse incómodo ante esta perspectiva — por el bien de von Reuentahl, por supuesto, no por el de von Oberstein.

En ese momento, había aspectos de la conspiración que se desarrollaba que Mittermeier simplemente no veía. Esto se debía a que siempre se había esforzado por vivir una vida libre de intrigas y artilugios, y en gran medida había tenido éxito.

De hecho, en ese punto, comprender el alcance total de la red de intriga que el liderazgo de la Iglesia de Terra había tejido en la galaxia habría sido una hazaña de conocimiento casi sobrenatural. Ningún ser humano está en condiciones de atacar a Mittermeier por sus limitaciones en esa área.

Sin embargo, incluso sin ningún talento para la conspiración, el juicio de Mittermeier como funcionario estatal de alto rango le reveló el peligro esencial de la situación. Si los rumores de rebelión resultaran ciertos, incluso después de que se aplastara, la desconfianza mutua permanecería entre el káiser y sus funcionarios. El primero pensaría: *Incluso von Reuentahl me traicionó — ¿quién será el próximo?* el último, *incluso von Reuentahl fue purgado — ¿quién será el próximo?* Una cadena interminable de purgas y revueltas sería el resultado inevitable.

“No importa”, dijo Mittermeier. “Cualesquiera que sean las opiniones del ministro, tengo mi propia forma de hacer las cosas. Concentraré las fuerzas de la armada espacial en los sectores alrededor de Schattenberg”.

Schattenberg, que significaba “Ciudad de las Sombras”, era el nombre de una fortaleza programada para construcción en el antiguo territorio de la alianza, en el extremo Neue Land del Corredor Phezzan. No se compararía con la Fortaleza de Iserlohn, pero bloquearía la entrada al corredor y jugaría un papel importante no solo en la defensa de la nueva capital imperial sino como base para salidas, suministros y comunicaciones.

Por cierto, la fortaleza que se construiría en el otro extremo del Corredor Phezzan, en territorio imperial, se llamaría Drei Großadmiralsburg. Este nombre significaba “Ciudad de los Tres Mariscales” y conmemoraba a los tres mariscales imperiales de la dinastía Lohengramm que ya habían caído en la batalla — Kircheis, Fahrenheit y Steinmetz.

“Si alguien más muere, ¿van a cambiarle el nombre a Führ Großadmiralsburg?”, Fue el chiste de Wittenfeld, tan divertido que solo provocó muecas de sus amigos — pero, en cualquier caso, la construcción de estas dos nuevas fortalezas tendría una gran importancia para la continuación. existencia y expansión de la incipiente dinastía de Reinhard y de hecho imperio, cuyas dos mitades estaban conectadas por el Corredor Phezzan. La gran visión del káiser de la unidad galáctica se realizaba constantemente en esfuerzos prácticos como estos, Mittermeier, en su calidad de líder militar, era responsable de supervisar y dirigir el proyecto, lo que era otra razón por la que no podía unirse al séquito del káiser.

Era una nueva era. Mittermeier se estaba adaptando a sus nuevos deberes y estaba teniendo éxito al enfrentar los nuevos desafíos que se le presentaban. Era el general más valiente de la Armada Galáctica, pero además era más. Oskar von Reuentahl, entre otros, calificó su flexibilidad y su amplitud mental, aunque él mismo no lo sabía. Reinhard, por supuesto, también vio este lado de Mittermeier, razón por la cual siempre le había encomendado al Lobo de Gale tareas tan importantes.

Si las relaciones entre Reinhard y sus funcionarios realmente cayeran en un ciclo de purga y rebelión, pensó Mittermeier, ¿por qué habrían arriesgado sus vidas para derrocar a la dinastía Goldenbaum y aplastar la Alianza de Planetas Libres? ¿Para qué habría servido el rastro de derramamiento de sangre que habían dejado en toda la galaxia? La dinastía Lohengramm había traído paz y unidad a la galaxia, y estableció un gobierno más progresista y justo en al menos la mitad. Un error podría manchar esos deslumbrantes logros el rojo oscuro de un reino de terror en un desarrollo que las edades posteriores verían con desprecio y burla.

Eso no se puede permitir que suceda. El káiser tendría que mostrar una mentalidad amplia, y von Reuentahl tendría que ejercer autocontrol.

“Almirante Müller, pongo la vida de Su Majestad en sus manos. Asegúrese de que usted y Lutz trabajen juntos para llevarlo a salvo a casa a Phezzan”.

“No escatimaré ningún esfuerzo. Pero ahora, ¿seguramente no crees que algo va a pasar realmente? ”

La sonrisa relajada de Müller supuestamente fue un intento de tranquilizar al amigo que amaba y respetaba que todo estaría bien. Cuando los dos hombres se dieron la mano, Mittermeier rezó para que Müller tuviera razón.

V

“Por más diabólica que haya sido la conspiración de la que resultó, los brotes de rebelión solo pueden crecer en un suelo fértil. Debemos concluir que ya había suficiente distancia entre el Káiser y von Reuentahl para que los conspiradores trabajen con ellos”.

Aunque de tendencia bastante materialista, la crítica histórica de esta naturaleza es al menos en parte correcta.

Reinhard siempre había planeado recorrer Neue Land una vez que terminara la guerra. Precisamente porque era una nueva incorporación al imperio, tendría que aprovechar todas las oportunidades para demostrar su dignidad y benevolencia a sus súbditos, incluso creando más oportunidades para hacerlo si fuera necesario. Como resultado, no era sospechoso en sí mismo que von Reuentahl debería invitarlo allí.

Para von Reuentahl, la situación era más complicada. Justo antes de enviar la invitación, las antenas que había dejado en Phezzan transmitieron a sus oídos un rumor peculiar:

“Su Majestad el Káiser sigue preocupado por frecuentes brotes de fiebre inexplicable. Peor aún, el ministro von Oberstein y el ministro junior Lang se están aprovechando de la enfermedad del káiser y se vuelven más despóticos cada día. Von Oberstein se comporta más como un primer ministro, y Lang trata su ministerio como una posesión personal, para consternación de la gente. Además, Lang guarda tanto rencor contra von Reuentahl que lo calumnia en cada oportunidad, pidiendo sin cesar al káiser que lo llame a Phezzan y lo purgue. Lo peor de todo es que afirma que von Reuentahl quiere invitar al káiser a Neue Land y asesinarlo allí…”

El hecho de que Lang mismo fuera la fuente de esta información fue parte de la trama de la trama. Von Reuentahl fue capaz de realizar una observación estratégica completamente no sentimental, pero no se dio cuenta de que las exageraciones y fabricaciones de Lang eran específicamente para el beneficio de von Reuentahl. Debido a que él era por naturaleza un gobernante, pensó que la rebelión era puramente negativa

para aquellos en el poder. La idea de incitar una revuelta destinada a ser reprimida le era ajena. Tenía confianza en sus habilidades como líder militar, y estaba alarmado por esta amenaza a la relación de confianza entre él y el káiser.

Su visión de Lang también estaba teñida de ideas preconcebidas. No creía que Lang realmente respetara al káiser, y sospechaba que tenía intenciones maliciosas hacia el propio von Reuentahl. No ayudó que estas preconcepciones fueran ciertas. El resultado de todo esto fue que fue engañado por las intrigas de Lang.

“Su Majestad no es del tipo que se desvía por un sicofante sin valor como Lang”, se dijo. “Seguramente recuerda que solo esta primavera Lang intentó capturarme en esa trampa miserable— y falló miserablemente”.

Aun así, un grado de inquietud se quedó con él. Llamó a su amigo cercano Bergengrün, inspector general de las fuerzas armadas, y le preguntó qué opinaba de los rumores que circulaban sobre la nueva capital imperial.

“Estoy de acuerdo en que es poco probable que nuestro káiser se sienta conmovido por la adulación de Lang”, dijo Bergengrün. “Lo que me preocupa es la posibilidad de otro actor en toda esta intriga. Alguien para quien Lang simplemente sirve como muñeco de ventrílocuo”.

Bergengrün no mencionó intencionalmente ningún nombre, pero el principal sospechoso que tenía en mente era demasiado claro para von Reuentahl. Vio en su mente los ojos cibernéticos antinaturalmente brillantes del ministro de asuntos militares. No era la primera vez que un aprensivo von Reuentahl había considerado la desagradable posibilidad de que von Oberstein no tuviera los mejores intereses del káiser en el corazón.

“Qué decepción sería saber que *mein Kaiser* se ha hundido al nivel de una marioneta para hombres como von Oberstein y Lang”, dijo von Reuentahl. Tal sería un final patético para una vida de tan espectacular ambición. Y así, la propia naturaleza ambiciosa del mariscal lo llevó a una nueva idea: ¿qué pasaría si tomara el control de von Oberstein y Lang y protegiera al káiser?

Reinhard llegaría para su gira por Neue Land con solo los guardias más ligeros. Von Reuentahl podría negarse a dejarlo ir y anunciar la transferencia del Cuartel General Imperial y la corte del káiser a Heinessen. Von Oberstein y Lang, todavía en Phezzan, serían incapaces de detenerlo.

¿No era esta la oportunidad ideal para reunir toda la galaxia en sus propias manos?

Naturalmente, no se podía esperar que Reinhard reconociera mansamente la superioridad de von Reuentahl. Sin duda lucharía por escapar de la custodia y comenzar una guerra para recuperar su posición y autoridad. Pero eso sería interesante en sí mismo. Como oponente militar, ni siquiera von Oberstein representaba una seria amenaza para von Reuentahl, y mucho menos Lang. Incluso si von Oberstein estaba detrás de la trama actual, dependía del poder del kaiser para funcionar. No era un digno adversario para los cinco millones de tropas y el genio estratégico de von Reuentahl.

En la dinastía Goldenbaum, las purgas de vasallos capaces no habían sido raras. Algunos habían regresado triunfantes de las victorias de campaña solo para ser despojados de su autoridad a su llegada y enviados directamente a los terrenos de ejecución. Si la enfermedad de Reinhard estaba nublando su juicio, esta práctica indeseable de la antigua dinastía podría revivirse para su uso contra von Reuentahl.

De hecho, tampoco la transparencia de von Reuentahl era completa o incolora. Tenía su propio lado despiadado, y desde que aceptó su puesto como gobernador general, había estado explorando cuánta presión política y militar la capacidad de producción de Neue Land le permitiría ejercer sobre el territorio original del imperio. Por supuesto, siempre había imaginado a su enemigo en estos escenarios como von Oberstein.

Por esta razón, los historiadores de edades posteriores que criticaron a von Reuentahl hicieron afirmaciones como las siguientes:

“Como vasallo del Káiser Reinhard, Oskar von Reuentahl carecía de lealtad; Como líder de una revuelta, carecía de decisión. En última instancia, en lugar de un traidor, era simplemente un elemento eterno

insatisfecho”.

“Con un poco más de conciencia de su posición en el curso de la historia, seguramente habría percibido que sus contribuciones eran necesarias sobre todo en el establecimiento de la paz y el orden. ¿La razón y el intelecto que lo ayudaron a tener éxito y florecer hasta ese punto lo abandonaron cuando alcanzó su posición más alta como vasallo?”

“Al traicionar a Reinhard en la etapa final, dejó la impresión de que la lealtad que le había mostrado al káiser hasta ese momento había sido una mentira. Esto no fue culpa de nadie más que de él…”

Sin embargo, ningún historiador se atrevió a doblegar la verdad lo suficiente como para llamarlo incompetente. Por el contrario — el consenso fue que fue precisamente un exceso de genio y habilidad lo que lo condujo fuera de curso.

También podríamos examinar las opiniones de Julian Mintz, un testigo contemporáneo del campo permanentemente opuesto al mariscal:

“… Oskar von Reuentahl fue un hombre de logros sobresalientes. Sus habilidades lo calificaron para cualquier puesto, ya sea como líder militar, gobernador general de vastas propiedades territoriales o incluso primer ministro. Pero había una posición en esa época a la que no era adecuado: gobernante de un imperio recién fundado. En una dinastía que había alcanzado su tercera generación, por ejemplo, es difícil imaginar un candidato más destacado para el emperador. Heredando las políticas de la administración precedente, sin duda habría cultivado sus méritos, corregido sus defectos, imponiendo disciplina, organizaciones estatales reconstituidas, reprimido la rebelión militar y protegido a la autoridad imperial y al pueblo, y en todas las cosas utilizó sus poderosos poderes de liderazgo para mantener una unidad central inquebrantable. No hay duda de que habría sido un gobernante mayor que la mayoría de los emperadores Goldenbaum… Sin embargo, en su imperio, la capital seguramente habría permanecido en Odín. Sin embargo, entre sus contemporáneos, había un joven cuyo genio incomparable cambió el centro del gobierno galáctico a Phezzan. Desde esta perspectiva, von Reuentahl llega a parecer un hombre

conservador en una era fundacional. ¿Fue una simple mala fortuna que compartiera la edad con el Káiser Reinhard, el fundador mismo? O…”

Julián decidió no escribir más. Parece estar afirmando sin palabras que, como contemporáneo, también vio la rebelión de von Reuentahl como algo que surge en el dominio gobernado por la verdad, no por los hechos. Sin embargo, si este análisis es correcto, se puede ver un claro desajuste entre sus conclusiones y los puntos de vista subjetivos de von Reuentahl, quien nunca dejó de pensar en sí mismo como viviendo una era de inquietud. O tal vez deberíamos decir que su deseo de ser el héroe de esa edad superaba cualquier preferencia que tuviera por la estabilidad.

En cualquier caso, von Reuentahl no tenía intención de ceder ante von Oberstein y Lang en ningún asunto, incluso a expensas de su propio futuro.

Había enviado su invitación a pesar de los desagradables rumores, en parte para ver cómo respondería el kaiser. Si Reinhard se negara a abandonar Phezzan, esto demostraría que creía en los rumores y dudaba de la lealtad de von Reuentahl— que se había convertido en el títere de von Oberstein y Lang. Tan doloroso como sería tener esto confirmado, al menos la situación sería clara.

Por otro lado, si Reinhard aceptaba la invitación y se preparaba para una gira por Neue Land, ¿demostraría esto su fe en von Reuentahl? La respuesta, lamentablemente, fue no. Puede que simplemente quiera calmar a von Reuentahl en complacencia, lo mejor para capturarlo y eliminarlo. Tal disimulación estaría fuera de lugar para Reinhard, pero no estaría por debajo de von Oberstein y Lang.

Y así, el 22 de septiembre, el Káiser Reinhard dejó Phezzan y se dirigió a Neue Land. Como gobernador general, le correspondió al mariscal von Reuentahl preparar la bienvenida de Su Majestad.

CAPÍTULO 05: INCIDENTE URVASHI

I

TARDE AGOSTO, AÑO 2 del Nuevo Calendario Imperial, 800 SE.

El verano había sido cálido y pacífico para los súbditos del Imperio Galáctico. La larga y agotadora guerra parecía haber llegado a su fin por fin. Padres, esposos, hermanos, amantes e hijos regresaron de su deber. Los soldados pasaron directamente de las reuniones del puerto espacial a las bodas con sus novios — decenas de miles, en total.

Pero más allá de los horizontes conocidos de la gente, las nubes oscuras se reunieron.

La gente no era responsable de las nubes. Pero si esas nubes llenan el cielo y desatan una tormenta, la gente se empaparía. Las personas no tenían derecho a participar en causas, pero estaban obligadas a soportar los efectos. Este fue el pecado del gobierno autocrático, que difería de la democracia abierta al estar basado en la exclusión y la discriminación. Yang Wen-li le había hablado a Julian Mintz de esto en la vida, y con el tiempo Julian llegaría a ver sus palabras como una valiosa profecía.

Sellado en la Base Iserlohn, Julian recibió su información más valiosa de dos fuentes: redes de comunicaciones públicas y los “Bloqueadores” de Boris Konev.

Konev, que cumpliría treinta y un años ese año, no era miembro formal de la República de Iserlohn ni poseedor de un cargo público allí. Había nacido ciudadano en la Tierra del Domino de Phezzan, pero con la posición política única de Phezzan destrozada por la Armada Imperial, ninguna autoridad existente garantizaba legalmente sus derechos como individuo.

Pero el comerciante independiente temerario no mostró signos de inquietud por su condición de hombre sin afiliación. Por el contrario, se deleitaba con eso, disfrutando mucho arriesgando su vida para violar los bloqueos de la Armada Imperial, reunir información y contrabandear suministros, todo por orden de nadie, pero únicamente de acuerdo con sus propios caprichos. Para Konev, ser amigo e igual de alguien era algo mucho mejor que ser superior o vasallo como una cuestión de derecho. Al igual que Dusty Attenborough era un apasionado de librar una guerra revolucionaria, Boris Konev proclamó con orgullo su condición de comerciante libre e independiente. Era libre de actuar como lo eligió en lugar de estar obligado, pero en sus comentarios como “Las ganancias espirituales son más importantes que las materiales”, hubo quienes vieron más aventurero en él que el comerciante. La evaluación de Olivier Poplin, sin embargo, hizo que la distinción fuera discutible: “Es solo un buscador de emociones”.

Los comentarios sarcásticos sobre Konev y sus parientes fueron objeto de intercambio para Poplin.

“Simplemente no me llevo bien con esa familia”, decía. “Hay algo en sus genes que simplemente no es compatible con el buen sentido”. Y, sin embargo, aunque el piloto as de ojos verdes no mostró preocupación por los miembros de su propia familia — al menos no en la superficie — se aseguró de preguntar por la seguridad de La familia de Ivan Konev, que todavía estaba en Heinessen después de la muerte de Ivan.

En los años venideros, los historiadores ubicarían a Olivier Poplin junto a Dusty Attenborough como uno de los mejores representantes del alegre “ambiente festivo” de la República de Iserlohn. Excluyendo el breve período en que Poplin había permitido que su dolor reinara por completo, esta fue una evaluación precisa. Pero Dusty Attenborough registra que, después de que la administración de Yang cedió el paso a la de Julian, a

veces sintió que el corazón de Poplin no estaba realmente en el ambiente festivo que promovió. Poplin no era tan superficial como para que cualquiera pudiera discernirlo, pero si Attenborough podía verlo, seguramente se debía a los puntos en común entre los dos hombres sobre cómo pensaban y actuaban.

Donde todas las cuentas contemporáneas están de acuerdo es en la popularidad de Poplin entre las generaciones más jóvenes. Alegre, elegante y apuesto, fue seguido por multitudes de soldados de cara fresca y niños pequeños que se aferraron a cada una de sus palabras. Muchos también imitaron la forma en que usaba su boina o pasearon por los pasillos, aunque muchos padres sin duda desanimaron a sus hijos de seguir su ejemplo en la arena romántica. Sin embargo, como era ampliamente conocido que Poplin estaba interesado en las mujeres, no en las niñas, los padres confiaban en él en un grado quizás sorprendente en torno a sus hijas.

"Y así, mis jóvenes camaradas, de ahora en adelante asegúrate de llamarme Poplin, el Mirador y el Respetable".

"¿No te refieres a Poplin el Asesino de Damiselas?", Preguntó un joven bromista.

"¿De quién escuchaste esa tontería? ¿Almirante Attenborough?"

"No, almirante Caselnes".

"Debes haber entendido mal por la generación anterior es el destino de cada joven revolucionario. Levantémonos juntos, camaradas, y sumémoslos en nuestros recuerdos del pasado".

Dada la responsabilidad de Poplin de convertir a los desafortunados nuevos reclutas de la república en pilotos de combate, su popularidad entre el conjunto más joven fue un activo valioso. Él habitó el papel de líder y mentor con facilidad. Al verlo llevar a un pelotón de chicos y chicas al centro de capacitación de pilotos, Attenborough cruzó los brazos y murmuró: "Si hubiera nacido en una era de paz, creo que se habría convertido en un maestro de jardín de infantes. Es extraño lo bien que la

compañía de niños le conviene”.

La mezcla de sarcasmo y admiración genuina en la voz de Attenborough hizo reír a Julian.

“Si el Comandante Poplin puede pasar de ser un asesino de doncellas a un maestro de jardín de infantes, tal vez usted también pueda renunciar a la licenciatura, Almirante Attenborough”.

“Sra. Celibato no muestra signos de renunciar a *mí* . Hemos estado juntos tanto tiempo — no puedes tirar eso”.

Si Attenborough hubiera estado tan inclinado, hace tiempo que podría haber tenido una familia o un amante que se ajustaran a su posición y encanto personal. Pero todavía no sentía la necesidad de albergar su barco en ningún lugar en particular.

Attenborough desapareció en su oficina con un montón de papeleo, y Julian entró en su propia oficina de al lado. En su escritorio encontró un puñado de cartas. Alentó esto como una forma de desahogar la insatisfacción o compartir opiniones. Algunos fueron constructivos, pero otros fueron simplemente torrentes de abuso personal.

Pero Julian nunca había desaprobado ni siquiera las cartas que lo criticaban o lo censuraban. Creía que una sociedad cuyos miembros no podían hablar mal de sus líderes no merecía el sobrenombre “abierto”. Solo cuando Yang fue objeto de abuso, perdió los estribos, como lo muestran los relatos de Katerose von Kreutzer y muchos otros.

Cuando Yang estaba vivo, el simple hecho de estar a su lado aparentemente había hecho que Julian pareciera una especie de genio tranquilo, incluso más rico en sentido militar que el mismo mago de cabello negro. Hoy, cuando Yang se fue, Julian causó una impresión diferente. Solo la sensibilidad de los observadores había cambiado, no el propio Julián, pero parecía que otro lado del joven de rasgos sensibles se estaba revelando a los demás: un misionero diligente con el *Registro de Yang Wan-li* como su biblia.

Aun así, Julian no era melancólico ni autoritario. Al carecer de la radiante y febril confianza en sí mismo de Kaiser Reinhard, parecía haber permitido simplemente que el flujo natural de eventos lo llevara a su posición actual como sucesor de Yang.

En este punto de su historia, su enfoque fundamental como figura pública era simple: esperar.

“Los súbditos del imperio han pasado casi dos mil años acostumbrándose a *ser* gobernados, y *ser* regidos. Piensan en el gobierno como algo que se les ha hecho, o en el mejor de los casos. ¿Por qué no deberían apoyar a la dinastía Lohengramm, que promete hacer mejores cosas para ellos que nunca? Con el tiempo, la dinastía se erosionará y comenzará a descender por la ladera hasta la autodestrucción. Ese es el momento en que el gobierno democrático republicano comenzará a tener sentido”.

Es por eso que Julian creía que lo correcto por ahora era esperar. La República de Iserlohn todavía era demasiado débil para servir como el núcleo en torno al cual podrían cambiar las circunstancias, debe menos para tratar activamente de convertirse en ese núcleo. Julian no esperaba que eso estuviera dentro de su poder por generaciones.

Por otro lado, sabía tanto emocional como intelectualmente que las circunstancias podrían cambiar a una velocidad sorprendente. Como resultado, mientras manejaba a los militares de la república con la vista puesta en el largo plazo, constantemente reflexionaba sobre cómo podrían responder al cambio a corto plazo. En los últimos meses de 800 SE, este enfoque arrojaría resultados altamente efectivos.

“Julian Mintz nunca ha hablado por sí mismo. Todos sus enunciados y opiniones se extraen del *Registro de Yang Wen-li* . Es un plagio, no crea nada, y simplemente en virtud de haber sobrevivido a Yang, monopoliza injustamente toda la gloria”.

La respuesta de Dusty Attenborough a la cruel calumnia de esta naturaleza dirigida a Julian es instructiva:

“Julian Mintz era un intérprete, no un compositor, un traductor, no un autor. Esto era lo que quería, y de hecho se convirtió en intérprete y traductor del más alto calibre. Nunca ocultó sus modelos, y de ninguna manera merece la etiqueta de plagio. Ninguna música es lo suficientemente sublime como para mover una audiencia sin ser interpretada”.

Julian nunca habló en su propia defensa. Se negó a satisfacer el deseo de autojustificación — siguió siendo, hasta el final, sucesor y evangelista de Yang Wen-li. Esto era precisamente lo que algunos historiadores sentían que lo colocaba por encima del rebaño común. Ciertamente, nadie puede negar sus logros al garantizar que la vida, los logros y el pensamiento de Yang Wen-li se registraron en forma casi perfecta para las generaciones posteriores — incluso si se plantea la duda ocasional sobre la precisión y objetividad de esos registros.

Pero si la estrategia de Julian era esperar, no tendría que esperar mucho. A mediados de octubre, Boris Konev llegó a Iserlohn con las noticias más explosivas desde la revelación de mayo de un complot para asesinar a Yang Wen-li:

“¡El mariscal von Reuentahl, gobernador general de la Nueva Tierra del Imperio Galáctico, está en rebelión contra el Kaiser Reinhard!”

II

“Antes de proceder a Heinessen, el kaiser y su suite se detendrán en el planeta Urvashi en el sistema Gandharva para un servicio conmemorativo en el cenotafio para los perdidos en la Gran Campaña”.

Así fue el itinerario para la gira imperial de la Tierra Neue. Nada después de la visita a Urvashi fue reparado, excepto el regreso del kaiser a la capital a principios de febrero. Esto se debió en parte a que a Reinhard no le

importaba estar obligado a cumplir con los horarios.

Los miembros principales de su séquito fueron los almirantes mayores Müller y Lutz, el vicealmirante von Streit, el comodoro Kissling, el teniente von Rücke y Emil von Selle. La falta de oficiales civiles fue notable, y podría considerarse un defecto. El equipo de médicos de Reinhard también lo acompañaría, al igual que, por supuesto, las tripulaciones de su nave insignia *Brünhild* y el escuadrón que actuaba como su escolta.

Reinhard siempre había tenido la tendencia a ser “menos guerrero-kaiser que kaiser-guerrero”, como dicen los historiadores. Desde sus días como comandante de flota entre muchos en la dinastía Goldenbaum, siempre había sido más feliz entre las tropas en la cubierta de una nave de guerra o en una instalación militar que rodeado de bellezas en la corte. Sin duda, sus soldados también encontraron a su kaiser más resplandeciente con su uniforme negro y plateado que cualquier hija de la nobleza adornada con sedas y joyas.

La suite imperial llegó a Urvashi el 7 de octubre, un día antes de lo previsto.

Las condiciones de Urvashi como planeta habitado eran similares a las de Phezzan. El clima era frío y los recursos hídricos preciosos. Sin embargo, dado que solo se necesitaba suficiente agua para satisfacer las necesidades de las tropas estacionadas en el planeta, en efecto, la única parte habitada del planeta era el oasis que cubría seiscientos kilómetros cuadrados que se había construido alrededor de un lago artificial de ochenta kilómetros cuadrados . En el pasado, el mariscal Karl Robert Steinmetz (ahora fallecido) y su flota habían estado estacionados allí, pero actualmente albergaba a quinientos mil soldados de la Fuerza de Seguridad de Neue Land. En caso de que se produzca una emergencia en Heinessen, hogar de la gobernación de Neue Land, Urvashi tendría que actuar como la base militar central hasta que llegara el auxilio de la capital imperial en Phezzan. Como resultado, aproximadamente una décima parte de la Fuerza de Seguridad fue enviada a este planeta frío y medio desierto.

El kaiser y su séquito fueron recibidos en el planeta por el comandante de la base de Urvashi, el vicealmirante Alfred Aloys Winckler. Después de cenar

con los oficiales superiores de la base, se mudaron a la casa de huéspedes del estado al lado en 2110. A pesar de su nombre algo grandioso, la casa de huéspedes era fiel al estilo de la dinastía Lohengramm al ofrecer prácticamente ningún lujo. Incluso las pinturas al óleo en la sala fueron los ganadores de varias competiciones celebradas por las tropas acuarteladas en el planeta. Esto podría estar al borde de lo sarcástico si se lleva demasiado lejos, por supuesto.

Müller y los demás dejaron el kaiser en la biblioteca y el salón combinados a las 2240. Sin escuchar aún la aproximación de la banda de rodaje, Reinhard tomó el primer volumen de *La Fundación de la Alianza de Planetas Libres* del estante y se sentó en el sofá para leerlo. Su guardaespaldas Emil von Selle colocó un vaso de limonada sobre la mesa y salió de la habitación. Pero a las 2230, la puerta se abrió de golpe y Emil reapareció con una expresión tensa.

“¿Qué pasa, Emil?” Dijo el joven kaiser, ofreciéndole una sonrisa al niño. *Él adora el suelo sobre el que camina Su Majestad,* Mittermeier había dicho una vez, y aunque lo decía en broma, estaba muy cerca de la verdad literal.

“Su Majestad, los almirantes Lutz y Müller dicen que deben hablar con usted con urgencia. ¿Puedo traerlos?”

A Emil le pareció que el kaiser en realidad agradecía esta interrupción de su ociosidad. La alta figura de Kornelias Lutz apareció en la puerta.

“Mis disculpas por la interrupción, Su Majestad, pero debemos prepararnos para partir de inmediato. Los guardias de base están actuando sospechosamente”.

Los ojos de Lutz tenían un tono violeta, como a menudo era el caso cuando el estratega típicamente compuesto y confiable se agitaba o tensaba. Wittenfeld lo llamó “un hombre que necesita gafas de sol para jugar al póker”, pero este no era momento para bromear. Reinhard volvió su mirada azul hielo hacia Lutz, cerró su libro y se puso de pie. Emil le tendió la chaqueta.

El leal Neidhart Müller se había estacionado fuera de la puerta para proteger a su joven señor. Cuando Reinhard emergió, cambió su desintegrador a su mano izquierda para saludar con la derecha.

“A gusto, Müller”, dijo Reinhard, apartándose el cabello dorado de la frente. “Solo dime qué está pasando en el cielo”.

Müller explicó que poco tiempo antes habían notado que las tropas corrían de un lado a otro, tanto dentro como fuera de la base. Además, las comunicaciones de visifono habían sido cortadas. Parecía mejor para el kaiser regresar a su nave insignia *Brünhild* por el momento.

A las 2337, Reinhard, Müller y Emil se subieron al asiento trasero de un automóvil. Kissling tomó el volante y Lutz montó una escopeta. Había otros dos vehículos disponibles, y estos se llenaron rápidamente con miembros de la guardia personal de Reinhard. Los que no obtuvieron asiento se vieron obligados a quedarse atrás.

Tan pronto como los automóviles comenzaron a moverse, Reinhard preguntó, con cierta urgencia, “¿Dónde está von Streit? ¿Y von Rücke?”

Müller parecía serio.

“No sé, Su Majestad”, dijo. “Incluso nuestra propia situación no está clara en este momento”.

“Pero sí sabes que estamos en peligro”, dijo Reinhard, no sin una pizca de ironía, justo cuando un reflector pasó por su rostro.

Se dispararon rayos de energía sobre el vehículo terrestre desde todas las direcciones, levantando columnas de humo blanco. La conducción de Kissling y los sistemas evasivos del propio vehículo terrestre les ahorraron un golpe directo, pero Reinhard ya no podía negar que Müller y los demás habían juzgado las cosas correctamente.

En los faros y el monitor infrarrojo, un grupo de soldados armados apareció

a la vista, seguido por los faros y las sirenas de otros vehículos.

Kissling dejó escapar un silbido bajo.

“Parece un regimiento completo”.

“¿Enviaron un solo regimiento para acabar con el kaiser del Imperio Galáctico y dos almirantes de alto rango? Nunca me sentí tan irrespetado”, murmuró Lutz, aunque con un humor un tanto forzado. El tono violeta había desaparecido hace mucho tiempo de sus ojos. Con el peligro en que ya no se encontraban hipotéticos, su tensión en realidad había disminuido y estaba recuperando la ecuanimidad y la resolución casi cotidianas que correspondían a un soldado de primera línea.

Sus faros de repente revelaron a cinco soldados armados directamente en su camino.

El vehículo terrestre comenzó a disminuir, pero tan pronto como detectó a los soldados que apuntaron los cañones de rifle de rayos iónicos hacia ellos, aceleró nuevamente. Los pasajeros sintieron impactos suaves y, a través de las ventanas, vieron que los cuerpos de los soldados caían hacia atrás y hacia atrás.

Müller dijo: «¡Disculpe, majestad!» Y se arrojó sobre Reinhard y Emil. Medio momento después, un solo rayo atravesó el automóvil de derecha a izquierda a la altura de la ventana. La parte posterior de la chaqueta de Müller y algunos mechones de cabello arenoso en la parte posterior de su cabeza estaban carbonizados.

“¡Müller! ¿Estás bien?”

“Si su Majestad. No se preocupe — tengo la piel bastante gruesa, especialmente en la espalda”. Mientras decía este chiste terrible, sacó su desintegrador y se levantó lo suficiente como para ver por la ventana. “Creo que tenemos que concluir que toda la base está en busca de Su Majestad”.

“¿Entonces dices que von Reuentahl me ha traicionado?”

La voz de Reinhard era fría como el hielo. Las pasiones fuertes no siempre toman la forma de vientos ardientes o truenos retumbantes; algunos son más como una tormenta de nieve.

Pero Müller respondió sin titubear.

“No quiero criticar a un colega”, dijo. “Pero Su Majestad tiene la obligación de evitar el peligro. Si lo he calumniado injustamente, déjame hacer las paces más tarde. Por ahora, la seguridad de Su Majestad debe ser lo primero”.

Tenía la misma mirada seria en sus ojos que Emil. Reinhard miró a su joven guardaespaldas y forzó una sonrisa.

“No te preocupes con preocupaciones innecesarias, Emil”, dijo. “Ya he decidido morir en un lugar más pintoresco que este. La tumba de un kaiser en Urvashi, simplemente no suena bien”.

El vehículo terrestre se desvió para evitar chocar con otro vehículo que se precipitaba directamente hacia él. El pelo suelto de Reinhard golpeó el cristal de la ventana. Müller disparó su desintegrador desde la ventana a la derecha del vehículo. Enderezándose, el kaiser habló de nuevo.

“Si esta es realmente la rebelión de von Reuentahl, habrá explicado todo, a nivel molecular. ¿Es posible que ya estemos atrapados?”

Lutz y Müller guardaron silencio. Reinhard parecía estar manteniendo un diálogo entre su razón y su sensibilidad, e incluso si las palabras fueran dirigidas a ellos, habría sido extraño simpatizar con uno u otro lado.

Desintegrador estirado, Lutz usó la otra mano para ajustar el sistema de comunicaciones en el lado del tablero del pasajero. Finalmente logró contactar a la nave insignia *Brünhild* . A través de una fuerte estática, escucharon la voz del comodoro Seidlitz, el capitán de la nave — quien informó que *Brünhild* también había sido atacado desde la superficie del planeta y que actualmente estaba devolviendo el fuego.

III

El puerto espacial militar ya estaba bajo control rebelde. Tan pronto como esto quedó claro, su vehículo terrestre giró bruscamente hacia el lago artificial. Estaban solos ahora, habiendo perdido los otros dos automóviles en algún punto detrás de ellos.

La luz naranja se alzó hacia adelante, proporcionando más evidencia de que el ataque contra Reinhard y sus almirantes no fue una operación a pequeña escala.

“ *Brünhild* despegará del puerto espacial y luego aterrizará en el lago para abordar”, explicó Lutz.

Cuando finalmente llegaron al lago, lo encontraron agitándose furiosamente mientras las llamas y el humo se vertían en el cielo nocturno desde el bosque circundante. Pero dominando incluso ese cielo estaba la forma elegante de una nave espacial, que brillaba de un blanco puro mientras se deslizaba por la superficie invisible del agua hacia ellos. El hermoso e invencible nave de guerra *Brünhild* había venido por su único maestro.

Abandonaron su vehículo terrestre cerca de la orilla del lago y corrieron hacia *Brünhild* , que había aterrizado en el agua, solo para ver una silueta saltar del bosque oscuro delante de ellos. Müller y los demás levantaron sus armas.

“¡Su Majestad! ¡Su Majestad! Gracias a Dios que estás a salvo. Odin el Padre de Todo te ha mantenido a salvo”.

La voz del hombre reveló su identidad. Bajo su máscara de hollín negro, era el teniente Theodor von Rücke, ayudante secundario de Reinhard. Si esta revelación llegara un segundo más tarde, este leal sirviente del kaiser habría

sido asesinado a tiros por un colega de menor lealtad, pero no había tiempo para una mueca lamentable ante esta idea.

El grupo de Von Rücke había recibido un informe falso de que el káiser ya había escapado. Al descubrir la mentira, comenzó una búsqueda frenética de su señor, y finalmente se dirigió al lago, "por si acaso".

"El almirante von Streit y los demás están esperando más adelante".

"Entonces Brünhild partirá de inmediato".

"¡Espere, Su Majestad!" El tono de Lutz era agudo, y la luz púrpura estaba nuevamente en sus ojos. "Si esta rebelión no fue espontánea, el enemigo ya puede estar esperando en órbita".

Un silencio pesado siguió mientras el grupo digería esta observación. Finalmente, Reinhard habló con una voz señalada con disgusto.

"¿Quién, puedo preguntar, es 'el enemigo'"? Von Reuentahl, supongo, incluso si se abstiene de pronunciar el nombre por falta de evidencia…"

"Para tomar prestada la expresión del almirante Müller de antes, como gobernador general de Neue Land, el mariscal von Reuentahl es responsable de garantizar la seguridad de Su Majestad. Y, sin embargo, estos son los eventos que han sucedido. Por desafortunado que sea, no puedo estar de acuerdo en que no sea digno de críticas por esto".

Lutz no estaba por naturaleza inclinado a pensar de esta manera. Sin lugar a dudas, las historias de von Reuentahl planeando una rebelión habían ensombrecido incluso a este soldado en posición vertical. No estaba de ninguna manera en malos términos con von Reuentahl, pero precisamente por eso tuvo que trazar la línea en su capacidad oficial.

"En cualquier caso, continuemos hacia la nave", dijo Müller. "Incluso si ella permanece en la superficie, Su Majestad estará a salvo a bordo de *Brünhild.* Creo que cualquier respuesta a estos eventos puede venir después".

La solidez de la propuesta de Müller salvó a Lutz y Reinhard de una mayor confrontación. El grupo se adentró aún más en un caos de negro y naranja bombardeado por cascadas alternadas de aire helado y abrasador de la atmósfera de arriba. Las llamas llamaban al viento, el viento transportaba el humo, y la danza salvaje de chispas y cenizas asaltaba sus oídos con una canción amenazante.

Se escuchó un grito y figuras oscuras que parecían recortadas de las sombras del bosque emergieron para rodearlos. Soldados de la Fuerza de Seguridad de Neue Land. Cuando los cinco compañeros de Reinhard formaron una pared a su alrededor, su deslumbrante melena dorada llamó la atención de los soldados.

Uno, parado directamente frente a ellos, jadeó: "¡El kaiser!". Su asombro era evidente no solo en su voz sino en todo su cuerpo. Mantuvo el cañón de su arma en alto, pero el dedo en el gatillo pareció debilitarse mientras observaban.

Reinhard dio un paso adelante. "Entonces has retenido parte de tus sentidos", dijo. "De hecho, soy tu kaiser".

Müller trató de detenerlo, pero el kaiser lo contuvo con un brazo mientras abría su chaqueta ante las armas de los soldados. En ese momento, la luz y la oscuridad mismas parecían sus subordinadas, existiendo solo para enfatizar la belleza y autoridad del joven emperador.

"Dispárame, entonces. Solo hay un Reinhard von Lohengramm, y solo un hombre pasará a la historia como su asesino. ¿Quién se convertirá en ese hombre?"

"¡Su Majestad!" Müller intentó una vez más interponerse entre Reinhard y los soldados. Reinhard silencioso pero firmemente empujó a su leal almirante hacia atrás.

Los nobles líderes militares de la dinastía Goldenbaum habían forzado la obediencia a través de la arrogancia y las bravuconadas, pero hasta este

momento Reinhard nunca había tenido la más mínima necesidad de hacer lo mismo. Sus logros incomparables y su genio estratégico habían sido suficientes para ganar la plena fe y lealtad de sus tropas. Sus cabellos dorados y su apariencia semidivina lo habían convertido en el objeto de una adoración ardiente.

“Si Kaiser Reinhard hubiera tenido una apariencia repugnante, sus hombres no le habrían mostrado tanta reverencia”. Las opiniones maliciosas de esta naturaleza podrían responderse simplemente: ninguno de los que se enfrentaron a Reinhard en la batalla tenía ningún motivo para dejarlo ganar simplemente porque era hermoso. Sus soldados lo adoraron hasta cierto punto y de una manera acorde con sus habilidades.

En cualquier caso, en ese momento en el bosque en Urvashi, los hombres de la Fuerza de Seguridad de la Neue Land estaban claramente abrumados por la autoridad de Reinhard. Los barriles de las armas que apuntaban a su pecho temblaban con tanto miedo que ya no parecían capaces de alcanzar el objetivo deseado.

Una ráfaga de viento abrasador arrojó olas de luz naranja sobre el enfrentamiento. En el momento en que las sombras negras dieron paso a esto, alguien gritó: “¿Qué estás esperando? ¡El kaiser tiene una recompensa de mil millones de marcos por su cabeza!”

Esta incitación impulsó a varios soldados a la acción. Justo cuando algunos de los cañones de la pistola parecían dejar de temblar, un soldado solitario en la parte posterior se adelantó a sus colegas con un grito:

“¡Sieg Kaiser!”

Mientras gritaba las palabras, abrió fuego contra los hombres que un segundo antes habían sido sus aliados.

Cuando el caótico tiroteo se calmó, siete cuerpos yacían muertos en el suelo. Siete hombres seguían de pie — Reinhard, su grupo y el soldado que había gritado “Sieg Kaiser”. Müller recibió un disparo en el brazo derecho que protegía al káiser. Kissling estaba sangrando por la mejilla derecha, y

von Rücke tenía heridas leves en la mano izquierda, pero ninguna había muerto, un pequeño golpe de suerte en medio de una gran desgracia.

El soldado de la fuerza de seguridad de Neue Land arrojó su arma y se postró ante Reinhard en disculpa.

“¿Cómo te llamas?”, Le preguntó Reinhard.

“Si su Majestad. Lance Corporal Meinhof, Su Majestad. Fui instigado por otros, pero aun así merezco la muerte por el crimen de apuntar con un arma a su persona. Ten piedad, te lo ruego…”

“Muy bien. Usted es ascendido a sargento, efectivo de inmediato. ¿Confío en que pueda llevarnos a *Brünhild* , sargento Meinhof?”

Meinhof abrió el camino, caminando como si estuviera en un sueño, con exultación religiosa en su rostro. Había, explicó, un atajo hacia el lago, impasible para los vehículos terrestres.

Con llamas y humo a sus espaldas, corrieron por el bosque durante un minuto más o menos antes de que el sargento recién ascendido fuera alcanzado por un rayo disparado desde algún lugar más adelante que abría un agujero en el centro de su cara. Lutz devolvió el fuego antes de que el desafortunado Meinhof golpeara el suelo. El hombre que le había disparado se llevó un rayo a la cara y cayó con un grito.

Lutz se inclinó hacia Müller, cuyo brazo derecho estaba envuelto en un pañuelo ensangrentado. “Tuvimos suerte de que estuviera solo, pero habrá más”, susurró. “Me quedaré aquí y los detendré. Llevas a Su Majestad a salvo a bordo de *Brünhild* ”.

“Con respeto, almirante Lutz, no sea tonto”.

“¿Un tonto? En caso de que lo hayas olvidado, soy cinco años mayor que tú. Me debes más respeto que eso. Solo voy a cumplir con las responsabilidades de un oficial superior”.

“Mis disculpas”, dijo Müller con rigidez. “Pero la responsabilidad es mía también. Y tienes una novia, donde no tengo tales lazos. Yo soy el que se quedará atrás”.

“¿Y qué uso le darías a un brazo herido?”

“Almirante…”

“Preocúpate por las responsabilidades que solo tú puedes cumplir. Ahora, suficiente formalismo, a menos que quieras que te dispare a través del otro brazo también”.

Müller cedió. El tiempo era esencial, y tenía que admitir que Lutz tenía razón. Los enemigos que los perseguían no tendrían fin. Alguien tenía que quedarse y comprar el tiempo de los demás, aunque solo fuera unos minutos. Si tan solo no se hubieran separado de la guardia personal del kaiser durante la persecución del vehículo terrestre — pero ya era demasiado tarde para eso. También le dolió a Lutz que hubieran perdido a Meinhof antes de descubrir quién lo había “instigado”.

Lutz rechazó las ofertas de Kissling y los demás para quedarse en su lugar, aceptando nuevas cápsulas de energía para su desintegrador.

Al ver que Lutz estaba decidido, Reinhard tomó las manos de su almirante entre las suyas. Si sucumbía al sentimiento aquí, toda la lealtad de Lutz se desperdiciaría. El kaiser tenía su propio camino, y solo él podía recorrerlo.

“Lutz”.

“Si su Majestad.”

“No deseo promocionarte a mariscal a título póstumo. Tómese el tiempo que necesite, pero asegúrese de seguirlo”.

“Su Majestad, tengo toda la intención de aceptarle con vida al personal del mariscal”. Lutz mantuvo la compostura mientras hablaba. Incluso sonrió. “Tuve el honor de compartir la fundación del imperio de Su Majestad. Con

suerte también compartiré la facilidad y el florecimiento por venir”.

Lutz miró a Müller. El “Muro de Hierro” asintió, luego respetuosamente tomó a Reinhard por el brazo.

“Debemos ir, Su Majestad”, dijo.

El cabello dorado de Reinhard brillaba aún más espléndidamente a la luz del fuego.

“Lutz, cuando ya no puedas disparar, ríndete. Von Reuentahl sabe cómo tratar a un héroe”.

Lutz saludó, pero no habló ni *ja* , ni *nein* en respuesta. Observó a Reinhard y a los demás irse, ofreciendo un saludo final cuando el káiser se volvió por última vez, y luego caminó sin prisa hacia los árboles por el camino para refugiarse.

Los límites de la paciencia de Lutz no fueron probados. Diez segundos después, aparecieron aproximadamente los perseguidores de un pelotón. Lutz abrió fuego.

Los perseguidores se alejaron visiblemente de él. Conocían a Lutz como un gran general, pero nunca habían imaginado que fuera un tirador tan preciso.

En solo dos minutos, el desintegbrador de Lutz derribó a ocho hombres, la mitad de los cuales murió al instante. A pesar de las llamas y los enemigos que se acercaban implacablemente, permaneció perfectamente compuesto. Medio oculto detrás de un gran árbol, a veces incluso tomándose el tiempo para sacudirse las chispas que caían sobre él, Lutz mantuvo la línea sombríamente. Cuando escuchó llamadas para que se rindiera, respondió imperturbablemente: “¡Ríndete! ¿Y robarle la oportunidad de ver cómo muere un almirante de la dinastía Lohengramm? Si vienes conmigo o no, ¿por qué no mirar y aprender?”

Luego extendió un brazo tan inflexible como su espíritu y apretó el gatillo nuevamente.

Era como si su propia voluntad saliera del barril en corrientes de pura energía. Los perseguidores parecían olvidar sus números: cada uno de ellos devolvió el fuego desesperadamente, como si estuviera frente a él solo. Se lanzaron al bosque para escapar de su precisión mortal, solo para ser expulsados nuevamente por las llamas.

Mientras cargaba su tercera y última cápsula de energía en su desintegrador, Lutz se preguntó cuándo despegaría exactamente *Brünhild* . Sintió irritación no por sí mismo, sino por Reinhard y los demás.

Las llamas parpadearon salvajemente. El rojo, el negro, la oscuridad y la luz que habían luchado por la supremacía por encima de él fueron apartados por un brillo plateado que todo lo ilumina. Al mirar hacia el cielo, Lutz vio una nave de guerra que todos los soldados del Imperio Galáctico conocían. Un gran pájaro de color blanco puro, extendiendo sus alas en medio de un matorral de rayos de energía que se eleva inútilmente hacia él desde la superficie del planeta. La vista fue magnífica.

El momento trascendental pasó. Lutz vio un delgado rayo de luz blanca perforarlo debajo de su clavícula izquierda, y luego sintió que emergía de su espalda justo al lado de su omóplato izquierdo. El dolor explotó desde el punto de impacto, extendiéndose para llenar su cuerpo. Lutz se tambaleó medio paso hacia atrás, frunció el ceño ligeramente y derribó a dos perseguidores más con dos tirones más del gatillo. Presionó su mano izquierda contra el pecho de su uniforme y sintió una pegajosidad desagradable. Pequeñas serpientes de un color oscuro y húmedo gotearon entre sus dedos y se arrastraron hacia abajo.

Aún en posición vertical, una vez más apretó el gatillo, que ahora se sentía muy pesado. Cuando su objetivo se estremeció ante un telón de fondo de llamas en una breve danza de la muerte, el lado izquierdo del cráneo de Lutz fue atravesado por una explosión diagonal de fuego de retorno. Una gota de sangre brotó de su oído. Las llamas desaparecieron de su campo de visión, dejando solo oscuridad.

“ *Mein Kaiser* … me temo que no puedo cumplir esa promesa de aceptar

vivo la vara del mariscal. Esperaré mi reprimenda en Valhalla — pero que no sea por algún tiempo todavía…”

Los soldados en el bosque vieron el colapso general indomable contra las raíces de un gran árbol que acababa de comenzar a arder. Sabían que estaba herido de muerte, pero ninguno se atrevió a acercarse para confirmar su muerte. Solo cuando una masa de fuego en forma de rama cayó sobre él desde arriba estuvieron finalmente seguros de que su temible oponente se había ido.

IV

La noticia del disturbio en Urvashi, por supuesto, pronto llegó a von Reuentahl en Heinessen. Si estaba aturdido por un momento, era al menos un momento demasiado corto para que cualquiera de los presentes lo notara.

“Encuentra al káiser y su séquito lo más rápido posible y mantenlos a salvo. Además de eso, almirante Grillparzer, lleva una flota a Urvashi a toda velocidad para restablecer el orden y aclarar la situación”.

No había otras órdenes para dar. Si tuviera el Kaiser en la mano, podría discutir en su propia defensa. Si Reinhard regresaba a Phezzan, convocaría a von Reuentahl para ser juzgado como un criminal. Dejando a un lado el castigo, ser tratado de esta manera por eventos que no conocía era algo que el orgullo de von Reuentahl no permitiría — particularmente cuando las figuras desagradables parecían insinuarse entre él y el káiser.

Los informes de Urvashi eran pocos y bastante inconsistentes, pero pronto se confirmó un detalle horrible: el destino del almirante mayor Kornelias Lutz.

“¿Lutz está muerto?”

La voz de Von Reuentahl se quebró por primera vez. En ese momento, escuchó claramente las puertas cerrarse detrás de él. No solo se había cortado su retiro, sino que había perdido una posible ruta del presente al futuro. Cualquier posibilidad de aclarar el malentendido, de dejar pasar lo pasado y reconciliarse con el káiser, se había perdido para siempre. No podía verlo de otra manera.

“¿Qué hará, excelencia?”, Preguntó el almirante mayor Bergengrün. Bergengrün era el inspector general de las fuerzas armadas y era lo suficientemente valiente como para aceptar sin vacilar una orden de morir en el acto, pero incluso él apenas mantenía su miedo bajo control. Su rostro parecía completamente desprovisto de sangre.

“Es tal como lo escuchaste, Bergengrün. Resulta que soy el primer traidor en la historia del Imperio Lohengramm”.

“Su Excelencia, sé que este es un desastre de proporciones sin precedentes, pero seguramente si le explica a Su Majestad que no tenía conocimiento…”

“¡Es demasiado tarde para eso!”, Espetó Reuentahl, como si estuviera alejando su propio destino enojado.

Él era inocente. ¿Por qué un hombre inocente tiene que arrastrarse, desesperado y humillado, para explicarse? *Ridículo* , pensó, y la idea lo llenó como una marea creciente. ¿Era así como su servicio bajo el Kaiser debía ser recompensado?

“No me importa inclinar mi cabeza hacia el káiser”, dijo. “Soy su vasallo, así que eso es natural. Pero…”

Von Reuentahl no terminó el pensamiento, pero Bergengrün pudo decir las palabras sin decir: *¿Pero inclinar la cabeza ante von Oberstein y Lang?* Mientras compartía la antipatía de su superior con el ministro de asuntos militares, Bergengrün no se atrevió a expresar su propia opinión. Una melodía de silencio sonó durante unos tres compases antes de que von Reuentahl volviera a hablar.

“Convertirse en traidor es una cosa. Puedo vivir con ello. Ser convertido en traidor por otros no me interesa”.

El negro de su ojo derecho tenía un tono casi triste, pero el impulso feroz brillaba en el azul de su izquierda. No se vio confundido por lo inesperado de la situación, y esta falta de vulnerabilidad entrañable significaba que a menudo se le malinterpretaba. A este respecto, se parecía a von Oberstein, aunque no le hubiera encantado escuchar la comparación.

“Por cierto, Bergengrün, ¿qué vas a hacer?”

“¿Señor?”

“Si tienes la intención de mantenerte fiel al kaiser, mátame aquí y ahora. Voy a ser un desastre para él. O tal vez ya lo soy…”

Bergengrün observó con aprensión cómo la boca de von Reuentahl se torcía en una sonrisa burlona.

“Solo veo una cosa que puedo hacer”, dijo. “Acompañare a Su Excelencia, desarmado, a una audiencia con Su Majestad, para informar que no jugó absolutamente ningún papel en esta trama”.

“Bergengrün, una vez fui sospechoso de traición contra el káiser. Dos veces es demasiadas veces. Y estoy seguro de que el Kaiser está de acuerdo”.

“Si una sospecha es falsa, debe ser disipada, ya sea dos veces, tres o cien veces. Esta no es un área en la que se deben ahorrar esfuerzos”.

La razón de Von Reuentahl vio la verdad en lo que dijo su inspector general. Pero esa razón no pudo controlar las llamas que se elevaron en su pecho y brillaron en sus ojos heterocromáticos.

“Supongamos que nos proponemos visitar el Kaiser, desarmados. ¿Estás seguro de que no seremos asesinados por el ministro de asuntos militares o el ministro menor del interior, ya sea en algún punto de la ruta o justo antes

de llegar?”

Bergengrün no tuvo respuesta.

“No soportaré la pena de las generaciones futuras por ser el primer nombre en la lista de purgas de von Oberstein”.

Si ese es mi destino, mucho mejor que… Pero incluso von Reuentahl sabía morderse el labio y dejar esas palabras sin decir nada.

“En cualquier caso”, dijo, “si me condenan injustamente, solo puede ser un complot de esas alimañas ambulantes de Lang. Ni siquiera me importa si esa es la verdad o no. Es lo que quiero pensar, así que déjame. Un maestro de estrategias como Yang Wen-li sería una cosa. Ser esposado por un hombre como Lang y vivir mis días avergonzado sería más humillante de lo que puedo soportar”.

De repente se preguntó: ¿qué destino les esperaba una vez que la lucha hubiera terminado? ¿Serían perros con collares de joyas, dispuestos en la corte en jaulas doradas para envejecer en la disipación y la ociosidad? ¿Estaba condenado a pudrirse poco a poco en medio de la paz y la lasitud?

En una era de paz, Yang Wen-li podría haber vivido una vida pacífica. Aparentemente, esto era lo que él mismo había querido, aunque había muerto antes de lograrlo. Mientras tanto, fue sobrevivido por aquellos que encontraron que la paz era una ociosidad insoportable. Quizás el Creador fue imparcial después de todo — al tratar todas sus creaciones con igual malicia.

Naciste para hacernos infelices a mí y a tu madre.

Entonces el padre de von Reuentahl le había dicho a su hijo pequeño. No había discusión con eso, porque era verdad. Su sola existencia trajo infelicidad a sus padres, incluso si esa no fuera su voluntad.

Von Reuentahl se preguntó si había otro camino abierto para él. ¿Podría haber formado una familia, vivir en paz y comodidad?

Improbable.

Suficientes mujeres lo habían amado sinceramente a lo largo de los años para formar varios pelotones. Prácticamente todos ellos habían poseído una belleza muy por encima del estándar, y al menos el valor de un pelotón había cumplido con todos los requisitos para ser esposas y madres.

Era él quien no estaba a la altura. Sus calificaciones como esposo y padre eran muy deficientes, y no se esforzó por compensarlas.

“La línea von Reuentahl termina conmigo. No hermanos o hermanas, afortunadamente. No más de nuestro tipo para molestar a las generaciones futuras”.

Von Reuentahl había dicho estas palabras a su amigo Mittermeier mientras estaba borracho. Al día siguiente, le trajo a Mittermeier un ramo de flores. “Por tu esposa”, murmuró. Había recordado que los Mittermeiers no tenían hijos y lamentaba sus comentarios irreflexivos. Mittermeier aceptó las flores gravemente en nombre de su esposa, sabiendo que la psicología de su amigo no le permitiría disculparse francamente, sin importar cuán claro sea su significado.

Los Mittermeiers estaban casados pero no tenían hijos. Von Reuentahl no estaba casado y ni siquiera quería hijos, y aun así era padre. Esto solo fue prueba de un creador malicioso. Sus ojos desiguales vieron su vida con frío desprendimiento. ¿Sería lo mismo cierto para su muerte? Von Reuentahl tenía el deseo de presenciar el momento de su propia muerte. La idea le recordó la brutal historia de la historia antigua de un gran general que sacó sus propios ojos para que pudieran presenciar la caída de su antigua patria.

“Si la infancia parece un momento feliz, es solo porque puedes pasarla sin conocerte a ti mismo”.

Von Reuentahl dijo estas palabras a Mittermeier cuando los dos estaban rodeados de niños con una febril admiración en los ojos. Las Murallas Gemelas de la Armada Imperial estaban visitando la Academia de Niños

para hablar con los estudiantes. Ambos se habían sentido cohibidos por pronunciar discursos formales desde el podio, así que terminaron temprano y se sentaron debajo de un olmo en una esquina del patio de la escuela para mezclarse con los niños.

Mittermeier lanzó una mirada de ojos grises a su colega, pero no dijo nada. Continuó sacudiendo las manos de los niños emocionados hasta que la línea finalmente disminuyó.

“¿Eso significa que es como estar intoxicado?”, Preguntó entonces. “¿O como estar sobrio?”

“Buena pregunta. De cualquier manera, tienes más suerte si puedes morir borracho”.

Así se sentía realmente von Reuentahl. Por supuesto, por “borracho” podría haber querido incluir otros tipos de intoxicación, como el amor y la lealtad. Nunca había entrado en detalles sobre esta idea con nadie.

“Los nobles están más allá de la redención. Deben ser destruidos”.

Esta idea había echado raíces en el mundo interior de von Reuentahl cuando aún era un niño. Sabía cuán dañino había sido el pantano tibio de la sociedad noble para la psique de su madre. El conocimiento había sido forzado en él contra su voluntad.

Pero la dinastía Goldenbaum había pasado cinco siglos cultivando una mentalidad de sujeto entre los que gobernaba, lavándoles el cerebro para creer que era sagrado e inmortal. Esto había mantenido a von Reuentahl en grilletes invisibles de hierro, capaces de patear el suelo pero no volar.

Cuando se enteró de que Reinhard tenía como objetivo derrocar a la dinastía y usurpar la posición de káiser por sí mismo, von Reuentahl se sorprendió. Las barreras psicológicas que habían resultado insuperables para él no eran nada para este chico nueve años menor que él, que pretendía elevarse muy por encima y mucho más allá de ellas en alas de oro.

Este fue el momento en que se dio cuenta de cuán grande era la diferencia en la ambición que separaba a los grandes hombres de la manada común.

Una parte de auto burla y nueve partes de admiración cambiaron el curso de la vida de von Reuentahl. Junto a su amigo cercano Mittermeier, apostó su vida por ese joven de cabello dorado y encontró el éxito. ¿Pero ese éxito duraría para siempre? Incluso antes de estos nuevos desarrollos, demasiado había sido incierto. Después del ataque contra Reinhard y la muerte de Lutz en Urvashi, ¿cómo podría recuperarse lo que se había perdido?

Su única esperanza era encontrar y proteger al káiser desaparecido. De lo contrario, su oportunidad de explicar que el ataque no había sido por su voluntad se perdería para siempre. Bueno, tal vez no para siempre, pero preferiría estar en pie de igualdad con Reinhard y explicar las cosas racionalmente que pedir clemencia como prisionero de guerra.

"Desearía haber podido tomar un último trago juntos, Mittermeier. Aunque solo tengo que culparme a mí mismo por no poder…"

Sintió una punzada de pena. Mein Freund, *Gale Wolf de cabello color miel, seguramente arriesgarás su vida para defenderme del káiser. Pero la malicia en el trabajo entre el káiser y yo supera incluso tu benevolencia. Mi orgullo no me deja más remedio que luchar.*

Y si debo pelear, pelearé con todo lo que tengo. No escatimaré esfuerzos para asegurar la victoria. Hacer menos sería un insulto al káiser…

No le dolía pensar en Kaiser Reinhard. Por el contrario, sintió una elevación rara correr por su columna vertebral. Fue acompañado por una especie de estremecimiento, pero von Reuentahl logró controlar el entusiasmo dentro de él y reorientar su atención por la fuerza.

"¿Qué está haciendo Trünicht?", Preguntó.

"¿Lo necesita, Su Excelencia?", Preguntó Bergengrün, algo puntiagudo, después de un momento de sorpresa. Von Reuentahl siempre había mostrado disgusto por tener que pronunciar en voz alta el nombre de su alto

consejero. ¿Por qué hacerlo ahora, cuando la presencia del hombre sería menos bienvenida que nunca?

“Incluso Trünicht tiene sus usos. No nobles, por supuesto. Primero, eliminemos el desagradable negocio. Tráelo.”

“Tendré que aclararlo primero con el director general de asuntos civiles”.

“No, no hay necesidad de eso”. Incluso el intrépido von Reuentahl palideció ligeramente ante esta perspectiva. El director general Julius Elsheimer estaba casado con la hermana menor de Lutz. No podía esperarse que mantuviera la ecuanimidad dada la culpabilidad de von Reuentahl por la muerte de su cuñado.

Durante el asalto a Iserlohn, Lutz había servido como subcapitán de von Reuentahl. Siempre se había merecido la fe que la gente depositaba en él. Von Reuentahl estaba seguro de que había muerto en Urvashi protegiendo al káiser. Un hombre bueno y honrado que había vivido sin una pizca de deshonor.

Media hora después, su contrario exacto llegó a la oficina de von Reuentahl, un hombre que parecía desparramado de pies a cabeza en deshonor o de alguna manera se hizo líquido. Cada vez que von Reuentahl veía a Trünicht, sentía un nuevo desdén por el sistema político que había alimentado y recompensado su malversación.

“El ritmo glacial del gobierno democrático republicano a menudo frustra a las masas”, había dicho von Reuentahl una vez. “Si puedo satisfacerlos con rapidez, pronto olvidarán su afecto por la democracia”.

En la primera línea de su administración, esta visión icónica y despectiva ya estaba demostrando ser correcta. En las oficinas gubernamentales y las instituciones públicas, los servicios a los ciudadanos que alguna vez habían estado casi moribundos se estaban recuperando. Todos los días, los informes llegaban a su escritorio de éxitos tan pequeños que le dolía leerlos: “El ferrocarril subterráneo de alta velocidad ahora funciona de acuerdo con el cronograma”. “El personal de la oficina del barrio, una vez arrogante,

comenzó a tratar a los ciudadanos con amabilidad”.

¿Ves?, pensó . *Quienes se hacen llamar servidores públicos solo temen el castigo de quienes tienen autoridad. Ciertamente no muestran devoción por la ciudadanía, los supuestos gobernantes de una democracia…*

Trünicht saludó al gobernador general con su habitual comportamiento caballeroso impecable. El saludo de regreso de Von Reuentahl fue formalmente perfecto también.

“Tengo un pequeño trabajo para ti”, dijo.

“Tu deseo es mi orden.”

“Antes de entrar en eso, déjame hacerte una pregunta que quería desde hace un tiempo. ¿Espero que no digan que su comportamiento deplorable fue diseñado para hacer sonar la alarma de las generaciones futuras y promover el desarrollo saludable del republicanismo democrático…?”

“¡Mariscal von Reuentahl, es tan perceptivo como siempre! Qué gratificante es que se reconozcan mis verdaderas intenciones”.

“¿Qué…?”

“Una broma, por supuesto. No tengo interés en ser mártir. Odio decepcionarte, pero el comportamiento al que te refieres fue para mí beneficio y el de nadie más”.

El hombre era la regla de la mafia con corbata. ¿Qué más podría uno llamarlo? Y, sin embargo, von Reuentahl no pudo evitar la sospecha de que Trünicht era más que un político corrupto. Había sobrevivido a Yang Wen-li — ¿Sobreviviría también a von Reuentahl? Después de haber dejado que la democracia se pudriera y succionar la médula de sus huesos, ¿también arruinaría la autocracia y finalmente se deleitaría con su cadáver? La perspectiva era demasiado plausible — a menos que alguien asumiera la responsabilidad de deshacerse de él.

Von Reuentahl se volvió hacia Bergengrün.

“Inspector general, encuentre una jaula adecuada para esta rata”. Él sacudió la barbilla hacia Trünicht como si indicara algo inmundo; incluso su cortesía superficial se había ido ahora. “Puede chirriar como un hombre, pero no tienes que escuchar. Asegúrese de alimentarlo ocasionalmente. Podríamos sentir una punzada de culpa si se muere de hambre”.

Trünicht fue rodeado por soldados y arrastrado. No se veía un destello de miedo en sus ojos, lo que podría considerarse digno de admiración incluso si solo fuera una falsa bravuconería.

Von Reuentahl frunció el ceño e inclinó la cabeza por un momento. Luego levantó la vista. “¡Bergengrün!”

“Su excelencia.”

“Envía un mensajero a la fortaleza de Iserlohn. Dígales que si niegan el uso del corredor por parte de la Armada Imperial, devolveré todo el antiguo territorio de la alianza”.

Una mirada de asombro se extendió por la cara generalmente impasible de Bergengrün.

Von Reuentahl se echó a reír.

“¿Por qué tan sorprendido?”, Preguntó. “El imperio es lo que quiero gobernar. Si esos grupos republicanos quieren recuperar el antiguo territorio de la alianza, son bienvenidos”.

Su rostro brillaba con una energía vital que solo podía llamarse despiadada. Este fue el momento en que dio su primer paso adelante, sin siquiera mirar la puerta detrás de él.

“En cualquier caso, no hay razón para ponernos en desventaja militar. Haz la oferta. Incluso agregaré a ese traidor a la democracia Job Trünicht como un bono — o solo su cabeza, si así lo prefieren. Asegúrate de mencionar

eso”.

Bergengrün parecía a punto de hablar, pero luego lo pensó mejor y cerró la boca. Con un saludo, salió de la oficina del gobernador general. Von Reuentahl se pasó una mano por el pelo, de un marrón tan oscuro que casi era negro, y volvió a sus meditaciones.

V

No todos estos detalles estaban en el informe de Boris Konev. Su información era más básica: Reuentahl en revuelta, Kaiser desaparecido. Pero aun así fue valioso, y la relativa facilidad con la que había roto el bloqueo era prueba de la confusión entre la Fuerza de Seguridad de Neue Land.

Para el liderazgo de Iserlohn, el informe de Konev insinuó la emocionante posibilidad de cambio. Estaban ansiosos por ver que la situación se desarrollara aún más.

Julian le había dicho una vez a Caselnes que la fortaleza de Iserlohn tenía valor estratégico solo cuando cada extremo del corredor albergaba un poder político y militar diferente — y que podría pasar medio siglo antes de que eso volviera a suceder.

¡Medio siglo! Había pasado menos de medio año desde que Yang Wen-li había muerto. El plazo se había reducido a la centésima parte de su tamaño anterior. ¡Qué rápido cambiaban las cosas! Por supuesto, un momento de reflexión le recordó a Julian que el propio Kaiser Reinhard había aparecido por primera vez en la página de la historia, como el conde von Lohengramm, menos de media década antes. ¿Estaba la historia en el proceso de revelarse en una nueva forma — no un río ancho y ondulado sino un torrente furioso que se tragaba todo a su paso?

Julian se pasó una mano por el pelo de lino. Un profundo presentimiento le atravesó el pecho. Toda la historia parecía estar acelerándose, y muchas de las personas que conocía, tanto directa como indirectamente, parecían vivir rápido e imprudentemente, precipitándose hacia muertes prematuras. ¿Podría ser este el camino que tomarían también Kaiser Reinhard y el mariscal von Reuentahl? Aunque eran enemigos, eran figuras tan radiantes y singulares.

“¿Qué vas a hacer, Julian?”, Dijo von Schönkopf. “¿Crees que este caos nos dará la oportunidad de mejorar nuestra posición?”

“Eso espero, pero…”

Pero si se equivocaba en su juicio, todo Iserlohn quedaría fuera de curso. El destino de la democracia en sí podría verse afectado. El choque entre Reinhard y von Reuentahl fue, al final, una lucha de poder dentro de un sistema autocrático, nada más. Lo que Iserlohn necesitaba era una forma de jugar ambos extremos contra el medio. Aun así, Julian tenía una reserva que no podía ignorar.

“Marshal von Reuentahl es un maestro táctico, pero ¿puede realmente ganar contra Kaiser Reinhard? ¿Qué le parece, almirante von Merkatz?” Se volvió hacia el hombre mayor, que estaba sentado con los brazos cruzados en silencio.

“Me parece”, dijo von Merkatz, “que von Reuentahl es el tipo de hombre que se vuelve más rico en habilidades a medida que aumenta su rango y responsabilidad. Antes de la Guerra de Lippstadt, no esperaba perder ante un hombre con mucha menos experiencia. Tampoco, por supuesto, pensé que era un rival para Kaiser Reinhard. Pero si puede evitar una guerra de dos frentes y sobrevivir a las líneas de suministro del káiser, puede tener una oportunidad”.

“Evita una guerra de dos frentes…” murmuró Julian. Basado en esta pista del respetado almirante mayor, intentó construir una pirámide en sus pensamientos. Al darse cuenta de una gran piedra que debería incluirse, se habló a sí mismo en forma de pregunta.

“Dejando a un lado las habilidades propias del mariscal, ¿van a acompañar aquellos que él mande con su decisión de levantar la bandera de la rebelión contra Reinhard?”

Como sucedió, esta pregunta también ocupó a los fanáticos terraistas que habían organizado esta máscara de intriga. Reinhard no era un líder tonto o cruel, y sus soldados lo veneraban como un dios marcial. Von Reuentahl podría tener más de cinco millones de tropas bajo su mando, pero ¿qué porcentaje pondría su lealtad a él por delante de su fe en el Kaiser?

Si solo Yang estuviera vivo, p ensó Julian, entonces se contuvo y sacudió la cabeza internamente. Una dependencia cultivada durante largos años era algo terco. “Tienes que pensar por ti mismo, Julian” — ¿con qué frecuencia Yang le había recordado esto, revolviéndose el cabello cariñosamente?

Julian se sumió en sus pensamientos. Los oficiales de su personal, Caselnes, von Schönkopf, Attenborough, Poplin y von Merkatz, esperaron pacientemente. Frederica, también, y otros que no estaban en la habitación, tanto vivos como muertos, también sin duda siguieron las huellas de su pensamiento.

Octubre, 2 año del Nuevo Calendario Imperial, 800 SE. La Palabra de la Revuelta Reuentahl desgarró el espacio habitado como un rayo. Lejos de traer una paz duradera a la galaxia, la muerte de Yang Wen-li parecía estar a punto de hundir a la humanidad en el abismo aullante.

CAPÍTULO 06: LA REBELIÓN ES EL PRIVILEGIO DE UN HÉROE

I

LA CONFUSIÓN DE LA SITUACIÓN y el desorden de la información se torcieron en una hélice que envió ondas de desgracia cada vez más amplias a través de la galaxia.

¡El Kaiser desaparecido!

La noticia, que por supuesto no se hizo pública, provocó estremecimientos en los niveles superiores del imperio. Se intercambiaron comunicaciones con la gobernación de Neue Land, algunas educadas y otras acaloradas, pero esto simplemente acumuló más combustible en forma de frustración, sospecha y preocupación, esperando solo una chispa para encenderlo.

Luego, el 29 de octubre, *Brünhild* fue descubierto y puesto bajo protección por la Flota Wahlen, que se había lanzado desde el área alrededor de Schattenberg.

La buena noticia fue enviada de inmediato a la capital imperial de Phezzan. Una vez que la situación se aclare, seguramente habrá otros problemas graves para molestar nuevamente a todos, pero por ahora Müller sintió que al menos había cumplido sus obligaciones con Lutz. Por supuesto, Müller no tenía forma de saber que el rescate de Reinhard por parte de las fuerzas

amigas también estaba de acuerdo con los planes establecidos por los conspiradores, quienes arrogantemente creían que eran libres de manipular el destino de los hombres como quisieran.

La conspiración no está correlacionada con el intelecto y es incompatible con el carácter. Que Müller no pudo detectar una conspiración que pudiera contribuir solo negativamente a su humanidad en realidad aumentaría su estimación entre las generaciones posteriores. Pero perder a Kornelias Lutz, un colega de confianza, lo entristeció mucho más que cualquier evaluación de sí mismo.

Cuando la transmisión que confirmó la muerte de Lutz llegó a *Brünhild* , Reinhard cerró los ojos, se llevó las manos juntas a la frente y permaneció inmóvil durante un tiempo. Finalmente, justo cuando un preocupado von Streit estaba a punto de decir algo, el káiser volvió a bajar las manos y habló con una voz como la melodía de un réquiem.

Lutz es ascendido a mariscal imperial. Puede que no le guste, pero ese es su castigo por romper su promesa.

¡Reuentahl en revuelta!

Estas palabras recordaron a los líderes de la Armada Imperial que, por muchos campos de batalla que habían visitado en esta época inquieta, por poderosas que fueran las fuerzas enemigas contra las que se habían distinguido, no estaban libres del demonio de la sorpresa.

Al mismo tiempo, sin embargo, había un extraño sentido en las noticias. Vivían en una época que había visto a un hombre de vigor, habilidad y capacidad elevarse de los rangos más bajos de la nobleza para reclamar la corona más alta. Innumerables otros seguramente saltarían a la tentación de gobernar toda la galaxia, dada la oportunidad. La posición y la autoconfianza de Von Reuentahl eran proporcionales a su ambición. No podía ser acusado de no conocer sus límites.

Por supuesto, algunos no creyeron los informes — o, quizás con mayor precisión, no quisieron creerlos. Cuando la noticia llegó al querido amigo

de von Reuentahl, Mittermeier, estaba furioso.

“¡Pensé que esas tonterías habían desaparecido a principios de la primavera con las nevadas del año!”, Gritó. “Aparentemente me equivoqué. ¿Estás entre los desgraciados que nevarían en verano?”

El portador de la noticia no se inmutó.

“Eso fue solo un rumor, pero esto es un hecho. Incluso si el Mariscal von Reuentahl no tuviera conexión con la conspiración, ¿qué hay de su responsabilidad de garantizar la seguridad del káiser?”

Como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, Mittermeier había dirigido la búsqueda del káiser alrededor de Schattenberg. Una corriente turbia de inteligencia fluyó mientras realizaba esta tarea. Algunos informaron que el káiser había muerto. Otros trajeron noticias de la coronación de von Reuentahl. La única noticia que pudo confirmarse fue la muerte de Lutz. Nada de lo que Mittermeier escuchó le sirvió de consuelo, verdadero o falso, hasta que Wahlen le comunicó que el Kaiser estaba vivo y bien.

1 de noviembre. Escoltado por la Flota Wahlen, *Brünhild* entró en el Corredor Phezzan, donde fue recibido por Mittermeier. El Gale Wolf abordó la nave, se regocijó al ver la seguridad del káiser y agradeció a Müller y a los demás por su parte en protegerlo.

“Tengo asuntos que discutir con el comandante en jefe”, dijo Reinhard a Müller y los demás. “Déjennos.”

Ellos obedecieron, pero no pudieron ocultar sus expresiones en conflicto.

“Mittermeier”.

“Si su Majestad.”

“Estoy seguro de que entiendes por qué te hice permanecer en la habitación. Von Reuentahl es una de las mentes militares más grandes de su generación.

En toda la Armada Imperial, solo dos hombres podían esperar prevalecer contra él. Uno de esos hombres soy yo. El otro eres tú”.

Mittermeier guardó silencio.

“Es por eso que todavía estás aquí. ¿Está claro mi significado?”

Mittermeier no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Agachó la cabeza, con riachuelos de sudor casi helado goteando por su frente.

“Sé que es demasiado pedir”, continuó Reinhard. “Tu amistad con von Reuentahl se remonta a más de una década. Y así, solo en esta ocasión, te otorgo el derecho de rechazar una orden de mí. Aunque supongo que solo podrías encontrar esto más insultante…”

Mittermeier percibió una vez más el significado de Reinhard. Si Mittermeier rechazó sus órdenes, el Kaiser tenía la intención de liderar una expedición punitiva contra la rebelión.

“Por favor, Su Majestad, espere”.

La voz de Mittermeier tembló. Había denunciado los males del duque von Braunschweig, jefe de la familia noble más distinguida de la dinastía Goldenbaum, a pesar de la amenaza de muerte, pero ahora parecía que incluso su corazón se había puesto pálido.

Reinhard se sentó en la silla y cruzó la pierna izquierda sobre la rodilla derecha. Sus ojos eran como novas de color azul hielo, y nunca abandonaron los de Mittermeier.

“Renunciaría a todos los honores que he ganado en la batalla si convenciera a Su Majestad de reconsiderar. ¿Hay alguna esperanza de que esta solicitud pueda ser concedida?”

“¿Reconsiderar?” La furiosa emoción coloreó las pálidas mejillas de Reinhard con un carmesí pálido. “¿Reconsiderar qué, suplicar, dices? ¿Estás seguro de que no entiendes mal esta situación, Mittermeier? El que debería

reconsiderar es von Reuentahl, no yo. Me traicionó — ¡no lo traicioné!”

Toda la forma del káiser parecía brillar dorada, ardiendo de indignación y rabia.

“Su Majestad, no puedo creer que von Reuentahl signifique ninguna traición. Su lealtad y su historial de servicio eclipsan los míos. Por favor concédele la oportunidad de explicarse”.

“¡Una oportunidad, dices! ¿Y cuántos días pasaron entre mi escape de Urvashi a través del sacrificio de Lutz y mi rescate por parte de Wahlen? Si von Reuentahl deseaba protestar por su inocencia, ¿no podría haberlo hecho cien veces más?”

En Urvashi, el káiser había estado inclinado a rechazar la visión de von Reuentahl como conspirador jefe. Pero la muerte del leal Lutz y la fuga que siguió hirieron profundamente su orgullo. Un sirviente clave había sido asesinado en su propio territorio, y él, el káiser, se había visto obligado a huir para no convertirse en prisionero de guerra.

“Su Majestad, cuando von Reuentahl fue calumniado en febrero, su fe en él nunca flaqueó”.

“¿Es un ataque contra mi persona y la pérdida de la vida de Lutz una mera calumnia?”, Gritó Reinhard. Su mano blanca barrió un vaso de la mesa. Se hizo añicos contra la pared en una lluvia de fragmentos de cristal y gotas de vino.

Nubes negras de desesperación se agolpaban en el horizonte del corazón de Mittermeier. El káiser había salido prácticamente desarmado para visitar a von Reuentahl, y su gesto magnánimo había sido recompensado con perfidia. Su confianza en un sirviente había resultado en la muerte de otro. No es de extrañar que no pudiera mantener la calma. Y, por supuesto, cuando el dolor y el auto reproche sobre los muertos fluyen de regreso hacia los vivos, el resultado siempre es un aumento en la severidad.

Reinhard no tenía ningún motivo para arremeter contra Mittermeier. A la

luz de su amistad con von Reuentahl, era muy posible adivinar su angustia. El káiser no dejó de entender esto, pero tenía su propio dolor psíquico y no pudo evitar que brotara. En verdad, la falta de ira de Mittermeier hacia von Reuentahl por obligar a Reinhard a esta difícil situación también alimentó el descontento y la ira que se mezclaron con la frustración dentro de él.

"¿Crees que es mi deseo dejar a von Reuentahl? Sin duda hay cosas que le gustaría explicar. También había amistad entre nosotros, si no tan profunda como la que tú y él compartieron. En cuyo caso, ¿por qué no aparece ante mí para explicarse? Mientras huía en deshonor, ¿qué estaba haciendo? ¿Ha enviado incluso una sola línea de disculpa? ¿Una sola palabra de condolencia por la muerte de Lutz? ¡¿Por qué motivos me haría reconocer su sinceridad?!"

Mittermeier no pudo responder. Todo lo que Reinhard dijo fue correcto. Las acciones de Von Reuentahl fueron más que merecedoras de críticas. En el fondo de su mente, Mittermeier vio a su amigo empujarse más profundamente en un laberinto, pero no podía hablar de esto a su señor. Sentía que no debía hablar de eso, de hecho, tanto por el bien del káiser como por el de von Reuentahl.

Lo que dijo fue algo completamente distinto.

"Su Majestad, esto es difícil de decir, pero la razón por la cual von Reuentahl no se ha presentado ante usted puede ser que teme ser interceptado por otros antes de que pueda llegar".

"¿Otros?"

"Me temo que Su Majestad tomará esto como una calumnia, pero me refiero al mariscal van Oberstein y Heidrich Lang".

¿Dices que ignorarían mis deseos y evitarían que von Reuentahl llegue?

"Su Majestad, por favor. ¿Podrían estos dos hombres no ser despedidos de sus cargos actuales, como muestra de la voluntad de Su Majestad de reconciliarse con von Reuentahl?"

Reinhard guardó silencio.

“Solo dé la palabra de Su Majestad sobre este asunto, y prometo convencer a von Reuentahl de que doble la rodilla ante usted, incluso a costa de mi propia vida. Te lo ruego, perdónalo esta locura momentánea. Sé que invierte el orden correcto de las cosas, pero no hay otra manera”.

“¿Estoy obligado a concederle tanto? En lugar de dejar de lado a un sujeto que me ha traicionado, ¿me ordenas despedir a otros sirvientes leales para recuperarlo? ¿Quién es el que se sienta en el trono de este imperio — yo o von Reuentahl?”

Todavía enfurecido, Reinhard casi escupió la pregunta, que seguramente era la Mittermeier más agonizante que se le había hecho.

“Su Majestad, admito que nunca he estado en buenos términos con el Mariscal von Oberstein, pero no es por eso que llamo a su despido. Podría ser relevado de su posición temporalmente, y restaurado más tarde con su honor reafirmado. Pero si dejamos pasar esta oportunidad, von Reuentahl nunca tendrá otra oportunidad de regresar a Su Majestad”.

“¿Crees que esta lógica convencerá al ministro?”

“No propongo que solo él sea deshonrado. También renunciaré a mi papel como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial. Creo que esto aplacará al ministro hasta cierto punto”.

“¿Qué estás diciendo? ¿A quién propones que tenga el mando de mi armada en su lugar? ¿Debo perder a mis tres mariscales a la vez?”

“La armada puede dejarse a salvo al almirante mayor Müller. En cuanto al reemplazo de von Oberstein, sé que no es mi lugar ofrecer sugerencias, pero creo que Kessler o Mecklinger podrían actuar como ministro de asuntos militares. No hay necesidad de preocuparse”.

“Veo como es. Desea retirarse antes de los treinta y cinco años. Confieso

que no esperaba que el general más valiente bajo mi mando tomara lecciones de vida de Yang Wen-li”.

Reinhard comenzó a reírse de su propia broma, pero este rayo de sol fue bloqueado por las nubes antes de que pudiera llegar al suelo. Su estado de ánimo había empeorado, si acaso, sus ojos se clavaron en Mittermeier nuevamente.

“Tomaré su opinión sobre el asesoramiento. Por ahora, necesito su respuesta a mis pedidos. ¿ *Ja* , o *nein* ? Si es lo último, por supuesto, entonces simplemente dirigiré la expedición yo mismo”.

Mittermeier inclinó la cabeza profundamente. Su cabello rubio miel ocultaba su expresión de la mirada del káiser. Durante largos momentos, sonó la música del silencio.

Finalmente, Mittermeier dijo: “Acepto humildemente las órdenes de Su Majestad”.

No tengo otra opción, pensó, pero no lo dijo en voz alta.

II

Cuando Mittermeier regresó a la Sede de la Armada Espacial Imperial de los sectores alrededor de Schattenberg, los oficiales de su personal no podían mirarlo a los ojos. Desapareció en su oficina envuelto en un pálido campo magnético. Treinta minutos después, sin embargo, cuando llamó a su oficial de personal más joven, el almirante Karl Eduard Bayerlein, su expresión y voz estaban revestidas de la armadura del oficialismo.

“Póngase en contacto con Wahlen y Wittenfeld. Probablemente estarán apuntalando los flancos en esta expedición”.

“Sí, su excelencia. ¿Qué hay del almirante Müller?”

“Las heridas de Müller aún no están completamente curadas, y de todos modos lo necesita el lado de Su Majestad. Si soy derrotado, él será la última línea de defensa”.

Bayerlein frunció el ceño.

“En ese caso, no jugará ningún papel en absoluto. No hay posibilidad de que Su Excelencia sea derrotado, después de todo”.

En esta muestra de fe y respeto, la expresión de Mittermeier se suavizó.

“Para ser honesto”, dijo finalmente, “prefiero dejar que von Reuentahl gane”.

“¡Su excelencia!”

“No, incluso esa es mi vanidad hablando. Incluso si me esforzara al límite de las habilidades, nunca podría derrotar a von Reuentahl en primer lugar”. La risa amarga de Mittermeier consternó a Bayerlein por lo poco que le convenía al comandante que amaba y respetaba.

El Gale Wolf era joven, rápido y audaz. Mantuvo la vista al frente, sin halagar a los de arriba ni maltratar a los de abajo. Había una brillante claridad en él que lo convirtió en una figura aspiracional para todos, desde Bayerlein hasta los estudiantes de la Academia de Niños. Los niños asignados para ser sus ayudantes se jactaban con los ojos brillantes de compañeros de clase envidiosos. Algunos incluso se tomaron la molestia de llevar los dulces que recibieron de la Sra. Mittermeier a la escuela, asegurándose de que todos los vieran. Pero ahora ese magnífico cielo azul se estaba llenando de nubes negras que amenazaban con una tormenta terrible.

“No me parece así”, dijo Bayerlein.

“Eres libre de creer lo que quieras, pero no soy von Reuentahl”.

“Su excelencia —”

“No hay comparación que hacer. Solo soy un soldado. Von Reuentahl es más. Él es…”

Mittermeier se detuvo. Bayerlein, simpatizando con la agitación interna de su comandante, no pudo evitar presionarlo aún más vacilante.

“Supongamos que lo que dice Su Excelencia es más que modestia. Pretendes luchar contra el mariscal von Reuentahl de todos modos, ¿no? Para que el káiser no lidere la expedición él mismo…”

Mittermeier fijó a Bayerlein, que era bastante correcto, con una mirada penetrante pero de alguna manera carente de fuerza. No elogió la visión de su joven subordinado, ni lo reprendió por sobrepasar su lugar. Simplemente dijo: “Las manos del káiser deben mantenerse limpias”, y eso fue todo.

Tomó algo de tiempo, pero Bayerlein finalmente entendió su importancia. Si Reinhard dirigía la expedición para sofocar a von Reuentahl, sus manos se mancharían con la sangre de un traidor. Esto nublaría la fe de aquellos que creían en el “káiser de los soldados”, eventualmente rompiendo este ícono una vez perfecto mucho más profundamente de lo que su estancamiento contra Yang Wen-li podría jamás. Para Mittermeier, esto era algo que tenía que evitarse, incluso si eso significaba pasar por alto sus propios sentimientos.

“Si von Reuentahl cae — incluso si yo caigo con él — el Imperio Galáctico sobrevivirá. Pero si lo peor le sucediera a Su Majestad, la unidad y la paz por las que trabajó tan arduamente colapsarían de la noche a la mañana. Puede ser que no pueda ganar esta pelea, pero no debo perderla”.

Bayerlein encontró el tono tranquilo de Mittermeier paradójicamente inquietante.

“Su Excelencia, debo protestar. Si usted y el mariscal von Reuentahl cayeron juntos, el mariscal von Oberstein podría actuar tan despóticamente

como quisiera que no habría nadie que lo detuviera”.

La invocación de von Oberstein por Bayerlein fue un intento de inspirar a su comandante, pero Mittermeier no parecía afectado.

“No Te preocupes”, dijo. “El ministro podría estar tan satisfecho de sacarnos de la escena que él mismo se retire del ojo público”.

“Su Excelencia, incluso como una broma—”

“En cualquier caso, suficientes de hipotéticos. Póngase en contacto con Wittenfeld y Wahlen”.

Todavía mirando a su superior con preocupación, Bayerlein saludó y se fue.

Von Oberstein con quien puedo vivir, pensó von Reuentahl. *Pero el otro — él solo está más allá del perdón. Por el bien del káiser, antes de partir para la batalla tendré que exterminar esa plaga en particular.*

Aunque Heidrich Lang no tenía un puesto oficial en el Ministerio de Asuntos Militares, no era inusual que visitara al Ministro von Oberstein allí.

Hoy, un alegre Lang había venido a informar que el odiado von Reuentahl finalmente había caído al nivel de traidor. La noticia, por supuesto, ya había llegado a von Oberstein, quien dijo, con su habitual desapego: “Puedo ser enviado como enviado especial a von Reuentahl como resultado de la perturbación en la Neue Land”.

“Oh, querido, qué carga para ti. Y peligroso también”.

“No hay necesidad de simpatía. Vendrás conmigo, después de todo”.

A pesar de la calma de la entrega de von Oberstein, el pánico abofeteó a Lang lo suficiente como para hacerle perder el equilibrio.

Von Oberstein ignoró esta vergonzosa exhibición y tomó un sorbo de café.

“Estés preparado para partir en cualquier momento”, dijo. “Ya he terminado mis preparativos”.

“Si, si muestro mi rostro alrededor de von Reuentahl, él me matará en el acto. Después de todo, me desprecia, por qué razón no lo sé”.

“Estoy bastante seguro de que me desprecia más”. La voz de Von Oberstein no tenía eco de ironía o burla. Fue una observación objetiva, entregada con desapego académico.

Tartamudeando una débil excusa para posponer su respuesta, Lang huyó de la oficina del ministro justo cuando el comodoro Ferner entró. Lang pensó que detectó una sonrisa burlona en la cara de Ferner, pero no tuvo tiempo de comprobarlo.

Esto no fue broma. No tenía ninguna objeción a que von Oberstein fuera asesinado por von Reuentahl. En todo caso, tal resultado beneficiaría aún su propia prosperidad futura. La muerte de los dos mariscales al mismo tiempo sería aún mejor — ideal, de hecho. Pero no tenía ningún interés en aparecer en ese cuadro él mismo.

En este momento, el ego de Lang era tan obeso y distendido como un hígado de ganso convertido en foie gras. No se dio cuenta de que otros lo veían como el inferior de von Oberstein.

Dio la vuelta a la escalera trasera, esperando al menos reducir la cantidad de personas que lo vieron, y acababa de comenzar a descender cuando se congeló en el acto, todo el cuerpo rígido. Un joven con el uniforme negro y plateado de la Armada Imperial estaba subiendo las escaleras hacia él desde abajo. La mirada del hombre estaba fija en él, y la luz que brillaba en esos ojos grises era el polo opuesto de la buena voluntad.

“M-Marshal Mittermeier…”

“Bueno, bueno, el hombre del momento incluso sabe mi nombre. Me siento

honrado más allá de las palabras”.

La voz de Mittermeier era inusualmente venenosa. Lang retrocedió dos pasos sin pensar, todavía fijo por esa mirada de ojos grises. Esta fue la primera vez que se enfrentó a Mittermeier sin que nadie más le escondiera detrás.

“S-si tienes negocios con el ministro, él está en su oficina en el quinto piso…”

“Mi negocio es con usted, Ministro Junior Lang”. El cambio de hostilidad a intenciones dañinas se filtró en la voz de Mittermeier. “¿O prefieres al Jefe de la Oficina de Salvaguardia de Seguridad Interior Lang? De cualquier manera, su título en la vida no te hará mucho bien a dónde vas”.

Lang se oyó tragar ruidosamente. El color desapareció de su visión, con solo el cabello color miel de Mittermeier flotando vívidamente ante él.

Mittermeier comenzó a subir las escaleras, con botas militares resonando a cada paso. Su mano derecha estaba en su desintegrador, pero no se dio prisa. El espíritu que irradiaba de su cuerpo clavó clavos de hierro invisibles a través de los pies de Lang, sujetándolo donde estaba parado.

“Quédate donde estás hasta que yo llegue allí”, dijo Mittermeier.

La mente de Lang rechazó la orden, pero no su cuerpo. Quería correr, pero sus impulsos se arrastraban por su sistema nervioso más lentamente que los caracoles. Con los ojos y la boca abiertos, el primero ancho y el segundo no, le resultaba difícil incluso luchar en el aire viscoso. Las personas cercanas estaban tan abrumadas por el espíritu de Mittermeier como Lang, y solo se detuvieron y miraron.

No — había un hombre que todavía podía moverse, y que subió las escaleras después del Gale Wolf para colocar una mano sobre su hombro justo cuando llegaba a la cima.

“Detenga esto, mariscal Mittermeier. El ministro menor es un funcionario

imperial”.

Mittermeier se volvió, asesinando en sus ojos, para ver al almirante mayor Ulrich Kessler, comisionado de policía militar y comandante de la defensa de la capital.

“Has logrado cosas incomparables en el campo de batalla, mariscal”, continuó Kessler, “pero es posible que no traigas tus rencores personales al ministerio, y tengo la autoridad y el deber de evitar que lo hagas. ¿Ha quedado claro?”

“¿Rencores personales?” La expresión y la voz de Mittermeier se desbordaron de amargura. La furia hervía en sus ojos grises. “No estoy de acuerdo con esa caracterización, comisionado, pero si insiste en ello, no me opondré. Pero si voy a emprender esta expedición con confianza, no puedo permitir que esta termita en la piel humana asole más el imperio. Puede que no te des cuenta de esto, pero —”

“Los abusos de Lang serán castigados de acuerdo con la ley. Hacer lo contrario socavaría los cimientos mismos de la dinastía Lohengramm. Eres uno de los funcionarios más importantes de la dinastía y uno de sus comandantes militares más respetados. No puedes dejar de entender esto”.

“Una buena posición para tomar, comisionado, pero ¿qué poder tiene la ley sobre esa temblorosa termita allí? Castígame si quieres. Solo déjame darle primero sus justos desiertos”.

“Cálmate, mariscal. Eres más sabio que esto. Si algo te sucediera, ¿quién protegería la gloria de Goldenlöwe en tu lugar? ¿El mismo Gale Wolf es tan esclavo de las pasiones privadas que abandonaría su responsabilidad ante todo el imperio?”

La voz de Kessler no era fuerte ni apasionada, pero tocó un acorde profundo dentro de Mittermeier. En su violenta pasión, el sudor goteaba de su cabello despeinado y color miel, que bajaba desde la sien hasta las mejillas. Al ver esto con dolor y simpatía, Kessler adoptó un tono más conciliador mientras continuaba.

“El káiser es un sabio gobernante. Si el ministro menor ha hecho mal, seguramente será corregido bajo la autoridad imperial y la ley nacional. Por favor, mariscal, confíe en mí y cumpla con los deberes que le corresponden”.

Después de un largo silencio, Mittermeier dijo: “Muy bien. Lo dejo en tus manos”. Su voz era baja y agotada de vitalidad. “Lamento que hayas tenido que ver eso. Voy a compensar por causar esta escena desagradable en otro momento”.

Con el espíritu roto, Mittermeier se alejó. Kessler observó en silencio, luego desvió la mirada hacia Lang, todavía paralizado en las escaleras. La mirada que cruzó la cara del comisionado fue de disgusto visceral.

III

Llegó octubre y luego noviembre.

La conspiración de la Iglesia de Terra había tenido éxito en un grado artístico. Sin embargo, en cierto sentido, esto fue como los garabatos de un niño que reciben grandes elogios críticos. Entre lo que luego informó el liderazgo de la iglesia estaba el comentario “Si hubiéramos fallado con von Reuentahl, teníamos la intención de avanzar en nuestros planes con Mittermeier y von Oberstein como objetivo”, lo que seguramente demuestra una tendencia a sobreestimar la perfección de la conspiración basada en El éxito de sus frutos.

“La rebelión de Reuentahl”, “la agitación de Heinessen”, “el conflicto de la Neue Land”, “la guerra del tercer año”: esta gran perturbación, que se conocería por muchos nombres, era desproporcionadamente de naturaleza personal.

Von Reuentahl sabía que nunca sería el igual que Reinhard. La usurpación del Kaiser de la dinastía Goldenbaum había sido una ambición creativa, pero para von Reuentahl usurpar la dinastía Lohengramm sería una imitación. Fue la Iglesia de Terra forzándolo a una posición peligrosa lo que lo llevó a levantar la bandera de la rebelión de todos modos, pero incluso en ese punto la catástrofe podría haberse evitado. Si hubiera seguido el consejo de Bergengrün y hubiera viajado desarmado a la nueva capital en Phezzan para explicarse ante el káiser, Mittermeier se habría puesto de su lado, poniendo fin a la revuelta antes de que comenzara. Se habría visto obligado a aceptar la responsabilidad final por la muerte de Kornelias Lutz, pero los historiadores posteriores acordaron que su castigo probablemente habría sido destituido de su cargo como gobernador general y reasignación temporal a las reservas.

Sin embargo, en otro rincón de la galaxia, las circunstancias se desarrollaron de una manera que von Reuentahl no podría haber previsto.

Grillparzer restableció el orden en Urvashi antes de que terminara octubre. Sus métodos fueron severamente militaristas, y más de dos mil fueron asesinados en la batalla o ejecutados en el acto por no obedecer inmediatamente las órdenes de dejar las armas y volver a sus publicaciones. Una vez que tomó el control del planeta, Grillparzer comenzó a reconstruir la imagen completa de lo que había sucedido allí. Esto no resultó una tarea fácil.

El comandante de la base de Urvashi, el vicealmirante Winckler, había desaparecido. No se encontró su cuerpo y no se pudo obtener un testimonio confiable sobre su paradero. Las observaciones de los síntomas que sugieren una adicción a las drogas se descubrieron en sus registros médicos en la base, pero los investigadores de Grillparzer no pudieron determinar por qué un oficial superior cuyas habilidades y logros habían sido recompensados con una responsabilidad tan pesada debería haber caído en la adicción.

El testimonio de los soldados que habían participado en los disturbios fue muy confuso. Algunos incluso afirmaron que sus superiores les habían ordenado rescatar al káiser antes de que los almirantes Lutz y Müller, a

quienes la Iglesia de Terra les había lavado el cerebro, les hiciera daño.

La iglesia parecía estar detrás de la trama. Sus escrituras y emblemas fueron descubiertos en posesión de más de diez soldados muertos y varios vivos. Pero Grillparzer decidió no revelar esta información públicamente por el momento.

Mientras Grillparzer estaba desenredando el gruñido de alambre de púas en Urvashi, o fingiendo, la situación circundante se deterioró. Un muro de enemistad, grande y alto, se levantaba entre el gobierno imperial y la administración de Neue Land. En consecuencia, cuando Grillparzer regresó a Heinessen y prometió su lealtad en lugar de huir a Phezzan, von Reuentahl no pudo ocultar su sorpresa.

“¿Realmente tienes la intención de aliarte conmigo?”

“Esa es mi intención. Sin embargo…”

“¿Sin embargo?”

“Tengo mis propias ambiciones. Quiero una promesa de que seré nombrado ministro de asuntos militares y mariscal imperial la mañana después de la victoria de Su Excelencia”.

“De acuerdo”. Partículas de burla salpicaron los ojos heterocromáticos de von Reuentahl mientras asentía. “Pensé que buscarías una posición un poco más alta, pero si el ministro de asuntos militares te satisface, te concederé ese deseo. A partir de ahora, estás luchando por tus propias esperanzas también. Espero que no escatime esfuerzos”.

Von Reuentahl y Grillparzer eran guerreros en una época turbulenta. Deberían haber podido encontrar causas y valores comunes fundados en una ambición compartida. El hecho de que Grillparzer haya revelado ambiciones particularmente inescrupulosas podría haber fortalecido la confianza de von Reuentahl en su alianza como una basada únicamente en el cálculo. Incluso si había albergado sospechas, no había evidencia que justificara actuar sobre ellas. La eliminación de Grillparzer como medida de

precaución corría el riesgo de perturbar a sus otros subordinados. Von Reuentahl no tuvo más remedio que proceder como lo hizo.

Mientras tanto, el almirante Bruno von Knapfstein, casi bajo arresto domiciliario en sus habitaciones oficiales, pronto se sorprendió con una visita de Grillparzer.

“¿Por qué regresaste a Heinessen?”, Le preguntó indignado a su colega. “¿Estás tan ansioso por pasar a la historia de la nueva dinastía como un traidor?”

Grillparzer no dijo nada.

“De hecho, por lo que escuché, hiciste más que regresar. Voluntariamente juraste lealtad a von Reuentahl, e incluso exigiste rango. ¿A qué estás jugando?”

“Cálmate, Knapfstein”, dijo el joven geógrafo, como si estuviera ridiculizando la mentalidad simple de su colega. “¿Seguramente no crees que soy sincero acerca de mi lealtad a la bandera de rebelión del mariscal?”

Von Knapfstein parecía cuatro partes descontento y seis avergonzado.

“¿Dices que no? En ese caso, me encantaría saber qué quieres decir con todo esto. Después de todo, a diferencia de ti, soy un hombre sin educación. Las teorías complejas están más allá de mí”.

Grillparzer ignoró este intento de sarcasmo.

“¡Piensa, Knapfstein!”, Dijo. “¿Cómo es que pudimos convertirnos en almirantes en la Armada Imperial mientras aún teníamos veinte años?”

“Por la benevolencia del káiser y por distinguirnos en la batalla”.

“¿Y podríamos habernos distinguido sin un enemigo para luchar? La Alianza de Planetas Libres es vencida, Yang Wen-li está muerto. En toda la galaxia, la guerra pronto será cosa del pasado. Si dejamos que eso suceda,

nos veremos atrapados en una era de paz, sin forma de demostrar nuestro valor o de mejorarnos a nosotros mismos. ¿Estas conforme?”

“Bueno — supongo que sí. Pero—”

“Lo que significa que debemos realizar hazañas de armas, incluso si se requiere cierta astucia para organizarlas. ¿Ya entiendes?”
Grillparzer estaba sonriendo. Cuando von Knapfstein vio a través de esa sonrisa pintada el esqueleto de la ambición debajo, retrocedió con un estremecimiento inconsciente.

“Entonces… ¿pretendes fingir lealtad a von Reuentahl por ahora, y luego traicionarlo al final?”

“¿Traicionar? Deseo que tengas más cuidado cuando hables, Knapfstein. Todavía somos súbditos de Su Majestad el Kaiser Reinhard — simplemente estamos publicados en el Mariscal von Reuentahl. ¿No es evidente dónde debería estar nuestra máxima lealtad?”

Von Knapfstein gimió. No hubo error en la lógica de Grillparzer. ¿Pero eso no significaba que debían expresar su lealtad claramente desde el principio, denunciar a von Reuentahl e ir a unirse al káiser? Al darle la espalda al káiser ahora y a von Reuentahl más tarde, Grillparzer solo lograría una doble traición. Parecía seguro de que podría usar la revuelta de von Reuentahl para promover sus propios intereses. ¿Las cosas realmente irían tan bien como él esperaba? Aun así, a pesar de estas dudas, al final Grillparzer tuvo la simpatía de su colega. Ninguna otra opción le pareció inmediatamente disponible.

Por el contrario, Julius Elsheimer, director general de asuntos civiles de la gobernación de Neue Land, se negó rotundamente a jurar fidelidad al gobernador general. Con la voz temblorosa, la cara blanca de miedo, el cuello empapado de sudor frío, le dijo a von Reuentahl que no podía participar en ninguna rebelión contra el káiser, sin retroceder incluso antes de la presencia intimidante del mariscal y los ojos brillantes y desiguales.

“Además”, agregó, “si puedo hablar a título personal, Su Excelencia es

responsable de la muerte de mi cuñado, Kornelias Lutz. No puedo aliarme contigo con este asunto aún legal y moralmente sin resolver”.

Von Reuentahl frunció el ceño muy ligeramente. Después de un silencio prolongado, habló con grave compostura en su voz.

“Sus opiniones como figura pública son triviales y poco distinguidas, pero su posición como individuo privado es valiente y justa. Si te niegas a unirte a mí, está bien. Permanezca en su residencia y no se oponga activamente a mí, y usted y su familia estarán a salvo”.

Von Reuentahl escribió un breve documento en el acto y se lo dio a Elsheimer para que lo llevara a casa. El documento fue dirigido al mariscal Wolfgang Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial. Declaró que Elsheimer se había negado a apoyar la rebelión, confirmó su lealtad inquebrantable al káiser y le pidió que se ahorrara cualquier reprimenda o represalia.

La magnanimidad de Von Reuentahl hacia Elsheimer mostró el noble elemento fijado en su personaje. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía que hacer lo necesario para sobrevivir — y prosperar.

Puedo ser derrotado por mein Kaiser, puedo ser completamente vencido, pero no hasta que haya hecho todo lo posible para ganar.

Así fue la resolución en el ojo derecho negro de von Reuentahl — pero su ojo izquierdo azul planteó una objeción.

Si eliges luchar, debes desear la victoria. ¿De qué sirve pensar en la derrota antes de comenzar? ¿O es eso lo que realmente quieres? — ¿Tu caída, tu destrucción?

No hubo respuesta. El poseedor de estos dos ojos se miró en el espejo de la pared.

“Más allá de la redención, si lo digo yo mismo”.

Mientras murmuraba las palabras en voz alta, agradeció al menos que no hubiera nadie cerca para escuchar.

IV

Por supuesto, no hubo declaración formal de guerra. Sin un punto de partida claro, la hostilidad y la tensión entre los mundos del antiguo imperio y la Neue Land continuaron aumentando. Von Oberstein en el Ministerio de Asuntos Militares y Mittermeier en el centro de comando de la armada espacial, aunque con un comportamiento y un estado de ánimo diferentes, se estaban preparando para la movilización.

Mientras tanto, en el Cuartel General Imperial, tuvo lugar una reunión. Al regresar a Phezzan desde los sectores alrededor de Schattenberg, Reinhard entró a su oficina para descubrir una figura familiar de pie junto a su enorme escritorio de nogal. Su nombre vino sin querer a sus labios.

“Fräulein von Mariendorf…”

“Bienvenido a casa, Su Majestad. Estoy muy feliz de verte a salvo”.

El tono de Hilda era uniforme, pero su voz era rica en sentimientos tiernos. Que Reinhard se dio cuenta de que esto era quizás una señal de su creciente sensibilidad, pero su respuesta de “Sí, mis disculpas por la preocupación” indicaba que sus poderes expresivos permanecían estancados.

“Lutz está muerto”, dijo rotundamente, después de una pausa. Indicó que Hilda debería sentarse en el sofá y se sentó a su lado. “¿Cuántos han muerto por mí en total? Hace tres años, pensé que no quedaba nadie por cuya ausencia lloraría. Pero solo este año, he perdido a Fahrenheit, Steinmetz, Lutz… Incluso como castigo por mi propia tontería, me parece excesivo”.

“Los mariscales de Su Majestad no son herramientas utilizadas por el

destino para castigarlo. Tampoco creo que partieron hacia Valhalla con resentimiento en sus corazones. No debes atormentarte a usted mismo”.

“Lo sé. Aun así…” Como si de repente se diera cuenta de su propia desconsideración, el káiser cambió de tema. “Y tú, fräulein, ¿has estado bien?”

“Sí, Su Majestad, por su permiso”.

La respuesta fue un poco curiosa, pero Reinhard asintió con aparente alivio.

Hilda era un año más joven que Reinhard, pero a veces tenía que asumir el papel más mayor y más sabio. No había discontinuidad en la psique de Reinhard en términos de noble y base, pero sí contenía a la vez un hombre de acción perfecto, poco sentimental y un niño soñador, puro y vulnerable que solo podía ver lo que había directamente delante de él, y estos dos coexistió en un ciclo interminable de fusión y separación. Particularmente cuando este último ascendía, Hilda tuvo que tratarlo con cuidado.

Si el nacimiento y la vida de Reinhard fueron milagros históricos, lo mismo seguramente sería cierto para Hilda. Donde Reinhard había nacido en una familia pobre, noble solo de nombre, había nacido hija de un conde, aunque no en la línea principal de la familia. En este sentido, Hilda puede haber merecido más crédito por seguir siendo una presencia única en su entorno sellado de invernadero.

Hilda había alineado originalmente a su familia con el campamento de Reinhard durante la Guerra de Lippstadt para asegurarse de que el Condado de Mariendorf no quedara atrapado en la batalla entre la Coalición de los Lores y el eje Lichtenlade-Lohengramm. Fue una decisión política, pero el sentido diplomático y estratégico detrás de esto fue tan notable que Reinhard había sido movido para ofrecerle un puesto como su secretaria en jefe.

Hilda no había seducido a la joven conquistadora con sus artimañas femeninas. Ella era hermosa, pero la belleza no era seducción. En cualquier caso, Reinhard era heladamente indiferente al atractivo sensual; Si la

seducción hubiera sido su estrategia, le habría fallado. La verdad era que tal enfoque ni siquiera se le había ocurrido, lo que significa que la sincronización de sus longitudes de onda mentales no era solo su logro. Si Reinhard hubiera visto solo las manifestaciones superficiales de su intelecto y carácter, la habría juzgado como una impertinente sabelotodo y la habría desterrado de sus pensamientos. Lo que le habría costado su futuro en la Guerra Vermillion, y habría alterado la historia de toda la humanidad.

“Von Reuentahl envió una comunicación — dirigida al gobierno imperial. ¿Sabías esto, fräulein?”

“Si su Majestad.”

El mensaje había sido entregado a Phezzan aproximadamente a la hora de la llegada de Reinhard. La decisión de Von Reuentahl de dirigirlo no al káiser sino al gobierno mismo reveló ciertas complejidades en su pensamiento. Esto solo habría disgustado a Reinhard, pero el contenido del mensaje era aún más desagradable:

El Ministro de Asuntos Militares, Paul von Oberstein, y el Ministro del Interior, Heidrich Lang, tomaron el control del estado. Sobrepasan los deseos de Su Majestad con la libertad de erradicar a quienes se oponen a ellos. Yo, mariscal Oskar von Reuentahl, no me sentaré y permitiré que esto suceda. Por la presente declaro mi intención de terminar con su tiranía — si es necesario, por la fuerza de las armas…

Hilda sospechaba que era particularmente irritante para Reinhard, era una referencia en otra parte del mensaje de von Reuentahl a los dos supuestos villanos “aprovechando la enfermedad debilitante y el estado debilitado de Su Majestad”. Era como si von Reuentahl estuviera provocando intencionalmente al káiser.

“Dime, ¿cuándo permití que von Oberstein o Lang tomaran el control del estado? Si von Reuentahl tiene razón, ¿cómo es que se convirtió en gobernador general de Neue Land en primer lugar? ¿Tenía que denigrarme tan cruelmente para justificar su traición?”

Someterse a otro, ser gobernado por otro: esto era lo que Reinhard odiaba más. Su ira por este insulto a su orgullo fue feroz, profunda y completamente natural. ¡El estado debilitado de Su Majestad! Las palabras eran como un viento caliente avivando las llamas de su furia.

Von Reuentahl tenía razones para hacer las afirmaciones que hizo. Como el propio Kaiser Reinhard no era culpable de mal gobierno, una rebelión contra él no tuvo más remedio que denunciar a los “sujetos desleales”. La antipatía por von Oberstein entre los cortesanos de Reinhard podría mezclarse con asombro, pero Lang simplemente fue despreciado. Se podría esperar que el voto para eliminar ambos provoque cierta simpatía en la corte, lo que hizo que sea natural, tanto por razones diplomáticas como estratégicas, que von Reuentahl lo haga. Además, dejando de lado la diplomacia, la antipatía de von Reuentahl contra von Oberstein y Lang era genuina.

Sin embargo, incluso si se dictara un juicio contra ambos hombres, Hilda no creía que von Reuentahl suspendería su revuelta. En última instancia, sospechaba, él buscaba un puesto más alto que el que tenían actualmente.

La existencia de aduladores y pequeños tiranos como Lang era un defecto inevitable en el estado autocrático. A lo largo de la historia, incluso los más grandes gobernantes y los reyes más sabios habían colocado a esos malhechores en posiciones de autoridad, una y otra vez. Debido a que no merecían la atención del gobernante, fueron subestimados e ignorados hasta que se convirtieron en una grave amenaza para sus compañeros. El ánimo contra Lang entre la corte de Reinhard podría convertirse en simpatía y empatía con la traición de von Reuentahl. Hilda tuvo que hacer que Reinhard viera esto al menos.

Ella volvió su mirada hacia los soles azul hielo que ardían en sus ojos, y abrió unos labios tan hermosos como los suyos para hablar.

“Si puedo, Su Majestad — aparte del Ministro von Oberstein, los crímenes de Lang contra el estado y contra usted personalmente superan con creces cualquier bien que pueda hacer. ¿Seguramente Su Majestad es consciente de la enemistad que atraen sus obras y su carácter?”

Reinhard, su furia aparentemente apagada, se llevó una mano a la barbilla bien formada y pensó. “Como usted dice, fräulein, soy muy consciente de que Lang y hombres como él no valen nada”, dijo. “Pero un solo ratón que se ayuda a sí mismo al grano del almacén hace poco daño real. El Imperio Galáctico debe ser lo suficientemente grande como para tolerar incluso irritaciones como esta”.

Estos no eran necesariamente los verdaderos sentimientos de Reinhard sobre el asunto. Reinhard tenía un complejo peculiar acerca de ser visto como un gobernante justo. Desde la antigüedad, los sabios habían acordado que un rey debía ser lo suficientemente tolerante y de mente amplia como para aceptar incluso al desgraciado más inútil. Consciente de esta idea, Reinhard no pudo desterrar a Lang, quien, después de todo, no había violado la ley ni cometido lèse-majesté. Más allá de eso, Lang simplemente no llamó la atención de Reinhard. El káiser podría admirar una rosa de invierno, pero no se da cuenta de las plagas que la preocupaban.

Lang sabía muy bien que su vida se vivió en estos términos. En presencia de Reinhard, mostró una deferencia escrupulosa; En su puesto en el ministerio, trabajó diligentemente para llevar a cabo la voluntad imperial. De hecho, esta fue la razón de su simpatía. En este punto, difería radicalmente de von Oberstein, quien decía lo que pensaba con una franqueza casi insensible, incluso cuando esto significaba contradecir a Reinhard directamente.

En privado, Hilda quería instar a Reinhard a eliminar también a von Oberstein de su cargo. Pero precisamente porque sabía lo diferente que era de Lang, no podía aprovechar su vínculo especial con Reinhard para criticar al ministro.

“Hay muchos funcionarios capaces, por no mencionar aquellos que actualmente no están en el servicio oficial, que podrían tomar el lugar del Ministro Junior Lang”, dijo. “Despedirlo eliminaría de inmediato una de las excusas del mariscal von Reuentahl para la rebelión. Los otros almirantes seguramente aceptarán la medida”.

El cabello dorado de Reinhard estaba casi imperceptiblemente despeinado por el aire de la habitación.

“Pero Lang no ha cometido ningún delito”, dijo. “No puedo castigarlo simplemente por ser despreciado”.

“No, Su Majestad, sus crímenes son muy reales. Por favor considere este informe”.

El documento que ella presentó fue compilado por el almirante mayor Kessler en su calidad de comisionado de la policía militar. Su tema fue Nicolas Boltec, ex secretario general interino de Phezzan, y su sospechosa muerte después de ser arrestado y encarcelado por su presunto papel en la explosión que mató al secretario de trabajo Bruno von Silberberg. Específicamente, el documento mostró que las acusaciones contra Boltec habían sido inventadas falsamente — por Lang.

“¿Encomendó este informe, fräulein?”, Preguntó Reinhard.

“No, su majestad. Antes de su muerte, el mariscal Lutz tomó nota de las formas dominantes de Lang y, reconociendo el peligro que representaba para el imperio, solicitó que el almirante Kessler lo investigara”.

“Lutz… Entiendo”.

Una sombra pasó sobre los ojos de Reinhard. Él comenzó a leer. Mientras pasaba las páginas, sus mejillas se pusieron carmesí, como el resplandor del sol de la tarde apareciendo en la nieve virgen. Cuando terminó el informe, suspiró profundamente. Su monólogo llegó después de un breve silencio, casi místico.

“Lutz nunca se rindió conmigo, entiendo. Y luego, al final, desechó su vida para salvar la mía”.

Sus dedos claros fueron de su barbilla a su frente. Su ligero temblor expresaba sin palabras lo que yacía en su corazón.

“Fui un tonto. Pensar que protegí los derechos de esa nulidad mientras era capaz, los fieles sirvientes quedaron insatisfechos y descontentos”.

Se mordió el labio con dientes de color blanco perla.

“En el caso de von Reuentahl, ya es demasiado tarde. Pero aún podemos asegurarnos de que la lealtad de Lutz no fue en vano. ¿Bastará eso, crees, fräulein?”

Hilda se levantó del sofá y saludó. En ese momento, no estaba completamente libre del deseo de ser besada y abrazada, pero la expresión de fe de Reinhard en ella se sintió como una recompensa aún mayor.



V

Cuando salió de la habitación de Reinhard, Hilda sintió una repentina náusea en su interior. Su mano fue primero a su pecho y luego se cubrió la boca mientras corría hacia el baño, sintiendo las curiosas miradas de los soldados que la saludaron al pasar.

Se inclinó sobre el lavabo de porcelana blanca y vomitó. Después de lavar el resultado en el fregadero, se limpió la boca con una taza de agua. La urgencia física había pasado, pero la agitación mental había ocupado su lugar.

Seguramente no — no después de solo una noche… ¿Pero qué más podría ser?

Entonces recordó que su menstruación había estado ausente el mes anterior. Su boca se abrió en estado de shock. Habían pasado dos meses desde su noche con Reinhard — no demasiado temprano para los primeros signos de náuseas. Quería creer que solo era una intoxicación alimentaria leve, pero había estado tan ansiosa y entusiasmada por ver a Reinhard a salvo hoy que

su único desayuno había sido un vaso de leche. Incluso si ese no hubiera sido el caso, su razón habría rechazado tal escapismo.

Hilda estaba perdida. Al convertirse en madre, Reinhard se convirtió en padre — estos estaban mucho más allá del horizonte de sus poderes imaginativos. Pero ella tomó una decisión: mantener esto en secreto de Reinhard por el momento.

Con su respiración y expresión facial bajo control, salió del baño a un ritmo constante y regresó a su oficina.

No muy lejos de este reencuentro, una separación estaba a la mano. A Evangeline Mittermeier no le gustaba pensar que podría ser permanente, pero después de solo dos meses con su esposo después de un año de vivir separados, debían volver a ser separados.

“No volveré a casa por un tiempo”, dijo Mittermeier. No era la primera vez que se escuchaba este tono de disculpa en su hogar. No era solo un guerrero, sino el comandante de una gran armada, y no era raro que liderara expediciones a través de cientos, incluso miles de años luz.

Pero las circunstancias esta vez fueron únicas. Un simple “Tenga cuidado” no transmitiría sus sentimientos, por lo que habló con su esposo en la sala de estar de la nueva residencia en la que acababan de establecerse.

“Lobo, no tengo nada más que afecto y respeto por el mariscal von Reuentahl. Él es un amigo cercano suyo, después de todo. Pero si se convierte en tu enemigo, entonces puedo despreciarlo incondicionalmente”.

Sus emociones eran demasiado altas para decir nada más.

Wolfgang Mittermeier sintió las pequeñas manos de su esposa colocadas suavemente en sus mejillas. Sus ojos grises miraron a los violetas, llenos de lágrimas.

“Vuelve a salvo, Lobo”, dijo Evangeline. “Si lo haces, prometo cocinar fondue de caldo para ti todos los días. Tu favorito”.

“Hazlo una vez a la semana”, dijo Mittermeier. “No quiero engordar”. Su cuerpo era delgado y musculoso, sin una pizca de obesidad, y esta broma incómoda no logró hacer reír a su esposa. Quitando las manos de sus mejillas, le dio un beso que fue más hábil que cualquier otro que Yang Wen-li haya podido lograr.

“No hay necesidad de preocuparse, Eva”, dijo, incluso mientras consideraba la posibilidad de que ella pudiera tener razones más que suficientes para detestar a von Reuentahl en poco tiempo. Él abrazó su forma de niña. “Después de todo, ni siquiera es seguro que habrá combate. Su Majestad ha detenido a Lang. Von Reuentahl podría estar satisfecho con eso”.

Parecía que el engaño a veces era inevitable en el amor. Pero la siguiente solicitud que le hizo a su esposa fue sincera a nivel molecular.

“Entonces, si rezas, espero que reces para que todo esto termine sin pelear. Eso es todo lo que quiero, Eva “.

14 de noviembre, 2 año del Nuevo Calendario Imperial.

Los sectores alrededor de Schattenberg estaban llenos de naves bajo el mando de Mittermeier. Había 42,770 en total, con 4,608,900 tropas a bordo. Los dos almirantes superiores de Mittermeier fueron Wittenfeld y Wahlen.

CAPÍTULO 07: VIVE POR LA ESPADA…

I

MARSHAL WOLFGANG MITTERMEIER, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, invitó a los almirantes superiores Wahlen y Wittenfeld a una reunión de estrategia a bordo de *Beowulf* , su nave insignia. Su curso de acción básico, por supuesto, ya estaba decidido. Habían sido enviados para llevar al canalla von Reuentahl; su única opción era tomar la iniciativa y dar un solo golpe decisivo antes de que su enemigo (un término desagradable, dadas las circunstancias) pudiera desarrollar su estrategia. Las fuerzas de Von Reuentahl ya estaban presionando contra sus límites físicos y mentales. Una victoria inicial decidiría la resolución final del conflicto.

La reunión concluyó en poco tiempo y se trajo el café. Wittenfeld eligió ese momento para plantear una pregunta importante, aunque algo sin tacto: “Dejando a un lado los asuntos estratégicos, qué ha hecho que von Reuentahl esté tan descontento con el káiser que cometerá tal indignación — perdón yo — ¿participar en un comportamiento tan imprudente?”

Wahlen envió a Wittenfeld una mirada aguda y una baja reprimenda. Dada la amistad entre von Reuentahl y su comandante en jefe, el dolor de este último era demasiado fácil de imaginar. La línea de preguntas de Wittenfeld parecía menos despiadada que simplemente insensible.

“Gracias, almirante Wahlen, pero su solicitud es innecesaria”, dijo

Mittermeier. “Mi amistad con el mariscal von Reuentahl es en última instancia un asunto privado, y uno que mis deberes oficiales superan con creces”.

Aquellos que no conocían a Mittermeier personalmente nunca podrían haber adivinado la profundidad de la emoción en cada palabra de esta leve respuesta. Wahlen estaba tan afectado que ni siquiera podía soportar mirar a Mittermeier a los ojos.

“Así es, almirante Wahlen”, dijo Wittenfeld. “Nuestro comandante en jefe está cumpliendo con su deber. Ir de puntillas alrededor de lo que imaginamos que podría sentir en privado sería francamente insolente, en mi opinión”.

La fuerza de esta afirmación sorprendió a Wahlen, pero se dio cuenta de que su colega feroz y de cabello anaranjado estaba, a su manera, tan preocupado por su comandante como él. Esto tampoco pasó desapercibido para Mittermeier, y algo menos que una sonrisa irónica apareció en su rostro cuando respondió a sus propias preguntas internamente.

Von Reuentahl doblará la rodilla a un hombre en toda la galaxia, *y ese es Su Majestad Kaiser Reinhard. No tolerará que se arrodille ante el ministro de asuntos militares primero. Tampoco lo culpo…*

Se dijo que von Oberstein había llamado a von Reuentahl un ave de rapiña enjaulada, y Mittermeier tuvo que reconocer la precisión de esta evaluación. ¿Era simplemente que esta águila en particular, después de jurar lealtad a un solo cisne blanco en toda la galaxia, ahora estaba tratando de volar lejos de ese otro en los vientos de una tormenta?

Después de que Wahlen y Wittenfeld dejaran Beowulf, Mittermeier se quedó junto a la ventana de observación durante un tiempo. Como sujeto de ese hermoso cisne blanco, era su deber derribar esa águila. Nunca había imaginado que su amistad podría terminar de esta manera. Su cabello color miel brillaba a la luz de las estrellas mientras se preguntaba cuántos errores se habían cometido a lo largo de la historia del Imperio Galáctico — sin excluir, por supuesto, el suyo.

¿El sagaz Siegfried Kircheis habría podido desenredar el gruñido de alambre entre Reinhard y von Reuentahl, si hubiera vivido hasta el día de hoy? ¿O la situación actual siempre había sido inevitable, más allá del poder de incluso Kircheis para evitar?

Inmediatamente después de la partida de las fuerzas de Mittermeier, el Kaiser Reinhard dejó el propio Phezzan, viajando a bordo de su nave insignia *Brünhild* hacia los sectores alrededor de Schattenberg. Los almirantes mayores Eisenach y Müller lo acompañaron como su personal. Las heridas de "Muro de hierro" de Müller no estaban completamente curadas y su brazo derecho estaba en una honda.

Reinhard le había ofrecido el Premio al Servicio Distinguido Siegfried Kircheis y un ascenso a mariscal, pero el joven almirante de cabello rubio se había negado respetuosamente.

"No puedo aceptar la vara del mariscal antes de demostrar que soy digno de ella", dijo. "Con el permiso de Su Majestad, espero recibirlo con agradecimiento en otro momento, una vez que mis logros merezcan tal honor".

Reinhard asintió con la cabeza. Era cierto que, a diferencia de Lutz, Müller tendría más oportunidades para distinguirse en la batalla.

"¿No hay otra manera de recompensar tu valor?", Preguntó.

"De hecho, Su Majestad, tengo una petición…"

"¿Oh?"

La expresión que cayó sobre el rostro bello y elegante del káiser como una gasa de seda fue menos cínica que miserable. Pero eso también fue una tormenta que pasó sobre una esquina del océano y no comprometió la belleza del joven conquistador. (¿Fue a raíz de la tormenta, tal vez, que

envió una onda a través de su cabello dorado?)

“Creo que sé lo que pretendes pedirme”, dijo Reinhard. Su voz retuvo su ritmo musical a pesar de la amargura en sus palabras. “Me tendrías que salvar la vida de von Reuentahl”.

“Los poderes de observación de Su Majestad siguen siendo insuperables”.

El káiser se agitó con evidente disgusto. Chispas azul hielo parecían volar de sus ojos.

“Müller, eres uno de mis almirantes más experimentados y te debo la vida. Te concedería cualquier deseo dentro de mi poder. Pero este no lo será”.

“Su Majestad…”

“La dificultad no está en mí. Von Reuentahl es el hombre que debes preguntar. No sobre lo que ya ha hecho. No, debes preguntarle qué quiere hacer en el futuro”

“¿En el futuro, Su Majestad?”

“Ha levantado la bandera de la rebelión. Cuando termina la pelea, ¿está dispuesto a venir a mí con la cabeza gacha y suplicar por su vida? ¿No deberías hacerle estas preguntas a él, no a mí?”

Müller estaba castigado y conmocionado. En momentos como este, no pudo evitar desear que la condesa von Mariendorf estuviera allí. Seguramente estaría de acuerdo con él y apelaría tanto a la razón como a la emoción para ayudar a persuadir al káiser. ¡Qué desafortunado que la bella alta consejera hubiera estado demasiado enferma para dejar a Phezzan!

Müller no podía saber la verdadera razón de su ausencia. De hecho, ni siquiera Reinhard lo sabía. Había permanecido en el planeta para proteger al niño en su útero de los efectos de la deformación…

Los sentimientos de Reinhard con respecto a Wolfgang Mittermeier se

basaron en una profunda fe en sus habilidades y carácter. Lo que sentía por von Reuentahl era más complicado — una maraña helicoidal de emoción. Von Reuentahl presumiblemente sufría de una versión aún más grave de la misma psicología, pero Reinhard había reconocido sus talentos y había depositado una profunda confianza en él de todos modos. La sensación de traición era abrasadora. En Urvashi, Reinhard había tratado de rechazar el argumento de Lutz sobre la responsabilidad de von Reuentahl por el ataque, pero después del sacrificio de Lutz, Reinhard parecía haber heredado su opinión. Reinhard comenzó reprochándose a sí mismo por la muerte de Lutz, pero cuando ese sentimiento se volvió hacia von Reuentahl, comenzó una sutil reacción química.

¿Pero derribar a von Reuentahl traerá paz a mi corazón?

La respuesta, Reinhard lo sabía, era *nein* . Pero cuando se preguntó si eso significaba que debía dejar que von Reuentahl fuera, la respuesta siguió siendo negativa. La primera respuesta nació de la emoción, la segunda de la razón. Si perdonara incondicionalmente a von Reuentahl, la autoridad de Reinhard como gobernante se perdería. La jerarquía del imperio se derrumbaría. ¿Qué posición tendría él para castigar a la próxima persona que se rebelara o que violara la ley?

Todo lo que tiene que hacer es venir a mí con humildad, y me ahorraría la obligación de derribarlo. La mayor responsabilidad de esta situación es suya.

Para proteger la autoridad del káiser y el orden del estado, Reinhard no tuvo más remedio que llevar a von Reuentahl al límite. Todo esto estaba sólidamente dentro de los límites de la racionalidad y el principio, pero en el abismo de la emoción más allá, otra pregunta hervía: *¿por qué no está tan dispuesto a humillarse ante mí?*

Yang Wen-li había mantenido el mismo nivel junto a Reinhard sin ninguna fanfarria en particular, y Reinhard nunca lo había encontrado desagradable o antinatural. Esto se debió en parte a la personalidad de Yang, pero también porque nunca había aceptado un feudo de Reinhard. No es así para von Reuentahl. ¿Estaba simplemente cansado de mostrar deferencia? O

podría ser (¿podría ser?) ¿Qué estaba haciendo lo que Reinhard había sugerido que debería hacer, hace tres años? Si es así, ¿fue culpa de Reinhard? Pero no — incluso si la rebelión había sido inspirada por las palabras de Reinhard, no tenía la obligación de conceder la victoria al comandante rebelde. La conquista debe lograrse por superioridad de habilidad; la supremacía transferida amistosamente era una idea ridícula.

Mientras tanto, 11.900 barcos bajo el mando del almirante mayor Ernest Mecklinger se acercaban al Corredor Iserlohn desde el territorio tradicional del imperio. Su misión era forzar una guerra de dos frentes contra von Reuentahl. Para hacerlo, tendrían que solicitar a la Base Iserlohn un paso seguro a través del corredor. Mecklinger actuaba no solo como comandante de flota sino también como embajador y diplomático, investido por el propio Kaiser con plena autoridad para negociar.

El almirante Grünemann, junto con la flota cuyo comando había heredado de Lutz, fue enviado para mantener la paz en el antiguo territorio imperial que Mecklinger había desocupado. Herido casi fatalmente en la Guerra Vermillion, Grünemann finalmente se recuperó lo suficiente como para reanudar el servicio activo. El fiel teniente de Lutz, el vicealmirante Hotzbauer, había solicitado una transferencia al mando del mariscal Mittermeier. Nadie necesitaba preguntarle por qué.

La galaxia estaba viva con voluntad, con acción, contracorrientes nadando a través del vacío. Estratégicamente, la situación debe haber sido fascinante, proporcionando un rico forraje para los análisis y debates de los historiadores de las generaciones posteriores.

"¿Cómo habría convertido el mago esta situación en su beneficio?", Reflexionó Reinhard en voz alta. Sin esperar a que sus dos almirantes superiores respondieran, siguió adelante con la idea. "Si lo veo. La forma en que su sucesor responda esa pregunta revelará su verdadera capacidad".

En verdad, había asuntos más urgentes que considerar. Si la República de Iserlohn llegara a un acuerdo con von Reuentahl para que ambos dejaran sus espaldas sin vigilancia, podrían lanzar una guerra en dos frentes, por imperfectos que fueran. Von Reuentahl se enfrentaría de frente a las fuerzas

imperiales que venían desde Phezzan, mientras que la flota de Iserlohn avanzaría desde el corredor hacia el territorio imperial. El káiser tendría que regresar primero a Phezzan y luego al corazón del territorio imperial para luchar contra el ejército invasor. Parecía improbable que la antigua capital de Odín cayera en manos de las fuerzas de Iserlohn, pero si ocurriera el evento improbable dañaría severamente la autoridad de la nueva dinastía.

“Mis disculpas por plantear un escenario tan siniestro, Su Majestad, pero ¿cómo respondería en ese caso?”, Preguntó Müller, quien pudo haber tenido en mente al sucesor de Yang, Julian Mintz.

“En ese caso…” Los ojos azul hielo de Reinhard brillaron tan ferozmente con luz interna y calor que eran difíciles de ver directamente. “En ese caso, simplemente lo trataría como un acto hostil dirigido a mi persona y, por lo tanto, justifica un ataque a la Base Iserlohn. Después de eliminar a von Reuentahl, pasaría inmediatamente a aplastar a Iserlohn con todo nuestro poder militar. No vale la pena considerar la desventaja táctica temporal por la que estaríamos”.

Müller y Eisenach intercambiaron miradas. El espíritu conquistador del káiser ardía más que nunca. Ni siquiera estaba considerando la posibilidad de perder contra von Reuentahl. Su campo de visión era tan amplio y su vista tan amplia que cubría toda la galaxia.

“Si el sucesor de Yang Wen-li carece de visión estratégica y simplemente busca sacar provecho de la confusión que se desarrolla ante él, seguramente apoyará a von Reuentahl”. De cualquier manera, la decisión es suya.

Con esta observación, el káiser volvió su mirada azul hielo hacia las estrellas.

II

El 16 de noviembre, el Imperio Galáctico emitió un decreto a nombre del káiser despojando a Oskar von Reuentahl de su rango de mariscal y su posición como gobernador general. Como resultado de haber perdido su autoridad para liderar a los cinco millones de tropas bajo su mando, ahora también era un traidor perfecto en el sentido legal.

Si Lang hubiera sido un hombre libre, seguramente habría aplaudido con alegría, pero en ese momento estaba bajo custodia de la policía militar siendo interrogado sobre su papel en el injusto arresto y muerte de Nicolas Boltec. Von Reuentahl no era consciente de esto, pero incluso si lo hubiera sido, habría sido poco probable que lo persuadiera de la justicia del destino. Nunca se había visto a Lang y a sí mismo como la misma clase de ser.

Cuando se enteró de que el decreto imperial lo despojaba de su rango, una ola de diversión irónica apareció en sus ojos que no coincidían. Era la primera vez que no tenía rango ni posición desde que ingresó a la escuela de oficiales. Se sentía extraño no tener un estado respaldado por el poder. Antes de que la ironía desapareciera de sus ojos, llegó una transmisión FTL desde *Tristán* , la nave de guerra de su “enemigo”, Wolfgang Mittermeier. Para Mittermeier, las nuevas circunstancias significaban que finalmente podía hablar directamente con von Reuentahl.

Después de un momento de consideración, von Reuentahl ordenó a su oficial de comunicaciones que enviara la transmisión a sus cámaras privadas.

En sus habitaciones, el blanco grisáceo en su pantalla dio paso a la expresión sombría de su amigo.

“Von Reuentahl. Lamento molestarte en un momento tan ocupado”.

Un extraño saludo, considerando.

“No hay nada por lo que disculparse. Estamos hablando de ti y de mí”.

No había ironía ni sarcasmo en el tono de von Reuentahl. Mittermeier había sido el único hombre con el que podía quitar la armadura de su corazón

cuando hablaban. Von Reuentahl había desechado este vínculo con sus acciones, pero estaba feliz de verlo restaurado, aunque sea brevemente y en cualquier forma.

“¿Qué dices, von Reuentahl? ¿Vendrás a ver el káiser conmigo? No quiero pelear contigo. Estoy seguro de que no es demasiado tarde”.

“Yo tampoco quiero pelear contigo, Mittermeier”.

“En ese caso—”

“Pero lo haré de todos modos. ¿Porque preguntas? Porque a menos que pelee contigo y gane, el Kaiser no se dignará pelear conmigo mismo”.

El comentario ofrecido casualmente dejó a Mittermeier sin palabras. Una emoción tranquila pero feroz brilló en los ojos de von Reuentahl, haciendo que sus extraños colores fueran aún más vívidos.

“Durante mucho tiempo, no sabía por qué había nacido en este mundo”, continuó von Reuentahl. “Conocía la melancolía de un hombre sin sabiduría. Pero ahora finalmente lo entiendo. He vivido toda mi vida para ir a la guerra con el káiser y encontrar mi satisfacción allí”.

Mittermeier trató de discutir, pero encontró que su garganta estaba bloqueada por una puerta sin forma. Después de unos segundos de lucha que se sintió como una eternidad, finalmente forzó la puerta a abrirse e intentó otra apelación al sentido común.

“Piénsalo una vez más, von Reuentahl. Puede confiar en mí para asegurarte de que tus derechos estén protegidos, incluso si es por mi cuenta. El Kaiser hizo que Lang fuera detenido. Las cosas están mejorando. Lento pero seguro. Ahora es tu turno de acelerar ese proceso a través de tu sinceridad. Tienes mi promesa. Confía en mi”.

“Una promesa del Lobo de Gale. Eso vale más que el oro”. Había gratitud en la voz de von Reuentahl, pero él sacudió la cabeza como para cortarla. “Pero no, Mittermeier. Tu vida vale demasiado para cambiarla por mi

continua existencia. Siempre pisas el camino recto. No puedo hacer eso. Todo lo que puedo hacer es…”

Von Reuentahl cerró la boca. Sintió el impulso de revelar todo a su querido y respetado amigo. Lo que había sucedido después de la Guerra de Lippstadt y la trágica muerte de Siegfried Kircheis, cuando von Reuentahl había llevado la noticia de la captura del duque Lichtenlade al entonces marqués Reinhard von Lohengramm. Las palabras que Reinhard había dicho, mientras una sonrisa inorgánica llenaba rasgos exquisitos que parecían tallados en cristal: “Si un conquistador carece de habilidad, es natural que sea derrocado. Si tienes confianza y estás listo para arriesgarlo todo, adelante. Desafíame en cualquier momento”. Von Reuentahl había entendido en ese momento lo que Reinhard anhelaba más que nada: enemigos. Enemigos poderosos y competentes…

El momento pasó. Adoptando una expresión intencionalmente ambiciosa, von Reuentahl cambió de tema.

“¿Qué hay de ti, Mittermeier?”, Preguntó. “¿Estás listo para unirte a mí?”

“Incluso para tus estándares, es una broma terrible”.

“No es un chiste. Seré káiser y tú puedes ser virrey. Al revés también estaría bien. O podríamos dividir el universo y gobernar por separado. Incluso Trünicht logró eso”.

En la pantalla, vio una sombra triste aparecer en los ojos grises de Mittermeier. El rostro juvenil de su amigo, siempre tan vital y enérgico que daba la impresión de ser un niño voluntarioso, ahora parecía llenarse de nubes acromáticas.

“Estás borracho”, dijo Mittermeier.

“Sobrio y frío como piedra”.

“No en licor. En sueños rojos como la sangre”.

Ahora era el turno de von Reuentahl de quedarse sin palabras. Mittermeier suspiró tan profundamente que von Reuentahl lo sintió a través de la pantalla. Luego continuó.

“Tenemos que despertar de nuestros sueños con el tiempo. ¿Qué pasa cuando te despiertas de este? ¿Esperas encontrar satisfacción en la guerra con el káiser? Y si ganas, ¿entonces qué? Cuando el káiser se haya ido, ¿cómo alimentarás a tu corazón hambriento?”

Von Reuentahl cerró los ojos y los volvió a abrir.

“Tal vez estoy soñando”, dijo. “Pero de cualquier manera, es mi sueño. No es el tuyo. No parece que vamos a encontrar un terreno común aquí, por lo que no hay necesidad de perder más tiempo el uno del otro”.

“Espera, von Reuentahl. Escúchame un poco más”.

“Hasta luego, Mittermeier. Cuida el káiser. Por extraño que parezca dadas las circunstancias, lo digo sinceramente”.

La transmisión se cortó. Mittermeier, a punto de decir más, tragó sus palabras y silenciosamente exhaló su frustración y tristeza antes de arrojar toda la masa hirviendo de su estado emocional en la pantalla, gritando: “¡Reuentahl! ¡Eres un imbécil!” Era la voz no de un mariscal imperial sino de un oficial recién acuñado. Mittermeier miró con odio genuino a la pantalla, que se había desvanecido a un blanco ceniciento, como si esta barrera despiadada fuera lo que se interponía entre él y su amigo.

Mittermeier sabía que recordaría la cara de von Reuentahl el momento antes de cortar la transmisión por el resto de sus días. Era un recuerdo que, junto con su propia vida, se vería obligado a llevar de vuelta a Phezzan.

Mittermeier dejó sus habitaciones privadas y regresó al puente para sentarse en la silla del comandante. Un estudiante ordenadamente le trajo un café. Agradeció al ordenado mecánicamente, sumiéndose en sus pensamientos.

La idea de un táctico.

La debilidad de Von Reuentahl es su falta de lugartenientes de confianza. No tendrá problemas para idear planes para la batalla, pero ¿tendrá los almirantes para ejecutarlos?

Mittermeier había visto la verdad de la situación. El problema no era un defecto en la personalidad de von Reuentahl sino el hecho de que su rebelión fue contra el káiser y el imperio mismo. Al obligar a sus subordinados a unirse a él, se arriesgaba a robarles su lealtad.

Dado el carácter de von Reuentahl, existía la posibilidad de que dividiera sus propias fuerzas, intercambiara su fuerza principal con una fuerza de distracción y atrajera a Mittermeier a una gran trampa. Sin embargo, también en ese caso necesitaría un segundo — alguien para actuar como otro von Reuentahl. Mittermeier recorrió mentalmente la lista de oficiales que podrían desempeñar este papel. ¿Bergengrün? ¿Barthauser? ¿Dittersdorf? ¿Sonnenfels? ¿Schüler? ¿O uno de los dos almirantes que habían sido enviados a Neue Land en su establecimiento, Grillparzer y von Knapfstein?

Pensando, meditando, moviéndose a un ritmo que ningún aspirante a perseguidor podría igualar, Mittermeier condujo a su flota a las profundidades de la Neue Land.

En el puente de *Tristán* , la nave insignia de von Reuentahl, el Goldenlöwe todavía colgaba de la pared, captando la atención de todos los visitantes con su esplendor.

Von Reuentahl había recibido el estandarte del propio Kaiser y no tenía intención de quitarlo. Quizás quería creer que él era el verdadero defensor del estándar de la nueva dinastía. Esta forma de pensar fue un punto en el que tuvo que reconocer que estaba más allá de la redención, y una de las razones por las que su rebelión fue gloriosa de contemplar, pero finalmente

hueca.

Sus tropas captaron estas ideas en la mente de su comandante, y se dedicaron a debatir sobre la justicia de su causa y sus razones para luchar justo donde estaban, con las armas todavía en la mano.

“Tendremos que seguir a dónde conduce el mariscal von Reuentahl. ¿Qué más podemos hacer?”

“¿Entonces vas a pelear con el káiser? ¿ *Ese* káiser?”

En este caso, el “ese” demostrativo expresó una sensación de asombro mítico. Joven y hermoso, el Kaiser había acumulado la victoria sobre la victoria en el campo de batalla, lideró vastos ejércitos a través del mar de estrellas y ahora gobernaba más territorio que nadie en la historia de la humanidad. Para sus tropas era una deidad marcial.

“¿Luchar contra Su Majestad no nos hará traidores?”

“No estamos luchando contra Su Majestad. Lo estamos liberando de los cortesanos desleales y traicioneros que tienen su oído y tuercen sus deseos”.

“¿Cómo el ministro de asuntos militares? No me gusta el hombre, pero dicen que no es del tipo que actúa por motivos egoístas”.

“¿Cómo lo sabemos? Escuché que últimamente Su Majestad ha estado enfermo, y el ministro ha comenzado a administrar el imperio como le plazca”.

“De cualquier manera, nuestro primer oponente no es Su Majestad o el ministro. Es el Lobo de Gale”.

Ante esto, los soldados se callaron. Mientras intercambiaban miradas, sintieron que algo parecido a la emoción aumentaba ardientemente entre ellos.

“Un pensamiento aterrador…” alguien susurró.

“Cuando las Murallas Gemelas chocan, ¿quién ganara?”

En resumen, la pregunta seguramente habría interesado a todos los reclutas de la Armada Imperial. Pero la perspectiva de verlo desde dentro de las formaciones involucradas convirtió sus estremecimientos de calientes a fríos.

En este punto, las fuerzas de von Reuentahl aún no habían producido desertores en gran número. El propio Von Reuentahl había demostrado su valía como comandante y guerrero. Pero eso siempre había sido como el guerrero del *káiser* . Si las tropas que comandaba lo seguirían voluntariamente como un señor de la guerra independiente era un asunto diferente. Después de haberles explicado que no estaban traicionando al káiser, sino que lo estaban liberando de los cortesanos desleales que lo preocupaban, a continuación tendría que elevar su moral asegurando una victoria en el campo de guerra.

III

En noviembre del 2° año del nuevo calendario imperial, la galaxia parecía existir solo por von Reuentahl y Mittermeier. Al parecer, la desaparición de Yang Wen-li no había sonado a muerte para las batallas entre grandes comandantes en el apogeo de sus poderes.

La estrategia inicial de Von Reuentahl fue más o menos la siguiente:

1. Reorganizar las tropas estacionadas a través de Neue Land en líneas defensivas de varias capas para frenar el avance de la flota de Mittermeier y forzar las mayores pérdidas posibles sobre ella.

2. Atraer a la fuerza enemiga principal hacia Heinessen y luego corta su retaguardia o fingir una maniobra tan plausible que de todos modos

comenzara a retirarse.

3. Reúnir fuerzas dispares para bloquear la ruta principal de retirada del enemigo, coordinándose para formar una formación de pinzas cuyo otro punto era la fuerza principal de von Reuentahl, que se alejará de Heinessen.

Fue una operación radical pero fina que sería un testimonio de la visión estratégica de von Reuentahl y su destreza táctica para las generaciones venideras. Sin embargo, el éxito perfecto solo se puede lograr en dos condiciones. La primera fue que no llegaron fuerzas enemigas desde la dirección de Iserlohn para abrir un segundo frente. El segundo fue que von Reuentahl podía encontrar personas para liderar y luego reintegrar las unidades individuales que se estacionarían en Neue Land.

Para asegurarse de que se cumpliera la primera condición, von Reuentahl envió un emisario a la Base Iserlohn. Y no cualquier emisario. El individuo que seleccionó era, en cierto sentido, un símbolo extremo de las fortalezas y debilidades de von Reuentahl.

Pasando a la segunda condición, von Reuentahl asignó este deber a un hombre en cuyo carácter y habilidad tenía la mayor fe: Bergengrün. Bergengrün comenzó a prepararse para desempeñar su papel en silencio — pero al final estos preparativos fueron en vano.

Esto se debió a que Mittermeier, fiel a su sobrenombre, avanzó a un ritmo que habría sido completamente imposible para otros tácticos, negando a von Reuentahl cualquier momento para sentar las bases de su ambiciosa estrategia.

Ninguno sabía mejor que von Reuentahl el verdadero valor de las maniobras sobrenaturalmente rápidas de Mittermeier. Había esperado que Mittermeier se moviera rápidamente, pero la realidad superó sus predicciones más pesimistas. Por otro lado, nadie más que von Reuentahl podría haber respondido tan hábilmente a la llegada de Mittermeier, recordando las naves en el proceso de separación de la flota principal y

reuniendo al conjunto en una formación densa justo a tiempo. Como resultado, las fuerzas de von Reuentahl entraron en su primer campo de batalla con un potencial ofensivo mucho mayor que el de Mittermeier.

El Duelo de las Murallas Gemelas se libró en un nivel más alto de lo que los comandantes menores podrían imaginar. Terribles chispas comenzaron a volar antes de que las dos partes se hubieran encontrado físicamente.

Cuando von Reuentahl recibió un informe de que la flota de Mittermeier ya estaba a mitad de camino a través de la Neue Land, sus ojos heterocromáticos brillaron de admiración: “¡Su maniobra, su desarrollo — el puro *ritmo* de la misma!” Pero cuando vio cuán delgada era la flota de Mittermeier, Esta admiración fue reemplazada por un brillo duro más apropiado para un táctico.

“Solo es de esperar, supongo”, murmuró. “Esas mediocridades no pueden seguir el ritmo que él marca”.

Von Reuentahl decidió derrotar al enemigo en detalle.

Sintió una emoción exquisita ante la perspectiva de enfrentarse a un oponente digno en el campo de batalla. Su afecto y respeto por Mittermeier no había disminuido ni una molécula, pero coexistir con esas emociones era un júbilo genuino — prueba clara de cuán lejos de la salvación están esos seres conocidos como tácticos.

Mittermeier sintió la misma emoción. Una voz susurró dentro de él, preguntando *: ¿No es el deseo del corazón de cada guerrero enfrentarse con un brillante comandante como von Reuentahl?* Pero, además de la amargura de luchar hasta la muerte con un amigo, Mittermeier tenía preocupaciones de una naturaleza diferente.

Las tropas al mando de von Reuentahl eran todos sujetos del Kaiser Reinhard. Mittermeier esperaba evitar matarlos en la medida de lo posible. La alternativa, después de todo, era matar a hermanos y colegas que deberían ser sus aliados. Había un oficial conocido de Mittermeier con dos hijos. El mayor sirvió a su lado bajo el mando de Mittermeier, pero el

menor había sido enviado bajo von Reuentahl en Neue Land. ¿Quién sabía cuántos otros estaban en situaciones similares?

Mittermeier esperaba que von Reuentahl lanzara toda su flota a la próxima batalla. Hubieron dos razones para esto. La primera fue positiva: si von Reuentahl pudiera abrumar a Mittermeier con puro poder militar, la victoria táctica lo posicionaría mejor para una victoria estratégica a su debido tiempo. La otra razón fue negativa: si dejaba parte de su flota en Heinessen, y se amotinaban contra él — o, desde el punto de vista del imperio, dejaban de participar en la rebelión — von Reuentahl perdería su base de operaciones. La necesidad de Von Reuentahl de usar sus flotas completas juntas fue una clara representación del talón de Aquiles en esta lucha: la falta de aliados en los que realmente pudiera confiar.

24 de noviembre.

Las flotas Reuentahl y Mittermeier se enfrentaron en la Región Estelar de Rantemario, donde las fuerzas de los Planetas Libres habían mantenido la línea bajo Alexandor Bucock (ahora fallecido) contra la Armada Imperial de Reinhard. Esto no fue una coincidencia. La importancia estratégica de la región era clara de un vistazo.

A las 09:50, cuando las dos partes se acercaron a 5,4 segundos luz una de la otra, un medio minuto de silencio llenó sus circuitos de comunicaciones antes de que los gritos feroces empujaran esto al pasado.

“¡Fuego!”

“¡Fuego!”

La misma orden, emitida en el mismo idioma.

El campo de estrellas desapareció, eclipsado por innumerables rayos de luz. Las naves envueltos en campos de neutralización de energía brillaban como luciérnagas colosales. Aquellos incapaces de soportar la carga explotaron en todas las direcciones, salpicando las vívidas pinturas de muerte y destrucción en un lienzo rampante de sombras y luces. Bolas de luz y fuego

estallaron sin ton ni son, como si la diosa de la guerra los sacudiera de un collar roto. Esto continuó con el segundo intercambio. Las naves de guerra se abrieron con exhalaciones de energía que enviaron seres animados y objetos inanimados al vacío juntos. Espacio lleno de gritos silenciosos; El calor y las llamas envolvieron a las víctimas en una mortaja ardiente. Por noble que sea el comandante de una unidad militar, existe para un propósito: asegurar la supremacía por la fuerza. El medio más efectivo para hacerlo es el asesinato. Matar y morir son deberes de un soldado.

Vigas y misiles crearon bolsillos de día horrible en su rincón de la noche interminable. Los agujeros se abrieron en cascos y vomitaron componentes del motivo en el vacío. Los soldados quemados vivos rodaban gritando por el suelo, observando cómo la sangre y las entrañas se derramaban de sus formas moribundas.

Al comienzo de la Segunda Batalla de Rantemario, también conocida como el Choque de las Murallas Gemelas, la flota Reuentahl tenía una fuerza de 5,200,000 soldados, mientras que la flota de Mittermeier tenía 2,590,000, dando a los primeros la ventaja numérica. En consecuencia, von Reuentahl pasó a la ofensiva y Mittermeier se defendió. Por derecho, estas deberían haber sido las posturas básicas de batalla de los dos bandos, pero Mittermeier hizo un uso hábil de las fuerzas móviles bajo su mando directo para bloquear repetidamente los intentos de penetración de la flota Reuentahl. Estaba claro que cualquier victoria sería difícil de ganar. Mittermeier había abierto hostilidades sabiendo que tenía la desventaja numérica para crear una situación en la que von Reuentahl elegiría la derrota en detalle en lugar de una guerra de resistencia prolongada. Estratégicamente, esperaba una confrontación corta y decisiva; a nivel táctico, solo necesitaba mantener la línea contra la flota de Reuentahl hasta que sus propios aliados llegaran a la fuerza, dejando las etapas finales del conflicto para más adelante. Tal era la posición básica de Mittermeier.

El equilibrio de la fuerza militar cambió con una velocidad sorprendente.

A las 08.30 el 25 de noviembre, el almirante mayor Fritz Josef Wittenfeld llegó con su flota a la escena. El ritmo frenético de su avance había dejado algunas naves atrás, pero todavía tenía más de diez mil, lo que no tendría un

efecto menor en el estado del conflicto.

“¡Además, más duro, más audaz, más duro!” Este era el lema de los Lanceros Negros, para quienes la cobardía, la pasividad y las dudas eran anatema.

“¡Cargen!”, Gritó Wittenfeld en el puente de su nave insignia, el *Tigre de Königs* , que ocupaba su lugar al frente de la ofensiva de los Lanceros Negros. “¡Démosle un descanso a Mittermeier para el desayuno!”

La leyenda dice que Wittenfeld se había saltado el desayuno ese día, y estaba comiendo una salchicha con mostaza extra incluso cuando estaba parado frente a la pantalla principal de su puente. Si este fue un acto intencional de bravuconería, es difícil evitar criticarlo como exagerado.

En el puente de su nave insignia *Tristán* , von Reuentahl hizo un ruido de disgusto.

“Veo que los Lanceros Negros están aquí”. Mientras luchaba junto a ellos como aliados, no había sido, con toda honestidad, pensaba que los Lanceros Negros eran especialmente intimidantes. Ahora que aparecieron ante él como el enemigo, no podía negar la sensación de hundimiento de estar abrumado explosivamente. Todos y cada uno de los puntos de luz superpuestos cargados hacia él con sus colmillos descubiertos en abierta hostilidad.

Una cadena de explosiones iluminó el área, la energía expulsada surgió a través del campo en olas, pero el *Tigre de Königs* condujo a los Lanceros Negros hacia la flota Reuentahl sin disminuir ni debilitarse. Tenían un aire casi arrogante sobre ellos, y el flanco izquierdo de la flota Reuentahl estaba tan intimidado y nervioso que su formación se deslizó una fracción. La formación más grande de Mittermeier respondió enfocando sus cañones principales allí, disparando tres voleas, y comenzó un enfoque implacable al amparo de la potencia de fuego concentrada. Eran las 0915.

IV

Los Lanceros Negros de Wittenfeld habían perdido la mitad de su número durante la Batalla del Corredor en abril y mayo de ese año. Desde entonces, sin embargo, se habían fusionado con la antigua flota Fahrenheit, y en términos puramente numéricos eran ahora un 10 por ciento más grandes que en la fundación de la dinastía Lohengramm.

Tanto los Lanceros Negros originales como la antigua flota Fahrenheit habían sido reconocidos por su audacia y valor bajo un liderazgo experto, pero en la organización militar cincuenta sumados a cincuenta no necesariamente hacen cien. Y cuanto más capaz e individual es una unidad, más dificultad tiene para integrarse con otros.

En Rantemario, los Lanceros Negros originales se movieron en sintonía con las órdenes de Wittenfeld, inundando el campo de batalla con su crueldad habitual: todo lo que tenía delante era el enemigo, y todos los enemigos debían ser aniquilados. Sin embargo, los miembros de la antigua flota Fahrenheit fueron un poco más lentos en avanzar. Esto abrió una brecha en la que parte de la flota de Reuentahl pudo deslizarse, desencadenando peleas caóticas que se extendieron en olas.

Con las fuerzas imperiales en ambos lados de la batalla, las naves de la misma se mezclan, lo que dificulta distinguir entre amigos y enemigos. Esta confusión fue una de las marcas definitorias de la Segunda Batalla de Rantemario.

“¡No se avergüencen!”, Rugió Wittenfeld. “Hemos luchado contra las fuerzas imperiales antes — ¿recuerdan la Guerra de Lippstadt? ¡Este no es momento de ponerse aprensivo al respecto!”

Con sus exteriores distintivos de color negro lacado, las naves de Wittenfeld no corrían peligro de ser identificados erróneamente por ninguno de los lados. Por supuesto, se les había dado exactamente el mismo trabajo de pintura a las naves reasignadas de la flota de Fahrenheit, pero sus

tripulaciones no pudieron escapar de la persistente sensación de que habían sido víctimas de una toma de control. Algunos todavía creían que la locura de Wittenfeld en la Batalla del Corredor había sido en parte responsable de la muerte de Fahrenheit, y aunque esto era en el pasado, no estaban contentos con cómo habían resultado las cosas. Fahrenheit había disfrutado de la confianza de su flota, y algunas de sus antiguas tropas que ahora estaban en los Lanceros Negros habían servido bajo su mando en la Guerra de Lippstadt hace tres años — luchando contra von Reuentahl y el resto de las fuerzas de Reinhard. Ahora, reasignados al mando de Wittenfeld, estaban luchando contra von Reuentahl nuevamente, esta vez en nombre de Reinhard. Esto debe haber inspirado no pocos para reflexionar sobre las amargas ironías del destino.

A las 17.00 horas del 25 de noviembre, la flota de Wahlen se unió a los Lanceros Negros en el campo de batalla, llevando una fuerza más o menos equivalente. Hasta ese momento, Mittermeier había mostrado paciencia; La entrada de las naves de Wahlen debería haberle otorgado seguridad en la superioridad de sus fuerzas. Pero, al considerar la disposición general de los dos lados en su pantalla secundaria, notó que una unidad enemiga se movía de manera extraña.

“¿Qué tenemos aquí?”, Se preguntó en voz alta.

El teniente comandante Kurlich, uno de sus oficiales de estado mayor, respondió: “Deben estar bajo el mando directo del mariscal von Reuentahl”.

“Obviamente. ¿Irregulares, tal vez?”

Lo que preocupaba a Mittermeier era lo que la maniobra de la unidad, presumiblemente la fuerza más elitista del enemigo, podría indicar sobre sus intenciones. Sus líneas de actividad no eran simples ni rectas, y pasó un tiempo antes de que Mittermeier emitiera un ruido de irritación.

“Debería haberlo sabido”, dijo.

La flota de Bayerlein, que ya estaba por delante del resto de las fuerzas de Mittermeier, avanzó más como si fuera arrastrada por una retirada enemiga

parcial, y su retirada fue parcialmente cortada.

Mittermeier había advertido a Bayerlein que no cayera en las trampas que von Reuentahl podría poner, pero la juventud y la ferocidad del comandante lo hicieron incapaz de aplicar los frenos a un ataque que había comenzado a acelerarse.

Von Reuentahl observó la flota que se acercaba con feroz frialdad, luego se volvió hacia su propio ayudante, el teniente comandante von Reckendorf, con una sonrisa.

“¿Qué dices, von Reckendorf? ¿Le mostraremos a nuestro compañero inexperto qué tácticas son?”

Von Reuentahl era lo suficientemente joven como para ser llamado inexperto, pero la diferencia en dignidad y formidabilidad entre él y Bayerlein fue mucho mayor de lo que se esperaría de los cinco años que separan sus edades reales.

La flota de Reuentahl llevó a las naves de Bayerlein al centro de un denso anillo de fuego, bañándolas con rayos y misiles a corta distancia. Bayerlein intentó retirarse incluso cuando devolvió el fuego, pero con cada alternancia entre las dos acciones, von Reuentahl presionó aún más su ventaja, y para cuando Mittermeier acudió al rescate, las pérdidas fueron graves. El segundo al mando de Bayerlein, el vicealmirante Remar, fue asesinado, junto con otros tres almirantes.

“Nos atraparon”, dijo Bayerlein, visiblemente arrepentido en la pantalla de comunicaciones. “Mis sinceras disculpas.”

“Todavía nos están atrapando”, respondió Mittermeier sin sonreír. “Es demasiado pronto para usar el tiempo pasado. Esperemos que podamos agregar una conjunción contrastante pronto”.

La metáfora habría sido más adecuada para Mecklinger, pero el Lobo de Gale lo dejó, volviendo a pensar.

Von Reuentahl puede ser perfecto, pero sus subordinados no lo son. Ahí está la clave de la victoria.

Por supuesto, Mittermeier no podría haber sabido sobre la traición de Grillparzer, o que von Knapfstein había quedado atrapado en él, pero aun así le resultaba difícil creer que alguno de ellos estuviera dispuesto a morir por von Reuentahl, por lo que decidió concentrar su potencia de fuego en estos eslabones débiles en la cadena de mando del enemigo. Era una idea sin importancia, pero el gran volumen de fuego que ejerció sobre ellos, y la velocidad con la que lo hizo, fueron realmente notables. En solo unos momentos, la flota de Knapfstein quedó abrumada. Incapaz de soportar la feroz ofensiva de Mittermeier, von Knapfstein retiró sus naves, formaciones hechas jirones. Trabajó desesperadamente para reconstruir la estructura de comando, pero Mittermeier no le dio tiempo para terminar. La línea defensiva de Von Knapfstein se derrumbó como un castillo de arena en ruinas.

“¡Maldita sea ese Grillparzer! ¿Cuándo va a volverse contra von Reuentahl?”

Esta fue la cadena sin forma que restringió el juicio y las acciones de von Knapfstein. No carecía de capacidad propia, ya que fue nombrado por Reinhard y entrenado como táctico por el fallecido Helmut Lennenkamp. Fue visto como uno de los oficiales que soportaría el Imperio Galáctico sobre sus hombros dentro de cinco o diez años.

Sin embargo, por sus propios motivos internos, no pudo ejercer todas sus habilidades. Era un hombre puritano serio por naturaleza, y parte de él estaba incómodo con la traición y el engaño, sin importar cómo se explicara como lealtad al káiser. Además, el enemigo que enfrentó era simplemente demasiado poderoso. Cuando oyó gritar a sus operadores, su nave insignia ya estaba atrapado en una masa de bolas de fuego, cada explosión desencadenando la siguiente. La muerte golpeó el campo de neutralización de energía de su nave con chispas carmesí y, con manos inmensas e invisibles, comenzó a abrir las grietas que aparecían en su casco.

“¡Absurdo! ¡Esto no puede ser!” El grito de Von Knapfstein se dirigió tanto

a un poder superior como al hombre. El espacio-tiempo estaba lleno de injusticia. No era un rebelde activo contra el káiser ni un traidor activo de quienes lo eran; ¿Por qué tuvo que ser el primero en morir en esta batalla sin sentido?

En el momento siguiente, una columna de fuego desgarró su nave insignia, y la carne y el espíritu de von Knapfstein se redujeron a átomos junto con su nave en una vasta esfera de luz candente. Los granos microscópicos prácticamente infinitos que componen el tiempo absorbieron las objeciones del moribundo en la oscuridad insondable.

Era el 0609 del 29 de noviembre.

La muerte de Von Knapfstein fue seguramente la más insensata de toda la guerra civil. Además, solo otra persona lo sabía: Grillparzer, el hombre que lo había convencido de su doble traición. El cómplice pagó por su crimen mucho antes que el cabecilla.

El informe de la muerte de von Knapfstein fue presentado a von Reuentahl diez minutos después.

“Entiendo”, dijo von Reuentahl. “Es una pena. Desearía que eso pudiera haberse evitado”.

Von Reuentahl, por supuesto, no tenía una idea completa de las circunstancias. Su simpatía era simplemente lo que requería la cortesía común. Por supuesto, incluso si hubiera conocido todos los detalles, bien podría haber dicho exactamente lo mismo.

Grillparzer recibió el informe de la muerte de su colega en silencio y sin expresión. Si sacudió la cabeza internamente ante el torpe gesto de von Knapfstein o se alegró de poder reclamar este oscuro logro para sí mismo en el futuro cercano, nadie lo sabría jamás.

Ese momento podría haber sido el más favorable para su traición, pero no tomó la decisión. Bajo la ofensiva castigadora de Mittermeier, no tenía espacio para respirar. Si abandonara su resistencia, se haría pedazos en un

instante, antes de que pudiera comenzar su traición.

Sin un comandante, la cadena de mando de la flota de Knapfstein estaba hecha jirones, y lo mejor que pudo hacer fue un contraataque desesperado y en gran medida ineficaz mientras se balanceaba de aquí para allá.

A pesar del empeoramiento de la situación, el dominio táctico de von Reuentahl le permitió crear con éxito un desequilibrio en la formación de la flota de Mittermeier. Al equilibrar cuidadosamente las áreas de escasez y densidad en la distribución de su potencia de fuego, creó una línea de falla entre los Lanceros Negros y el resto de la flota de Mittermeier.

Bajo un aluvión de misiles, los Lanceros Negros tenían su debilidad como defensores expuestos. Por un momento pareció que descenderían del medio pánico a la derrota total.

“¡Mantenga la línea! ¡Mantengan la línea, maldita seas!” Wittenfeld pisó el suelo del puente del *tigre de Königs* , con el pelo anaranjado volando. “Si alguien retrocede, vuélvelo con el cañón principal del *Tigre de Königs* . ¡Un verdadero guerrero preferiría eso a vivir como un cobarde!”

Tal orden nunca se llevaría a cabo, pero cuando su vicejefe de personal, el contralmirante Eugen, la transmitió en el circuito de comunicaciones, sus naves se congelaron con horror y la desordenada derrota terminó antes de que comenzara. Mientras tanto, el *tigre de Königs* no solo no se había congelado, sino que continuó avanzando a través de la tormenta de bolas de fuego y luz. Incluso los objetos inorgánicos, como vigas y misiles, parecían darle un amplio espacio, como si temieran su salvajismo.

“¿Quién sabe qué podría hacer Wittenfeld, eh? Supongo que la notoriedad tiene sus usos”.

Von Reuentahl se echó a reír, y no parecía completamente cínico. Cualesquiera que sean sus motivos u objetivos, era cierto que los Lanceros Negros habían retrocedido desde el borde para restablecer su espíritu de lucha y formación. Incluso la ofensiva magistral de von Reuentahl fue bloqueada por su brazo de hierro.

Esto a su vez desencadenó una reacción en cadena positiva en la actitud casi antagónica de la antigua flota de Fahrenheit.

“¡Recuerden al mariscal Fahrenheit y háganlo orgulloso!”, Dijo el vicealmirante Hofmeister, una vez conocido como uno de los líderes más feroces bajo el mando de Fahrenheit. “¡No podemos permitir que esos furiosos jabalíes de Lanceros Negros se roben el espectáculo!” Y dirigió a sus colegas a cambiar de una postura defensiva a una ofensiva.

Nada perturba los cálculos de un comandante como encender la moral como este, en un plano irrelevante para los dictados de la lógica estratégica. El asombro y la admiración entre la Armada Imperial por Yang Wen-li no solo se debió a los innumerables milagros que produjo el mago de su sombrero. También mantuvo la moral al más alto nivel entre sus subordinados, hasta su muerte.

Los Lanceros Negros sabían poco de cooperación o coordinación, pero se arrojaron contra la muerte y la destrucción con absoluta valentía. Von Reuentahl observó cómo la batalla se desarrollaba en estado de shock, de manera fría y serena, tan sacudida que casi se rió con incredulidad. Al final, evitó la tontería de enfrentar a los fanáticos de frente, pero se vio obligado a retirarse en todos los frentes. Incluso entonces, la forma en que su flota se mantuvo ordenada hasta el final, sin crear una oportunidad clara para atacar, fue para Wittenfeld y los demás otro ejemplo de su perfección sin encanto como comandante.

V

30 de noviembre. El combate continuó sin cesar, sin descanso.

Ambas partes fueron dirigidas por comandantes de igual capacidad, capaces de percibir con precisión los cambios tácticos y responder con rápidas

contramedidas. Como resultado, si bien ambas partes sufrieron pérdidas, ninguna sufrió un golpe crítico y la batalla comenzó a parecerse a una guerra de desgaste.

Esto no fue un buen augurio para von Reuentahl. Si ambos bandos perdieran fuerza de combate al mismo ritmo, sus fuerzas serían enterradas en un pantano de fuego y luz sin fondo. La flota de Mittermeier también estaría desgastada, pero detrás de ella esperaba otra, completamente intacta y bajo el control directo del káiser.

Mittermeier no era un hombre paciente por naturaleza, pero sabía lo peligroso que sería actuar precipitadamente con von Reuentahl como oponente. Se impuso el doble de la paciencia sobre sí mismo, aguantando el consumo físico y mental que habría desmayado a un comandante de voluntad débil.

Y, por supuesto, su amigo y poderoso oponente estaba haciendo lo mismo.

“Creo que finalmente entiendo lo difícil que tuvo que trabajar Yang Wen-li”, se dijo von Reuentahl con una sonrisa triste. “Sin mencionar su verdadera grandeza”.

Enfrentar a un enemigo con un poder regenerativo casi ilimitado trajo fatiga tan agonizante como una escofina a los nervios. Qué estúpidos eran esos tácticos fraudulentos que parloteaban de “golpear una fuerza grande con una pequeña”. Incluso los soldados más valientes y leales tenían límites en su energía física y mental. Si debían recuperarse, era necesario tener suficiente para permitir que algunos descansaran y se recuperaran mientras otros luchaban en la próxima batalla. Por eso los ejércitos grandes eran tan efectivos.

Von Reuentahl no tenía absolutamente ninguna ilusión sobre la moral de sus tropas esta vez. En parte, esto estaba relacionado con el hecho de que no tenía ilusiones sobre sí mismo, pero como resultado aparentemente fue capaz de ejercer su calma como táctico al máximo.

1600, 1 de diciembre. Wittenfeld, que había estado en el centro de la lucha

desde que comenzó, finalmente se vio obligado a retirarse temporalmente y reagruparse. Por un momento, la flota de von Reuentahl tuvo la ventaja en potencia de fuego sobre las líneas del frente del enemigo. Von Reuentahl acortó la línea y, utilizando fuego concentrado para evitar que la flota de Mittermeier avanzara, dirigió a las unidades ágiles bajo su mando directo en un intento de atacar el flanco izquierdo de su enemigo. El éxito habría dejado las naves de Mittermeier parcialmente rodeadas, vulnerables a los muros de potencia de fuego, tanto a la izquierda como a la derecha.

Pero esta ofensiva dramática fue cortada de raíz por una rápida respuesta del Almirante Mayor Augustus Samuel Wahlen. El intercambio de disparos fue tan furioso que sobrecargó al sector con la energía que desencadenó y creó un gigantesco ciclón de energía que arrastró las naves desde ambos lados.

El buque insignia *Salamander* de Wahlen recibió dos impactos directos, uno destruyó su segunda bahía de walküre y el otro aterrizó debajo de su puente. En el puente, secciones de la pared y el piso salieron volando, matando a ocho operadores y guardias al instante e hiriendo a veinte más. A Wahlen casi le arrancaron el brazo izquierdo. La manga de su uniforme estaba destrozada y los relucientes huesos de metal en su mano artificial quedaron expuestos.

Su jefe de gabinete, el vicealmirante Bürmering, acudió en su ayuda, pero Wahlen lo rechazó.

“He perdido este brazo antes”, dijo. “Perderlo de nuevo no me retrasará”.

Mientras Bürmering observaba, Wahlen arrancó el brazo de su zócalo, lo tiró al suelo y lo pateó. Mirando a su jefe de personal, el comandante generalmente serio no pudo resistir una broma.

“Hemos cortado nuestra mala suerte ahora. ¡Lo único que queda por temer es la cobardía!”

Después de tres horas de lucha desesperada, von Reuentahl finalmente cedió. El catalizador final fue Mittermeier perforando pequeñas brechas a

través de su línea defensiva y luego uniendo esos puntos a lo largo para avanzar como un frente unido. Si esta jugarreta hubiera tenido éxito — ya que, de hecho, casi lo fue — la flota de von Reuentahl habría sido arrastrada por una ola de fuego y acero. Especialmente porque el que estaba en esa zona peligrosa era Grillparzer.

En contraste con sus camaradas que habían muerto involuntariamente en la batalla, Grillparzer había cometido un error de cálculo diferente. Su plan había sido esperar el momento más oportuno durante la batalla, y luego llevar su lanza y atacar a von Reuentahl desde la retaguardia. Ese momento, sin embargo, no llegó. Por un lado, no todos sus subordinados conocían su pensamiento, y muchos de ellos participaban activamente en atrevidos tiroteos con las naves de Mittermeier.

Al ver las temibles tácticas de Mittermeier a quemarropa, Grillparzer se estremeció mientras se maravillaba. Consideró recurrir a la ofensiva de la flota Mittermeier para provocar el colapso total de las fuerzas de von Reuentahl, pero nuevamente dudó sobre la decisión. La presión que ejerció Mittermeier fue más fuerte de lo que había esperado, y si él fuera el que hiciera un agujero en el dique, podría muy bien ahogarse. Como resultado, Grillparzer se vio obligado a enfrentarse desesperadamente al ataque de Mittermeier simplemente para mantenerse con vida, y esta farsa sangrienta y divertida continuó hasta que von Reuentahl dio la vuelta a las naves bajo su control directo. Mientras esperaba, Grillparzer decidió señalar sus intenciones de rendirse a Mittermeier — pero, momentos antes de que se conectara el circuito, von Reuentahl apareció detrás de él y se vio obligado a dejar a un lado la idea.

Mediante una potencia de fuego concentrada con precisión, von Reuentahl cerró una de las brechas de Mittermeier y lanzó un contraataque contra otro, abriéndose paso para disparar a lo largo del flanco de una de las divisiones de Mittermeier que estaba en una larga formación de columnas. El combate fue breve, pero tan intenso que dejó a ambos lados con los colmillos destrozados, y Mittermeier se vio obligado a retirarse unos 600,000 kilómetros.

El banquete sangriento no mostró signos de finalización.

VI

Antes de estos eventos, cuando Mittermeier y von Reuentahl todavía estaban al borde de su sombría batalla en la Región Estelar de Rantemario, un enviado llegó a la Base Iserlohn. Von Reuentahl lo había enviado a regiones estratégicas para solicitar que Iserlohn no permitiera que la Armada Imperial atravesara el corredor. No era uno de los subordinados de von Reuentahl, sino un veterano retirado que vivía en Heinessen — y un viejo conocido de Julián y los demás.

“Almirante Murai, ha pasado mucho tiempo. No esperaba encontrarme en estas circunstancias, pero me alegra verte y verlo bien”.

Julian estrechó la mano de Murai mientras ofrecía este sincero saludo, pero al ver al ex jefe de gabinete de la Decimotercera Flota, Olivier Poplin dijo “Uh-oh” y desapareció, como un animal salvaje al ver a su depredador natural.

Dusty Attenborough murmuró: “Si hubiera sabido que volvería, no le habría dado esa despedida caballeresca”, pero tímidamente le ofreció la mano. Caselnes y von Schönkopf sonrieron y saludaron, y Frederica inclinó la cabeza en sincera gratitud hacia el hombre que había sido un leal oficial de personal de su esposo.

La elección de Von Reuentahl de su antiguo enemigo como enviado fue ingeniosa y cínica, y Murai solo aceptó después de una cuidadosa deliberación. Cualesquiera que fueran las verdaderas intenciones de von Reuentahl, había considerado valioso proporcionar a Julian y a los demás información sobre lo que se estaba desarrollando actualmente en los antiguos territorios de la alianza. Esta era la suposición de Julian sobre sus intenciones, de todos modos; Murai mismo no habló de ellos.

La solicitud de Von Reuentahl mostró su temple superior como villano. Ofrecer devolver todo el territorio de la antigua alianza no era algo que se hiciera a la ligera. Sugirió que, si Iserlohn aceptaba la oferta, incluso en el peor de los casos tendrían poco que perder.

Pero Julian era el discípulo de Yang Wen-li. Cuando se enfrentaba a una decisión, pasaba tanto tiempo reflexionando sobre su importancia histórica como calculando las posibilidades de éxito. Llevado al extremo, esto no era más que una imitación, pero para Julian fue la antorcha que lo guió a través de laberintos para los cuales no tenía un mapa.

“Lo discutiré con la Sra. Greenhill Yang y el Almirante Merkatz y le daré una respuesta lo más rápido posible. Por favor, siéntase como en casa mientras espera”.

“Muy bien, pero hazlo lo más rápido que puedas. Si me siento cómodo, comenzaré a sentir la necesidad de quejarme de lo que ustedes están haciendo. Y mi lugar ya no está aquí”.

Levantando una mano, Murai se dirigió a la habitación de invitados asignada a él.

¿No volverás a nosotros? Julian se contuvo justo antes de que las palabras escaparan. Con sus viejos alojamientos, Murai se habría reído y se habría negado.

Julian pasó todo el día considerando la propuesta de von Reuentahl.

Si von Reuentahl pretendía reclamar legitimidad política contra Reinhard y su nueva dinastía, finalmente tendría que restaurar el sistema bipolar antes de que comenzara el Nuevo Calendario Imperial. ¿Apoyaría a Erwin Josef II, que todavía estaba desaparecido, y declararía la restauración de la dinastía Goldenbaum? ¿Reavivaría la Alianza de Planetas Libres y se convertiría en un abanderado de la gobernabilidad republicana democrática? La última posibilidad era ridícula en su cara. Además, si von Reuentahl pretendía convertir a Reinhard en su títere mientras ejercía el verdadero poder político, no había ninguna razón para que Julian y los

demás se vean atrapados en una lucha por el poder dentro de la autocracia.

En última instancia, el reinado del káiser podría ser autocrático en su sistema de gobierno, pero, a juzgar por sus resultados, el propio Reinhard recorrió el camino del medio. Julian y los demás tuvieron que tener esto en cuenta. El fruto de la reforma no podría simplemente lanzarse al suelo, incluso si hubiera nacido de un sistema diferente al suyo. Lo que era más, suponiendo que von Reuentahl derrocó a Reinhard, era difícil imaginar que los retenedores superiores del káiser doblaran dócilmente la rodilla. Lo que significaba que tal eventualidad solo marcaría la apertura de una era de guerra sin orden o principio.

El mariscal von Reuentahl presumiblemente era casi igual al Kaiser Reinhard en términos de habilidad en asuntos gubernamentales y militares. Aun así, en términos históricos, solo podría existir como reacción al káiser. Para mover la historia en la mejor dirección posible, ¿no sería mejor asegurarse de que Reinhard siguiera gobernando? Siempre suponiendo, por supuesto, que seguía siendo sabio y justo. Los pensamientos de Julian comenzaron a fusionarse en torno a esta idea.

El problema era la otra cosa que von Reuentahl había ofrecido: Trünicht. Esto había sacudido a los representantes de Iserlohn, no política sino psicológicamente.

Julian no fue la excepción y se sintió fuertemente desgarrado al escuchar la oferta. Olivier Poplin había silbado y dijo: “Al menos tómalo, Julian. No pediré la cabeza de Trünicht. Puedes tener eso. Solo déjame un brazo”.

Julian no había dejado de considerar un enfoque más conveniente. Podrían exigir a Trünicht primero, por ejemplo, arrullar a von Reuentahl con una falsa sensación de seguridad, y luego permitir que la flota imperial atraviese el corredor. Esto pondría al imperio en deuda y les permitiría vengar sus rencores personales contra Trünicht.

Pero los deshonraría. Sin importar cuán profundo sea su odio y resentimiento hacia Trünicht, si usaran su vida como moneda de cambio estratégico, ¿qué derecho tendrían para criticar sus innumerables traiciones

a la democracia?

Que von Reuentahl ofrezca tal condición puede no ser humano, pero ciertamente tiene sentido en términos de estrategia política y militar. Sin embargo, aceptarlo sería un acto vergonzoso.

De repente, Julian pensó en preguntarle a Murai sobre el enfoque fundamental de von Reuentahl para este nuevo conflicto. ¿Estaba arrastrando a los antiguos ciudadanos de la alianza a la lucha?

“No, él siente que esta es una batalla privada dentro del imperio, y la ciudadanía no tiene nada que ver con eso”, dijo Murai. “Este podría ser otro ejemplo de su arrogancia, pero se está apegando a eso”.

Julian sintió como si hubiera vislumbrado el orgullo de von Reuentahl en el trabajo. Si el mariscal arrastraba a la ciudadanía de la antigua alianza a la guerra y realizaba una campaña intransigente de tierra quemada, probablemente podría resistir durante bastante tiempo. Pero estaba evitando esto intencionalmente a favor del conflicto militar directo. Algunos podrían ridiculizar este enfoque — pero dejarlos reír.

Aun así, la admiración no era una base para la toma de decisiones, y Julian le informó a Murai que no podía aceptar la oferta de von Reuentahl.

“Un no, entonces,” dijo Murai. “No es inesperado, supongo”.

“Lo siento, almirante Murai. Después de que hiciste todo el esfuerzo de venir aquí”.

“Oh, solo soy el mensajero. No tenía ninguna obligación de asegurarme de que las negociaciones tuvieron éxito”. Murai se rió entre dientes antes de que su rostro se volviera serio. “Para ser honesto, Julian, debería disculparme contigo. Me preocupaba que la promesa de beneficios inmediatos pudiera llevarte por mal camino. Y estaba pensando que tendría que detenerte, incluso si no fuera mi lugar”.

“Puedo ver por qué te has preocupado”.

“Pero no había necesidad de hacerlo, ¿o sí? Realmente eres el mejor discípulo de Yang Wen-li”.

Para Julian, este fue el mayor elogio posible.

La decisión se tomó así, pero muchos de los funcionarios de Julian estaban decepcionados. Von Schönkopf hizo una contrapropuesta pública, sin molestarse en mantenerla en silencio.

“Julian, déjame volver a Heinessen con el almirante Murai”.

“¿Visitar a tus amantes?”

“Ese sería el objetivo principal de mi visita, pero hay algo más que quiero hacer mientras estoy allí”. Sonrió con la peligrosa dignidad y el poder de un tigre aristocrático y devorador de hombres. “Posar con la cabeza de von Reuentahl en la mano izquierda, la cabeza de Trünicht debajo del pie izquierdo y un hacha de guerra en la mano derecha, toma una fotografía y véndela a los medios”.

Poplin se inclinó hacia delante.

“Cuenta conmigo en eso”, dijo. “Puedes tener la cabeza de von Reuentahl. Me conformaré con Trünicht”.

“Pensé que podrías decir eso. Siempre buscando el trabajo fácil”.

“No, simplemente no tengo hueso para escoger con von Reuentahl. Ciertamente, no es suficiente para arriesgar la ira de todas esas hijas del imperio”.

Julian suspiró. “Deténganse, los dos. Heinessen está bajo el dominio militar imperial. Sus posibilidades de volver con vida son escasas”.

“¿Cómo puedes vivir si tienes miedo de morir?”, Dijo Poplin, poniéndose su boina negra. Él no estaba sonriendo. Julian había comenzado a tener la

sensación de que Poplin no era realmente el frívolo playboy que la gente lo llamaba — que simplemente estaba disfrutando irónicamente de interpretar ese papel.

“Palabras valientes”, dijo Attenborough, “para un hombre que corrió a cubrirse en el momento en que vio la cara del almirante Murai”.

Poplin parecía estar a punto de responder, pero el sentido del oído de Julian no lo registró. Con la esperanza de pensar un poco en la soledad, fue a la plataforma de observación, pero la encontró llena de gente. Estaba girando para irse cuando Karin von Kreutzer lo vio y lo llamó. Mientras miraban a través del muro transparente hacia el campo de estrellas, la conversación eventualmente se volvió hacia la decisión militar que Julian enfrentó. Por supuesto, no se expandió en absoluto al área de especialidad del maestro que compartían en común.

“El comandante Poplin me dijo que vio en tu cara que estaríamos sentados aquí fuera. ¿Es eso cierto?”

“Este, sí. Sólo este…”

Los ojos marrones de Julian estaban llenos de una luz contemplativa. Si era honesto consigo mismo, quería pelear. Uno de los más grandes almirantes del Imperio Galáctico estaba en abierta revuelta contra el káiser. La Armada Imperial debe ser sacudida hasta su núcleo. *Si Iserlohn pudiera aprovecharse de eso…* Julian escuchó al aventurero militar dentro de él susurrar sobre este dulce sueño. La tentación fue poderosa. Era la misma tentación que había llevado a las Fuerzas Armadas de la Alianza a su aplastante derrota en Amritsar hace cuatro años.

Si Julian, en ese momento, hubiera formado una alianza con von Reuentahl y luchara contra Kaiser Reinhard juntos, la historia habría ido en otra dirección. El dulce sueño habría tenido un final amargo: un asalto total contra Iserlohn por las vastas fuerzas bajo el mando de Reinhard.

“Desafortunadamente, creo que tomaste la decisión correcta”, dijo Karin. “No hay razón para involucrarse en una guerra privada entre el káiser y el

mariscal von Reuentahl. Ten algo de confianza en tu juicio”.

“Gracias. Por preocuparte por mí”.

“¿De qué estás hablando? ¡No estoy preocupado por ti — solo irritada! Si no lo mantienes unido, avergonzarás a los Yang y nos condenarás a todos”.

“Entiendo eso.”

“No entiendes nada. ¡ *No* digo que no lo mantengas unido!”

Julian todavía estaba buscando una respuesta cuando Karin se giró y se alejó con esa huella sorprendentemente regular. En momentos como este, Julian deseaba tener incluso el uno por ciento de la capacidad del padre de Karin para manejarla.

Por supuesto, esto no duró mucho. Sus manos ya estaban llenas de responsabilidad, pero estaba a punto de agregar otra a la pila — otra decisión que debía tomarse. Cuando regresó a la sala de control, Frederica Greenhill Yang, que estaba hablando con un oficial de comunicaciones, sonrió y lo llamó.

“Parece que este es nuestro día para invitados inesperados”, dijo. “El almirante mayor Mecklinger de la Armada Imperial está pidiendo negociar. ¿Lo oirás, Julian?”

Después de un momento de sorpresa, Julian dijo: “Sí, por supuesto”. Podía adivinar lo que la Armada Imperial esperaba — el polo opuesto de las solicitudes de von Reuentahl. Mientras asentía a Frederica, ya había entreabierto la puerta a su decisión.

El 3 de diciembre, esa decisión se hizo visible en el campo de batalla.

La noticia siniestra fue traída a von Reuentahl por su ayudante, el teniente

comandante Emil von Reckendorf.

“Su Excelencia, una gran flota se está acercando a Heinessen desde la dirección del Corredor Iserlohn”.

“¿Imperial?”

“Sí, su excelencia. Parece que están bajo el mando del almirante mayor Mecklinger. Los republicanos en Iserlohn les concedieron el paso por el corredor”.

Las palabras *tensión* e *inquietud* se imprimieron en toda la cara de von Reckendorf. Von Reuentahl miró hacia otro lado y comenzó a hablar con las estrellas.

“Parece que ese chico de Iserlohn tiene un buen ojo para la estrategia. O eso, o muy buenos funcionarios. Me pregunto si esto es lo que hace Merkatz”.

Esta suposición fue incorrecta. “Ese chico de Iserlohn” había pesado, elegido y anunciado su decisión sin la ayuda de nadie — o de cualquier persona que viviera, al menos.

Pero von Reuentahl entendió correctamente lo que significaba la decisión de Julian. Por un lado, estaba endeudando al imperio, creando material diplomático que podría usarse en futuras negociaciones. Por otro lado, al dejar pasar a Mecklinger, estaba vaciando efectivamente el extremo imperial del corredor de la fuerza de combate. Si Iserlohn sentía la necesidad, podrían invadir el territorio imperial para provocar problemas o algo peor. Incluso si no albergaran tal intención, sin duda tendrían libertad de acción.

En cualquier caso, ya no tenía sentido continuar la batalla actual. Si Heinessen cayó ante Mecklinger, von Reuentahl se quedaría solo en el vacío y, además, pronto se vería obligado a luchar en dos frentes.

Ordenó que sus naves se retiraran.

Esto era más fácil decirlo que hacerlo. En este momento, Mittermeier tenía a Wahlen y Wittenfeld perfectamente bajo su control en su flanco izquierdo y derecho, y los estaba usando alternativamente para atacar a la flota de von Reuentahl desde ambos lados, desangrando a von Reuentahl a medida que avanzaban sus propias naves. Pero, a través del fuego de cañones y el finteo de las naves directamente bajo su control, von Reuentahl pudo romper el progreso de Mittermeier el tiempo suficiente para que las unidades salieran de la zona de guerra, una por una. Cuando vio la oportunidad, él mismo se retiró apresuradamente, completando así una desconexión perfecta por la cual nadie había sido sacrificado en absoluto.

“Realmente es uno de los mejores comandantes de nuestra época. Retirándose incluso mientras lucha, y sin una pizca de confusión. No creo que incluso los ejemplos en los libros de texto tácticos sean tan hermosos”.

Así dijo Wahlen mientras veía desaparecer los puntos de luz en su pantalla. Mittermeier guardó silencio. Él ya lo sabía; no había necesidad de verbalizarlo. Reunirse en su frente era una resolución aguda, pero pesada. Terminaría este conflicto antes de que terminara el año. Si se prolongaba hacia el nuevo año, los incendios de señales aumentarían a través de Neue Land: *¡La nueva dinastía es un tigre de papel!* Si los creyentes en el republicanismo democrático se convencieran de eso, no había garantía de que no explotarían en su propia rebelión. Y luego estaban los habitantes de la Base Iserlohn — ¿cómo reaccionarían? No, Mittermeier tendría que romper los huevos del peligro y la confusión antes de que pudieran salir del cascarón en masa.

Sin embargo, poner fin al conflicto significaría matar a su amigo. Todos los comandantes de la Armada Imperial sabían que von Reuentahl no era el tipo de hombre que suplicaría por su vida. Al notar el aumento y la caída casi turbulentas emociones en los rostros de sus colegas, Mittermeier dio sus órdenes.

“Todas las naves, velocidad máxima de combate. Vamos a alcanzar a von Reuentahl antes de que llegue a Heinessen”.

Ni su voz ni su expresión aceptaron ninguna discusión.

CAPÍTULO 08: MUERE POR LA ESPADA

I

Esta miserable guerra civil pronto nos traerá la única felicidad que tiene para ofrecer: su conclusión. E incluso esto es solo una felicidad en comparación con la alternativa…

ALMIRANTE MAYOR ERNEST MECKLINGER escribió estas palabras en su diario después de llegar a Neue Land, convirtiéndose en uno de los pocos que había atravesado el Corredor Iserlohn desde el antiguo lado imperial hasta el antiguo territorio de la alianza sin desafiar los fuegos de la guerra.

Incluso el Mecklinger estratégicamente orientado, cuyos dones de sabiduría y razón fueron significativos, descubrió que la República Iserlohn le había concedido el paso de esta manera. Cuando informó su decisión al Kaiser Reinhard en el distante Phezzan, la respuesta inicial del káiser había sido de varios momentos de silencio. No era que ninguno de ellos hubiera subestimado a Julian. De hecho, ni siquiera sabían de su existencia, y mucho menos su capacidad como líder, y no podían albergar ningún prejuicio sobre él.

“Si él dice que aceptará su solicitud y lo dejará pasar, entonces continúe”, dijo finalmente el káiser. “Parece que le debemos nuestra gratitud a Yang Wen-li por dejar un sucesor sensato. Sin duda tiene ideas propias, pero lo dejaremos para otro día”.

Mecklinger cumplió, pero entre los oficiales de su personal había, por supuesto, algunos que tenían dudas.

“Si Iserlohn nos dispara con el martillo de Thor, la flota será destruida. Debemos permanecer alertas”.

Un indicio de una sonrisa irónica apareció bajo el bigote bien recortado del almirante artista.

“¿El estado de alerta le quitará el poder al martillo de Thor? Si es así, estoy de acuerdo, pero me temo que hemos renunciado a nuestros derechos en esa área…”

Tan inquietos como estaban las tropas de Mecklinger, los residentes de la Base Iserlohn deben haber sentido una inquietud propia. Ofrecer a la flota Mecklinger como sacrificio a Thor podría brindarle una satisfacción temporal, pero solo provocaría la ira de toda la Armada Imperial. Y, por supuesto, tenían sus propias sospechas persistentes de que Mecklinger atacaría mientras la guardia de Iserlohn estaba baja.

Si soy honesto, mi estado mental era más esperanzador que confiado, por leve que fuera el desequilibrio. Si Yang Wen-li hubiera estado vivo, esa proporción se habría invertido — no, de hecho, habría podido tener una fe casi perfecta en él. Recé desde el fondo de mi corazón que el joven sucesor de Yang no sucumbiera a sus impulsos y priorizara la ambición sobre la razón.

Julian no sabía nada de las oraciones de Mecklinger, pero sí controlaba sus impulsos. Habiendo concedido su petición al imperio, sabía que no podía permitir que nada perjudicara la relación de confianza así engendrada.

“Si la flota intenta algo disimulado, simplemente los derribaremos. Las paredes exteriores de Iserlohn pueden rozar el cañón de la nave sin un rasguño. Nos aseguraremos de que toda la galaxia sepa de su deshonor”.

Julian estaba en la sala de control central de la base, con los ojos fijos en la

pantalla principal. La flota imperial atravesaba el campo de tiro del Martillo de Thor en una formación ordenada. Mecklinger había planeado un curso que ponía a su flota dentro del alcance del arma, presumiblemente para transmitir su confianza en el liderazgo de Iserlohn.

Junto a Julian estaba sentado Dusty Attenborough, sorbiendo café de una taza de papel. “Casi te hace desear que solo nos ataquen”, murmuró, lo suficientemente fuerte como para que Julian lo oyera. “Entonces les daría una buena palmada en la cabeza con el martillo de Thor”.

“No pido mucho”, dijo Poplin, que también estaba mirando. “Solo quiero ver algunos fuegos artificiales. No es que me quejaría si las cosas se intensificaran, claro está”. Debajo de la alegría en sus ojos verdes había hambre de combate. Él entendió que Julian tenía la intención de “quedarse sentado”, pero, según todas las apariencias, no se habría consternado en lo más mínimo si el combate hubiera estallado.

Al lado de Poplin estaba Merkatz, con von Schneider a un respetuoso medio pasó detrás de él. Ambos permanecieron en silencio todo el tiempo. ¿Qué podrían haberle dicho a Mecklinger en sus corazones?

Un oficial de comunicaciones le trajo a Julian un mensaje de la flota que pasaba:

De Ernest Mecklinger, almirante de la Armada Imperial Galáctica, hasta representantes gubernamentales y militares de la República de Iserlohn. Le agradezco su buena voluntad y anticipo con placer la futura normalización de las relaciones entre nosotros. Al pasar, toda mi flota ofrecerá un saludo respetuoso hacia el lugar sagrado de descanso del gran mariscal Yang Wen-li. Espero que este gesto sea recibido en el espíritu en el que se ofrece.

“En otras palabras, el enemigo es una manada de sentimentales, como nosotros”, dijo von Schönkopf con una mirada de reojo a Julian. “‘Sagrado lugar de descanso’, ¿verdad? ¿Supongo, comandante, que este sentimentalismo compartido es donde espera llegar a un entendimiento y encontrar nuestras esperanzas para el futuro?”

“Algo como eso. Pero no espero que el camino sea fácil”.

Lo que estaba en la mente de Julian era menos una predicción que una expectativa. Esto era algo contra lo que Yang siempre había advertido, pero en ese momento Julian sintió que podía sentir la dirección y la velocidad del flujo de la historia a través de su piel en lugar de su razón, y ver su punto final con mayor o menor precisión.

Toda la galaxia era un escenario, como Yang había dicho una vez. Los jugadores pisaron los tableros del espacio-tiempo en tragedias y farsas, grandes y pequeñas. Subió el telón, bajó el telón y una pista dio paso a la siguiente. Iserlohn protagonizaba actualmente un drama histórico de color carmesí y dorado al asombrar el derramamiento de sangre y los sueños resplandecientes, y Julian sintió que se acercaba el telón final. Sin embargo, como discípulo de Yang, estaba avergonzado por el hecho de que este sentimiento no era fruto del análisis racional e intelectual, y no estaba dispuesto a hablar de ello.

Poco después de que sus invitados imperiales hubieran terminado su paso por el Corredor Iserlohn, a cinco mil años luz de distancia en el vacío, comenzaría otra escena del drama imaginado por Julian.

II

7 de diciembre.

La persecución de la flota de Mittermeier llamó la atención de la flota de Reuentahl. Esto debería haber significado un desarrollo ordenado de ataque y contraataque, pero cuando la flota Reuentahl se preparó para devolver el fuego, de repente cayó en confusión.

“¡Grillparzer nos está disparando!”

El grito del operador atravesó el nervio auditivo de von Reuentahl. Luego vino el asalto a su nervio óptico. A pesar de los controles sobre la luminosidad que permitía pasar, la pantalla del puente estaba dominada por nebulosas pulsantes de luz. Las voces en los circuitos de comunicaciones llamaron repetidamente a la misma nave o escuadrón de combate, revelando que se había perdido el contacto con ellos. *Tristán* fue atrapado en una gran explosión de energía maliciosa y asesina.

“Debe haber estado esperando esta oportunidad todo el tiempo. Esa astucia —”

La amarga realización controlaba incluso las cuerdas vocales de von Reuentahl. Había diseñado su estrategia y tácticas solo para Reinhard y Mittermeier, sin considerar nunca la posibilidad de una pequeña intriga por parte de un pequeño traidor.

La traición de Grillparzer fue recibida con ira desenfrenada. Solo se puede llamar irónico que las naves que devolvieron el fuego con mayor furia fueron aquellas que antes estaban bajo el mando de von Knapfstein, y ahora arrojaron toda la fuerza de su dolor y enojo aún en carne viva a Grillparzer.

“¡Cobarde!”, Gritó un capitán. “¿Crees que nos sentaremos en nuestras manos y te dejaremos tener toda la gloria? No, vienes con nosotros. ¡Cuando llegues a Valhalla, discúlpate con los que cayeron!”

La flota de Grillparzer tampoco estaba completamente unificada. Algunas naves desafortunadas todavía dudaban, inseguras de si obedecer la orden repentina e inesperada de atacar, cuando fueron destruidas por la respuesta. La situación corrió hacia el borde de la catástrofe, disolviéndose a medida que el entendimiento chocaba con el intelecto en un rencoroso alboroto de aliado contra aliado.

La traición de Grillparzer dejaría una gran mancha negra en el lienzo histórico de esta guerra civil, pintada en colores tan espléndidos. Hasta ese día, Grillparzer rara vez había sido criticado por razones de habilidad o moralidad, y también se esperaban grandes cosas de él como erudito. Incluso Mittermeier había instado una vez a Bayerlein a aprender de la

amplitud de la visión de Grillparzer, advirtiéndole que un guerrero debe hacer más que pelear.

Pero mientras las historias de edades posteriores describirían a Bayerlein como el “sucesor de Mittermeier; un soldado capaz de honestidad e integridad “, Grillparzer se consideró un “traidor despreciable”. Se uniría a ese grupo desafortunado cuyo legado completo es despedido debido a sus acciones al final de sus vidas — menos del uno por ciento de su tiempo asignado.

Mittermeier no comprendió de inmediato la importancia de la confusión que se desarrollaba ante sus ojos. Pero cuando la palabra “traidor” comenzó a escucharse en el caos de los mensajes interceptados, todo quedó claro. El rostro juvenil del Lobo de Gale le se enrojeció de indignación. Esta debía haber sido su batalla, con su amigo, en la que ambos se esforzarían al máximo. No había esperado un desarrollo tan feo.

En medio de la agitación llamativamente matizada, los disparos convergieron en la nave insignia de von Reuentahl, Tristán, y un disparo desde un cañón ferroviario voló hacia él desde la una en punto. *Tristán* evadió el proyectil, pero cuando otro voló desde la dirección en la que la nave había tomado medidas evasivas, la mayor velocidad relativa le permitió romper el casco exterior de *Tristán* y explotar dentro de la misma nave.

El campo de visión de Von Reuentahl se sacudió violentamente, primero arriba y abajo y luego a izquierda y derecha; fue blanqueado por una luz deslumbrante antes de ceder a un naranja brillante. En medio del rugido y el aullido del viento, la silla del comandante se volcó y cayó sobre la pierna de von Reuentahl, que estaba frente a él. El sonido de las explosiones golpeó sus tímpanos.

A través de la confusión de la visión y el oído, los ojos desiguales de von Reuentahl percibieron una presencia que no era ni luz ni sombra descendiendo sobre él. Si su pierna no hubiera quedado atrapada debajo de la silla del comandante, podría haberla esquivado con facilidad. Pero sus reflejos pulidos, muy levemente, traicionaron la voluntad de su poseedor, y

sintió el impacto correr por el lado izquierdo de su pecho en una línea recta y estrecha.

Un largo fragmento de cerámica lo había perforado debajo de su clavícula izquierda, y el dolor le llegó hasta la espalda.

“¡Su Excelencia!”, Gritó su ayudante, el teniente comandante von Reckendorf, al ver a su comandante atravesar el humo y el caos.

“Tranquilízate. Yo soy el que está herido, no tú”. A pesar de la gravedad de la situación, von Reuentahl se alisó el cabello con una mano. “Como recuerdo, gritar en nombre de los superiores no está entre los deberes de un asistente”.

Con una expresión más de irritación que de dolor, von Reuentahl sacó la lanza de cerámica de cuarenta centímetros de su pecho. La sangre brotó en una corriente delgada pero poderosa, empapando inmediatamente la parte delantera de su uniforme. Sus manos también parecían haberlas envuelto en seda bermellón.

Von Reuentahl resopló.

“Cualquiera que sea el color de nuestros ojos o piel, parece que todos sangramos del mismo color”, dijo.

Tiró el fragmento a la basura. Para entonces la sangre había llegado a la punta de sus zapatos y comenzó a acumularse en el suelo. La pequeña herida que se había abierto en su espalda también formó una corriente bermellón que duró hasta que sus músculos se contrajeron para cerrarla. La ubicación de sus heridas era pura coincidencia, pero aquellos que creían en el destino pueden haber visto algún significado en el hecho de que reflejaban los de Kornelias Lutz.

Increíblemente, von Reuentahl empujó la silla del comandante y, a pesar de su pérdida masiva de sangre, se puso de pie con calma. No mostraba ningún indicio de dolor, al menos en su rostro o sus movimientos. Era resuelto en un grado casi descarado. Von Reckendorf gritó por un médico, y uno vino

corriendo para comenzar rápidamente los primeros auxilios.

“Su Excelencia”, dijo von Reckendorf, con las mejillas temblando de ira, “debemos enseñarle una lección al traidor Grillparzer. ¡Reuniré el fuego del apocalipsis para enviarlo al infierno, donde pertenecen los cobardes!”

“Déjenlo.”

“Pero—”

“La supervivencia será la mayor desgracia para él al final. ¿Crees que el Kaiser o Mittermeier alguna vez perdonarán lo que ha hecho? — Bueno, ¿cómo se ve?”

Su última pregunta fue dirigida al médico, que aún atendía sus heridas. El médico se limpió el sudor de la frente con el dorso de una mano ahora manchada de rojo con la sangre de von Reuentahl.

“Hay daños en los vasos sanguíneos que conectan el corazón y los pulmones. Lo congelaré para detener el sangrado y sellaré la herida por ahora, pero necesitará una cirugía adecuada lo antes posible”.

“No me gusta mucho la cirugía, me temo”.

“No se trata de gustar o no, Su Excelencia. Tu vida depende de ello”.

“Por el contrario, doctor, se trata de mucho más que gustar o no. ¿Seguramente puedes estar de acuerdo en que no me conviene morir en pijama en una cama de hospital?”

La sonrisa pálida pero casi insolentemente tranquila de Von Reuentahl impidió todo argumento en contra del médico cuando los rollos de los muertos aparecieron a la vista en la mente de von Reuentahl.

Siegfried Kircheis. Kempf. Lennenkamp. Fahrenheit Steinmetz Lutz Incluso sus enemigos, Bucock y Yang Wen-li. Le pareció que, al final, todas sus muertes habían sido apropiadas para sus vidas. ¿De qué manera él,

Oskar von Reuentahl, tomaría su lugar junto a ellos? No había pensado demasiado en esto antes, pero en Valhalla podrían haber comenzado a barrer el camino hacia la puerta para él.

Una vez que el tratamiento criogénico detuvo su sangrado interno, sus heridas se cubrieron con vendas y palma de gelatina y se le inyectaron antibióticos.

Después de agradecerle al médico e indicarle que atienda al resto de los heridos, von Reuentahl enderezó la silla del comandante y se sentó en ella. Estaba lejos de ser el único que resultó herido. El puente se había convertido en una horrible exposición de sangre y carne. En un rincón, un soldado todavía en su adolescencia lloró por su madre mientras buscaba a tientas un brazo perdido; otro hombre lloró lágrimas de agonía y terror mientras usaba ambas manos para volver a meter sus entrañas en la herida abdominal de la que se habían derramado.

Hizo que un estudiante ordenadamente limpiara su escritorio sucio. El ordenado lo hizo, con el cabello avellana todavía en desorden, pero luego volvió la cara hacia von Reuentahl, revelando que estaba al borde de las lágrimas.

“Su Excelencia, agravará sus heridas. Por favor, no te esfuerces demasiado”.

“No hay que preocuparse”, dijo von Reuentahl. “Pero puedes ir a buscarme un cambio de ropa. Camisa y uniforme. Oler tu propia sangre durante cinco minutos y comienza a ponerse cansado”.

Los incendios en el puente de *Tristán* finalmente se extinguieron, pero sus capacidades ofensivas y defensivas se degradaron severamente, y se vio obligado a retirarse del campo de batalla a las ocho y media de la medianoche del 8 de diciembre. La flota de Von Reuentahl estaba al borde de la derrota, pero su control calmado y medido aseguró que al menos parte de él pudiera retirarse de manera ordenada junto con su nave insignia.

“Sin ningún tratamiento adicional más allá de las inyecciones periódicas de

analgésicos y hematínicos, el mariscal von Reuentahl permaneció erguido en la silla del comandante supervisando toda la flota. Se cambió su uniforme, abrochando cada botón correctamente, con una expresión completamente impasible. No puedo imaginar la agonía que debe haberlo asaltado, y sin embargo, su juicio y orden permanecieron impecables. Mientras observaba esta demostración de verdadera fortaleza ante mis ojos, me sentí orgulloso de estar entre sus subordinados. Olvidé por completo, aunque solo sea por un momento, la asombrosa verdad: que nos habíamos rebelado al gran Kaiser Reinhard mismo…”

La fuente de este testimonio fue el teniente comandante von Reckendorf, pero ni siquiera él podía negar que la sangre se estaba drenando de la cara de von Reuentahl. En un momento se desmayó de la anemia cerebral, pero cuando sus subordinados intentaron llevarlo de la silla a la sala médica, recuperó el conocimiento, los reprendió y ordenó que lo devolvieran a su silla. Sintieron como si vieran a un hombre que desafió al mismo señor de la muerte, y su asombro y respeto por él se hicieron aún más fuertes. También se dieron cuenta de que esta fortaleza solo fue posible gracias al sacrificio de su forma física, lo que significa que la vida restante del comandante estaba disminuyendo rápidamente.

Grillparzer se deshonraría cinco veces al final. La primera vez fue su apoyo inicial, aunque fingido, por la revuelta de von Reuentahl contra el káiser. El segundo fue su traición a von Reuentahl después de haberle jurado lealtad. El tercero fue su elección del peor momento posible para llevar a cabo esa traición. El cuarto fue el fracaso de la traición misma, que lo vio derrotado por las fuerzas de von Reuentahl. Y el quinto llegó cuando, sin haber logrado nada, pidió permiso para rendirse a un hombre que pensaba que tales actos eran despreciables. Dado que Mittermeier era amigo de von Reuentahl, era natural que Grillparzer eligiera a Wahlen, pero solo exacerbó la impresión ya desfavorable que le dio de poca astucia.

Mittermeier ni siquiera conoció a este desertor deshonrosamente entregado. No estaba seguro de poder controlar su lengua si lo hacía.

III

En los trece años transcurridos desde la graduación de von Reuentahl de la escuela de oficiales, había participado en más de doscientas batallas de todos los tamaños, así como en treinta duelos privados. Como guerrero, era mucho más agresivo que como táctico, y parecía disfrutar poniéndose en peligro. Por supuesto, puede ser que sus ojos heterocromáticos hayan causado la impresión de que aquellos que vieron sus rasgos nobles e incluso estaban especialmente inclinados a buscar dos lados de su personalidad. Cualquiera sea el caso, en todas sus batallas públicas y privadas, von Reuentahl nunca antes había sido gravemente herido. Incluso en peleas fuera de los contextos de guerra y duelo, la única persona que le había dado un puñetazo en la cara fue Wolfgang Mittermeier.

Para von Reuentahl, su lesión en Rantemario puede haber parecido la campana de su vida. Y, al darse cuenta de que Grillparzer, de todas las personas, lo había golpeado por detrás, tal vez sintió más desprecio por sí mismo que odio por el chaquetón juvenil.

La flota de Mittermeier no sabía que von Reuentahl había sido herido, pero habían visto el daño a su nave insignia *Tristán* . La retirada que siguió resolvió el asunto por completo.

Grillparzer no fue el único en rendirse. Las tripulaciones de muchas naves, heridos o cansados de luchar, apagaron sus motores y abandonaron toda resistencia. Si su enemigo hubiera sido la Coalición de los Lores o la Alianza de los Planetas Libres, podrían haber luchado de manera más obstinada, pero no contra antiguos hermanos de armas que también se unieron alrededor del Goldenlöwe.

“No estamos abandonando a von Reuentahl. Solo buscamos regresar al káiser y la forma correcta para los soldados imperiales…”

En respuesta a este reclamo de un oficial entregado, el almirante mayor Wittenfeld resopló y respondió: “Sofistería, toda sofistería. Temes por tu

vida, y nada más”.

Los soldados de rango inferior hablaron con más sinceridad, sintiendo menos necesidad de justificarse. Un soldado adolescente, herido y recogido por una nave del hospital, respondió a las preguntas de la siguiente manera:

“Arriesgamos nuestras vidas en la batalla contra el Lobo de Gale y los Lanceros Negros. Creo que nuestras responsabilidades con el mariscal von Reuentahl se han cumplido. Cuando salga del hospital, espero reanudar el servicio militar bajo el Kaiser — ¿a menos que pienses que los hombres alistados también serán sometidos a una corte marcial?”

Cuando recibió ese informe, Mittermeier golpeó a sus subordinados como menos enojado que profundamente conmocionado.

“Entiendo”, dijo finalmente. “Sus responsabilidades se han cumplido, ¿verdad? Entiendo.”

Esto fue cuando Mittermeier sabía que la flota Reuentahl ya no existía. Las palabras del soldado encapsularon perfectamente el pensamiento de aquellos que habían servido en esta guerra civil sin sentido. En sus mentes, al menos, la guerra había terminado. Solo von Reuentahl podría haberlos llevado hasta este punto, pero incluso von Reuentahl tenía límites, y parecía que los había alcanzado. Sus tropas se comprometieron con Kaiser Reinhard, no con él, y no reconocieron ningún deber de compartir el destino de von Reuentahl mientras pasaba de la derrota a la caída final.

“Se acabó…”

Los hombros de Mittermeier se desplomaron mientras murmuraba las palabras, como si hubiera perdido el conflicto él mismo.

Su perspicacia resultó correcta. La Fuerza de Seguridad de Neue Land, una vez 5,5 millones de tropas, continuó su rápida desintegración de la rendición y la deserción.

Tantas naves intentaron rendirse que obstaculizaron el avance de la flota

Mittermeier. La autoridad para procesarlos fue delegada al Almirante Büro. Muchas de las tropas que se rindieron resultaron heridas; por el contrario, algunas naves que fueron medio destruidas continuaron resistiendo. Controlar la situación sería una tarea sorprendentemente lenta.

Mittermeier eligió a un oficial capturado herido para ser interrogado.

“¿Qué le pasó a tu comandante, von Reuentahl?”

“Está escapando hacia el planeta Heinessen en el sistema Baalat, Su Excelencia”.

Mittermeier frunció el ceño. La palabra “escapar” parecía haber tocado un nervio, pero no la persiguió.

“Puede intentar reiniciar el conflicto en el sistema Baalat. Prepárate para una búsqueda inmediata”.

La muerte parecía probable para von Reuentahl. No era la primera vez que Mittermeier hacía esta inferencia. En la Segunda Batalla de Rantemario — incluso antes, de hecho — von Reuentahl seguramente había visto la derrota como una muerte segura, y luchó sin intención de sobrevivir. Esta no era simplemente la interpretación de Mittermeier, sino una comprensión sombría compartida por todos los oficiales de su personal que habían luchado contra von Reuentahl.

“Cualquiera que sea la página a la que volvemos en las crónicas de nuestras vidas, la encontramos escrita con sangre”, dijo un Wittenfeld bastante malhumorado a Wahlen. “Podemos vestirlo con humanismo, pero la mancha roja nunca se puede borrar. Aun así, hay algunas cosas que preferiría no experimentar. Como pelear hasta la muerte con un compañero… Si el káiser te ordena que me derribes, ¿obedecerías?”

“Ja”, respondió Wahlen, después de una pausa tan breve que Wittenfeld se sintió algo molesto.

“Al menos podrías fingir que te desgarras por una pregunta como esa”.

“Es una mala pregunta. Insto a quien lo solicitó a que reconsidere su comportamiento”.

Wahlen no estaba de humor para hipotéticos. Von Reuentahl era una de las Murallas Gemelas de la Armada Imperial, un almirante entre los almirantes, y mira el trágico destino que él mismo había invocado. Wahlen no pudo evitar sentirse incómodo cuando imaginó cómo podría cambiar la fe de Reinhard en sus almirantes como resultado. ¿Quién podría decir que la pregunta de Wittenfeld seguiría siendo hipotética para siempre?

11 de diciembre. La flota que Mecklinger había atravesado el Corredor Iserlohn se reunió con las fuerzas principales de Mittermeier en las afueras del sistema Gandharva, que albergaba el fatídico planeta Urvashi.

Mecklinger no había participado directamente en ningún combate, pero después de pasar por el corredor había maniobrado como para cortar la retaguardia de la flota Reuentahl. Al aumentar la presión sobre von Reuentahl para retirarse, había contribuido a la victoria estratégica de su bando.

Se decidió que Mittermeier, Wittenfeld y Wahlen avanzarían hacia Heinessen sin aterrizar en la base imperial en Urvashi, pero Mecklinger y su flota se quedarían para asegurarse de que el orden se restableciera y se mantuviera. Grillparzer se había quedado en Urvashi solo brevemente, y ahora que la flota de von Reuentahl había sido puesta en marcha, la base se había convertido una vez más en un pequeño bote de hierro que flotaba en un mar de incertidumbre e inquietud. La habilidad y el nombre de Mecklinger, combinados con el poderío militar de su flota, serían más que suficientes para traer estabilidad. Después de una consulta apresurada pero precisa sobre estos asuntos, Mecklinger le expresó a Mittermeier su deseo de investigar el complot original contra el káiser de inmediato.

“En mi opinión”, dijo, “es poco probable que el atentado contra la vida de Su Majestad aquí fuera dirigido por el mariscal von Reuentahl”.

(Hablando estrictamente, von Reuentahl ya había sido despojado de su

título, pero incluso los almirantes que se habían visto obligados a luchar contra él parecían reacios a referirse a él sin un título. La única excepción fue Mittermeier, que había estado acostumbrado a haciéndolo y nunca había sido reprendido por el káiser por eso).

“¿Por qué lo cree, almirante Mecklinger?”

“Primero, no concuerda con su personalidad. En segundo lugar, no es acorde con su habilidad”.

“Hmm”. Mittermeier frunció el ceño. Una sombra perturbada descendió sobre sus rasgos juveniles.

Los argumentos de Mecklinger eran innegablemente correctos. Si von Reuentahl hubiera decidido levantar la bandera de la revuelta para superar al kaiser, habría avanzado sus fuerzas directa y abiertamente para una pelea de pie. Hacer lo contrario sería inconsistente con su motivo para rebelarse en primer lugar. Por otro lado, si su único objetivo era tomar el poder por cualquier medio necesario, simplemente podría haber esperado a que el káiser llegara a Heinessen antes de encarcelarlo o asesinarlo. Arriesgar un ataque mientras Reinhard estaba en Urvashi no tenía sentido. Además, después de que la nave insignia de Reinhard, *Brünhild* , despegara, von Reuentahl simplemente se sentó en sus manos y permitió que se fuera. Si hubiera estado hablando en serio, seguramente habría estacionado naves en órbita para evitar que el káiser y su séquito escaparan.

La sensación de equivocación que Mittermeier había sentido con respecto a esta “revuelta” desde sus primeras etapas puede haberse originado en estas inconsistencias y disparidades. Sin embargo, en este punto, su posición requería que se concentrara en el resultado de la situación más que en sus causas. Dada su posición, tuvo que prestar más atención al resultado de la situación que a sus causas. Dejando a Mecklinger para buscar la verdad en Urvashi, avanzó hacia Heinessen.

Después de que Mecklinger estacionó a sus tropas en ubicaciones clave en la superficie de Urvashi, comenzó su investigación incluso cuando se dispuso a retomar la base, con el vicealmirante Wünsche como su

lugarteniente. Wünsche tenía el aspecto de un granjero simple, pero era el oficial de personal en el que más confiaba Mecklinger.

“Si el mariscal von Reuentahl no estaba detrás del ataque al káiser, ¿por qué no protestó en voz alta por su inocencia?”, Preguntó.

“Como saben, el mariscal von Reuentahl es un hombre de gran orgullo. Admitir que conspiradores desconocidos lo habían colocado encima de un altar de sacrificios sería bastante imposible para él”.

Con toda probabilidad, pensó Mecklinger, von Reuentahl quería que creyeran que su rebelión fue impulsada por su propia voluntad y ambición. Por naturaleza, preferiría ponerse de pie y luchar que protestar por haber sido acusado injustamente y rogar por la misericordia del káiser.

“Parece que la galaxia es demasiado pequeña para que dos personas ambiciosas puedan compartir la misma era…”

A pesar de este lamento, lo que a Mecklinger le resultó difícil de aceptar fue el aparente fracaso de von Reuentahl para identificar y responsabilizar a quienes habían estado detrás del incidente de Urvashi.

“Incluso si él no estaba detrás del disturbio, ¿por qué no intentó castigar a los que sí lo estaban?”, Dijo Mecklinger. “Esto es lo que me desconcierta. ¿Tus pensamientos?”

“La situación se desarrolló a un ritmo rápido, después de todo. Quizás el mariscal simplemente no tuvo tiempo para una investigación minuciosa”

Esto también le parecía posible a Mecklinger, pero no estaba completamente convencido. Continuó buscando respuestas de oficiales capturados de la flota de von Reuentahl y cuando interrogaba a soldados estacionados en la base de Urvashi. Finalmente, se enteró de que Grillparzer había acudido a Urvashi por orden de von Reuentahl para suprimir la perturbación e investigar su causa, pero no había entregado un informe completo y preciso de sus hallazgos. Había ocultado intencionalmente varias piezas de evidencia que sugerían la participación de los

intransigentes de la Iglesia de Terra, alegando que las partes responsables seguían sin estar claras. Este descubrimiento reveló a Mecklinger el hilo conductor que recorrió todos los pensamientos y acciones de Grillparzer.

Cuando Grillparzer fue convocado para presentarse ante Mecklinger, su expresión era a la vez inquietud, descontento y expectativa. El malestar y el descontento se debieron a que no había recibido elogios de los oficiales superiores por su servicio como rengado, y la anticipación fue porque creía que Mecklinger reconocía que era más que un simple guerrero.

Sin embargo, Mecklinger no tuvo más que la crítica más aguda para él, denunciándolo como un criminal que había usado la intriga terraísta para incitar a von Reuentahl a la rebelión con el objetivo de beneficiarse personalmente.

“Grillparzer, se esperaban grandes cosas de ti, tanto como militar como erudito. La traición y el engaño eran innecesarios; seguramente habrás alcanzado una alta posición y una gran autoridad en la plenitud del tiempo. Lamentablemente, estabas tan enamorado de tu propio ingenio que trajiste vergüenza en la última fase de tu vida”.

Ante esta ominosa insinuación, la temperatura corporal de Grillparzer bajó. El sudor frío humedeció su camisa por dentro.

“Has cometido un doble pecado”, continuó Mecklinger. “El primero fue alejarse de la amistad del káiser. El segundo fue traicionar la confianza del mariscal von Reuentahl. Si le hubiera informado de los verdaderos hallazgos de su investigación sobre Urvashi, esta revuelta habría terminado antes de que comenzara. Pero, impulsado por tus propios cálculos mezquinos, llevaste a tu oficial superior a deshonrar su nombre con rebelión”.

El joven almirante intentó una defensa. Solo había hecho lo que creía mejor para el káiser, dijo. El mariscal von Reuentahl, de hecho, se había levantado en una revuelta — ¿y no había él, Grillparzer, contribuido a la derrota del mariscal?

“¿Crees que la victoria a través de la traición agrada al káiser?”, Preguntó Mecklinger, su voz cada vez más tranquila. “Sí, supongo que sí, que es exactamente por lo que traicionaste al mariscal von Reuentahl. El intelecto de un ratón no puede comprender el corazón de un león. Al final, simplemente no estabas en condiciones de ser el amigo de ese león”.

Grillparzer abrió la boca, pero sus labios solo temblaron y temblaron, y no salió una palabra. Sus hombros cayeron; él bajó la cabeza. Al parecer, se había dado cuenta de que había perdido tanto el pasado como el futuro. Después de que se lo llevaron, los soldados que lo vigilaban a ambos lados, Mecklinger suspiró con cansancio. No sentía un pequeño arrepentimiento por el desperdicio del talento y potencial de Grillparzer. Más allá de eso, no estaba seguro de cómo podría explicarle la verdad al Káiser Reinhard y al Mariscal Mittermeier — que la rebelión de Reuentahl había sido puesta en marcha por los restos de la Iglesia de Terra, y luego fue empujada más allá del punto de no retorno por la ambición de Grillparzer.

IV

La flota Reuentahl regresó a Heinessen poco más de una décima parte del tamaño que tenía cuando partió: 4.580 naves y 658.900 soldados. Aproximadamente la mitad de los que no regresaron murieron en la batalla, mientras que la otra mitad se rindió o fue capturada. También parecía haber un pequeño número que simplemente desapareció.

Fue una derrota devastadora. Sin embargo, el orden y la disciplina de las unidades que regresaron y su maniobra fueron testimonio de los poderes de mando de von Reuentahl — incluso si fueron como los últimos rayos del sol poniente, cuando solo quedaba suficiente luz para que los bordes de los acantilados brillaran.

Tristán todavía estaba muy dañado y se sacudió tan violentamente cuando entró en la urdimbre que la herida en el pecho de von Reuentahl se abrió de

nuevo. Una vez más, la hemorragia fue severa, e incluso perdió el conocimiento por un momento. Pero después de una transfusión de emergencia, llegó y reasumió suavemente el mando de la flota derrotada. Bergengrün lo instó a que lo trasladaran a una nave del hospital, o al menos a una nave que volaba sin daños, pero von Reuentahl se echó a reír.

“Müller ganó elogios incluso después de abandonar su nave insignia, pero solo porque permaneció en el caos de la batalla para liderar sus fuerzas. Si abandonara la nave mientras huía en una derrota abyecta, el nombre “Oskar von Reuentahl” se convertiría en sinónimo de cobardía”. Permaneció en el asiento del comandante hasta el final.

Un hombre común ya estaría deslizándose por las laderas del coma hacia el abismo de la muerte, pero la mente de von Reuentahl permaneció clara. Parece haber retenido su razón fría y su autocontrol férreo incluso en sus últimas horas. En un punto, todo el testimonio directo está de acuerdo: el mariscal von Reuentahl siguió siendo mariscal von Reuentahl hasta el momento de su muerte.

Cuando salió del vehículo terrestre antes de la entrada principal de las oficinas de la gobernación, todavía estaba impecablemente vestido. Solo su palidez dio alguna indicación del abrazo de la muerte.

De los altos funcionarios de von Reuentahl, Bergengrün y Sonnenfels todavía estaban con él. Barthauser y Schüler habían muerto en la batalla, y Dittersdorf había sido herido y entregado. En la gobernación, más de cuatro mil oficiales y hombres alistados se habían reunido, totalmente armados, decididos a cumplir con su deber hasta la muerte del gobernador general.

“Entiendo”, dijo von Reuentahl. “Hay más tontos en el mundo de lo que pensaba”.

Y tú eres el más grande entre ellos, dijo la cara fríamente burlona mirándolo desde el espejo. Incluso mientras se burlaba, su razón profunda y amplia, una de las dos ruedas que sostenía el carro de su psique, entendió que no podía martirizar a estos subordinados leales a su propia idiotez. Una vez que se arrastró detrás del escritorio de su oficina, su primer acto fue llamar

a Julius Elsheimer, el protegido de Lutz y el director general de asuntos civiles, que todavía estaba bajo arresto domiciliario.

Cuando llegó, Elsheimer estaba visiblemente perturbado por la apariencia cadavérica de von Reuentahl. Von Reuentahl sonrió vagamente.

“No hay nada de qué preocuparse”, dijo. “Sé que no tengo derecho a mostrar mi rostro aquí otra vez, pero, bueno, aquí estoy”.

“La fortuna estaba en contra de Su Excelencia, supongo”.

“No, creo que el resultado sería el mismo si lo intentara nuevamente. Parece que este es el límite de mis habilidades”.

Si no estuviera el káiser Reinhard… Pero von Reuentahl sabía más que nadie lo inútil que era esta hipótesis.

“Director general, tengo una petición que hacerle”.

“Por todos los medios.”

“Quiero que tomes el control de todos los asuntos gubernamentales y administrativos de la gobernación. Me duele forzarte la tarea de limpiar el desorden que hice, pero, sea quien sea el trabajo, la responsabilidad no es una responsabilidad a la ligera”.

Una vez que Elsheimer accedió solemnemente y abandonó la oficina, von Reuentahl llamó a su ayudante, el teniente comandante von Reckendorf.

“Llama a Trünicht. Siempre es desagradable verlo, pero será una buena práctica para lo desagradable de la muerte”.

Von Reckendorf parecía tener objeciones a esta sorprendente orden, pero, presumiblemente pensando que era incorrecto discutir con un oficial superior al borde de la muerte, obedeció de inmediato y fue a buscar a Job Trünicht.

El alto consejero hizo un sorprendente contraste con el hombre que lo había convocado. Von Reuentahl estaba cerca de la muerte, sus ojos negros y azules brillaban en una cara anormalmente pálida con una luz que era tan aguda como siempre, si no tan poderosa. Trünicht se disculpó vigorosamente, sano de tez y desbordando la ambición y el potencial de un animal político en su mejor momento. Era más de diez años mayor que von Reuentahl, pero en términos de proximidad a la muerte, sus posiciones estaban claramente invertidas.

“Un placer verte con tan buena salud, alto consejero”, dijo von Reuentahl.

“Se lo debo todo a la excelencia de su Excelencia”.

Este intercambio venenoso fue seguido por un breve silencio. La voz de Trünicht había sido mucho más fuerte que la de von Reuentahl, tanto en volumen como en entonación.

“Bueno, puedes ver lo que ha sido de mí”, dijo von Reuentahl. “Caí en la trampa de la autocracia, lancé una revuelta infructuosa y estoy al borde de una muerte que nadie aplaudirá. ¿Supongo que la democracia, el sistema al que serviste, es inmune a tragicomedias como esta?”

El punto de Von Reuentahl estaba lejos de ser claro, pero Trünicht aparentemente concluyó que esto se debía a la confusión de acercarse a la muerte. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

“Oh, la democracia tampoco es tan grandiosa”, dijo. “Solo mírame, mariscal. Imagínese — un hombre como yo, tomando las riendas del poder, decidiendo quién vive y quién muere como le plazca. Si esto no es un defecto en el sistema republicano democrático, ¿qué es?”

Sus palabras fluían libremente al final de este discurso. El hedor de la auto-intoxicación aumentó, dominando su colonia.

“Extraño”, dijo von Reuentahl. “Parece que desprecias la democracia. ¿No es ese el sistema que explotaste al máximo para alcanzar el poder que anhelaste? ¿No hace eso que la democracia misma sea tu benefactora?

Seguramente no hay un llamado a ser tan irrespetuoso”.

“Si la autocracia me otorgará poder, entonces que mi próximo benefactor sea la autocracia. Lo serviré aún más sinceramente de lo que he alabado la democracia en el pasado, se lo aseguro”.

“¿Debo deducir que tienes la intención de tomar el control dentro de la dinastía Lohengramm, también, como canciller?”

“Si el káiser así lo desea”.

“Y, justo cuando drenaste la Alianza de Planetas Libres, harás lo mismo con el imperio”.

Es un monstruo, pensó von Reuentahl, entre pulsos de dolor. No en la forma en que von Oberstein era un monstruo — Trünicht era un monstruo del egoísmo. Solo se había alimentado de la democracia porque estaba apegado a su campo. Si hubiera nacido en el imperio, habría utilizado un enfoque diferente para alimentarse de la autocracia. Alrededor de su núcleo egoísta, la psique de Trünicht era amorfa como una ameba, devorando con avidez cualquier cosa a su alcance.

“Es por eso que continúas permitiendo a sabiendas que la Iglesia de Terra te use”.

“No. Yo soy quien *los* usa. Yo uso cualquier cosa y todo. Religión, política, incluso el káiser. Sí, incluso el káiser contra el que te rebelaste — el que, con todos sus dones, está lejos de ser un ser humano perfecto — es, de hecho, un niño inmaduro. Estoy seguro de que Su Excelencia también vio algo ridículo en el pequeño hombre de cabello dorado que interpretaba al genio arrogante”.

En esta elocuencia fluida, Job Trünicht firmó su sentencia de muerte con su propia lengua. Curiosamente, no parece haber considerado la posibilidad de ser asesinado por von Reuentahl. Después de todo, von Reuentahl no tenía razón para matarlo; más concretamente, no tenía nada que ganar al hacerlo.

Cuando von Reuentahl, con una gracia casi majestuosa que en realidad requería cada pedazo de fuerza que le quedaba, apuntó con su desintegrador a Trünicht, el antiguo jefe de la sonrisa de la Alianza de Planetas Libres no titubeó. Seguía sonriendo cuando el agujero se abrió en su pecho. Fue solo cuando la agonía tomó el control de todo su sistema nervioso y la sangre que brotó decoloraba su traje a medida que su expresión cambió. No a una mirada de miedo o dolor. Más bien, era más una mirada de reprensión, como si criticara al hombre que había sido lo suficientemente irracional como para dañarlo desafiando su juicio y sus cálculos. Trünicht abrió la boca, pero en lugar de la retórica habitual de lengua dorada, se derramó sangre de sus pulmones.

“Insultar la democracia, saquear el estado, engañar a la gente — nada de eso es asunto mío. Sin embargo…”

La luz ardiente en los ojos desiguales de von Reuentahl azotó a Trünicht en la cara, haciendo que el ex jefe de la alianza se tambaleara.

“Sin embargo, no permitiré que te entrometas con la dignidad del káiser con tu lengua sucia. No serví ni me rebelé contra un hombre que merecía ser insultado por alguien como tú”.

Al final de este discurso, Trünicht ya había perdido la fuerza para pararse y colapsó en el suelo. Miró al espacio con ojos llenos de desilusión y desesperación. Este hombre raro, que había intentado manipular dos sistemas diferentes con una sola naturaleza innata, todavía tenía un vasto potencial dentro de él, pero su interlocutor heterocromía moribundo le había robado su futuro. Liberado de toda preocupación por la justicia de su causa o incluso por la ley, von Reuentahl lo había matado de un torrente de sentimientos privados. Trünicht, un genio de la autoconservación que había preservado la vida y el estado de manera impecable al tratar con el káiser Reinhard y Yang Wen-li por igual, estaba siendo expulsado del espacio-tiempo por un “ultraje” cometido por un rebelde imperial fallido. Al final, este fue el único tipo de acto que resultó efectivo contra el tipo de inmortalidad de Trünicht.

Lo que yacía en el suelo ya no era Job Trünicht. No porque estuviera

muerto, sino porque ya no podía hablar. Un Trünicht que no podía usar lengua, labios y cuerdas vocales ya no era un Trünicht en absoluto. No era más que un conjunto de células, ya ni siquiera humanas. Von Reuentahl soltó su desintegrador — o, más exactamente, su desintegrador dejó su mano y besó violentamente el suelo antes de girar.

“Realmente fue un hombre insoportable, hasta el final. Pensar que la última persona que maté ni siquiera estaría armada… Qué cosa deshonrosa me hizo hacer”.

De esta manera, justo antes de su propia muerte, von Reuentahl hizo una ligera corrección en la historia que se desarrollaría después. Su acto no fue descubierto hasta después de su muerte, e incluso entonces pasaría algún tiempo antes de que se descubriera la visión completa de la ambición y la visión interrumpidas sin ceremonias de Trünicht.

V

Después de que von Reuentahl le quitó el cuerpo a Trünicht, parecía que la mano invisible de la fatiga acumulada lo empujó al abismo de la muerte. Cuando se anunciaba un visitante inesperado, lamentaba incluso el esfuerzo de mostrar su perplejidad.

“Déjame en paz”, dijo. Había algo parecido a una risa triste en su voz, e incluso tal vez una especie de alivio al saber que sus deudas fueron pagadas en su totalidad. “No solo estoy muriendo, estoy en el proceso de morir. Y en realidad lo encuentro bastante agradable. No interrumpas mis últimos momentos de placer”.

Su piel era pálida y cerosa, con cuentas de sudor frío. Fue una sensación extraña morir lentamente de una herida en el transcurso de una semana. El dolor que se extendió desde el núcleo hasta las extremidades se había convertido en una parte inseparable de su sensorio; cuando lo perdiera, sería

vaciado por dentro y colapsaría sobre sí mismo.

El asesinato de Trünicht había agravado enormemente la fuerza de von Reuentahl. Estaba tan exhausto como un caballero que había matado a un dragón venenoso; estaba completamente consumido y anhelaba un sueño que condujera directamente a la muerte. Lo que lo detuvo, como una gota de agua que cae de una estalactita, fue una voz fría y femenina.

“Ha sido un tiempo. Y ahora eres un traidor — alta traición. Por supuesto”.

Von Reuentahl levantó los ojos. Cuando se enfocaron, vio claramente el perfil de la mujer. Pero la visión tardó otros cinco segundos en materializarse en el dominio de su razón. La puerta del recuerdo se sentía como si estuviera hecha de piedra pesada, pero finalmente la abrió y la reconoció.

“El último del clan Lichtenlade”, murmuró. Su posición debe haber dejado una mayor impresión en él que el nombre que le dio: Elfriede von Kohlrausch.

“Ahora que tu propia ambición te ha llevado a la derrota total, estoy aquí para ver tu miserable muerte”, dijo. Su voz era reservada, tal como la recordaba, pero hoy parecía temblar de manera extraña, incluso inestable.

“Muy amable de su parte para hacer el esfuerzo”. Su respuesta suave y sin pasión puede haber traicionado las expectativas de Elfriede. “Espera un poco más. Obtendrás tu deseo. Me gustaría hacer feliz al menos a una mujer, ya que tengo la oportunidad”.

Al parecer, el veneno no podía enviarse sin el poder para hacerlo. Sintió el deseo de observar su rostro en detalle — sin duda brillaba de odio — pero le faltaba la energía. Desde el punto de partida de su vida hasta ese mismo día, las emociones negativas hacia la mujer se habían cultivado dentro de él, pero ahora parecían evaporarse junto con el resto de su vitalidad.

“¿Quién te trajo aquí, de todos modos?”, Preguntó.

“Alguien amable”.

“¿Y su nombre?”

“No es asunto tuyo.”

“No, supongo que no es…”

Von Reuentahl quería decir más, pero se contuvo por lo que invadió su audición en ese momento. Dudó — dudó de sus oídos. ¿Por qué, en un momento como este, en un lugar como este, debería escuchar el llanto de un bebé?

Vertió sus últimos restos de fuerza vital en su visión y se dio cuenta por primera vez de que Elfriede no estaba sola. Lo que ella sostenía en sus brazos era sin lugar a dudas un bebé de unos seis meses.

El bebé tenía piel rosada y cabello castaño. Abrió los ojos lo más que pudo y miró al hombre que sin darse cuenta se había convertido en padre. Su ojo izquierdo era del color del cielo en las capas superiores de la atmósfera. Su derecho era — del mismo color.

Von Reuentahl se oyó respirar, largo y profundo. No sabía qué emoción representaba esto. Aún sin saberlo, preguntó: “¿Es mío?”

Elfriede seguramente había esperado esta pregunta, pero sin embargo parecía insegura de cómo responder. En dos momentos, ella respondió, agregando otra información que no le habían pedido.

“Él es tu hijo”.

“¿Es por eso que viniste? ¿Para mostrármelo?”

No hubo respuesta. Si la pregunta en sí misma se había dicho en voz alta era confusa. La visión de Von Reuentahl se llenó con el cielo azul de los ojos de su hijo, como si el bebé contemplara la vida de su padre. En lo más profundo de su corazón, von Reuentahl escuchó una voz que le hablaba al

niño.

Tu abuelo y tu padre eran más parecidos de lo que parecían. Ambos dedicaron toda su vida a buscar lo que nunca hubiera sido suyo. Puede que tu padre lo haya hecho a mayor escala, pero lo que constituía su núcleo no fue diferente. ¿Qué tipo de vida llevarás? ¿Vagará en vano un campo árido, como corresponde a la tercera generación de la línea von Reuentahl? O… ¿o podrás crear para ti una vida más sabia y fructífera que tu padre o tu abuelo?

“¿Qué planeas hacer con él?”

El dolor de Von Reuentahl se disparó, sacándolo de su ensueño y volviendo a la realidad. Morir era una rara oportunidad, a su manera. Ya no necesita preocuparse por su propio futuro. Pero los vivos tendrían que aceptar ese futuro con el tiempo.

De nuevo, Elfriede no respondió. Si von Reuentahl hubiera estado poseído de su entusiasmo y perspicacia habituales, sin duda habría notado que su expresión era una que nunca había visto antes. Estaba a punto de perderse, y ella de perderlo. Fue una pérdida más allá de su experiencia previa, y no estaba claro si podría soportar la comprensión de lo que significaba. Aplastando sus fragmentos finales de energía vital entre sus molares, von Reuentahl luchó para verbalizar sus sentimientos.

“Hay una antigua leyenda sobre un pomposo trasero y sus pomposos pronunciamientos. Según él, si tiene un amigo al que puede confiarle a su hijo cuando muera, esa es la mayor felicidad de la vida…”

Una sola gota de sudor frío cayó sobre su escritorio. Otra gota de vida dejando su cuerpo.

“Reúnete con Wolfgang Mittermeier. Pon el futuro del niño en sus manos. Eso garantizará la mejor vida posible para él”.

Había una pareja mucho más calificada para ser padres que él y esta mujer. Sin embargo, esa pareja no tuvo hijos, mientras que él y Elfriede tuvieron

un hijo. El nacimiento de la vida estaba claramente bajo el control de un ser extremadamente incompetente o amargamente sardónico.

El telón cayó sobre la visión de von Reuentahl, y su visión de la realidad retrocedió junto con su conciencia.

“Si me vas a matar, mejor mátame ahora. Perderás tu oportunidad para siempre, de lo contrario. Usa mi desintegrador si necesitas…”

Cuando su visión desvanecida se volvió más brillante, quizás habían pasado quinientos segundos. Al parecer, la muerte se había negado a aceptarlo, pero sabía tanto racional como emocionalmente que su indulto era temporal. Sobre su escritorio yacía el pañuelo de una mujer, húmedo y pesado con su sudor. Los pensamientos burlones se convirtieron en una nueva corriente de sudor frío que le corría por la nuca. *La definición de una caída. Ya ni siquiera merezco la pena matar.*

Cuando von Reuentahl cerró ligeramente una mano alrededor del pañuelo, un joven asistente entró con miedo en la habitación. Su cabello castaño dorado estaba en desorden y la confusión en su rostro, y acunó al bebé desde antes en sus brazos.

“La dama se ha ido. Ella… ella dijo que le diera este niño al mariscal Mittermeier. ¿Qué debo hacer, excelencia?”

La expresión y la voz del chico hicieron sonreír a von Reuentahl. Bueno, bueno, la madre se va, pero el niño permanece. De tal padre, tal hijo, parece. Quizás demasiado parecido para tu propio bien …

“Lamento hacerte esto, pero por favor sostenlo hasta que Mittermeier llegue aquí. Ah, y una cosa más. ¿Podrías sacar ese whisky del estante y sacar dos vasos?”

La voz de Von Reuentahl era débil, comenzando a caer incluso por debajo de los niveles más bajos de audibilidad. El asistente no podría haber sabido esto, pero en ese momento, von Reuentahl se estaba volviendo la última burla de su vida. Esto se debía a que, con los últimos poderes del intelecto

restantes para él, había reconocido que, al acercarse la muerte, estaba empezando a perder incluso sus defectos. ¿Él, Oskar von Reuentahl, moriría de una manera que incluso los moralizadores elogiarían como virtuoso al final? Un concepto ridículo, pero quizás no tan malo. La vida de todos era propia, y también lo era su muerte. Aún así, al menos, esperaba que una muerte más bella llegara a las pocas personas que amaba y respetaba.

Todavía acunando al bebé con un brazo, el asistente colocó dos vasos en el escritorio del gobernador general y vertió el líquido ámbar en ellos, como fragmentos derretidos de la puesta del sol. Sus pulmones y corazón saltaban dentro de su pecho, pero de alguna manera cumplió sus órdenes y se retiró al sofá contra la pared.

Von Reuentahl colocó ambos brazos sobre el escritorio. Frente al par de anteojos, no, frente al amigo que debería haberse sentado más allá de ellos, habló sin levantar la voz.

“Llegas tarde, Mittermeier…”

El olor a buen licor se introdujo suavemente en su visión, en la que los colores ya estaban perdiendo su claridad.

“Tenía la intención de esperar hasta que llegaras aquí, pero no voy a lograrlo. Que poco lobo de Gale que resultaste ser…”

Al ver la cabeza del ex mariscal caer hacia adelante, el chico en el sofá se puso de pie con un jadeo silencioso. Después de un momento de vacilación sobre qué hacer con el bebé durmiendo en sus brazos, lo colocó en el sofá y corrió hacia el escritorio, donde acercó su oreja a la boca aún en movimiento de von Reuentahl.

El chico apresuradamente, desesperadamente, garabateó el puñado de palabras que débilmente le hicieron cosquillas en su membrana timpánica. Con la pluma en la mano, miró las facciones pálidas y uniformes de von Reuentahl. La muerte extendió sus alas sin hacer ruido y se apoderó de él.

“¡Mariscal! ¡Su excelencia! Mariscal von Reuentahl…”

Era 1651 el 16 de diciembre. Oskar von Reuentahl, que había nacido el mismo año que Yang Wen-li y había pasado toda su vida del lado opuesto a él, murió. Tenía treinta y tres años.

CAPÍTULO 09: REQUIEM AETERNAM

I

¿CUÁL DE LAS MURALLAS GEMELAS de la Armada Imperial Galáctica salió victorioso en la Segunda Batalla de Rantemario? Las tablas cronológicas son claras: “2 de diciembre NIC: Reuentahl derrotado, herido de muerte en la Segunda Batalla de Rantemario”. Pero la otra parte en la batalla tuvo una opinión diferente.

“En la superficie, von Reuentahl y yo podríamos haber parecido igual. Pero tenía a Wahlen y Wittenfeld, mientras que él no tenía a nadie. Sobre la cuestión de quién merece el título de vencedor, no hay lugar para el debate”.

Esta fue la corrección que Mittermeier ofreció cada vez que fue descrito como el vencedor de la batalla. Sin embargo, era un hecho objetivo que había sobrevivido al encuentro, y von Reuentahl ciertamente había sido el primero en retirar sus fuerzas.

Cuando Mittermeier llegó con Wittenfeld, Wahlen y Bayerlein al puerto espacial de Heinessen, se encontraron con dos hombres que representaban a la burocracia civil y militar respectivamente: Julius Elsheimer, director de asuntos civiles, y el vicealmirante Ritschel, el inspector general adjunto. Esto fue cuando Mittermeier se enteró de la muerte de su amigo. Su rostro permaneció inmóvil mientras escuchaba las noticias. Cuando escuchó que Job Trünicht también había muerto, no esperó a que explicaran la causa de la muerte antes de soltar un suspiro.

“Déjame adivinar”, dijo. “Von Reuentahl hizo una limpieza de primavera de Neue Land como un regalo de despedida para el káiser”.

Lo esperaban en la gobernación el almirante Bergengrün, el vicealmirante Sonnenfels, el teniente comandante von Reckendorf y algunos otros. Cuando llegó, los soldados estacionados allí le apuntaron con sus armas, pero Sonnenfels los reprendió severamente, a pesar del vendaje sangriento que aún le rodeaba la cabeza.

“¡Este es un amigo del gobernador general y un representante de Su Majestad el Káiser! ¡Ten un poco de respeto!” Ante esto, los soldados presentaron armas y dejaron pasar a los recién llegados. Habían pasado dos horas desde la muerte de von Reuentahl. En su oficina había tres cuerpos, uno muerto y dos aún con vida.

“El mariscal von Reuentahl estaba esperando a su excelencia. Pero al final…”

El joven asistente de Von Reuentahl se echó a llorar antes de que pudiera terminar, y el bebé en sus brazos comenzó a llorar como en respuesta. Era tan ruidoso que el más joven de los compañeros de Mittermeier, Bayerlein, lo llevó a una habitación contigua, incómodamente consolando al bebé lo mejor que pudo.

Sin decir una palabra, Mittermeier se quitó la capa de su uniforme y la colocó sobre los hombros de su amigo.

Las últimas palabras de Von Reuentahl fueron grabadas, pero no sin ciertas inconsistencias.

Según el registro de su estudiante asistente — cuyo nombre, por cierto, era Heinrich Lambertz — esas palabras fueron:

Mein Kaiser.

Mittermeier.

Sieg.

Sterben.

El significado de la palabra “Sieg” está en disputa. Algunos sostienen que tiene su significado habitual “victoria”; otros, que es parte de una oración que también incluye “sterben”, “morir”: “Sieg káiser, incluso en la muerte”. Otros sostienen que von Reuentahl quería decir “Desde la muerte de Siegfried Kircheis…” pero expiró antes de terminar el pensamiento.

Lambertz, que tenía catorce años en ese momento, dijo: “Solo grabé las palabras significativas. Hubo otros sonidos confusos que no escribí. No puedo asumir la responsabilidad de cómo otros pueden interpretar el todo”. Nunca participó en ninguna discusión adicional.

Von Reuentahl había dejado el teatro formado por el espacio-tiempo y la humanidad. La pregunta ahora era cómo lidiar con los que había dejado atrás.

Mittermeier quería salvar a los oficiales del personal de von Reuentahl del castigo, y este sentimiento fue compartido por todos los almirantes de la Armada Galáctica. Esto se debió en parte a que Grillparzer había causado una impresión tan intensamente negativa que todo su odio y ira se había concentrado solo en él. Para aquellos que habían sido leales a von Reuentahl, los hombres de Mittermeier sintieron más simpatía que ira.

Y así, Mittermeier emitió una proclamación, declarando que pediría clemencia al káiser en su nombre, e instándolos a no hacer nada apresurado. La mayoría de las fuerzas de von Reuentahl obedecieron, pero hubo una excepción. El almirante mayor Hans Eduard Bergengrün, inspector general de las fuerzas armadas, se suicidó.

“El mariscal Kircheis está muerto. Mariscal von Reuentahl, también. Encontrarme con ellos en Valhalla es todo lo que tengo que esperar”.

Entonces Bergengrün le dijo a su viejo amigo el almirante mayor Büro,

quien estaba tratando desesperadamente de razonar con él a través del visifono desde afuera de su puerta firmemente cerrada.

“Dale a Su Majestad el káiser un mensaje para mí”, continuó Bergengrün. “Dile que debe estar solo, perdiendo a un general leal tras otro. Pregúntele si el mariscal Mittermeier es el siguiente. Dígale que si cree que recompensar el servicio con castigo ayudará a que su dinastía prospere, entonces, por todos los medios, debería continuar haciéndolo”.

Nunca nadie había criticado a Reinhard con tanta dureza. Después de finalizar la llamada de visifono, Bergengrün arrancó las insignias de su uniforme y las arrojó al suelo, luego presionó el cañon de su desintegrador contra su sien derecha y apretó el gatillo.

El 16 de diciembre del 2° año del Nuevo Calendario Imperial, o 800 SE, la rebelión de Reuentahl, también conocida como el conflicto de Neue Land, llegó a su fin. La resolución de Wolfgang Mittermeier de “terminarlo dentro del año” se cumplió.

Mittermeier ya había recibido la aprobación de los arreglos de posguerra del káiser. Wahlen permaneció en Heinessen con la responsabilidad de los arreglos funerarios necesarios. Mecklinger fue publicado temporalmente en Urvashi para mantener la paz en Neue Land. Wittenfeld se quedó con el propio Mittermeier, quien partió de Heinessen al día siguiente para informar la conclusión de la campaña al káiser en Phezzan.

La “traición” de Von Reuentahl no resonó con lo que quedaba del ejército de la alianza, y terminó tan rápidamente que no despertó a otras fuerzas antiimperiales ni a una nueva rebelión. Una ocupación a largo plazo por una fuerza excesiva no ganaría los corazones y las mentes de Neue Land; La mejor manera de restablecer la normalidad y el orden era que el ejército imperial partiera y dejara que la gente olvidara.

Mittermeier también tenía razones personales para dejar a Heinessen detrás de él. Fue directamente desde las oficinas de la gobernación hasta el puerto

espacial, donde se despidió de Wahlen y ordenó a la tripulación de *Beowulf* que se preparara para la partida inmediata. Por lo que parece, solo quería abandonar esta tierra maldita que había anhelado la sangre de su amigo lo más rápido posible. Heinrich Lambertz vino con él, acunando al bebé.

En un rincón suavemente iluminado del puente de *Beowulf* , lejos de los bulliciosos preparativos para el lanzamiento, Mittermeier estaba de espaldas a los oficiales de su personal. No dispuestos a dirigirse a él, mantuvieron una distancia respetuosa y lo vigilaron por detrás. El incomparable joven mariscal era ahora la única Muralla restante de la Armada Imperial, y su mayor tesoro. Los hombros de su espléndido uniforme negro y plateado temblaron levemente, y su cabeza con su cabello color miel caía. Débil, muy débilmente, un sollozo provocado por la brisa con aire acondicionado rozó los oídos de sus oficiales.

En el pecho del joven y leal almirante Karl Eduard Bayerlein, la sensibilidad se convirtió en emoción y susurró: “¿Ves eso? No lo olvidaré por el resto de mi vida. El Lobo de Gale está llorando…”

II

Cuando la noticia de la muerte de Oskar von Reuentahl llegó a káiser Reinhard, el conquistador de cabello dorado ya estaba a medio camino de Schattenberg a Phezzan, ya que había previsto el final del conflicto.

Recibió el informe en sus cámaras privadas a bordo de la nave insignia de la flota *Brünhild* . La muerte de Job Trünicht fue mencionada en el mismo informe. Este fue un desarrollo muy inesperado, pero, en comparación con la tristemente predecible muerte de von Reuentahl, la sensación de pérdida que engendró en el espíritu de Reinhard fue insignificante. Al final, ese espíritu nunca se había cruzado con Trünicht, ni su asociación había dado frutos de ningún tipo para él. Un caso muy diferente del de Yang Wen-li y — por supuesto, de von Reuentahl. De hecho, su camino espiritual se había

cruzado con el de Reinhard, y juntos habían compartido un viaje a través de la sangre y las llamas a las profundidades de la galaxia y los límites de la sociedad humana.

¿Podría Reinhard haberle dado a von Reuentahl la satisfacción que ansiaba al encontrarse con él en combate? Incluso mientras contemplaba la pregunta, Reinhard no se dio cuenta del autoengaño subyacente. ¿No era el propio Reinhard quien había querido pelear? ¿No había sido el genio táctico de von Reuentahl digno de una respuesta dirigida personalmente por el káiser? Cuando Mittermeier acordó sofocar a von Reuentahl, ¿no sintió el grifo guerrero en lo profundo del corazón del káiser una secreta decepción? Habiendo devorado a todos sus enemigos, ¿no estaba ese grifo ahora hambriento por la sangre de sus aliados? ¿Y no fue el rugido de ese grifo lo que provocó la rebelión de von Reuentahl?

Todos deben permanecer dentro del ámbito de la especulación. Las preguntas del corazón no tienen soluciones que puedan derivarse a través de ecuaciones a la manera de las matemáticas elementales.

El guardaespaldas de Reinhard, Emil von Selle, entró en la habitación con leche caliente en una bandeja.

“¿Cómo está hoy Su Majestad?”, Preguntó.

Reinhard, medio sentado en la cama, asintió para tranquilizar al niño.

“Pasable, supongo. Estoy más preocupado por tus quemaduras — ¿cómo están?”

Durante el incidente en Urvashi, la mano izquierda de Emil von Selle había sido quemada en el bosque de llamas.

“Una herida de honor para un pequeño héroe”, había dicho Reinhard mientras se aplicaba ungüento. Este, de hecho, era el verdadero honor, uno que nadie había recibido desde que Reinhard había atendido las heridas de Kircheis cuando eran niños.

“Pasable, Su Majestad”.

Reinhard asintió una vez más, luego permitió que una sonrisa apareciera en sus mejillas febriles. Era como si la diosa de la belleza hubiera presionado las puntas de sus pequeños dedos contra ellos.

Estos episodios de fiebre, que se conocerían en edades posteriores como “la enfermedad del Káiser”, continuaron afligiéndolo periódicamente. La causa parecía ser algún tipo de enfermedad de colágeno, con fiebre como la indicación superficial de una lenta erosión de su vitalidad juvenil. Exteriormente, sin embargo, su belleza estaba intacta. Su piel se volvió aún más bella, y cuando la fiebre subió dentro de él fue como ver el sol brillar a través de la nieve virgen sobre un pétalo de rosa. A veces, hay que confesarlo, la impresión era algo inorgánica, pero misteriosamente nunca sorprendió a los demás por estirado o demacrado.

El mismo día que Reinhard recibió la noticia de que von Reuentahl había muerto, lo restauró póstumamente al rango de mariscal imperial. Puede haber sido un error instalar a von Reuentahl como gobernador general, pero no, al menos en opinión de Reinhard, nombrarlo un mariscal. Tampoco Reinhard degradó a aquellos como Bergengrün, subordinados de von Reuentahl que habían estado fielmente a su lado, sin desertar ni morir en la batalla o por su propia mano. Sin embargo, sintiendo solo disgusto por la doble traición de Grillparzer, Reinhard lo despojó del rango de almirante y le ordenó que terminara con su vida. En cuanto a von Knapfstein, que había muerto involuntariamente en la Segunda Batalla de Rantemario, su rango póstumo se mantuvo intacto, pero ninguno de los vivos sabía cuál era el amargo resultado del destino de esta diferencia.

Si había lugar para criticar estas medidas, se debía a que no eran productos de la ley o la racionalidad, sino de la emoción. Sin embargo, la gran mayoría de los involucrados estaban emocionalmente satisfechos, por lo que no surgieron problemas particulares.

La revuelta de Reuentahl había terminado. Solo quedaba esperar el regreso de la flota punitiva.

Reinhard ya le había ofrecido a la prometida del fallecido Kornelias Lutz una pensión anual de 100.000 reichsmark, pero ella había declinado. Había sido enfermera durante diez años, explicó con tranquila dignidad; ella podría sostenerse a sí misma. Además, como ella y Lutz no se habían casado, no podía aceptar ese trato.

Un gobernante autocrático cuyo intento de amabilidad es rechazado no puede dejar de sentirse disgustado, y esa tendencia estaba presente incluso para Reinhard. Fue Hilda, todavía en Phezzan, quien alivió su irritación. Ella le señaló que la independencia de la prometida de Lutz era presumiblemente lo que había capturado su corazón en primer lugar, y sugirió que Reinhard, en cambio, estableciera una fundación en el nombre de Lutz y usara ese reichsmark anual de 100,000 para cubrir las tarifas de capacitación y los beneficios para las enfermeras del ejército. La prometida de Lutz más tarde aceptaría unirse al comité administrativo de la fundación.

Reinhard estaba encantado con esta demostración de que el sentido de Hilda por la política era más agudo que nunca.

“Espero que Fräulein Mariendorf haya estado bien durante mi ausencia. Sin ella, todo el trabajo en la sede se detiene”.

Si no es una mentira, tampoco representaba una honestidad perfecta por parte de Reinhard, ya que parte de la verdad permaneció oculta. Él ya era consciente de su necesidad de ella, pero todavía tendía a verla como una consejera de intelecto raro en lugar de ser la única mujer para él.

Hilda ya se estaba acercando a su cuarto mes de embarazo. Su fecha de entrega prevista era el 10 de junio del año siguiente, y su padre, el conde von Mariendorf, había sido informado.

“¿Voy a ser abuelo?”

Su sonrisa era algo vacilante y tímida, pero dos días después hizo un anuncio a su hija.

“Hilda, a principios del próximo año tengo la intención de renunciar a mi cargo de ministro de asuntos internos”.

“Pero padre, ¿por qué?”

En el pasado, siempre había sido Hilda quien sorprendía a su padre. Pero, desde esa noche a finales de agosto, su discernimiento exacto de sus límites y sus esfuerzos por proporcionar el apoyo que necesitaba a menudo la habían sorprendido.

“Usted está sirviendo al imperio maravillosamente como ministro”, continuó, “No has incurrido en el disgusto del káiser. ¿Por qué dirías algo así?”

Incluso una hija tan sabia como Hilda tenía puntos ciegos cuando las cosas le preocupaban personalmente.

“Es una cuestión simple, Hilda”, dijo su padre, “Independientemente de tu respuesta a la propuesta de matrimonio del káiser, en unos pocos meses serás la madre de su heredero. Como tu padre, seré abuelo de ese heredero. Nunca ha sido bueno que alguien en ese puesto también tenga un cargo ministerial”.

Hilda reconoció que su padre tenía razón, pero le preocupaba quién estaba calificado para ser su sucesor. Aquí, una vez más, su padre la sorprendió.

“Si fuera por mí”, dijo, “recomendaría al mariscal Mittermeier”.

“¿Mariscal Mittermeier? Pero él es un militar de principio a fin. No es un político”.

“Si el trabajo estaba dentro de mi poder, ciertamente está dentro del suyo. Bromas aparte, Hilda, creo que, en lugar de convertirse en ministro de asuntos militares, sería más adecuado para dirigir el gabinete como ministro de asuntos internos. ¿Cuál es tu opinión?”

Tal vez, pensó Hilda, su padre tenía razón en su tranquila afirmación. El ministro de asuntos internos no necesitaba ser experto en conspiración o intriga; por el contrario, pocos eran tan perspicaces, confiables o tan justos como el mariscal Mittermeier. ¿Pero aceptaría el káiser tal propuesta? Eso, ella sentía, quedaba por verse.

III

Osmayer, secretario del interior de Reinhard, a menudo tenía dificultades para decidir si su suerte era buena o mala.

Al principio de su carrera, cuando había sido enviado de un sector a otro en la frontera, manejando el desarrollo planetario y estableciendo fuerzas policiales regionales, sintió que sus talentos no se valoraban adecuadamente. Cuando el gran Kaiser Reinhard lo eligió para su puesto actual, su regocijo se vio interrumpido por la amenaza de Heidrich Lang, y la ansiedad sobre cuándo lo expulsarían definitivamente había debilitado sus nervios. Ahora Lang había sido izado con su propio petardo de intriga, y su encarcelamiento finalmente le había permitido a Osmayer la tranquilidad mental que tanto había deseado.

Lang fue interrogado diariamente en el cuartel general de la policía militar, frecuentemente por el mismo almirante mayor Kessler en su papel de comisionado de policía. Hasta ahora, sin embargo, no se había obtenido un testimonio satisfactorio. Con una expresión francamente insolente en la cara de su bebé, Lang incluso tuvo el descaro de amenazar con una retribución cuando finalmente recuperó su posición.

“Piense en cómo trató a sospechosos criminales en el pasado”, dijo Kessler. “Esto seguramente te ayudará a entender por qué no deberías ser tan terco. Estoy más que feliz de probar cualquiera de los métodos de investigación que ha reclamado para ti en el pasado”.

Incluso Lang no pudo ocultar su inquietud ante esta amenaza, pero aun así se negó a hablar. Sabía que la confesión sería el final, con solo la ejecución esperando en la tienda, y esto hizo que las puertas sin forma que le cerraban la boca fueran más fuertes que nunca.

En las últimas semanas de diciembre, la noticia de la muerte del mariscal von Reuentahl llegó a la prisión. Después de un momento de asombro, Lang comenzó a reír con locura y no se detuvo por una hora, enojando e inquietando a sus captores.

Después de esto, Lang comenzó a cooperar, las confesiones surgieron en un torrente — aunque en realidad eran menos confesiones que extraños compuestos de autojustificación y cambio de culpa, y todo el flujo alimentó el lago del complejo de su víctima. Según el testimonio de Lang, era un vasallo leal del káiser, sin siquiera un miligramo de motivos egoístas. Simplemente lo habían malinterpretado como resultado de estar atrapado en las perversas intrigas de Adrian Rubinsky, ex Landerista de Phezzan. (Si Rubinsky hubiera estado escuchando, probablemente se habría jactado de que esto, al menos, era correcto).

Por lo tanto, Lang insistió, era justo que el maldito Rubinsky fuera castigado ante él. También trajo al ministro de asuntos militares a la discusión. ¿Cómo, preguntó, podría haber tomado alguna medida sin el consentimiento del mariscal von Oberstein? Instó a una investigación sobre el papel del mariscal en los asuntos, como si dirigiera la investigación él mismo.

Dejando de lado, al menos en la superficie, las afirmaciones de Lang sobre el ministro, Kessler ordenó una redada de la policía militar en el escondite de Rubinsky. Pero Rubinsky, el zorro negro de Phezzan, ya había huido de su agujero. Presumiblemente había percibido el peligro cuando Lang fue arrestado y logró escapar. Lang, a través de su propio silencio, había comprado a Rubinsky el tiempo que necesitaba para escapar.

Alrededor de este tiempo, la esposa de Lang visitó el cuartel general de la policía militar para pedir clemencia en nombre de su esposo. Se reunió con Kessler y le explicó entre lágrimas que su esposo era un hombre amable y

decente con su familia.

“Señora. Lang, tu esposo no fue acusado porque es un buen esposo o un padre amoroso”, dijo Kessler. “No es por un delito privado que haya sido encarcelado. Seamos claros en eso”.

Sin embargo, permitió que la Sra. Lang visitara a su esposo. Cuando la vio llorar una vez que terminó la visita, Kessler no pudo evitar contemplar cuán vasto podía ser el abismo entre los rostros públicos y privados de una persona. Como hombre de familia, después de todo, Lang era indudablemente muy superior a Reinhard o von Reuentahl.

En ese momento, la Armada Imperial Galáctica tenía dos mariscales y seis almirantes de alto rango. Desde la coronación de Reinhard, Lennenkamp, Fahrenheit, Steinmetz, Lutz y von Reuentahl habían abandonado la nave mortal uno por uno, dejando un poderoso sentimiento de desolación entre los otros que habían luchado junto a Reinhard para fundar la nueva dinastía.

Uno de los dos mariscales sobrevivientes, el ministro de asuntos militares Paul von Oberstein, había sido excluido por completo de la revuelta Reuentahl, no ofreció ninguna oportunidad de ejercer sus dones. Parece que había preparado varias propuestas para sofocar la rebelión, pero, en última instancia, los historiadores de desaprobación de edades posteriores lo describirían fríamente como “enterrando a su contraparte sin siquiera tener que ensangrentarse las manos”. Por supuesto, von Oberstein tenía poco interés en lo que otros pensaban de él — ciertamente en la vida, y muy probablemente también en la muerte.

“¿Entiendes por qué el mariscal Mittermeier eligió dirigir la expedición contra su amigo?”, Preguntó von Oberstein a su oficial de personal, comodoro Anton Ferner.

Fue a finales de año, un día antes del regreso de Mittermeier. Bajo el liderazgo estricto, sereno e imparcial de von Oberstein, las operaciones del ministerio no se detuvieron por un momento, un hecho que los historiadores

más tarde apoyarían con el testimonio de Ferner.

“Me temo que supera por completo mi comprensión”, dijo Ferner. “¿Puedo preguntar sobre los pensamientos de Su Excelencia?”

“Si el Káiser hubiera sido el que subyugara a von Reuentahl, Mittermeier no podría haber evitado algún resentimiento. Habrían aparecido grietas entre el señor y el vasallo, y si hubieran crecido demasiado, su relación podría haberse dañado sin posibilidad de reparación”.

“Entiendo”, dijo Ferner, mirando de reojo a las afiladas facciones del ministro.

“Al liderar la expedición él mismo, Mittermeier se convirtió en el asesino, sin ninguna razón para guardar rencor contra el káiser. Ese era su razonamiento, y el tipo de hombre que es”.

“¿Hay alguna evidencia de que haya razonado de esta manera, Su Excelencia?”

El cabello medio blanco de Von Oberstein se balanceó ligeramente.

“Es mi interpretación privada de los acontecimientos”, dijo. “Su verdad o falsedad está más allá de mí… Pero escúchame”, agregó, con una sonrisa irónica que sorprendió a Ferner, “Cuán hablador me he vuelto”.

Después de eso, ni una sola palabra sobre la rebelión de Reuentahl escapó nuevamente de los delgados labios del ministro.

IV

Justo antes del año nuevo, el 30 de diciembre, el comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial Mariscal Wolfgang Mittermeier llegó a la capital

imperial de Phezzan. Era un regreso demasiado pesado, demasiado amargo para merecer el término “triunfante”, ni la mirada en los ojos grises del joven mariscal era la de un héroe festejado.

“Mariscal Mittermeier, somos afortunados de tenerlo, al menos, en casa con seguridad”, dijo Neidhart Müller. “Permíteme expresar mi alegría por tu regreso”.

Mittermeier estrechó la mano que Müller le ofreció — por fin curada — sin decir una palabra. Wittenfeld siguió unos pasos detrás de él, la misma desesperación invernal pesaba sobre sus hombros.

Los dos se presentaron en el Cuartel General Imperial e informaron oficialmente la conclusión del disturbio al Káiser Reinhard. Luego se excusaron, pero Reinhard llamó a Mittermeier. El joven káiser estaba apartado de su escritorio, con el cabello dorado brillando a la pálida luz del sol que entraba por la ventana. Cuando Mittermeier ofreció un saludo reverente, ofreció una sonrisa fugaz y abordó un tema inesperado.

“Mittermeier, ¿recuerdas la vez que tú y von Reuentahl vinieron a visitarnos a Kircheis y a mí, cuando vivíamos en Limbergstraße?”

El recuerdo casi detuvo el aliento de Mittermeier.

“Sí, Su Majestad”, dijo. “Lo recuerdo bien”.

Reinhard se apartó el pelo de la frente.

“De los cuatro que nos reunimos ese día, solo tú y yo seguimos vivos”.

Después de una pausa, Mittermeier dijo: “Su Majestad…”

“No mueras, Mittermeier”, dijo Reinhard. “Sin ti, no habría nadie para enseñarle a toda la Armada Imperial qué son las tácticas. También perdería un valioso hermano de armas. Esta es una orden: no mueras”.

Era una demanda egocéntrica, tal vez. Pero, en ese momento, Mittermeier

compartió las emociones que se apoderaron del mayor conquistador de la historia — no, del joven hermano de armas a cuyo lado había dirigido ejércitos que derrocaron a la dinastía Goldenbaum y llevaron a los planetas libres a la conquista.

Hace cinco años, el 10 de mayo, IC 486, había sido un buen día. El color del viento apenas comenzaba a cambiar desde finales de primavera hasta principios de verano. Mittermeier y von Reuentahl habían visitado el departamento alquilado de Reinhard para discutir cómo podrían eliminar los zarcillos de intriga judicial que amenazaban a Gräfin von Grünewald, su hermana Annerose. Los cuatro jóvenes sentados alrededor de la mesa ese día habían conquistado la galaxia, y la mitad de ellos se habían ido a Valhalla. Los sobrevivientes tenían la responsabilidad de vivir. Para preservar la memoria de los muertos para siempre. Para asegurarnos de que las generaciones venideras supieran quiénes habían sido…

Cuando dejó la presencia del káiser, Mittermeier sintió que el calor le picaba los párpados. Y, aunque el káiser permanecía inmóvil en la ventana, mirando hacia afuera, estaba seguro de que lo mismo era cierto para Reinhard.

Después de abandonar la Sede Imperial, pero antes de regresar a casa, Mittermeier visitó la residencia von Mariendorf. Heinrich lo acompañó, todavía cargando al bebé que von Reuentahl había dejado atrás. Mittermeier pidió ver a Hilda. Después de explicarle la situación, habló sobre el propósito de su visita.

“Como saben, mi esposa y yo no tenemos hijos propios. En consecuencia, me gustaría criar a este niño como nuestro. Le agradecería, fräulein, que me prestara su ayuda para obtener el permiso de Su Majestad”.

“El hijo del mariscal von Reuentahl…”

“Si. En términos legales, el hijo de un monstruoso traidor, cuyos pecados pueden pasarse por la línea familiar — pero aceptaré la responsabilidad por

eso”.

“No creo que deba preocuparse por ese puntaje, mariscal”, dijo Hilda. “Dado que el niño no nació en el matrimonio legal los pecados de su padre no deben ser tomados en su contra. ¡Y este es el hijo del mariscal von Reuentahl, criado por el mariscal Mittermeier — qué maravilloso general puede llegar a ser!”

Hilda miró al bebé y sonrió.

“No escuchará ninguna objeción de mi parte”, dijo. “Será un placer hablar con Su Majestad en su nombre. Pero hay una cosa que me preocupa”.

“¿Y qué es eso?”

Al ver la cara de Mittermeier ponerse rígida, los músculos tensándose como imágenes en cámara lenta, Hilda no pudo reprimir una sonrisa interior.

“Lo que pensará la señora Mittermeier, mariscal. ¿Estará de acuerdo contigo en todo esto?”

El orgullo de la Armada Imperial se sonrojó profundamente.

“Sin pensarlo”, dijo, “no lo había discutido con ella. ¿Crees que ella otorgará su consentimiento?”

“Conociéndola, estoy segura de que lo hará con placer”.

“Yo también lo creo — tan fuerte que olvidé preguntarle”. Por supuesto, Mittermeier no tenía la intención de alardear.

Luego le explicó a Hilda que el chico que servía como su ayudante había perdido recientemente a sus dos padres y que, si era posible, planeaba hablar de llevarlo a la casa de Mittermeier.

Cuando estaba a punto de irse, Hilda lo llamó.

“Mariscal Mittermeier”.

“¿Sí, fräulein?”

“Eres el mayor tesoro de la Armada Imperial. Su Majestad ha perdido muchos compañeros, pero espero que sigas apoyándolo como siempre”.

Mittermeier devolvió un saludo que combinaba resolución y calidez en perfecta armonía.

“Soy un hombre de magros talentos, muy por debajo de las altas alturas escaladas por Siegfried Kircheis u Oskar von Reuentahl. Me duele recibir elogios que no merezco simplemente porque he sobrevivido — pero prometo hacer lo que me pidas. Serviré al káiser no solo para mí sino también por ellos. Cualquiera sea el diseño que pueda concebir Su Majestad, mi lealtad hacia él seguirá siendo inquebrantable”.

Él inclinó su cabeza de pelo color miel. Luego, el marcial ligeramente construido, resplandeciente con su uniforme negro y plateado, se volvió y dejó la presencia de la mujer que pronto se convertiría en emperatriz del Imperio Galáctico.

La alegría de Evangeline Mittermeier al ver a su esposo a salvo en casa fue rápidamente seguida de sorpresa. Tan pronto como su esposo la besó, él dijo algo incómodo: “Eva, traje algo para ti — o, mejor dicho, alguien”.

No se había sentido tan nervioso hablando con ella desde el día que le propuso matrimonio. Esta vez, en lugar de un ramo de rosas amarillas, lo que le ofreció fue un bebé, aún menor de ocho meses. Su esposa lo aceptó de sus manos no calificadas y lo calmó con ternura. Ella volvió sus brillantes ojos violetas hacia él.

“¿Y de qué parche de col es esto, Wolf?”

“Bueno, yo… eso es…”

“Lo sé. Lo encontraste en los jardines von Reuentahl, ¿no?”

Mittermeier estaba sin palabras. Su esposa le explicó que había recibido una llamada de visifono antes de que él llegara de la condesa von Mariendorf, quien le había dado todos los detalles.

“Creo que hiciste lo correcto al traer al niño aquí. Estaría encantado de ser su madre. Pero por favor, déjame decidir una cosa: su nombre. ¿Me lo concedes, cariño?”

“Si. Por supuesto. ¿Y qué nombre le darás?”

“Felix. Se llama Félix. Espero que te guste.”

“Felix…”

En un idioma antiguo, viejo, Mittermeier lo sabía, la palabra significaba “afortunado”. Su esposa también debe haberlo sabido, y llevaba el nombre en el pecho durante años. Para un niño aún no nacido. Para un niño que podría nacer algún día. Y finalmente para un niño que tal vez nunca nazca…

“Felix. Un buen nombre. Que así sea. Desde hoy, él es Felix Mittermeier”.

Y un día, cuando llegó a la edad adulta y desarrolló sus propios poderes de juicio y valores, podría ir por el nombre de su padre biológico si lo deseara. Porque Mittermeier se aseguraría de saber quién era ese padre biológico — un hombre orgulloso, un hombre que se doblaría la rodilla solo en toda la galaxia…

De repente, Mittermeier recordó sus otras noticias y rápidamente abrió la puerta de la sala. Su alumno asistente de pie en la sala de entrada, todavía sosteniendo la bolsa de suministros del bebé. Estornudó una vez y luego, a pesar de su evidente frío, sonrió a Mittermeier.

V

Casi exactamente en el momento en que Wolfgang Mittermeier se convirtió en padre, otro hombre fue informado de su propia paternidad. El nombre de ese hombre era Reinhard von Lohengramm, y él era el gobernante de veinticuatro años de todo el Imperio Galáctico.

La visita de la condesa von Mariendorf a las cámaras privadas del káiser en la sede imperial ese día fue a título privado. Reinhard la invitó a sentarse en la mesa redonda en su sala combinada y estudiar, y su guardaespaldas Emil von Selle les trajo café con crema. Mientras miraban por la ventana el cielo invernal, aparentemente azul bloqueado por la criolita, dijo: “Es un día frío, ¿no es cierto, fräulein? Espero que no te hayas resfriado”.

A pesar de la magnificencia externa de Reinhard, esto fue lo más cerca que pudo llegar a la solicitud. Sabiendo esto, Hilda sonrió. Casualmente, pero decisivamente, permitió que las palabras fatídicas se deslizaran por sus labios firmes:

“Yo también lo espero, Su Majestad. Un resfriado podría ser malo para el bebé que llevo”.

Los ojos de Reinhard se abrieron de par en par, reflejando el cielo invernal. Miró la forma de Hilda y sus mejillas de porcelana se sonrojaron. La sangre corrió por su cuerpo, con un torrente de pensamientos y emociones, y pasaron varias docenas de segundos antes de que explotaran en su mente.

Cuando finalmente recuperó la respiración y los latidos del corazón, separó sus labios rosados y dijo, con una voz melodiosa y rica emoción: “Te ruego una vez más: Fräulein von Mariendorf, ¿quieres casarte conmigo?”

Que no haya hecho una pregunta tonta como “¿De quién es?” Es, tal vez, evidencia de que todavía había esperanza para su composición psicológica. Él continuó.

“Finalmente he llegado a comprender cuánto significas para mí. Estos últimos meses me han abierto los ojos. Tu consejo nunca me ha llevado por mal camino. Si soy sincero, eres una mujer mucho mejor de lo que merezco…”

Las características de Reinhard eran el pináculo del refinamiento estético, pero esta propuesta estaba a años luz de tal gracia. Además, solo habló de sus propios sentimientos, sin tener en cuenta los de ella. Pero Hilda sabía que esto no se reflejaba mal en su sinceridad juvenil. Era simplemente el tipo de persona que era: un genio marcial, un prodigio político, pero no un maestro del amor o el romance. Su deslumbrante ingenio y poder expresivo iluminaron el campo de batalla, pero no hicieron que la habitación fuera dulce. Este era el hombre que la había elegido, como ella esperaba que lo hiciera. Ella conocía bien sus defectos — pero, como su sabio padre percibió, pensó que esos defectos también eran invaluables.

“Si su Majestad. Lo hare. Si me tendrá…”

Hilda tenía la intención de ir directamente a Odín y encontrarse con la hermana mayor de Reinhard, la archiduquesa Annerose von Grünewald, pero el descubrimiento de su embarazo hizo imposible el viaje interestelar. No tenía la menor intención de permitir que el niño sufriera daños en su útero. Al final, había enviado una transmisión FTL a las montañas Freuden de Odín a mediados de noviembre, estableciendo un circuito directo a la finca de Annerose.

“Fräulein von Mariendorf — no, Hilda — gracias por enamorarse de mi hermano”.

Así dijo Annerose cuando escuchó la noticia. Su voz era cálida y parecía casi temblar de sentimiento. Hizo que Hilda pensara en una lluvia suave de la luz del sol de primavera.

“Mi hermano tiene suerte de tener a alguien como tú a su lado. Por favor cuídalo bien”.

Cuídalo bien — Hilda era la segunda persona a quien Annerose le había

dicho esas palabras. El primero, por supuesto, había sido Siegfried Kircheis.

“Reinhard nunca tuvo un padre propio”, continuó Annerose. Hilda entendió, por supuesto, que estaba hablando metafóricamente. Por “padre”, Annerose se refería a un elemento paterno durante sus años de formación. Un padre al que un niño, y luego un hombre joven, pudo resistir, rebelarse y finalmente vencer — una presencia que lo arrancaría del elemento materno y le traería independencia psicológica. El verdadero padre de Reinhard no había estado preparado para esta tarea.

Para Reinhard, la manifestación concreta del elemento materno fue, por supuesto, su hermana Annerose. Y lo que lo separó de ella en su juventud no fue su verdadero padre, como debería haber sido, sino el emperador Friedrich IV y el poder tiránico de la dinastía Goldenbaum — los peores aspectos del principio paterno, amplificados a una escala que abarca a toda la humanidad.

La singularidad de la personalidad de Reinhard había sido concebida aquí. Aunque él mismo no se dio cuenta, derrocar a la dinastía Goldenbaum fue, para él, el equivalente a vencer a su padre en sus años de formación. Con esa figura paterna eliminada, luchar y derrotar a enemigos poderosos se convirtió en el significado de la vida misma para él. Reinhard conocía la guerra, pero no el amor, por lo que Annerose temía por él, colocando distancia entre ellos para que él tuviera que hacer más que perseguir su sombra. Pero ella nunca había sido capaz de expresar esto claramente, y, con asuntos en parte complicados por su propia conexión peculiar con Siegfried Kircheis, Reinhard pudo haber sido lastimado por sus palabras de despedida. La gratitud que Annerose sentía hacia Hilda era tanto objetiva como veraz.

Es interesante notar que prácticamente todos los historiadores que han criticado a Annerose por no amar lo suficiente a Reinhard eran mujeres. Por esta razón, los historiadores masculinos expresaron a veces severas críticas a sus colegas femeninas:

Al final, no podemos evitar la conclusión de que ellas [mujeres historiadoras] ven las acciones de la archiduquesa von Grünewald

únicamente a través de la lente de la maternidad y su abandono. ¿Estarían satisfechos si la archiduquesa hubiera continuado aferrada al lado de su hermano en sus veintes, consintiéndolo y malcriándolo, entrometerse en política y socavar su independencia psicológica? Por supuesto, los mismos autores afirmarían sin duda que ser despojado de la virginidad de un tirano a la edad de quince años, y luego encarcelado por los próximos diez años, no es suficiente para que Annerose sea una víctima sacrificial.

Por supuesto, tampoco se puede decir que los juicios de los historiadores varones fueran perfectos. Al final, solo se puede comparar el balance de probabilidades — pero quienquiera que tenga el mejor argumento, la influencia de Annerose en Reinhard fue innegable. Si ella se hubiera opuesto a su matrimonio con Hilda, Reinhard podría haber sufrido algo de angustia, pero en última instancia habría puesto primero el testamento de su hermana. Pero Annerose no hizo esto; en cambio, le ofreció a Hilda nada más que aliento, otorgándole su bendición y regocijo de poder confiar el futuro de su hermano a la joven y sabia condesa. Y nadie podría negar el hecho de que esta decisión ayudó a mover la historia en una dirección constructiva.

VI

Vida y muerte, luz y oscuridad — la galaxia contenía todas estas cosas y más. Pero en un rincón de las estrellas acechaba un grupo de personas que habían alimentado el mismo odio, la misma obsesión durante ochocientos años. Con la unidad religiosa como un arma y la conspiración húmeda como otra, habían interferido de innumerables maneras con el funcionamiento de la historia — todo para restaurar la gloria de la Madre Tierra. En los últimos años, a medida que se acercaban a lo que parecía ser una consumación largamente esperada, el líder de una nueva generación surgía de entre ellos.

Eran la Iglesia de Terra, y él era el Arzobispo de Villiers.

En este momento, el brillo de la ambición en su rostro aún juvenil estaba cubierto por una sombra de severidad sorprendente.

Cuando había agregado primero Yang Wen-li y luego Oskar von Reuentahl a los roles de los muertos, parecía que todas sus intrigas habían tenido éxito. El futuro del universo, al parecer, sería suyo desde lo alto de su oscuro trono. Sin embargo, inmediatamente después de la muerte de von Reuentahl, se descubrió que habían perdido un peón crucial en la forma de Job Trünicht. Ahora sintió una leve agitación, cierta desconfianza en los ojos que los líderes de la iglesia se volvieron hacia él. Uno de sus compañeros arzobispos, descontento por la rapidez con que De Villiers se había elevado en la jerarquía de la iglesia y hasta qué punto su poder se había expandido, expresó la inquietud del grupo en un desafío francamente declarado.

“Hemos perdido más que solo Trünicht. El káiser planea casarse. Además, se rumorea que su prometida, la hija del conde von Mariendorf, ya está embarazada…”

Con cada palabra se rocía espuma venenosa desde las esquinas de la boca del hablante. De Villiers movió su mirada ligeramente, pero soportó la presión desagradable. El orador continuó, la voz cada vez más fuerte. Había favorecido un plan para asesinar a Káiser Reinhard directamente, y no podía ser desapasionado en perseguir la responsabilidad de De Villiers de elegir un curso diferente.

“Si nace un heredero del káiser, ¿no se convertirá en el núcleo alrededor del cual continúa el sistema Lohengramm? Al provocar la muerte de von Reuentahl, así como Yang Wen-li — no habremos logrado nada más que eliminar a cualquiera de los posibles retadores del mocoso dorado y despejar su camino”.

El hombre guardó silencio, sin aliento.

Un momento después, el silencio miasmático fue roto por una risa baja.

“¿Qué necesidad hay de esta urgencia indecorosa?”, Preguntó de Villiers. “El heredero del káiser aún no ha nacido. E incluso una vez que es así, no hay garantía de que fortalecerá su posición “.

De Villiers volvió a reír. Había una cierta exageración en la confianza que buscaba transmitir con esto, pero no era del todo vacía. La galaxia era vasta; un millón, mil millones más de conspiraciones podrían tejerse dentro de él con espacio de sobra.

El sucesor de Yang Wen-li, Julian Mintz, recibió grandes elogios por no llevar a Iserlohn a la guerra ese año. Si estallara la guerra en el próximo año, ¿lo elogiarían aún más?

Julian no lo sabía. Pero unirse al ejército había sido su ambición original, y él creía que algunas peleas debían librarse. Irónicamente, sin embargo, después de la muerte de Yang, sus ambiciones habían cambiado ligeramente, y el deseo de recorrer un camino no marcial se estaba acumulando lentamente en el depósito de su corazón.

Cuando recibió la noticia de la muerte de von Reuentahl el día anterior, Julian pareció escuchar la voz suave de Yang en su mente.

“Millones fueron a la muerte bajo mi mando. No porque quisieran. Cada uno de ellos hubiera preferido vivir una vida pacífica y plena. Y no soy diferente. Si no significara la muerte de aquellos que amamos, la guerra podría no ser tan mala, pero…”

Julian dejó escapar un suspiro largo y profundo. Nunca había estado del mismo lado que von Reuentahl. El almirante heterocromático siempre había sido enemigo de Yang y Julian. Pero Julian no pudo evitar tomar su muerte como la implosión de una estrella gigante. ¿Estaba llegando a su fin su edad con una rapidez tan sorprendente? ¿Con cuya muerte, o tal vez nacimiento, terminaría finalmente? Superado por una sensación regular pero sofocante, como si el tiempo girara dentro de su cuerpo, Julian se levantó del banco

del parque y comenzó a caminar a través de los árboles a un ritmo rápido. No sabía en este momento que Job Trünicht había muerto.

Al salir del parque, Julian se encontró con una actividad bulliciosa. Un bullicio, pero nacido de la paz. Toda la Base Iserlohn se había reunido para prepararse para la fiesta de Año Nuevo para despedirse de 800 SE y llamar a 801 SE. Algunos habían protestado porque era inapropiado celebrar el final del año en que el Mariscal Yang había muerto, pero Frederica había rechazado esos argumentos.

“Nunca se opuso a un ambiente festivo entre sus amigos. En lugar de detenerse, por su bien, que sea un evento animado”.

Julian vio a Dusty Attenborough y Olivier Poplin acercándose, intercambiando sus insultos habituales. Cuando vieron al joven comandante de las fuerzas revolucionarias, lo llamaron alegremente.

“Hey, Julian, espero que no nos vayamos a sentar toda la diversión el próximo año”.

“Contamos con usted, comandante”.

“Habla con el káiser, no conmigo”, dijo Julian. “Eso sería algo más seguro”.

En la mente de Julian, las páginas del calendario se volvieron hacia atrás, y una escena de hace cuatro años reapareció ante él — la primera fiesta de Año Nuevo en la Base Iserlohn. Algunos de los que estaban a su lado todavía estaban allí hoy: Frederica, la familia Caselnes, von Schönkopf, Poplin, Attenborough. También con él hoy estaban Merkatz, von Schneider, Soon Soul, Boris Konev, Machungo y, por supuesto, Katerose “Karin” von Kreutzer.

Yang Wen-li había estado allí. Murai había estado allí, Patrichev había estado allí, Fischer había estado allí, Ivan Konev había estado allí. Aparte de Murai, que se había ido al planeta Heinessen, Julian nunca volvería a encontrarse con ninguno de los difuntos — al menos no mientras viviera. Pero había heredado su pensamiento, y le correspondió asegurarse de que

floreciera. Los pequeños brotes del republicanismo democrático: autodeterminación, autogobierno, autocontrol y autoestima. Hasta que estos arraigaron en la galaxia, tendría que prepararse para la próxima primavera.

“Julian, la fiesta está por comenzar. ¿Deberíamos ir juntos? Frederica y los Caselnes están esperando”.

La voz era de Karin. Ella había dado un paso trascendental: lo había llamado por su primer nombre.

Julian asintió con la cabeza. “Vamos, Karin”, dijo, algo tímido. Cuando los dos caminaron uno al lado del otro, el padre de Karin observó desde lejos, con *Bueno, aquí vamos* escrito en su rostro. A la deriva en la expresión había una fina neblina de alcohol de los vasos que había levantado en la memoria de von Reuentahl. Apoyada contra su ancho hombro estaba una mujer joven cuyo nombre no sabía.

A su debido tiempo, el 801 SE aparecería — 3° año del Nuevo Calendario Imperial, el tercer año de la dinastía Lohengramm. En su primer mes, el Kaiser Reinhard tomaría formalmente a la condesa Hildegard von Mariendorf como su emperatriz. Algunos dieron la bienvenida a la perspectiva. Otros no lo hicieron. ¿Podría el nuevo orden galáctico, establecido solo un año antes, perdurar para siempre? ¿O sería una burbuja momentánea en el río de la historia, que pronto desaparecerá para siempre? El año en el que esto se decidiría estaba por comenzar…

SOBRE EL AUTOR

Yoshiki Tanaka nació en 1952 en la prefectura de Kumamoto y completó un doctorado en literatura en la Universidad Gakushuin. Tanaka ganó el Premio al Nuevo Escritor Gen'eijo (una revista de misterio) con su historia debut "Midori no Sogen ni…" (En el campo verde…) en 1978, luego comenzó su carrera como escritor de ciencia ficción y fantasía. Legend of the Galactic Heroes (La Leyenda de los Héroes Galácticos), que traduce las guerras europeas del siglo XIX a un entorno interestelar, ganó el Premio Seiun a la mejor novela de ciencia ficción en 1987. Las otras obras de Tanaka incluyen la serie de fantasía The Heroic Legend of Arslan (La Heroica Leyenda de Arslan) y muchas otras películas de ciencia ficción, novelas e historias de fantasía, históricas y de misterio.
